

L U I S D E L G A D O

La cañonera 23

DOS GUARDIAMARINAS EN ÁFRICA

U N A S A G A M A R I N E R A E S P A Ñ O L A

Lectulandia

En este volumen, segundo de la serie, el hijo de Francisco Leñanza, también apodado en su hogar como Gigante por sus recias hechuras y fornida musculatura, siente el mismo gusanillo de la aventura marinera sufrido por su progenitor a temprana edad. El padre consiente en sus deseos, prepara un plan adecuado para que su querido vástago no llegue a sufrir las penalidades por él mismo padecidas. De esta forma, sorteando a generoso precio los vericuetos legales en la Corte, consigue que su hijo sienta plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas, tras presentar el necesario expediente de limpieza de sangre tan impecable como falso, unos manejos que se producían con frecuencia en aquellos años para los que aportaban suficiente fortuna. Gracias a los sabios manejos del padre, nuestro protagonista se convierte, como por encanto, en el guardiamarina don Francisco de Asís Jerónimo Pascual de Leñanza y Martínez de los Cobos. Aquí se narran las peripecias del guardiamarina el Colegio Naval de Cartagena, los primeros contactos con la mar, su heroica actuación formando parte de las cañoneras del general Barceló en el Gran Sitio de Gibraltar, así como los novelescos avatares que se suceden a continuación en compañía de su inseparable compañero, *Pecas*, más propios de epopeya popular. Como necesario aderezo, aparecen los vaivenes sufridos en su primer amor, con Cristina, hermana del gran amigo.

Lectulandia

Luis M. Delgado Bañón

La cañonera 23

**Dos guardiamarinas en África
Una saga marinera española - 2**

ePub r1.1
Titivillus 1.10.15

Título original: *La cañonera* 23
Luis M. Delgado Bañón, 2002
Diseño de cubierta: Sofía Alonso

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Alejandro Delgado Muñoz-Delgado fue un personaje inolvidable para los que tuvieron la suerte de conocerlo; un gran señor, desprendido, culto, cariñoso, agudo, extrovertido y amante de la buena vida; un lector incansable que me inculcó el amor por el libro y el mejor amigo que se puede disfrutar, cualidad de la que gocé con largura; un padre al que quise con pasión y al que extraño cada día más con el paso del tiempo, sin permitir que su figura se difumine un ápice en mi cerebro. Tan solo le reprocho que nos dejara demasiado pronto. Creo que habría disfrutado mucho con la lectura de esta obra en particular y siento de verdad que no pueda hacerlo, aunque abrigo la esperanza de que, allí arriba, le alcance alguna copia.

Esta va por ti, jefe.

*¡Larga trinquete!, en nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y
Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios verdadero, que sea con
nosotros y nos guarde, que acompañe y nos dé buen viaje a salvamento, y
nos lleve y vuelva a nuestras casas.*

Orden del piloto de barra al estar suspendida el ancla (siglo XVI).
Seguidamente mandaba rezar un avemaría, y el piloto de mar le contestaba:

*Señor piloto, haced bien vuestro oficio hasta do viéredes que conviene, que
yo pueda hacer el mío.*

Prólogo

Quienes leyeran mi novela anterior en esta colección, *La galera Santa Bárbara*, donde narra las tristes experiencias de un joven condenado por error a la pena más espantosa, a bogar encadenado en las galeras de la Real Armada, comprenderían que, en sus últimas páginas, dejaba abierta la puerta para continuar la historia en la persona de su hijo.

Me confirmo en aquella idea inicial de proseguir este tipo de historia novelada en plan de saga marinera, de forma que pueda narrar, como obra de aventuras, los momentos más importantes de nuestra Historia Naval desde los últimos años del siglo XVIII hasta la Guerra Civil sufrida en el XX. Ahora bien, intento conseguirlo sin que se haga necesaria la lectura de las obras anteriores para comprender cualquiera de ellas; que cada volumen conforme un mundo propio y particular, aunque se recuerden momentos vividos en las etapas precedentes.

La experiencia marinera de aquel galeote apodado *Gigante* le llevó a sufrir las más duras penalidades a bordo de la galera *Santabárbara*. Sin embargo, el feliz y venturoso final de sus aventuras le permitió, a partir del momento de su liberación, no solo disfrutar de una vida cómoda y placentera sino, muy importante para esta obra, posibilitar que las ansias aventureras de su hijo en la mar las pudiese realizar de forma bien distinta a la suya. El viejo galeote consigue que su querido hijo sienta plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas, primer escalón en el Cuerpo General de la Armada. Este hijo, que hereda el apodo del padre, es nuestro personaje en esta obra, el guardiamarina *Gigante*.

Me reafirmo en la línea establecida, en el sentido que, dentro de lo posible, se mantenga el rigor histórico al máximo nivel. Pueden estar seguros que los acontecimientos históricos que se relatan en estas páginas, tuvieron lugar en la fecha y forma que expongo. Tan solo algunos personajes y pasajes unidos al protagonista, necesarios para conformar la estructura de la obra, son fruto de mi imaginación. También continúo en la línea de utilizar un porcentaje adecuado de las palabras de etimología naval que se han empleado y emplean por los hombres de mar a bordo de nuestros buques, de forma que la obra no sea ininteligible, y con las aclaraciones mínimas necesarias a pie de página.

Les aseguro que he vuelto a disfrutar con intensidad al escribir las aventuras marineras del guardiamarina *Gigante*, lo que me anima a continuar en un próximo futuro. De esta forma, espero conseguir el fin principal de la serie, que no es otro que divertir al lector, a la vez que relato, en forma de aventuras, los momentos más señalados de nuestra rica y extensa Historia Naval, una parte muy importante de la Historia de España.



1

Una mañana de abril

La sangre llama a la sangre, contestó mi padre aquella inolvidable y lejana mañana, cuando le planteé mi ardiente deseo de ver la mar, de navegar por ella aunque se tratase de un sueño tan poco natural para los que, como yo, vivíamos muy lejos de nuestras costas y ajenos por completo a ese medio fascinante y desconocido. Hoy, tantos años después, cuando ya no voy sino que regreso, con lo que los recuerdos constituyen el placer y el dolor más deseado, podría revivir con extraordinaria precisión aquella conversación que cambió mi vida de parte a parte, que abrió horizontes jamás soñados hasta convertirme en quien soy en la actualidad.

Estoy decidido a contar la verdad de mi vida, pasarla a estas cuartillas apergaminadas con el pulso todavía firme, en la espera de que nuestro Señor no desarbole mi maltrecho cuerpo antes de llegar a su término. Se trata de una obligación que me he impuesto como necesaria para que aquellos de mi sangre que vengan tras de mí, y recojan el testigo, conozcan la verdad, incluso los aspectos de la vida familiar que tan solo mi padre y yo decidimos guardar en secreto con extremado celo, y que así deberá continuar para gloria de nuestra casa por los siglos de los siglos.

Vi las primeras luces en Fuentelahiguera de Albatages, un recogido pueblecito castellano de la provincia de Guadalajara, perteneciente al partido judicial de Cogolludo y diócesis de Toledo, en la primavera del año 1765. Mi querido pueblo, cuyos contornos y luces no me cuesta recordar a pesar del tiempo transcurrido, se encuentra situado en terreno llano, donde la vista se detiene en pequeños cerros y tierras cercanas, regado amorosamente por los arroyos Albatages y Torote.

Aunque mi vida haya sido la mar y la Real Armada, Institución a la que entregué todo mi esfuerzo, sabiduría y vigor desde edad temprana, he de reconocer que los Leñanza éramos una familia *de secano*, como denominan los hombres de mar en nuestras costas a los que procedemos del interior. Aunque recibí las aguas, al igual que mi padre, bajo la advocación de San Francisco de Asís, en casa era conocido como *Gigante*, un apodo que, según parece, impuso mi madre al observar mi extraordinario desarrollo. Me convertí, con el tiempo, en el más grande, alto y fuerte, no solo de la familia sino de toda la vecindad. Más tarde supe que ese apodo, por pura casualidad, hundía sus raíces en los secretos más escondidos de mi progenitor.

Aunque familia dedicada al campo, presumíamos los Leñanza con orgullo de ser los más ricos del pueblo, con la excepción del marqués de Valdelahiguera, dueño y señor de casi todas las tierras de la comarca. Si mis recuerdos no me juegan una mala pasada, las primeras piedras de la hacienda familiar fueron establecidas por mi

bisabuelo Clemente, aquel que, enrolado como artillero en el navío *San Antonio*, primera y lejana experiencia marinera de la familia, regresó a casa con una buena bolsa de doblones, posiblemente cobrados tras alguna apetitosa presa, con lo que pudo comprar parte de su aparcería al marqués. Sin embargo, el empuje fundamental de nuestra hacienda lo llevó a cabo mi padre, Francisco Leñanza, quien tras unos de años de aventuras en tierras lejanas, un período rodeado del más absoluto misterio y que tantas especulaciones y comidillas dio que hablar entre los vecinos, también regresó al hogar paterno con buenos y generosos dineros.

Mi padre empleó con sabiduría aquella pequeña fortuna, ensanchando las líneas marcadas por los mojones a costa del marqués. En estrecha connivencia con el administrador del gran señor, compró buenas tierras a un precio más que asequible, por mucho que tuviese que agradecer con generosidad las gestiones del intermediario despabilado que, más tarde, jugara un papel tan importante en mi vida. Con el paso del tiempo, las tierras y ganados de la familia aumentaron en tamaño y calidad hasta convertirnos en pudientes, aunque sin perder nuestro apego a la tierra, que trabajábamos con ayuda de jornaleros a pago.

Por fortuna, mi padre buscó un buen educador para sus seis hijos, con lo que las letras y los números se nos hicieron tarea fácil. De todas formas y sin pecar de inmodestia, debo declarar que fui el más aventajado de todos, hasta llegar a encontrar en la lectura de los libros una afición que nunca abandoné y que, sin duda, debió promover mi ansia inagotable de aventuras.

No sé realmente cuándo se produjo aquella revolución en mis entrañas y sentimientos, pero debió ser antes de cumplir los doce años, cuando por mis manos pasó un viejo volumen que narraba extraordinarios viajes por los Mares del Sur, una obra que leí emocionado en repetidas ocasiones. La semilla creció de forma incontenible en mi pecho. Quería ver la mar, navegar por ella a lomos de esos navíos cuyos dibujos admiraba embobado en los grabados del libro, y arribar a exóticas islas cuyo perfume imaginaba a la perfección, hasta sentirlo en mis fosas nasales durante los momentos de ensueño. Sin embargo, temía el momento de dar el paso definitivo, de pasar de los sueños a los hechos, de declarar mi escondido anhelo. Tan solo en dos ocasiones había salido en la tertulia familiar el tema del bisabuelo Clemente, aquel que se enroló en la Real Armada, aunque mi padre desvió con rapidez la conversación, para sorpresa de todos. Se trataba con claridad de un tema tabú aquel de la mar, un tema que no se debía tocar.

Por esas razones, temía el comentar a mi padre la escondida pasión que arrasaba mi corazón a fuego. Pero fue el día en el que cumplí los dieciséis años, aunque mi aspecto físico pareciera el de un hombre fuerte y bragado, cuando me decidí. Sabía que abordaba un negocio prohibido, que el mar no era un elemento del que se debía hablar en casa, pero me lancé sin ser consciente, todavía hoy, de la fuerza oculta que me concedió el valor necesario. Siempre he sentido un verdadero cariño y amor por mis progenitores, pero de forma muy especial adoraba a mi padre con desmedida

pasión, hasta encontrar en él todas las virtudes que debían acompañar a un hombre de verdad.

De esta forma, puedo declarar solemnemente que mi verdadera vida comenzó aquella mañana de abril del año de 1781, luminosa y radiante como tantas otras en la primavera manchega. Aunque una voz en mi interior avisaba, escandalizada, que debía evitar aquellas palabras que pugnaban por salir de mi boca, algún genio escondido en mi espíritu debió accionar las cuerdas vocales sin mi consentimiento. Cohibido y en voz baja lancé aquella primera frase que, en realidad, abrió un horizonte nuevo en mi vida.

—Padre, quisiera hablar con usted en serio... —Las palabras parecían estancarse en mi garganta—. Como ya he cumplido los dieciséis años, he creído que..., he creído...

—Habla sin miedo, *Gigante* —me tomó por el hombro con cariño, en un gesto suyo muy habitual, ajeno a los pensamientos que cruzaban la mente de su hijo más querido—. Todo hombre de bien ha de navegar siempre en la vida por las claras y sin miedo. No debes albergar recelo alguno de hablar con sinceridad a tu padre.

—Es que..., es posible que le parezca una locura, aunque le aseguro que no es así. Se trata de un deseo escondido en lo más hondo de mi alma que no puedo desterrar, y que cada día me come las tripas con más fuerza. Padre —miré con valentía a los ojos de mi progenitor, que me observaba con cierta inquietud—, quiero conocer el mar, o la mar, como usted dice. Sueño cada noche con navegar en un gran navío, recorrer el mundo de parte a parte, conocer islas y continentes nuevos. Es mi más escondida ilusión. No sé si me comprende.

Por fin, el sueño tomaba forma, como si con aquella corta declaración hubiese comenzado a cumplir mi destino. Tras haber dudado tantas veces sobre la oportunidad de comentarle mi secreto deseo, el anhelo mejor guardado en el fondo de mis entrañas, me encontraba feliz y relajado por haber largado aquella pesada carga de los hombros. Sin embargo, no esperaba una reacción como la que tuvo lugar. Mi padre pareció haber recibido un choque brutal al escuchar mis palabras, lo que me hizo sentir miedo, no por mi propia seguridad sino ante la posibilidad de haberle causado un disgusto que no se merecía aquel hombre a quien tanto quería.

Tras unas escasas y desmadejadas palabras, cercanas a un triste lamento, que no llegué a comprender en un principio, mi padre me hizo sentar junto a él allí mismo, en el centro del olivar, sobre unas piedras desbastadas por el arado. Me tomó la mano con inesperada dulzura, a la vez que sus ojos parecían ablandarse y enturbiarse como se disuelve el azúcar en el agua para formar el caramelo. Supe que era momento de callar, de esperar sus palabras, sabias como siempre, consciente de que barajaba un terreno pantanoso y difícil. Sentía cómo su emoción traspasaba la corta distancia que nos separaba y recorría todo mi cuerpo en dulces oleadas.

—La sangre llama a la sangre —parecía hablar consigo mismo—. *Gigante*, hijo mío, no sabes lo que me hacen sentir tus palabras. Parece como si un mundo negro y

tenebroso volviese a abrir lejanas heridas en mi pecho que creía cerradas. Claro que tú no lo podrías comprender. Te repito que debe ser cosa de nuestra sangre —observó las venas de su poderoso antebrazo, que destacaban sobre la piel—. No me es fácil escuchar ese deseo tuyo, puedes estar seguro.

—Si le he ofendido, padre —me sentía arrepentido y cohibido al observar su mueca de dolor, un dolor que parecía brotarle del corazón—. No quiero...

—No me has ofendido, hijo mío, ni mucho menos —levantó una de sus manos para interrumpir mis excusas, a la vez que su curtido rostro se enternecía con extrema dulzura—. Sé que no serías capaz de una acción así. Tú no tienes la culpa. Ya te digo que es cosa de muy adentro, una especial tendencia que, según parece, llevamos bien amadrinada en el fondo del alma desde nuestro nacimiento. Mi abuelo Clemente, aquel que, como sabes, navegó en un navío de la Real Armada y trajo la primera bolsa de monedas de oro a esta familia, debió mezclar su sangre con las aguas de la mar, estoy seguro. Desde entonces, por nuestras venas corre un líquido especial y salado, aunque el color rojizo nos confunda. En esa sangre debe encontrarse la razón y la respuesta a lo que no tiene una sencilla explicación.

Francisco Leñanza, el padre de aquel mocetón que lucía, sin saberlo, el mismo apodo que tanto había significado para él en su otra existencia, en aquel trozo de su vida que seguía intentando arrancar de su mente en un imposible olvido, dirigió la vista hacia el cerro lejano. Sin embargo, las imágenes que aparecían en su cerebro con extrema claridad se alejaban muchas leguas de aquel terreno que tanto amaba. Era consciente de que el momento había llegado por fin, un momento retrasado a lo largo de los años, por mucho que una lejana voz le anunciara que algún día debería narrarlo, explicar tarde o temprano ese secreto tan bien guardado en su alma, un misterio que nadie conocía.

—Gigante, hijo mío —me miraba fijamente a los ojos, mientras su rostro reflejaba una angustia como nunca había observado—. Ya eres un hombre y como tal debo hablarte. Esa frase que me has declarado, la elevé a mi padre en la misma forma que tú, muy cerca de donde nos encontramos en estos momentos. No es más, después de todo, que una caprichosa repetición de la vida, o del destino quizás, en esa prolongación de nuestro cuerpo que son los hijos. Creo que ha llegado el momento oportuno, que tú debes saberlo, porque nadie sería capaz de desbaratar esa ansiedad que ha anidado con tanta fuerza en tu alma, creciendo poco a poco a lo largo del tiempo. En caso contrario, te consumirías en ella, hijo mío.

Escuchaba las palabras de mi padre sin comprenderlas, aunque sabía que me encontraba cerca de una importante e inesperada revelación. Percibí un extraño rumor por los brazos, que se extendía a lo largo de mi pecho y más adentro en profundas bocanadas. Mi querido padre, que parecía haber envejecido muchos años en pocos segundos, tomó un grueso terrón entre sus manos, desmigando la tierra rojiza con marcada lentitud. Por fin, se decidió, una penosa decisión que parecía ordenada por un ser superior e invisible.

—Debo reconocer que has esperado menos tiempo que yo —esbozó una pérdida y desmadejada sonrisa—. Esa misma pasión que sufres, me consumió en la mocedad con tanta fuerza o más que a ti. Esperé a cumplir los dieciocho años para comunicársela a mi padre, aunque he de reconocer que eres ya un hombre hecho y derecho. Y quiero que sepas que cumplí mi anhelo de surcar los mares aunque, para mi desgracia, de una forma bien distinta a la soñada, muy distinta —volvió a oscurecer su semblante, como si le ahogara un sufrimiento interior—. Debo contarte una lejana historia, unos hechos que me propuse mantener en secreto y que serás el primero en conocer. Te aseguro que pensaba arrastrarlos conmigo hasta el último de mis suspiros. Pero es necesario que lo sepas y espero de tu discreción, dada la importancia de lo que vas a escuchar.

Tras unos tensos segundos, durante los que me mantuve en respetuoso silencio, mi padre comenzó la narración con tono desganado, como si se viese forzado a explicar una escabrosa experiencia. Conforme avanzaba su historia, los hechos desconocidos por todos que marcaron el gran secreto de su vida, me consumía la emoción a la vez que necesitaba pellizcar mis carnes para comprobar que era realidad y no un sueño lo que escuchaba.

De esta forma tuve conocimiento que en aquellos años en los que mi padre faltó del pueblo en busca de aventuras, de las que regresó vestido como un caballero de la Corte y con una bolsa repleta, había sufrido la peor de las experiencias que un ser humano puede padecer. Apresado por una falsa denuncia como vagabundo escandalizador y condenado a seis años de galeras, había sido aherrojado con la manilla al pie como un vulgar asesino, sirviendo como galeote en una galera de la Real Armada, la Santa Bárbara. Supe de sus penas, de los latigazos recibidos, del hambre espantosa, de las humillaciones más vergonzosas, de la vida inhumana que debió padecer encadenado al banco de la boga, para vivir como un perro sarnoso al que se debe apalear y apartar de la sociedad. Sentía cómo mi estómago se encogía por el dolor al escuchar aquellas terribles experiencias, la vida de un forzado, un galeote encadenado como un esclavo, una terrible vida que, como mi padre declaró cercano al llanto, es vida propia del infierno; no hay diferencia de una a otra, sino que la una es temporal y la otra eterna.

Me habló de sus amigos, los que murieron durante la condena y, de forma muy especial, sobre su inolvidable compañero Aomar, aquel moro bueno, sabio y leal que consiguió salvar su vida al rescatarlo de las aguas. El hecho inesperado que le devolvió la libertad, había tenido lugar tras el naufragio de la galera, varada en la costa a causa de un duro temporal. En la confusión general producida tras el hundimiento, ambos compañeros consiguieron escapar de sus vigilantes. Supe que fue precisamente Aomar el personaje que, con su ilimitada generosidad, hizo posible el retorno a casa con los necesarios dineros que propiciaron el engrandecimiento de la hacienda familiar, al ofrecerle la mitad de la fortuna despojada al terrible cómitre^[1] en el momento del hundimiento, unas monedas conseguidas con la sangre de sus

compañeros.

Me costaba creer como real lo que, durante dos horas, mi padre narraba sin descanso, de forma precipitada a veces, como si deseara acabar de una vez con aquellos penosos recuerdos que lo martirizaban. La luz se abrió en mi corazón, hasta hacerme comprender todas las sombras que rodeaban la vida de aquel ser querido. Sufrí sus penas con el recuerdo, a la vez que continuaba su penoso lamento. Al observar el dolor reflejado en su rostro, intenté hacerle callar. En realidad, me sentía culpable por haber propiciado aquel momento. Pero no me lo permitió, obligándome al silencio con un gesto de su mano.

Por fin, llegó el deseado silencio. A pesar del paso de los años, muchos, nunca podré olvidar la expresión de su rostro al encarar el mío tras la extensa narración. Leía en sus ojos la necesidad de mi comprensión por aquellos años de dolor, donde los injustos avatares de la vida lo convirtieron en un salvaje, un animal que debió llegar a matar para sobrevivir. Comprobé que las lágrimas rodaban por mis mejillas, a la vez que me abrazaba a su pecho con fuerza. Tan solo pude pronunciar unas pocas palabras, entrecortadas por mis sollozos.

—Padre, siento haberle causado este dolor. Ya sabe usted que le quiero mucho y bien.

—Ya lo sé, *Gigante*. Te aseguro que todo lo sufrido en esta vida ha merecido la pena por tener un hijo como tú —también su voz se entrecortaba por la emoción—. Debías saberlo, conocer mi verdadera historia, unos detalles que debes prometerme quedarán entre nosotros por el resto de los días.

—Tiene mi promesa, padre. Puede estar seguro que mis labios quedarán sellados para siempre. Pero quiero que olvide mi petición. Seguiré con usted en el pueblo toda la vida. No quiero que pueda sufrir un solo minuto por mi culpa. Ha sido...

—Nada de eso, hijo mío —me estrechó contra su pecho con más fuerza. Dirigía sus palabras por encima de mi hombro—. Irás a la mar y navegarás por ella, tal y como es tu deseo. Pero en tu caso será diferente. Te lo juro por todos los Leñanza que reposan en el camposanto y que Dios me perdone por usar su santo nombre en falso. Tú iras a la mar, *Gigante*, pero lo harás como un caballero.

—¿Cómo un caballero? —Mi sorpresa era inesperada y auténtica—. Pero, padre, yo no soy un caballero.

—Lo serás, hijo mío. Serás un verdadero caballero, cueste lo que cueste. Puedes estar seguro de ello.

En aquel momento sentí un escalofrío que atravesó mi cuerpo como cuchilla afilada, a la vez que una pincelada de miedo se reflejaba en mi rostro. Sin conocer la razón, sentí temor al comprobar la seguridad y determinación que acompañaban las palabras de mi padre.



El padre apuesta fuerte

Francisco Leñanza necesitó pocos días para diseñar su plan de acción. Había realizado una promesa solemne a su hijo, lanzada al calor del momento, y estaba dispuesto a cumplirla a toda costa, aún sin calibrar con exactitud las verdaderas posibilidades que se le abrían. La vida le había enseñado lo suficiente para saber que no es oro todo lo que reluce, y que una bolsa con suficientes monedas es capaz de abrir las puertas más enquistadas. Estaba decidido a pulsar los resortes apropiados y necesarios, aunque la duda sobre la viabilidad de su proyecto revoloteara por su cabeza, hasta producirle una profunda desazón.

Pero no todo se basaba en una alocada presunción, ni mucho menos. De sus momentos terribles como forzado en las galeras de la Real Armada, durante las largas noches en las que ni el cansancio más absoluto podía rendirlo al sueño, recordaba retazos de conversaciones entre los guardiamarinas, aquellos jovencitos que con signos evidentes de nobleza embarcaban para rendir sus primeros servicios a bordo. De esas lejanas experiencias, unidas a la sabiduría que la vida había depositado en su lúcido cerebro, pergeñaba su línea de acción aunque, eso sí, con gran desconocimiento del camino real a seguir.

Fiel a su lema de tomar el toro por los cuernos al primer envite, Francisco decidió que necesitaba de un informador capaz que, a su vez, le sirviera de puente, alguien que lo encaminase para encarar el problema en el modo y forma adecuados. Sin dudarle mucho tiempo, llegó a la conclusión que conocía al hombre indicado. Debía hablar con quien parecía saber todo lo necesario en asuntos legales, así como bordear esa legalidad inestable que presentan los reglamentos oficiales si se dispone de las herramientas apropiadas. Esa persona no era otra que el avisado administrador del marqués de Valdelahiguera, con quien tan ventajosos y productivos tratos para ambas partes mantuviera en los últimos quince años, hasta convertirse en un estimable aliado.

Urgido por una prisa incontrolada y enfermiza, tan alejada de su habitual condición, se decidió por el viaje a la Villa y Corte, donde vivía don Alonso Sanromán, el administrador capaz de vender su capa por unas monedas, si estas producían el sonido adecuado. Ante la sorpresa de Manuela, su buena y querida mujer, a primeras horas de la mañana, cuando el mes de abril comenzaba a rendir sus cuentas, se encontró vestido con sus mejores galas, aunque algo anticuadas, aquellas mismas que le trajeron de vuelta a casa en loor de gloria y que todavía presentaban la prestancia del señorío, por mucho que las costuras hubiesen sufrido el necesario ensanchamiento con el paso de los años. Tras un ligero beso de despedida y un falso

argumento sobre la razón que le obligaba al inesperado viaje, salió del pueblo con un objetivo muy claro en su mente, una empresa en la que no podía fallar.

A lomos de *Nerviosa*, una preciosa yegua alazana, hija de aquella inolvidable *Galera* adquirida por el moro Aomar y que lo devolvió a casa, embocó el camino de la Corte. Conforme se alejaba de su querido pueblo, no pudo dejar de pensar en aquel otro trayecto recorrido años atrás a lomos de su mula torda *Baranda*, en esa otra vida que durante tanto tiempo había deseado olvidar y cuyos recuerdos habían tomado un especial protagonismo en los últimos días. Habían sido, entonces, las primeras doce leguas de lo que calibraba como de libertad absoluta, una apreciación juvenil tan alejada de la realidad. Como siempre que partía de viaje, desde que sufriera el quebranto y la traición, ceñía espada y pistola al cinto, así como el puñal cachetero y la daga de *Pestañas*, bien cerrados bajo el blusón, dos elementos que se habían convertido con el paso del tiempo en partes inseparables de su cuerpo.

Bien sea por los años transcurridos o la espesura de los recuerdos, a Francisco se le hizo larga y hasta interminable aquella cabalgada, a pesar de realizarla con medida para no fatigar a *Nerviosa* en exceso. Como siempre que había necesitado acudir a la Corte, la entrada en la villa de Madrid le produjo un conocido malestar por su suciedad y mal olor, el paso incontrolado de las carretas, así como el aire chulesco y pendenciero de sus habitantes, tan alejado todo de la limpieza y tranquilidad de su querida Fuentelahiguera. Como era ya bien entrada la tarde y no era momento para deambular sin rumbo fijo por calles desconocidas, tomó habitación en la posada La Fronda, utilizada en anteriores ocasiones por su limpieza y honradez, además de la excelente cocina que se disfrutaba en su hogar. Desde allí envió recado a don Alonso por medio de un despierto rapaz, con objeto de concertar una cita en la mañana siguiente, si sus ocupaciones así se lo permitían.

Daba los últimos bocados a una excelente pierna de cordero, regada con un caldo espeso y rojizo que según aseguraba la dueña provenía de la ribera del Arlanza, cuando el chiquillo le devolvió respuesta afirmativa del letrado para la reunión del día siguiente. Sin pensarlo dos veces y con el cansancio bien metido en el cuerpo, más por los nervios que por las leguas cabalgadas, se quedó profundamente dormido mientras en la cabeza le bailaban los argumentos que debería exponer para comenzar la empresa que catalogaba como de la máxima importancia. Ni tiempo tuvo de encomendarse como cada noche a nuestra señora de Valdelagua, a la que tanta devoción profesaba desde niño. Era consciente que comenzaba a escribir el curso de la vida de su querido hijo, para lo que sería necesario mantenerse atento y diligente ante cualquier eventualidad que pudiera surgir. Debía cumplir su promesa y evitar, de esa forma, que el noble mocetón sufriera lo que ningún ser humano debe soportar, la experiencia que él padeciera en sus carnes por albergar un sueño parecido.

* * *

Francisco despertó, como era habitual en él, con las primeras luces del alba. Echó de menos las recias tajadas de tocino casero en su colación matinal, aunque no elevó protesta alguna al mesonero. Por el contrario, tomó las gachas en silencio, mientras su mente cabalgaba muchas leguas por delante. Como sabía por experiencias anteriores que la calle del Desengaño se encontraba a excesiva distancia, solicitó una silla para el traslado, tras esperar un tiempo prudencial, sabedor de las costumbres del letrado.

El caserón que ocupaba don Alonso Sanromán era de noble traza, aunque las demás edificaciones de su entorno y el personal que deambulaba a sus puertas desmerecían de él. Un grupo de niños mugrientos, con rongigatas caseras en sus manos, corrían por el empedrado sin control ante la mirada perdida de sus desgreñadas madres. Atravesó el portón siguiendo los pasos de un viejo criado, hasta llegar a un hermoso y fresco patio donde destacaba un aljibe con un precioso brocal de mármol. Parecía haber entrado en un mundo distinto. Allí mismo, entre sillas y mecedoras de anea debió esperar unos minutos hasta que, de nuevo precedido por el renqueante servidor, accedió a un pequeño salón que hacía las veces de despacho. Al igual que en las anteriores visitas, sintió un fuerte rechazo al percibir un olor dulzón y penetrante, debido a la escasa ventilación que gozaba la sala y que la mantenía en una ligera penumbra.

Era don Alonso un cuarentón magro de carnes, elevada estatura y digno porte. Vestía casaca corta de lana ligera en color negro, un luto mitigado por el bermellón de su chupa. Sus movimientos y ademanes despedían clase, elegancia y seguridad. Segundón de alguna noble casa venida a menos, había sabido utilizar sus conocimientos leguleyos y habilidad cortesana para llegar a ser hombre de confianza y administrador de algunos nobles importantes, a los que despojaba sabiamente de parte de sus rentas, sin contar los jugosos beneficios obtenidos en las ventas de casas y tierras que ni siquiera conocían. Los tratos mantenidos con Francisco en los últimos años, tratos en los que ambos salieron indudablemente beneficiados, habían creado una atmósfera cordial y amistosa en su relación, sin que ello llevara al de Fuentelahiguera a confiar en quien no lo merecía. Después de agradables palabras de recibimiento, así como el mutuo interés por las respectivas familias, Alonso entró al trapo por derecho, como era su norma habitual.

—¿Qué le trae por Madrid, don Francisco? —Había tomado asiento en lo que más parecía un sillón de bufón de corte, que coronaba su mesa alargada y llena de legajos— ¿Acaso ha echado la vista a algún terreno de su interés, o se ha decidido por esas fanegas del olivar del marqués, que redondearían las suyas de forma tan beneficiosa?

—No he venido a la villa por motivo de tierras ni ganado, como otras veces, don Alonso. Me trae otro asunto que, sin embargo, considero del mayor interés para mi familia. En este caso deseo utilizar sus servicios como asesor, porque le supongo conocedor de los difíciles caminos a seguir en la Corte para obtener determinadas

prebendas, en especial para los que, como yo, nos encontramos tan alejados de estas cuestiones. Pero como nos conocemos de hace tiempo y mantenemos asuntos reservados que no convendría viesen la luz por el mutuo interés, le rogaría la mayor discreción en este tema que le voy a exponer.

Francisco había lanzado la primera andanada sin cohibirse una mota. Estaba dispuesto a embridar el asunto por corto desde el primer momento, y era consciente de la necesaria discreción que este requería, para lo que consideraba oportuno recordar al administrador que era depositario de información que nunca debería llegar a oídos del marqués de Valdelahiguera. Don Alonso encajó con una sonrisa el golpe, a la vez que acariciaba su puntiaguda barba.

—Siempre me ha gustado su franqueza llana, amigo Francisco, si me permite llamarle así. Como de costumbre, se apunta la razón en sus palabras. Hemos hecho buenos negocios en estos últimos quince años, beneficiosos diría yo para ambas partes, que deberán mantenerse entre nosotros por el bien de todos. Pero dígame qué asunto tan importante es ese que le trae por la Corte, una visita que no suele atraerle mucho. Puede estar seguro que haré todo lo que se encuentre en mis manos a un..., digamos que a un precio razonable —extendió su sonrisa con picardía—, un precio de amigo, por supuesto.

—Puede estar seguro que pagaré sus servicios con generosidad, si su gestión así lo merece. Verá usted, tengo un hijo, el mayor de los seis y orgullo de mi casa, que desea buscar fortuna en la mar. Tiene metido el gusanillo de la aventura en la sangre, una condición muy habitual por cierto en nuestras gentes, gracias a la cual descubrimos y conquistamos medio mundo.

—¿Enrolarse en la Real Armada quizás? ¿O se refiere a otros tipos de actividades como fletar alguna unidad al corso y aprovechar la guerra contra el inglés, que tan buenos dividendos produce? También existe la posibilidad del transporte de cargamentos.

—Le veo muy puesto en asuntos de la mar.

—No crea, no es mi especialidad. Pero tengo amigos en la Secretaría de Marina e Indias, así como un pariente lejano que debe ser jefe de alta graduación en la Armada.

—Lo que deseo es que mi hijo entre por la puerta grande, don Alonso, que ingrese en la Armada como guardiamarina.

—¿Cómo guardiamarina ha dicho? —Alonso enarcó las cejas, incrédulo—. No lo tome a mal, amigo Francisco, pero, según tengo entendido, esa Real Compañía se forma con personal procedente de la nobleza, aunque en la mayor parte de los casos sean segundones sin mayores horizontes. Hay, sin embargo, quien tras años de servicio en escalones inferiores, llega a ingresar en el Cuerpo General de la Armada. Casos se han dado en los que, incluso, han alcanzado los más altos puestos como el famoso Barceló, azote de corsarios berberiscos, ascendido, según creo, a jefe de escuadra.

—Dejemos de divagar, don Alonso. Sé lo suficiente como para comprender que

no es empresa fácil lo que intento. Pero también la experiencia me dice que una buena bolsa de monedas de oro puede esquivar muchos obstáculos, e incluso hacer de un buscón un marqués, si se hacen bien las cosas. Como debe suponer, la suerte y el trabajo me han permitido amasar una respetable fortuna, y puede estar seguro que estoy dispuesto a todo para conseguir este propósito en el que tanto empeño. Deseo que mi hijo ingrese en la Armada por la puerta grande, como guardiamarina.

Don Alonso se retrepó en su sillón, exhibiendo ahora la mayor severidad en su rostro. El silencio se extendió por la sala como un suave manto, mientras los dos hombres se escrutaban con intensidad.

—De acuerdo, don Francisco. Tiene razón en mucho de lo que ha dicho. Se han obtenido títulos nobiliarios por compra de certificados, cargos beneficiosos con soborno y empresas mucho más difíciles, hasta en nuestra Santa Madre Iglesia. Como dice, las monedas de oro abren y aceleran muchas conciencias dormidas, para desviarlas del camino debido en provecho de otros. Le soy sincero al decirle que no sé si es factible su proyecto, porque no soy experto en el tema, aunque lo barrunto difícil. Pero si hay alguien capaz de conseguirlo, sé quien es ese hombre. Se trata de un personaje importante que, sin embargo, debido a ciertas debilidades que no es necesario mencionar, se encuentra dedicado a labores oscuras y que, entre nosotros, sería capaz de vender su alma al diablo. Puedo ponerle en contacto con él y recomendarle urgencia en el propósito. Me debe favores este caballero, alguno de ellos de la mayor importancia, de esos que más vale mantener con la necesaria discreción.

—Pues no se hable más —Francisco pareció nervioso y agitado por primera vez—. Dígame quién es ese caballero y concérteme una cita con él a la mayor brevedad.

—No se altere ni intente aligerar en demasía los asuntos de la Corte, amigo Francisco. Es un consejo de experto —Alonso volvió a la sonrisa torcida—. De todas formas, como debe suponer, esta gestión le costará..., bueno, quiero decir que merecería un presente por su parte.

—No se me había ocurrido recibir tan gran favor sin costo aparejado. Pero le apremio en el encargo —Francisco endureció el gesto de su rostro, a la vez que su voz se tornaba grave—. Son muchos los secretos que mantenemos entre ambos por mutuo beneficio, como usted mismo ha dicho, ciertas informaciones que nunca deberían alcanzar la casa de determinado señor. Pero le repito, y pocas veces he hablado tan decidido, que en este asunto estoy dispuesto a todo, sin limitaciones, señor letrado.

Don Alonso perdió la sonrisa ante la decisión que adivinaba en aquel hombre con brazos del tamaño de su muslo, un hombre al que catalogaba como bueno, inteligente y trabajador, un labrador vestido de caballero que, sin embargo, le hizo sentir un ramalazo de miedo.

—No se preocupe. Este asunto toma prioridad por encima de todos en mi agenda. Le concertaré una cita a la mayor urgencia con don Gaspar de Fontellanos. Este señor

ha ocupado puestos de gran responsabilidad en diversas Secretarías pero, en estos días, se dedica a asuntos particulares, normalmente defendiendo posturas encontradas en litigios de la nobleza. Al mismo tiempo, ofrece servicios como el que necesitamos. Pero le repito que me debe favores suficientes para que tome este asunto con la mayor diligencia. En cuanto a nuestras relaciones económicas, dejo el monto del presente a su discreción.

—No se arrepentirá, don Alonso —el rostro de Francisco mostraba una clara satisfacción—. Puede estar seguro.

Tras unos minutos de conversación intrascendente, el antiguo *Gigante* abandonó el caserón con una sonrisa en sus labios y una satisfacción interior imposible de enmascarar. Sabía que tan solo se trataba del primer envite, aunque creía haber salido airoso del mismo. Pensó en su hijo mientras la silla lo devolvía a la posada. Debía esperar las noticias de don Alonso en ella y confiaba en que no transcurrirían muchos días hasta recibir el importante recado.



3

Limpieza de sangre

Francisco Leñanza fue conducido por un mayordomo vestido con verde librea y doradas vueltas hasta un suntuoso despacho, que le pareció más propio de Su Majestad Católica. Pero no era la primera impresión recibida en aquella calurosa mañana madrileña, sino el colofón de una serie de sorpresas encadenadas que amilanaron su espíritu poco a poco, hasta sentirse pequeño de cuerpo y alma.

Cuando alcanzó, a bordo de su modesta silla, la dirección recibida con extraordinaria prontitud por don Alonso, la visión de la fachada del palacete situado en la calle del Arenal, formada con robustas piedras de sillería y un grandioso arco de entrada jalonado por dos grandes escudos nobiliarios, le cortó la respiración, como si se encontrara a las puertas del Palacio Real. Paseó, asombrado, por salones repletos de vetustos muebles, armaduras brillantes, tapices gigantescos y lienzos que representaban nobles figuras en tamaño natural. Sin embargo, fue la explosión de clase y grandiosidad del despacho personal de don Gaspar de Fontellanos, lo que estragó su ánimo de tal forma, que se sintió incapaz de respirar y temeroso de no poder articular palabra alguna.

La sala de trabajo particular del gran señor, con sus paredes forradas por una interminable y majestuosa librería, parecía desbaratar el ánimo del viejo galeote. Francisco elevó la mirada hacia el techo con recelo, para descubrir un artesonado de madera que le trajo a la mente el vivo recuerdo de la ermita de San León, donde peregrinara con su esposa años atrás. Se encontraba paralizado de cuerpo y alma sobre la madera que crujía suavemente al compás de sus pisadas, cuando escuchó una voz lejana y cascada que parecía surgir del cielo o, con mayor probabilidad, del infierno.

Por fin, con su vista acostumbrada a la penumbra que reinaba en la estancia, Francisco descubrió en una esquina, parapetado tras una mesa de colosales proporciones, la figura de un hombre pequeño y enflaquecido que lo miraba con descaro, mientras repasaba su figura con excesivo detenimiento. Don Gaspar se mantenía en pie, moviendo entre sus manos lo que parecía un descalcador de los usados por los calafates a bordo para sacar las estopas viejas de las costuras del buque, arma poderosa en manos de delincuentes, hasta comprender que lo utilizaba para destapar los sellos lacrados de los documentos. Volvió a escuchar su voz, ahora con mayor nitidez.

—Acérquese de una vez, buen hombre, o nos será difícil mantener una mínima conversación. El tono de mi voz no es ya lo suficientemente fuerte como para hablar a grandes distancias.

Extendía su mano con estudiada indolencia para ofrecerle un sillón de amplios brazos, enfrentado a él tras la mesa. Francisco se acercó amedrentado, intentando no forzar el ruido del entarimado, hasta llegar a su altura. Fue el momento en el que pudo comprobar que don Gaspar era de edad muy avanzada, entrado con holgura en la sesentena, cargado de hombros, y con una fina y puntiaguda perilla. Sin embargo, llamaba poderosamente la atención su más que prominente nariz, así como unos ojillos negros y minúsculos que parecían bailar sin descanso bajo las espesas cejas, alzadas como enhiestos espolones. Una peluca blanca e inmaculada, que debía ocultar una noble y generosa calva, dejaba caer los rizos hasta rozar sus hombros.

La última sorpresa de Francisco se produjo al comprobar que el anciano vestía un ligero batín de seda de color carmesí, que se suponía prenda más propia para la alcoba o la intimidad. Mantenía las amplias solapas ligeramente abiertas, con lo que dejaba traslucir una camisola blanca y bordada de las de dormir, ligeramente arrugada, como si hubiese saltado del lecho pocos segundos antes. Escuchó de nuevo la cascada voz, de tono cordial aunque con cierto deje autoritario.

—Por favor, tome asiento, señor... —Lo miró con evidente interrogación.

—Francisco Leñanza, señor Fontellanos, para servirle en lo que le haga menester —se arrepintió con rapidez del tono sumiso empleado que, sin embargo, pareció ablandar el rostro del gran señor.

—Pues usted dirá, don Francisco. Mi buen amigo Alonso Sanromán, hombre excesivamente inquieto pero muy inteligente, me ha pedido con extrema urgencia que lo reciba para un asunto de la mayor importancia y gravedad. Como comprenderá, mis ocupaciones no me dejan mucho tiempo libre, por lo que le agradecería que atacara el meollo de la cuestión sin preámbulos ni cortesías, que a nada conducen en estos casos. Le ruego sinceridad y precisión.

Francisco había calmado su espíritu lo suficiente como para recuperar su sabia cordura habitual. Buen catalogador de voluntades, llegó a la conclusión en pocos segundos que, tras el ampuloso ornato exterior del noble personaje, se encontraba un hombre codicioso en extremo, un hombre, después de todo, ávido de capital sin necesidad de investigar con meticulosidad su procedencia. Recordó que aquella conversación podía significar la ocasión excepcional y única que le permitiera coronar la difícil empresa acometida, por lo que se dijo que debía aprovecharla con valor y sabiduría. Se disponía a exponer su preparada alocución, cuando volvió a escuchar la autoritaria voz del anciano, que había tomado asiento entre gruesos almohadones, tras acomodarlos a su espalda.

—No se amilane por lo que observa a su alrededor, por mucho que se aleje de su entorno habitual. Según me adelantó don Alonso, el asunto que le trae a mi presencia está relacionado con su hijo que, según parece, sufre la juvenil enfermedad de la aventura y desea correrla en unidades de la Real Armada. Por esa razón le habrá dirigido a mí, ya que he trabajado algún tiempo en esa Secretaría y me considero experto en los temas navales.

—En efecto, don Gaspar, así es —Francisco se sorprendió de la seguridad con que brotaban sus palabras—. Como soy bastante ajeno al tema marineroy deseo lo mejor para mi muy querido hijo, acudí a don Alonso con objeto de que encaminara mis pasos adecuadamente en la espesura de nuestra administración. De esta forma he llegado hasta vos, y le agradezco por adelantado que me conceda parte de su valioso tiempo. Pero como asegura que desea claridad, y suelo ser franco y directo en mis asuntos, le diré que pretendo que mi primogénito ingrese en la Real Armada como guardiamarina.

—¿Cómo guardiamarina ha dicho? —Parecía sorprendido aunque no en exceso—. Es ese un empleo de categoría, la puerta que abre la carrera de los oficiales en la Armada. Pero le adelanto que no se trata de tarea fácil. ¿Tiene usted conocimientos sobre dicha Compañía?

—No, señor. Solo sé, de oídas a lo largo de mis viajes, que para entrar en la Real Armada por la puerta grande, debe hacerse con ese empleo.

—Y tiene razón, sin duda. Hay otras formas, desde luego, pero, como dice, ese es el método que más garantías ofrece, aunque presente sus dificultades. Antes de discutir cualquier detalle, me gustaría informarle al respecto, para que calibre su petición en la justa medida —se retrepó en su sillón, a la vez que juntaba sus manos, como si se propusiera elevar respetuosa súplica al Altísimo—. La Real Compañía de Guardiamarinas fue fundada en 1717 en Cádiz, de alguna forma sucesora de los Guardias de Estandartes de las Galeras —don Gaspar no percibió un ligero respingo en el rostro de Francisco, al escuchar el nombre de aquellos inolvidables bajeles—. Fue una obra más del gran Patiño, don José, que tanto hizo por la Real Armada, su verdadero impulsor y hasta creador diría yo. Como bien decía su fundador, la Real Compañía debe estar compuesta por toda la rancia nobleza de España, un conjunto de mozos de grata presencia, pulcras maneras y bien vestidos. Para su conocimiento le diré que las plazas de guardiamarina se proveen por nombramiento Real, mediante Carta-orden firmada por el Secretario del Despacho de Marina, siendo indispensable este requisito, así como la posterior comprobación documental —Francisco creyó atisbar una especial entonación en esta última palabra— de las calidades exigidas para formar asiento al cadete.

Don Gaspar se ofreció un ligero descanso, sin dejar de mirar fijamente a los ojos de Francisco, como si estuviese calculando las posibilidades de aquel hombre de tosca apariencia, anticuada vestimenta, aunque fuerte como un toro. Ante su silencio, continuó lo que se conformaba como un monólogo del que el viejo galeote no pensaba perder una sola palabra.

—Esas calidades de los aspirantes a sentar plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas que le he mencionado, quedaron determinadas en las Ordenanzas de 1748. En principio se pretendía que la Real Compañía estuviese constituida por la principal nobleza del reino, desde los Grandes y Títulos, pasando por los caballeros de más o menos alto linaje, esclarecida prosapia y opulento mayorazgo, hasta los

simples hidalgos de limpia ejecutoria y escasa hacienda, moradores en algún lugareño y humilde aunque noble solar. Es cierto que no faltan en las listas de la Real Compañía apellidos ilustres ni títulos del reino aunque, con sinceridad, abundan mucho más segundones de solariega estirpe, hijos de militares y funcionarios civiles de cierta categoría, incluso mozos extranjeros, especialmente italianos, procedentes de estados bajo nuestra influencia.

Francisco no se sentía empujado por aquella noble enumeración de condiciones tan lejanas a su querido *Gigante* sino que, por el contrario, encontraba adecuado a sus fines el camino que aquel astuto vejete seguía. Dejó continuar a su interlocutor, sin mover un solo músculo de su cara.

—Aquel que obtenga el derecho de sentar plaza o despacho de guardiamarina, deberá presentarse en su Compañía en el plazo de cuatro meses y exhibir al mismo tiempo la justificación de su nobleza, consistente en información hecha por orden y ante la justicia de la ciudad, villa o lugar en que estuviese radicada su familia, con deposición de sujetos fidedignos de haber conocido a sus padres y abuelos en estado noble, sin oficio ni ejercicio que no fuese adecuado a su calidad, es decir, ausencia de oficios manuales —ofreció una sonrisa en su explicación, a la vez que observaba las callosas manos de Francisco—. De todo ello se deberán agregar copias auténticas —otra vez la especial entonación en sus palabras, según creyó vislumbrar el sencillez castellano— de instrumentos fehacientes de la distinción, méritos y dignidades de su casa. Es lo que se suele denominar, de forma coloquial, como expediente de limpieza de sangre del aspirante.

Una nueva pausa en aquel ir y venir al que Francisco se había acostumbrado. Sus sentimientos se debatían entre la imposibilidad del envite que intentaba forzar y la promesa que ofrecían aquellas variantes entonaciones en la voz del codicioso noble.

—Con los documentos expresados deberá presentarse la partida de bautismo, como prueba de la legitimidad de su nacimiento, así como la edad del aspirante, que deberá oscilar entre los catorce y los dieciocho años, salvo excepciones que, entre usted y yo, son muchas, ya que he podido observar algunos aspirantes a guardiamarina que más debían recibir el biberón que las armas. A todos esos requisitos hay que añadir la condición de que los mozos sepan leer y escribir, que no padezcan imperfección corporal notable o parezcan indecentes, fatuos o rudos en su traza personal. Sin embargo, he de reconocer que existen caminos alternativos para el ingreso en la Compañía, como la pertenencia a determinadas órdenes militares, aunque pueden ser más complicados todavía.

Parecía haber llegado al final de su exposición, una exposición que, en opinión de Francisco, debía haber preparado aquella misma mañana, para ser capaz de recordar con tanto detalle las calidades y condiciones exigidas. A pesar de la aparente indolencia y dejadez que mostraba en el tema a tratar, estaba seguro que don Gaspar había estudiado su caso con minuciosidad. Sin embargo, decidió mantenerse en silencio, esperando la formulación definitiva que debía llegar tarde o temprano.

—Creo que he expuesto con claridad las condiciones para ingresar en la Real Compañía de caballeros guardiamarinas. Como puede comprobar, don Francisco, son muchas y variadas, pero con una fundamental e ineludible a su cabeza. El aspirante debe presentar nobleza de sangre en sus cuatro apellidos. No crea que intento desanimarlo ni se ofenda por mi sinceridad si le digo que, a pesar de su aspecto de fortaleza, bondad y honradez, quedan bastante lejos sus atributos familiares como para alcanzar en su hijo la petición que eleva.

Francisco creyó llegado el momento. En verdad, conforme escuchaba el monólogo preciso y esclarecedor, estaba seguro de que la extensa exposición alcanzaría un desenlace parecido, para el que estaba preparado. Sin embargo, sintió un ligero temor, una leve indecisión en dar el paso que había trazado con detenimiento. Sabía que no era noble por familia o condición, desde luego, pero la vida le había enseñado lo suficiente para calibrar a las personas con las que trataba, independientemente de sus teóricos atributos personales. Con estudiada lentitud, llevó su mano hacia la camuflada faltriquera. Por fin, extrajo una pesada bolsa de tafetán rojo, anudada en lazo por su parte superior. La sopesó antes de iniciar el movimiento y depositarla sobre la mesa, sin mirar el rostro de su oponente. La dejó caer sobre el tapete verde, con lo que el sonido metálico producido por las monedas al chocar entre ellas se hizo audible. Volvió a retrepase en su sillón, a la vez que elevaba la mirada con decisión.

Don Gaspar se mantuvo en quietud durante unos tensos segundos que parecían alargarse sin fin. Francisco comenzó a sufrir dudas e inquietud, sabedor de que en aquellos momentos se jugaba el futuro de su hijo. Elevó una muda plegaria a Nuestra Señora de Valdelagua, como aquellas que dirigiera en tantas ocasiones durante las terribles noches sufridas a bordo de la galera *Santa Bárbara*. Por fin, el anciano alargó su mano como si llevara a cabo un esfuerzo penoso, para arrastrar la bolsa hasta su altura. En silencio y con la mirada perdida la sopesó en su mano, antes de recorrer el lazo y comprobar a ojo su contenido. Su rostro se mostraba más inexpresivo que nunca cuando dejó escuchar su voz.

—Siento comunicarle, señor Leñanza, que con esta cantidad, nada despreciable por cierto, apenas cubriremos las necesidades legales...

Francisco no le permitió acabar la frase. Mantuvo la codiciosa mirada con decisión, mientras explicaba con poderosa voz.

—Tendrá otra bolsa con la misma cantidad, cuando mi hijo siente plaza de guardiamarina en la Real Compañía. Como usted dice, se trata de una suma nada despreciable. Don Alonso le puede informar de la veracidad de mis promesas, aunque si lo considera necesario, puedo firmarle...

—Por favor, don Francisco, este es un trato entre caballeros y me sobra con la palabra dada —ahora se ampliaba su sonrisa con exagerada medida, a la vez que deslizaba la bolsa en el cajón central de la mesa con extrema diligencia—. Pero debo informarle con detalle de los pasos que deberemos dar para conseguir el fin

pretendido, un fin que, estoy casi seguro, podremos alcanzar si sigue mis indicaciones al pie de la letra.

—Puede estar seguro que las seguiré sin salirme de ellas un solo suspiro.

—Debo advertirle, de entrada, que serán necesarios sacrificios por su parte. No me entienda mal —había observado un gesto en la cara de Francisco—, no me refiero a sacrificios económicos sino, más bien, de índole moral.

—¿De índole moral? No le comprendo.

—Se lo explicaré en pocas palabras, señor mío. Su hijo se llama, si no me equivoco, Francisco Leñanza. ¿Cuál es su segundo apellido?

—Martínez.

—Bien. Según tengo entendido son naturales de Fuente... —Tomó una pequeña nota de papel que se encontraba junto a su mano, utilizando una especie de monóculo en su lectura—, Fuentelahiguera de Albatages. No crea que no me costó encontrar este nombrecito en el mapa. Por desgracia para nuestra empresa, no es solar de ninguna casa noble. En resumen, que deberemos convertir a su hijo primogénito en don Francisco de Asís Jerónimo Pascual de Leñanza y Martínez de los Cobos, natural de... —Se acarició la perilla mientras parecía pensar en diferentes posibilidades—, natural de Alburquerque, San Juan de Berbio, Valtierra, Garzaín, Castropol o del Burgo de Osma.

—No le comprendo —el rostro de Francisco expresaba su sorpresa ante tal información—. ¿Natural de todas esas localidades? No conozco ninguna, ni siquiera la provincia, partido judicial o diócesis a las que pertenecen.

—Eso no importa para nuestro negocio. Escogeré, en su momento, la que considere más adecuada. Es preferible algún lugar de tamaño medio o pequeño, abundante en casas solariegas y, lo más importante, donde pueda disponer de fieles colaboradores que testifiquen en su favor lo que sea menester. ¿Me comprende ahora?

—Sí. Ya entiendo.

—Bien. Esa conversión es la que puede producirle algún sacrificio moral. Supongo que ama a su hijo con extrema ternura, dado el celo que impone a esta empresa. Pero si lo quiere ver de caballero guardiamarina en la Real Armada, deberá renunciar a él.

—¿Renunciar a él? ¿Por qué? —Le brotó del alma la pregunta.

—Es más sencillo a todos los efectos demostrar su orfandad, sin posibles testigos de sangre, así como el mantenimiento posterior de su imagen. Además, y perdone mi sinceridad, su presencia o la de sus familiares en cualquier acto oficial de la Real Armada desmerecería..., no sé cómo decirlo..., no se ofenda...

—Le comprendo perfectamente —Francisco respondió con rapidez aunque sentía cómo se cerraba un nudo en su estómago, hasta producirle un intenso dolor—. Estoy dispuesto a ceder en cualquier cuestión que considere necesaria por el bien de mi hijo. Se hará todo como usted diga.

—Es usted un buen padre, de eso no hay duda. Y supongo que el mozo lo merece.

—Mi hijo es trabajador, inteligente y honesto. Y le aseguro que no le habla un padre apasionado. También supondrá un esfuerzo por su parte esa condición familiar que se le exige. No creo que exagere al asegurarle que nos une un profundo y sincero cariño.

—El que algo quiere, algo le cuesta, señor mío. Pero viene a cuento su descripción. Asegura usted que su hijo es trabajador, inteligente, honesto y cariñoso. Falta un detalle de la mayor importancia.

—Ha tenido un buen profesor. Sabe leer y escribir con soltura, las matemáticas se le dan bien. Dedicar mucho tiempo a la lectura.

—No me refería a eso. Hemos de convertirlo en Francisco de Asís de Leñanza y Martínez de los Cobos, es decir, en un caballero.

En este punto Francisco guardó silencio. Se imaginó la figura de su hijo, con sus ropas de misa y comunión en aquel distinguido salón, sintiendo pena y dolor.

—Antes de que dispongamos de la Carta-orden firmada por el Secretario del Despacho de Marina, para el correspondiente nombramiento Real, cuya documentación me encargaré de tramitar personalmente, deberemos convertir a Francisco en un auténtico caballero. Deberá hablar, vestir, moverse, reaccionar y divertirse como tal. Incluso debe ser suelto en la danza, la esgrima y la equitación. En resumen, necesita un aprendizaje urgente porque, según creo, cuenta con dieciséis años. ¿No es así?

—Recién cumplidos, don Gaspar.

—¿Y presenta sus trazas? Quiero decir si es corpulento como usted.

—Yo diría que algo más —se sintió orgulloso al recordar la estampa de su hijo—. Es fuerte como un toro. Por esa razón le apodamos *Gigante*.

—Tendrá su parte positiva en el combate aunque, normalmente, los caballeros de hoy en día, para nuestra desgracia, son más bien enfermizos, apocados y debiluchos. Pero no se preocupe. Todo se arreglará. Deberá enviarme su hijo en un par de semanas. Cuanto antes, mejor.

—¿Enviárselo? ¿Adónde?

—Dónde va a ser. A la Corte, por supuesto. Lo pondré a cargo de don Melchor de Estiarte, un caballero arruinado y con muchas deudas a sus espaldas, algunas contra mi persona, por desgracia. Pero se ha convertido, por necesidad, en un prestigioso preceptor. Hará de él un perfecto caballero en un tiempo récord, no lo dude. Es un experto en ese tema y le adelanto que no es la primera vez que recibe un encargo de este tipo. Ahora bien, si su primogénito come con holgura y apetito, le sugiero que le envíe comida y productos de su tierra de forma periódica y generosa, porque en casa de su protector comerá poco y mal.

Con aquellas palabras, don Gaspar parecía dar por finalizada la entrevista. Con estudiada parsimonia, guardó en un cajón las hojas esparcidas por la mesa. Francisco se removió inquieto en su asiento, hasta que se decidió a preguntar.

—¿Eso es todo? ¿No debo hacer gestión alguna? ¿No necesita partida de

bautismo u otro documento?

—Por favor, don Francisco. ¿Es que no lo ha comprendido? Toda la documentación que le acompañará a la Escuela Naval, será..., digamos que convenientemente preparada. Partida de bautismo del mozo y antepasados, expediente de limpieza de sangre y todo lo demás será primorosamente elaborado por mis colaboradores, con todos los sellos y certificados oficiales. Como le decía, en Osma tengo muy buenos amigos, que jurarán y darán fe de todo lo que les solicite, aunque es posible que me decida por otra localidad. Pero no se asuste que no es empresa tan complicada, cosas más difíciles he llevado a cabo. Por cierto, que su hijo deberá visitar, en su momento, el lugar que le asignemos de origen, no sea que desconozca la villa y región de su nacimiento —forzó una risita un tanto ridícula—. Vuelva a su casa y diga a su hijo que será caballero guardiamarina, si trabaja duro en casa de don Melchor. Si el joven se exige el empeño suficiente, en dos o tres meses se encontrará listo y preparado.

Francisco continuaba clavado en su sillón. Diferentes sentimientos recorrían su alma y todos ellos le producían una tristeza infinita. Se imaginaba a *Gigante* ricamente vestido con casaca, pasando a su lado sin dirigirle la mirada. La voz de don Gaspar lo devolvió a la realidad.

—Será duro, don Francisco —ahora hablaba con seriedad y cierto tono de tristeza en su voz—. Pero merecerá la pena, no lo dude. Su hijo irá a la mar como un caballero y si la suerte y el valor le acompañan, podrá llegar muy alto en los puestos de la Armada. Además, saltará el escalón social que tantos anhelan para sus descendientes. Incluso le será posible casar con dama de noble cuna. No podrá haber empleado mejor sus monedas de oro.

Pocos minutos después, Francisco alcanzaba, abatido de cuerpo y espíritu, la entrada de la posada *La Fronda*. A pesar de que la entrevista no podía haber sido más beneficiosa para el propósito buscado, y que debería encontrarse en aquellos momentos exultante de alegría al comprobar la viabilidad de su proyecto, una tristeza infinita había anidado en su pecho con desmedida fuerza. Comprendía que don Gaspar tenía razón pero, sin duda, el precio a pagar sería muy alto, tanto para él como para Manuela, su abnegada mujer que también quería con pasión a su hijo.

Por fin, decidió que se merecía un apetitoso y abundante almuerzo, regado con aquel excelente vino del Arlanza y no pensar, de momento, más que en la parte positiva de la gestión. Para conseguirlo, imaginó a su hijo, a su querido *Gigante* luciendo las charreteras de los oficiales en el alcázar de un poderoso navío de tres puentes. Sin embargo, a pesar de tan fastuosa expectativa, no pudo evitar que unas lágrimas rodaran por sus mejillas.



Aprendizaje de caballero

Tuve conocimiento de las gestiones llevadas a cabo por mi padre en Madrid, a los dos días de su regreso a casa. Aunque, como pude comprobar más tarde, le costó un penoso esfuerzo decidirse, acabó por narrarme las dos entrevistas, en especial la mantenida con don Gaspar de Fontellanos. Debieron ser duras aquellas horas en las que dudaba la forma de abordar el tema conmigo, para no producirme un choque emocional demasiado grande ya que, después de todo, para él seguía siendo un niño que deseaba convertirse en un hombre. Fue una larga conversación que comenzó con inusitada alegría, al escuchar la decisión tomada, y que, sin embargo, llegó a su término con lágrimas en mis ojos al conocer las condiciones de la misma. Intentó dulcificar los hechos al observar la tristeza reflejada en mi cara, aunque bastaba una sencilla mirada a la suya para comprender la realidad del futuro al que me veía abocado.

En un principio, intenté rebelarme ante una decisión que parecía definitiva, por mucho que hubiese sido yo quien la provocara al exponer mis anhelos. Y no se trataba de evitar el dolor en los seres queridos tan solo, sino por obligarme a renunciar a mis verdaderas raíces y a las personas que significaban todo en mi vida. Sin embargo y para mi sorpresa, fue mi padre quien me convenció con sabios argumentos.

—Mira, Gigante, hijo mío —volvió a tomarme por el hombro con cariño, como tantas otras veces, mientras paseábamos por la viña del cerro que verdeaba esplendorosa en aquellos primeros días de mayo—. Te aseguro que no pensaba que el camino a seguir tomara derroteros tan duros y extremos. He pensado mucho sobre ello en los dos últimos días, consciente del sacrificio que supondrá esta empresa, tanto para ti como para el resto de la casa. Sin embargo, has de comprender que se te abre una ocasión única que, posiblemente, no se vuelva a presentar a nadie más en la familia.

—Ya lo sé, padre. Pero no quiero cortar de cuajo lo que ha sido mi vida hasta hoy, hogareña y feliz a vuestro lado. Ahora siento haberle expuesto mis más escondidos deseos, que han provocado esta situación. Con toda sinceridad, creo que me remordería la conciencia durante toda mi existencia si aceptara esas condiciones.

—No digas eso. No sabes los vuelcos que nos trae la providencia sin anunciarlos. Hay momentos en los que la vida nos acaricia y besa con amorosa ternura, mientras en otros te sentirás fustigado por ella con saña. Ten en cuenta que más duras serán esas condiciones para tu madre y para mí, y las aceptamos con orgullo por tu futuro y por tu bien. Hemos tenido la suerte de acceder a la persona adecuada en el momento

oportuno y, por qué no decirlo, con fortuna suficiente en la bolsa para acometer la empresa. También creo que darás la talla en todos los sentidos, un factor indispensable que me ha inclinado a llevar a cabo las gestiones.

Me emocionaba la expresión grave y entristecida de su rostro, mientras elevaba la mirada en la distancia. Sabía que era momento de callar.

—No olvides que serás tú el encargado de engrandecer esta familia. No sabemos lo que el futuro puede brindarnos de su mano en cada momento. Hasta es posible que no solo eleves tu persona a un nivel social inalcanzable a nuestros ojos, sino que pueda redundar en el bien de todos. Además, el simple hecho de imaginarte uniformado de oficial en un navío de la Real Armada, parece redimir por completo aquella etapa de mi vida que bien conoces y que, todavía hoy, aparece en mi cerebro con dantescas y terribles escenas que no soy capaz de olvidar.

Volví a refugiarme en su pecho. Dejé que las lágrimas corrieran por mis mejillas en absoluta libertad, una relajación que no recordaba haberme concedido en muchos años. Mi padre me apretaba contra él, posiblemente para evitar que comprobara cómo las suyas manaban en la misma forma.

Aunque sea difícil de creer, acepté el futuro que se me ofrecía, más por aquel hombre a quien tanto amaba que por mí. Ya sé que algunos malintencionados pensarán que renuncié a la familia de forma egoísta, por granjearme una posición como no podía soñar semanas antes. Pero no es así y en estos momentos que escribo mi vida enganchado a los recuerdos, no sería conveniente para el bien de mi alma faltar a la verdad.

A partir de aquel momento, mi vida tomó una aceleración inesperada y vertiginosa, como si todo lo que sucedía alrededor de mi persona debiera llevarse a cabo a endiablada velocidad, apremiado noche y día ante el riesgo de perder la meta que siempre se alejaba más y más. Y no crean que esta sensación fue pasajera o fugaz, sino que se aferró de tal forma a mi alma, que se extendió a lo largo de los muchos años de servicio activo en la Armada.

El momento de la despedida supuso, sin lugar a dudas, la experiencia más triste y dolorosa que he padecido en mis muchos años de existencia. Aunque intentábamos esconder tras falsas sonrisas y destempladas bromas la pura y simple verdad, acabé por refugiarme una vez más en los brazos de mis padres, para dejar caer unas lágrimas que debieron secar la fuente, porque no volvieron a brotar nunca más, y debo declarar que he tenido momentos de gran tristeza a lo largo de mi vida.

Como años más tarde comprendí, mi padre, sabiamente, decidió no acompañarme a la Corte y dejarme volar en libertad desde el primer momento. Vestido con mis mejores galas, preparadas en tiempo récord por la mejor sastresa del pueblo, subí a la carretela encargada para el traslado. Y no solo marchaba con las mudas obligadas y los adecuados consejos en mi mollera, sino con buena bolsa de monedas en la faltriquera y dos cajas de comida capaces de alimentar la familia en varias semanas. La última visión que recuerdo de aquel día fue la estampa de mi padre, que tomaba

por el hombro a aquella buena mujer que me trajo al mundo, una estampa que se quedó grabada en mi cabeza durante mucho tiempo y que todavía hoy, con los recuerdos empañados por el paso de los años y la agri dulce nostalgia, veo con nitidez al cerrar mis ojos.

Salí del pueblo en silencio, un silencio que me acompañó durante mucho tiempo. Tan solo al subir el pequeño cerro que llaman de San Telmo, saqué la cabeza por la ventanilla y miré hacia atrás. Fuentelahiguera de Albatages me pareció pequeño en la distancia. Descubrí el tejado de mi casa, imaginando los rostros de dolor en mis seres más queridos. Pero ya mis lágrimas estaban secas, por mucho que ese mismo dolor anidara en mi pecho con desmedido arrebató. Respiré hondo y con detenimiento varias veces, mientras me acolchaba en el asiento. Era consciente que un nuevo y desconocido mundo, pleno de posibilidades pero también de desconocidos peligros o asechanzas, se abría inesperadamente gracias al esfuerzo y entrega de mi padre. Juré solemnemente que haría honor a su generosidad y nunca lo defraudaría.

* * *

Llegué a la Corte en los primeros días del mes de mayo de 1781. Recuerdo con extrema desazón mis primeros momentos en la villa madrileña o, con mayor exactitud, en la casa de mi preceptor. También aparecen frescas en la memoria las primeras palabras que don Melchor de Estiarte me dirigió con indudable desprecio al presentarme a él.

—¿Qué me traen aquí? ¿Trabaja usted con un grupo de comediantes, muchacho?

—¿Comediantes? No le comprendo, señor.

—Lo digo por su vestimenta, más propia de un cómico de feria que de alguien que pretende ser un caballero —giró a mi alrededor, con evidentes muecas de desagrado—. Soy un gran preceptor, el mejor de esta noble villa posiblemente, pero don Gaspar de Fontellanos ha debido olvidar que los milagros deben buscarse en las iglesias y monasterios. Hacer un caballero de un garañón como usted es, sencillamente, una imposible quimera.

Podrán comprender que, desde el primer momento, sintiera por aquel personaje un profundo desagrado que, con el paso de los días, se fue endureciendo hasta convertirse en un odio feroz e irrefrenable que enturbiaba mi mente. Ya en aquellos primeros momentos debí apretar los puños al escuchar sus palabras, como tantas otras veces mientras estuve a su cargo, para no romper su remilgada cara en mil pedazos. Pero la verdad es que tenía razón en aquella su primera opinión sobre mi persona, al observar mis humildes prendas: jubón arcaico, calzas demasiado abombadas, una generosa capa roja que llamaba mi atención con orgullo, así como el chambergo de anchas alas que desentonaba con mi edad y estatura. Como les digo, odié con todo mi corazón a aquel pajarraco, así lo mencionaba en mis pensamientos, aunque hube de reconocer muy pronto que era excelente en su materia y que hizo conmigo un trabajo

extraordinario.

Era don Melchor hombre de unos cuarenta años, generosa estatura, extremadamente delgado y con un bigote encanecido de largas y retorcidas guías. Vestía con elegancia, extremo este que por entonces desconocía. Aunque se notaran sus prendas algo raídas por el uso, mantenía día a día, en cualquier hora y situación, perfectamente encuadrados su casaca, chupa, calzas, medias de cuadrillo y unos pequeños zapatos de punta roma, con tacón de madera de escasa alzada y orejilla hebillada. Cuando andaba por el entarimado de los salones parecía flotar en el aire como una mariposa, a la vez que movía sus brazos y manos con exagerada afectación, rayana en la femineidad.

Su voz cambiaba de entonación de forma continua, para pasar del susurro bondadoso al grito desgarrador y grosero en cuestión de segundos. De permanente mal humor, no le escuché jamás una palabra afable o cualquier felicitación por mi buen comportamiento, hasta el día de nuestra despedida.

La vivienda que fue mi casa o prisión durante cuatro largos meses, un período de tiempo que se extendió como una eternidad, se asemejaba a un palacio destartado y abandonado, situado en la carretera de Vicálvaro. No me encontraba exactamente en la villa madrileña sino en sus entornos. Se trataba de una herencia paterna, mantenida sin cuidado alguno en los últimos años, salvo el plumero espolvorador que una vieja sirvienta, Atanasia, pasaba de tarde en tarde con poca convicción, así como los escasos cuidados de Florián, el quisquilloso mayordomo con muchos quinquenios sobre sus cargadas espaldas. La economía del señor no daba para más detalles o servicios.

La comida de la que disfruté en aquel período, tal y como mi padre había anunciado, era escasa de cantidad y pésima de calidad, obra de una joven y rolliza cocinera que, como pude comprobar, dedicaba más tiempo al lecho de su señor que a la faena de perolas y fogones. Por fortuna, me mantuve gracias a las viandas familiares que regularmente recibía, a pesar de lo cual noté cierta pérdida en mis carnes. De todas formas, echaba de menos los pucheros humeantes de mi casa, las gachas de harina, los estofados y, de forma muy especial, los sabrosos guisos de matanza.

Sin embargo, debo reconocer una vez más que don Melchor efectuaba su trabajo con abnegado celo y planificada precisión. Al día siguiente de mi llegada, apareció un sastre de tamaño ridículo, un alfeñique de aspecto cómico, que tomó las medidas de mi cuerpo para vestirme como era debido, según palabras del odiado preceptor. Y desde el primer momento, seguí en aquella prisión un horario agotador que jamás fue variado o interrumpido por causa alguna, salvo los domingos a partir de la ceremonia de la misa, a la que asistía con quien se había convertido en mi dueño y señor. Era en aquellas tardes festivas cuando podía dedicarme a sestar, leer en libertad o escribir a mis padres para descargar mis penas, por mucho que mintiera de forma descarada sobre la realidad de mi vida, para no depositar más tristezas sobre sus hombros.

Cada día me despertaba Florián, el caduco y desabrido mayordomo, a las seis de la mañana. A partir de ese momento y tras una ligerísima colación que consistía en un vaso de leche tibia, comenzaba mi agotadora jornada de trabajo. Don Melchor no olvidaba ningún aspecto de las cualidades que un caballero debe poseer y, más importante, demostrar en público. He de reconocer que me enseñó, como si se tratara de un niño recién nacido, a hablar, a moverme con soltura y elegancia, a gesticular, a reír y hasta la forma en que debía mostrar mi desagrado o afectación. También desde el primer momento me dejó muy claro que no probaría bocado en su mesa, si no me conducía en ella de acuerdo a sus directrices, excesivas y complicadas.

Pero mi formación cubría otras muchas y diversas áreas como el estudio de las letras y ciencias en todas sus vertientes, el idioma francés, la esgrima, el tiro con pistola y carabina, la música y su concepción, la danza al uso, un aspecto que me repugnaba porque el mismo don Melchor representaba el papel de dama, los juegos de cartas, y un sin fin de materias que me hicieron tropicar y debatirme en la desolación. Durante muchas semanas llegué a considerar seriamente que era demasiada carga para mí aquella instrucción, y que jamás conseguiría alcanzar la cota deseada.

Era todo tan negativo en mi aprendizaje que hasta en el arte de la equitación, materia en la que me creía docto, ya que cabalgaba con soltura desde mi más tierna infancia, recibí duras reprimendas y un nuevo adoctrinamiento. De esta forma, a últimas horas de la tarde, cuando me sentaba en la mesa del comedor para tomar la triste e insípida sopa que conformaba la cena, me sentía tan agotado que, a veces, ni siquiera disponía de fuerzas para cubrir mis necesidades físicas con las ricas tajadas de cecina, tocino y embutidos que mantenía a buen recaudo en mi alcoba.

Pero como he sido despierto de entendederas a lo largo de toda mi vida, pronto comprendí que me iba convirtiendo en otra persona, por mucho que no me alcanzara todavía el convencimiento de que me gustaba aquel cambio. También es cierto que me dediqué en cuerpo y alma a todo lo que se me ordenaba o recomendaba, hasta caer a veces rendido por el sueño sobre algún libro de estudio. En la tercera semana comenzó también el tiempo dedicado a mi aspecto personal, uno de los puntos fundamentales según mi preceptor. Y no se trataba solamente del uso de las diferentes vestimentas, sino también del correcto empleo de las pelucas, pañuelos, gorros y sombreros, polvos y el cuidado de mis callosas manos que acabaron suaves y sonrosadas como las de una niña recién nacida.

Llegó un día, entrados ya en el tercer mes de instrucción, cuando, como iluminación divina e inesperada, me creí convencido de dominar todas las materias que conformaban mi enseñanza. Pero don Melchor se encargó de demostrarme en pocos segundos mi gran error e ignorancia, en aquella tarea suya de desmoralización permanente que utilizaba. Era en los momentos de euforia y confianza, cuando me espetaba las más groseras frases y denigrantes adjetivos, que me hacían cerrar los puños con fuerza y tragar saliva por garganta cerrada. Pero algo de razón tenía en

aquella apreciación, pues el cuarto mes fue muy llevadero y ya me veía crecido en mi persona, un sentimiento que me halagaba dulcemente. Incluso llegué a desear que me observaran mis padres metido en faena, para sentir un legítimo orgullo por su hijo.

De todas formas, es posible que el peor sentimiento adherido a mi alma en aquellos días fuese el de la incógnita que se presentaba como futuro. Me debatía en la más absoluta desinformación, como si la estancia en aquel arruinado palacete fuera a convertirse en mi eterna prisión. Don Melchor se negaba sistemáticamente a comunicarme cualquier calendario previsto, y tan solo respondía con aquella maldita y repetida frase: *Le queda mucho a usted para dejar de ser un garañón de pueblo*. Por esa razón fue mayor mi sorpresa cuando una tarde, en los primeros días del mes de septiembre, que recuerdo lluviosos y fresquitos, reclamaron mi presencia en el salón recogido que hacía las veces de escritorio personal.

Me apresuré como siempre para evitar la cotidiana reprimenda. Para mi sorpresa, junto a mi tutor se encontraba un anciano señor cargado de hombros, baja estatura y extremadamente delgado. Llamaba la atención su desmedida peluca, con rizos amplios que alcanzaban los hombros, una moda ya en desuso. Al escuchar mis pasos, se giró hasta enfrentarse a mí. Sin abrir la boca y a la vez que inclinaba suavemente su cabeza, me dirigió una sonrisa benevolente, mientras repasaba con todo detalle mi persona. Pareció complacido por la inspección y así lo entendí al escuchar las palabras que le dirigía al dueño de la casa.

—A primera vista, parece que ha hecho usted un trabajo magnífico, Melchor. Un trabajo excelente, como siempre.

—He de reconocer que no ha sido tarea difícil, porque el joven tiene madera y ha puesto todo de su parte y mucho más. Le aseguro que jamás tuve un alumno tan dedicado, trabajador y tenaz, unas virtudes que no sobran en nuestra nobleza.

—Tiene razón, amigo, mucha razón.

Por primera vez en los cuatro meses de lucha y trabajo, mi exigente preceptor me dirigió una sonrisa y una mirada bondadosa, una concesión que costaba creer como cierta y me tomó desprevenido. Por el contrario, esperaba una frase vejatoria, de las habituales en su trato diario. Creo que fue ese el momento en el que dejé de odiarlo para convencerme, en pocos segundos, que aquellos meses de insultos y trato despiadado habían sido necesarios y encaminados a formarme del modo más adecuado. El vejete se dirigió a mí por fin.

—Encantado de conocerle, señor de Leñanza.

—Lo mismo digo, señor...

—Fontellanos. Gaspar de Fontellanos. Soy un amigo de su padre.

Recordé el nombre mencionado por mi progenitor en aquella lejana y triste mañana. Aquel era el hombre que, según mis datos, disponía de la llave para mi futuro, si era fiel al trato sellado.

—En efecto. Mi padre me habló de usted en elogiosos términos.

—Me alegra escuchar esas palabras. Supongo que le habrán sido duros y

trabajosos estos cuatro meses.

—En efecto. Pero creo que he dispuesto del mejor preceptor de la Corte y merecía la pena el esfuerzo —estas palabras salieron de mi boca sin premeditación, por lo que fui el primer sorprendido al escucharlas.

Los dos hombres sonrieron complacidos. Me sentía nervioso porque era consciente de que aquella visita debía presentar, sin duda, un significado importante. Las repetidas sonrisas de mi instructor, así como sus positivos comentarios, parecían dar por terminado su trabajo, con lo que mi futuro podía abrirse en cualquier momento, en una dirección que todavía desconocía. Don Gaspar pareció comprender mis dudas, al observar mi rostro.

—Tiene razón en lo que piensa, don Francisco. Podemos dar por finalizado su adiestramiento como caballero, sencillamente porque ya lo es. Asimismo, deseo felicitarle porque ha conseguido en cuatro meses lo que muchos no llegan a conseguir en toda una vida. Don Melchor me ha hablado de su trabajo y observo con placer el resultado. Como puede suponer, su padre se sentirá orgulloso de usted.

No sabía lo que debía responder, así que seguí las instrucciones tantas veces repetidas por mi mentor, el hablar en demasía, hace envilecer las palabras del auténtico caballero, y me limité a expresar mi agradecimiento con brevedad.

—Le agradezco sus inmerecidas palabras, señor de Fontellanos.

Volvió a aparecer la sonrisa de satisfacción en su rostro, a la vez que tomaba de la mesa una carpeta de piel negra, que ostentaba un escudo dorado en su tapa. La abrió con parsimonia, hasta sacar de ella unos documentos.

—Debo darle la enhorabuena no solo por su trabajo bajo la tutela de don Melchor sino, mucho más importante todavía, porque Su Majestad nuestro Señor, don Carlos III, cuya vida Dios guarde muchos años, ha tenido a bien, don Francisco de Asís Jerónimo Pascual de Leñanza y Martínez de los Cobos, de concederle el privilegio de sentar plaza como caballero guardiamarina en la Escuela Naval de Cartagena, donde deberá presentarse en el plazo máximo de cuatro meses. Aquí tiene la correspondiente Carta-orden, firmada por el Secretario del Despacho de Marina.

Me alargó el documento apergaminado, que tomé entre mis manos sin atreverme a leerlo. Comencé a sentir un hormigueo vertiginoso por todas las partes de mi cuerpo, una extraña y maravillosa sensación difícil de explicar con palabras. Pero ya continuaba don Gaspar.

—Asimismo, le hago entrega de los documentos que justifican la nobleza de sus cuatro apellidos, por medio de los justificantes levantados ante la justicia a petición de sujetos fidedignos, rigurosamente compulsados de partidas originales y declaraciones de favor, dado su caso de orfandad, en su lugar natal de San Juan de Berbio, parroquia de la provincia de Oviedo y concejo de Piloná. Estos documentos deberá ofrecerlos en el momento de su presentación para su inspección y posterior asiento —elevó la cabeza en mi dirección sin perder la sonrisa de su rostro. Por fin, me hizo entrega de los documentos, en un cartapacio trabado con un balduque

bermellón. Elevó el tono de su voz, al declamar las siguientes palabras con engolada entonación—. Le expreso nuevamente mi más sincera enhorabuena, caballero guardiamarina.

El rumor interior se desbordaba por cada uno de los poros de mi piel. Aunque en breves segundos había dejado de ser castellano, de lo que me sentía orgulloso, para convertirme en asturiano de origen, sentía una inmensa felicidad. Pero fiel a los consejos recibidos, no dejé traslucir mis sentimientos con desmesura.

—Le estoy muy agradecido, Don Gaspar, por todo lo que ha hecho por mí. Ya sabe que me tiene a su disposición, si en algo me necesita en el futuro. También deseo agradecer, con sinceridad, el trabajo y los desvelos de mi preceptor, don Melchor de Estiarte —me dirigí a él con verdadero cariño por primera vez—, sin cuyas enseñanzas y apoyo nada habría sido posible.

—Debe olvidar el período que ha sufrido en esta casa, borrarlo de su memoria y no mencionarlo jamás —don Gaspar había recuperado la seriedad—. Usted no es más que el normal desarrollo del noble caballero, que ya lo era por sangre al nacer. Espero que me comprenda.

—Desde luego, señor.

—Debo añadir una información que estimo le puede ser necesaria. Al fundarse la Real Compañía de Guardiamarinas, se estableció esta en el gaditano castillo de la Villa, en las cercanías de su catedral. En 1769, el marqués de la Victoria ordenó el traslado de la academia a la cercana villa de San Fernando, también llamada Isla de León. Sin embargo, el auge tan impresionante que ha sufrido la Armada en tiempos de nuestros dos últimos Monarcas, con la construcción de un gran número de nuevas unidades, y la necesidad de buenos y numerosos oficiales para sus dotaciones, obligó a la creación de dos nuevas compañías en las dos restantes cabeceras de los Departamentos Marítimos: El Ferrol y Cartagena. Por esa razón, al despacharse las nuevas cartas-órdenes a favor de guardiamarinas de nuevo ingreso, se expresa el Departamento de destino. Aunque en su caso, y por proximidad geográfica a su lugar de origen —aumentó suavemente su sonrisa con este último comentario—, debería haber sido asignado a la compañía de El Ferrol, dado que la de Cartagena admite más alumnos y las tranquilas aguas mediterráneas son mejores y más placenteras para formar a los nuevos hombres de mar, me he permitido influir para que se asiente en el Departamento levantino.

—Vuelvo a expresarle mi agradecimiento.

Se hizo el silencio por primera vez, mientras don Gaspar continuaba observando mi persona y conducta, como si le extrañara gratamente el producto conseguido. Pero tomó la voz nuevamente.

—En fin, caballero^[2], considero que mi trabajo y el de don Melchor ha llegado a su fin, y he de reconocer con sinceridad que me siento orgulloso del mismo. A pesar de algunas opiniones contrarias, estimo que, en el fondo, es un buen servicio para nuestra patria. Le deseo un futuro esplendoroso en la Real Armada, donde espero que

alcance los más altos grados y honores militares. Le aseguro que estoy convencido de ello, si la suerte, los vientos, la mar y las balas de los ingleses, que Dios confunda, le respetan. Y espero que aligere su formación naval para asistir al sitio impuesto en estos días por nuestra Armada y Ejército a la plaza de Gibraltar, que esperamos recuperar pronto para la Corona. De todas formas y como despedida, me permitiría darle un par de consejos más, si me lo permite.

—Usted dirá. Tenga por seguro que los seguiré al pie de la letra.

—No siempre. A partir de ahora, solamente deberá seguir los consejos que usted mismo estime oportunos, caballero. En primer lugar, debería acudir a la sastrería de Martín Bollares, en la calle del Carmen, para que le confeccione los uniformes adecuados a su nuevo empleo. Él sabe bien todo lo que es de menester. Tenga en cuenta que deberá presentarse en la Escuela Naval de Cartagena, ataviado con la uniformidad que le corresponde, aunque este nombramiento sea provisional hasta formalizar el asiento. Por otra parte, aunque dispone de cuatro meses para presentarse, en su lugar lo llevaría a cabo en la última semana de este mes de septiembre. Según tengo entendido, comienza un nuevo curso y así no ha de incorporarse en desventaja con los demás. Ya sé que dispone de pocas semanas, pero le servirá para adelantar tiempo.

—Así lo haré.

Mientras por mi cuerpo y mi mente continuaban desfilando fognazos de imágenes placenteras y sentimientos de orgullo, don Gaspar parecía pensar una última cuestión. Esta me llegó con una pregunta.

—¿Visitará usted a sus padres antes de su partida hacia Cartagena? —observó un gesto extraño en mi rostro, lo que le obligó a aclarar con rapidez—. Puede confiar en la discreción de don Melchor, que se encuentra al tanto de todo.

—Me gustaría despedirme de mi familia, si a usted le parece bien.

—Le repito, amigo mío, si me permite tratarle con cierta confianza, que a partir de estos momentos deberá decidir por usted, con la necesaria cordura, desde luego. No creo que haya mal en ello. Pero no acuda a Fuentela..., Fuente..., en fin, como se llame ese pueblecito, vestido de uniforme ni con sus ropas de caballero. Vuelva a casa con la misma indumentaria que trajo hace cuatro meses y, una vez allí, con la necesaria discreción y al calor de su casa, vista su uniforme para orgullo de sus padres. Creo que se lo merecen porque, como sabe, la despedida será..., casi definitiva.

Por primera vez en aquella entrevista, apareció el lejano y olvidado dolor, aunque nadie pudo adivinarlo en mi cara. Quería ver a mi familia, abrazarme a ellos y mostrarles en lo que me había convertido gracias a su sacrificio. Pero no era momento de caer en esos sentimientos, que tiempo habría para ello.

—Seguiré su recomendación, señor.

Nos despedimos con rapidez. Estreché la debilucha mano de don Gaspar, a quien tanto debía, por mucho que hubiese cobrado sus servicios con generosa holgura. De

forma inesperada, cuando me dirigía a darle mi adiós a don Melchor, lo abracé con fuerza, una acción que habría considerado como imposible pocas horas antes. Su reacción fue la esperada al separarse.

—Un caballero, señor Leñanza, no debe...

Sonrió con fuerza al interrumpirse, a la vez que me abrazaba nuevamente. Tantos años después puedo reconocer, sin miedo, que nunca olvidé sus consejos y directrices que de tanto me sirvieron.

Me entregaron las viejas ropas que, una vez en mis manos, parecían pertenecer a un mundo lejano y olvidado. Tan inmerso me sentía en mi nuevo papel, que sentí cierta vergüenza al observarme con ellas frente al espejo. Pero fue una sensación pasajera, ya que la felicidad fluía sin cesar por mi sangre. Era caballero guardiamarina por designación Real, el primer escalón en la oficialidad del Cuerpo General de la Armada, navegaría en corbetas, fragatas y navíos, correría el mundo de parte a parte, visitaría islas y continentes desconocidos, guerrearía con el inglés y, lo más importante de momento, me encontraba libre para marchar a mi pueblo, visitar a mis padres y abrazarme a ellos. Sencillamente, era todo lo feliz que puede ser un hombre en la vida. Pocas veces volvería a gozar de parecidos sentimientos.



Fuentelahiguera de Albatages-Cartagena

El vértigo continuaba amadrinado a mi vida, lo que me producía una extraña sensación de prisa contenida, de cambio permanente que, sin embargo, no resultaba molesto. Por el contrario, aquella extraña ansiedad fomentaba en mi espíritu ese ardor aventurero que trazó el rumbo de mi existencia. De esta forma, en la segunda semana de septiembre de aquel inolvidable año de 1781, alcancé las lomas que rodean Fuentelahiguera de Albatages al atardecer, vestido con las mismas prendas con las que lo abandonara cuatro meses antes.

Mi equipaje personal había aumentado considerablemente, aunque no se percibiese el cambio en su conjunto de forma llamativa. Las cajas repletas de víveres, que permitieron mi subsistencia en el arruinado palacete, habían sido trastocadas por las ropas de caballero y un buen número de libros regalados por mi preceptor. Además, incorporaba en bolsa particular los uniformes propios de mi noble empleo de caballero guardiamarina, una palabra que paladeaba con orgulloso placer al nombrarla en mi pensamiento.

Siguiendo puntualmente los consejos de don Gaspar, había acudido a la sastrería recomendada, sita en la calle del Carmen, donde tras tres días de febril trasiego de sastre y costureras, con repetidas pruebas y retoques, me tuvieron preparada la completa uniformidad con la que debería presentarme en la Escuela Naval. Fueron días de merecido descanso en la villa capital, hospedándome en la posada *La Fronda*, tal y como recomendara mi padre. Debo decir que gocé cual niño que recibe su primer caballo de pasta de trapo, al observar en las pruebas aquella nueva indumentaria que me hacía sentirme como el personaje más importante de España.

Aunque la uniformidad en la Armada, tal y como pude comprobar en repetidas ocasiones a lo largo de mi carrera, se reformaba o actualizaba con demasiada frecuencia para la bolsa de los oficiales, el sastre Martín Bollares confeccionó mi equipo de acuerdo con el reglamentario del momento que, según sus palabras, seguía la normativa de 1768. En resumen constaba de casaca de fino paño azul sin cuello, ojalada hasta la cintura y forrada de serguilla roja, con solapas y puños rojos con galón y ojales de oro; chupa roja, adornada también con galón y ojales de oro; calzón azul ajustado a las carnes; medias blancas y, finalmente, como prenda de cabeza, sombrero con galón, presilla de oro y escarapela encarnada de cerda. En cuanto a los zapatos, eran de piel negra brillante, curvados en la punta, tacón de madera pequeño y hebillados en plata. Se especificaba en la ordenanza, respecto a la calidad de los géneros, que debían ser tejidos en España, un asunto este en el que insistió Bollares, por mucho que yo no lo encontrara de relevante importancia.

Era simpático y bondadoso el sastre, al que agradecí su esfuerzo en terminar el equipo en tan corto espacio de tiempo, aunque la recomendación de don Gaspar fue la llave mágica que abrió la puerta de su abnegada colaboración. También pude comprobar su honradez como comerciante, al anunciarme que la ropa de abrigo no era necesario adquirirla de mis haberes, ya que cuando embarcara, la Compañía debería entregarme un casacón o sobretodo de paño, en color azul, para conservar los uniformes limpios y aseados, preservarlos de las aguas y malos tiempos, a la vez, y esto era de su propia cosecha, que abrigaba de los fríos vientos que se sufren en la mar durante los inviernos. Asimismo, el armamento propio de los caballeros guardiamarinas, compuesto por fusil, bayoneta y espadín, me sería entregado en la Escuela Naval, por una sola vez y a cuenta de la Real Hacienda.

He de reconocer que la mayor parte de las palabras relativas a la uniformidad que el sastre mencionaba, me eran de difícil comprensión aunque acabé por reconocerlas. Pagué con generosidad de mi bolsa, la cual se mantenía casi intacta desde que me la entregara mi padre, ya que tan solo había sacado alguna moneda para ejercer la necesaria generosidad con el servicio de don Melchor.

Como les decía, con todo ese equipaje aparecí en mi querido pueblo. Qué maravillosa sensación recibí cuando arribé a la conocida y añorada puerta, al ser consciente de la sorpresa que produciría mi presencia, por lo inesperado de la llegada. Como ya caía la tarde y el olfato no solía engañarme, suponía a la familia preparada para la colación vespertina, lo que también agradó a mis sentidos, pues aquel día me mantenía con una ligera sobremesa de pan, queso y vino, tomada con prisa en el camino.

Al abrir el recio portón de madera, el primero en gritar fue mi hermano Gonzalillo, el benjamín de la casa, que corrió alborozado a lanzarse entre mis brazos. A partir de ese momento me dejé estrujar por todos, henchido de alegría, hasta pasar de unos brazos a otros entre fuertes apretones y demostraciones de cariño, en especial por mi madre que no cesaba de besar mis mejillas mientras derramaba gruesas lágrimas de satisfacción. Por fin, pasados los primeros segundos, sentí el poderoso abrazo de mi padre, un momento muy especial. Percibí su característico perfume que me retrotraía a otros tiempos, a una lejana y olvidada vida que había abandonado, posiblemente, para siempre.

Fui sometido a un interminable interrogatorio, mientras mi madre no cesaba de poner sobre la mesa, a mi disposición, los mejores manjares que se guardaban en la casa. Satisface la curiosidad general como pude hasta que, en un pequeño descanso, conseguí extraer el cartapacio de una de las bolsas, que entregué a mi padre. Tras moverlo entre sus manos con mirada interrogante, le ayudé a descorrer los atados del balduque, para tomar a continuación el primer pliego, el de mi nombramiento real, que leí con perfecta entonación. Al llegar a su término, podía escucharse el vuelo de un mosquito en la sala, a la vez que percibí el brillo emotivo en los ojos de mi padre, que estrujaba, nervioso, sus manos entre sí.

Pero, tal y como tenía previsto, el golpe definitivo lo reservé para el último momento. Tomando la bolsa de piel que el sastre me ofreciera para guardar la uniformidad, pasé al dormitorio, tras exigir intimidad y paciencia durante unos pocos minutos. Con prisa y nerviosismo me vestí el uniforme, faena lenta y complicada si se desea preservar adecuadamente las prendas. Una vez afirmada la casaca y el sombrero, abrí la puerta, presentándome ante todos. El asombro, como es de suponer, fue extraordinario. Me moví con elegancia ante sus ojos, girando mi cuerpo con lentitud, mientras se sentían incapaces de articular palabra.

Fueron unos días llenos de felicidad y emoción. Tan solo cuando los pensamientos volaban hacia el próximo futuro, se enturbiaban los rostros con tintes de tristeza, lo que impedíamos con cualquier pretexto. Pero el tiempo se acertaba con extrema rapidez, lo que suele suceder en la vida, para nuestra desgracia, cuando la dicha es grande. Disfrutaba de los dos últimos días, de acuerdo al plan de viaje establecido para presentarme en Cartagena en la última semana de septiembre, cuando volví a pasear con mi padre por el campo, como tantas otras veces. Sabíamos que era necesario hablar con seriedad y enfocar la realidad que galopaba sin freno sobre nuestras espaldas. Sentí sus brazos sobre mis hombros una vez más, a la vez que sus palabras sonaban en mis oídos con extrema ternura.

—Ayer recibí una nota de don Gaspar de Fontellanos. Me explica en ella tu dedicación y trabajo en estos cuatro últimos meses, lo que ha hecho posible acelerar tu nombramiento. Creo que hemos tenido suerte al topar con este señor al que, en un principio, consideré erróneamente como un avaro sin medida. Hasta llegué a temer que se guardara la bolsa inicial y nos dejara en la estacada. Por fortuna me equivoqué. Tienes el viento a favor, hijo mío, y debes aprovecharlo. Debemos reconocer que don Gaspar ha sido diligente en preparar la documentación exigida y que gracias a sus contactos en la Secretaría de Marina, que deben ser importantes, no se haya retrasado tu nombramiento meses y meses, como suele ser normal cuando barajas la administración sin padrino.

—¿Leyó usted el expediente de limpieza de sangre? —Sin saber la razón que me obligaba, dirigí la mirada hacia el suelo—. Aparecen los nombres de mis cuatro abuelos. Siento cierta vergüenza al comprobar el engaño.

—No pienses más en ello, *Gigante*. No engañas a nadie, ni mucho menos. Por lo que me contó don Alonso, todo se mueve de esa forma en la Corte. Te aseguro que eres más noble que la mayoría de los que lucen tal distinción por sangre y nacimiento. ¿Qué importa lo que diga un papel sobre tus antepasados? Todos acabamos comidos por los gusanos en los camposantos, con independencia de nuestros expedientes. Lo que debes aprovechar es la oportunidad que se te ofrece, impensable años atrás, y continuar en la línea que te has trazado. Supongo que la vida en la Compañía de guardiamarinas no te será fácil. Según dicen, es dura y rigurosa en todos sus aspectos. Pero a diferencia de muchos de los que serán tus compañeros, y repito las palabras de don Gaspar, eres un hombre hecho y derecho, fuerte como un

toro, trabajador, honrado y sabrás hacerte respetar.

—Puede estar seguro, padre, que seguiré trabajando con todo mi empeño. Tan solo sufro al pensar... —Me quedé sin palabras, a la vez que un agudo dolor se extendía en oleadas por todo mi cuerpo.

—Sé a lo que te refieres y no debes caer en pensamientos de ese tipo. Recuerda tan solo que te queremos mucho, *Gigante*, y por esa razón soportaremos con entereza nuestra separación y lo que sea necesario. No has de ser menos en aspecto tan importante. Ten en cuenta que los hijos son una prolongación de la vida de los padres y que nada hay más hermoso que comprobar cómo nuestra sangre se eleva en las alturas. Eres tú quien nos confiere un gran don, que nos hará vivir y morir en la paz de Dios. Más vale no pensar en cuándo volveremos a vernos, si es que eso es posible algún día.

—Padre, ha de ser posible. Buscaremos la forma...

—Deja eso, *Gigante*, que la vida misma determinará los pasos que has de seguir. Nunca fuerces lo que ha de suceder.

Preferí no contestar. Mis pensamientos se debatían entre los extremos más dispares, aunque me aferraba a promesas que, después de todo, no podía establecer con un mínimo rigor. Comprobé la fortaleza interior de mi padre, quien ya debía haber pergeñado una línea de conducta que, como siempre, sería acertada.

—Sí que quiero pedirte algo importante, hijo mío.

—Usted dirá, padre.

—No te dejes nunca arrollar por los acontecimientos y que estos, sean de cualquier índole, no afecten a tu formación como hombre. Obedecerás a tus superiores con lealtad, la misma que deberás exigir a tus subordinados, pero no olvides jamás que hay una línea que separa al hombre de la bestia, y que los hombres deben ser tratados como tales, a pesar de las condiciones en que se hallen. Es posible que el ejercicio de la bondad se encuentre limitado en muchas ocasiones, de acuerdo con el desarrollo de tu noble profesión pero, insisto, debes recordar que eres un hombre y que son seres humanos todos aquellos que tendrás a tus órdenes.

Comprendí perfectamente lo que mi padre deseaba expresar, aunque rodeara el grano sin picar en él. En aquellos momentos volvía a recordar sus meses como galeote donde, estaba seguro, debía haber sufrido situaciones a las que nunca debe llegar un ser humano. Fue aquella una recomendación que jamás olvidé y que pude comprobar en los años siguientes.

—No se preocupe por ese aspecto, padre. Un uniforme o unos galones dorados en las vueltas^[3] no me harán cambiar. Además, estoy de acuerdo en todo lo que, en mi opinión, ha intentado decirme.

Por única respuesta, apretó mi brazo con fuerza, mientras me dirigía una sonrisa muy especial que se mantiene en mi retina, ya que siempre lo recordé de esa forma. Mi compenetración con aquel hombre bueno era tan grande que necesitaba pocas palabras para hacerme llegar sus más escondidos pensamientos.

De esta forma llegó el triste e inexcusable momento. Para evitar escenas innecesarias de dolor, como las vividas el día de mi marcha a la Corte, mi padre engañó a todos, anunciando la partida definitiva para un día después del previsto, mientras me acompañaba una mañana bien temprano, antes de clarear el alba, a las afueras del pueblo. No creo que engañáramos a mi madre, que aquella última noche, al darme su bendición para acostarse, me abrazó con especial ternura y lágrimas en sus ojos. Por fin, enfrentados los dos bajo las luces del crepúsculo, me dejé rodear por sus brazos. No sé cómo fue posible, pero evitamos las lágrimas. Fueron pocas las últimas palabras que nos cruzamos, como si un duende interior nos prohibiera alargar el triste momento.

—Pórtate como el hombre que eres, Gigante, y no olvides que te queremos mucho.

—Le juro, padre, que me haré acreedor a su sacrificio. No creo que sea necesario explicarle cómo les amo, porque usted me conoce bien.

—Ya lo sé. Ve con Dios, hijo mío.

* * *

Aunque tenía derecho a ser pasaportado a costa de la Real Hacienda desde mi lugar de origen hasta la Escuela Naval asignada, renuncié a ello porque no era cuestión de comenzar a navegar por tierra en busca del solar asturiano. A pesar de mis protestas, mi padre me envió a Madrid por el mismo procedimiento que en la ocasión anterior. Tras una noche en la conocida posada de *La Fronda*, tomé un carruaje de cuatro ruedas, diseñado para el transporte de viajeros, que comenzaba a denominarse con el apodo de *Diligencia*. Aunque todavía deberían transcurrir más de veinte años para que este sistema de transporte se generalizara con fechas y horarios fijos, ya funcionaba entre los principales puntos de la península con cierta regularidad, aunque con una periodicidad más que aleatoria. En la práctica, se esperaba a tener cubierto el pasaje para iniciar el recorrido.

De esta forma, instalado cómodamente en su interior, mientras el equipaje se almacenaba en la rotonda, comencé el largo viaje desde la villa de Madrid hasta la capital departamental del levante, aquel mismo camino que recorriera mi padre en su triste aventura, parte del mismo en libertad, mientras que el trayecto final lo llevara a cabo encadenado como una bestia.

Aunque nos encontrábamos en la segunda mitad del mes de septiembre, las fuertes lluvias que anegaban los caminos, así como diversos problemas con los tiros y conductores, retrasaron el viaje que alcanzó los cinco días de duración. La verdad es que, conforme nos dirigíamos hacia el punto de destino, aumentaba mi estado de nerviosismo, impaciente por comenzar cuanto antes con mi formación y, en especial, aplacar la curiosidad que me comía las entrañas, ante el desconocimiento de la vida que debería llevar a partir del momento de mi presentación.

Pero a pesar de los numerosos problemas que nos abordaron durante el trayecto, fue agradable y gozosa la experiencia, especialmente al comprobar la deferencia que me otorgaban todos al observar mi uniformidad, con lo que me cedían el paso en las puertas, así como asiento de privilegio en el carruaje, como si se tratara de un príncipe.

Por fin, al clarear el alba en una mañana calurosa y con buena visibilidad, desperté de un sueño ligero para atisbar, a través de la ventanilla, ese gran prodigio de la naturaleza que es el mar. Aprovechando que era el viajero pegado a la parte izquierda del carruaje, acabé de descorrer los visillos, para observarlo en toda su amplitud. No miento al decir que me sentí extasiado, lo que le habrá sucedido a todo ser humano al enfrentarse con un espectáculo tan grandioso por primera vez. El pasajero situado frente a mí, un vejete que aseguraba disponer de diferentes negocios en Cartagena, debió notar mi expresión porque comentó con una sonrisa en los labios.

—Es hermosa la mar. ¿No le parece, señor?

—Muy hermosa. No creo que haya nada comparable en la creación.

—Tiene razón. Es especialmente hermosa desde aquí. Después, cuando se navega por ella, pueden cambiar las apreciaciones. Pero, bueno, usted lo comprobará muy pronto.

No me gustó mucho el comentario socarrón, así que corté la conversación. El carruaje siguió su camino hasta atravesar una gran puerta abierta en una recia muralla, lo que me indicaba que llegábamos a nuestro destino. Poco después, nos deteníamos frente a un caserón semiderruido, donde debían encontrarse las oficinas de la compañía. Allí mismo pude tomar una calesa, a la que ordené dirigirse a la Escuela Naval. El conductor, un hombre de avanzada edad, me miró con claros signos de interrogación.

—¿A que escuela me ha dicho, señor?

—A la Escuela Naval —repetí con énfasis, aunque creí necesario exponer una mayor información—. Donde se forman los caballeros guardiamarinas.

—¿A la Academia de Marina? Ya comprendo. Perdone el señor pero con ese nombre la conozco. También creo que la llaman Colegio Naval. No se preocupe que se encuentra cerca y le llevo en un periquete.

Rodamos por calles estrechas, la mayor parte de ellas en obras, como si estuviesen construyendo una ciudad de nuevo trazado. Pero por fortuna fue corto el paseo. A los pocos minutos, la calesa detuvo su marcha frente a un edificio grande, de tres plantas, más cercano de aspecto a una casa o palacete particular. Aunque todavía no lo sabía me encontraba en la céntrica plaza cartagenera de San Agustín. Giré mi cabeza a derecha e izquierda, por si el conductor se había equivocado de destino. Sin embargo, al comprobar mis dudas, el anciano me aclaró.

—No le quepa duda, señor, que ese es el nuevo Colegio Naval de guardiamarinas. Hace seis años se trasladó aquí, porque el establecimiento anterior, según parece, no reunía buenas condiciones. El edificio que ve frente a él es el Convento de los

Agustinos.

Volví a observar el edificio, con su enorme portón. En el piso noble se abrían cuatro balconadas, una de las cuales disfrutaba de un bello mirador de madera. Pero las dudas se resolvieron de forma instantánea cuando observé a un soldado de marina acudir en mi dirección.

—Buenos días, caballero. ¿Ese equipaje es suyo?

—En efecto.

—Yo me haré cargo de él. Mientras tanto, puede esperar en el zaguán. Después avisaré al brigadier de guardia para que le reciba.

Entendía poco lo que aquel hombre me comunicaba con tal naturalidad, pero decidí seguir su recomendación. Pagué los servicios del transporte, dirigiendo mis pasos con elegancia hacia la entrada. Al cruzar el magnífico portón, me santigüé instintivamente. Era consciente de que, en aquel momento, comenzaba de verdad la nueva vida que mi padre había trazado y conseguido para su hijo.



6

Guardiamarina en la Escuela Naval

La primera semana en la Academia, como normalmente se conocía al Colegio o Escuela Naval, se sucedió esclava del mismo ritmo vertiginoso al que mi vida parecía haberse habituado. El día de la llegada había sido recibido por uno de los brigadieres, cargos que se nombraban a propuesta de los respectivos capitanes entre los guardiamarinas de mejor conducta, aplicación y talento, que utilizaban el honor recibido con severa energía sobre sus compañeros. Era este un joven de mi edad, espigado y desenvuelto, que me asignó habitación, a la que llamaban camarote, me hizo entrega del armamento, que se componía de fusil, bayoneta y espadín, además de ofrecerme la explicación de las horas previstas para las colaciones, hasta que diera comienzo el nuevo curso, pocos días después. Todo ello con la arrogancia propia del que se supone superior en rango, lo que sabía debía aceptar sin rechistar. Por mi parte, le hice entrega de la documentación que justificaba la nobleza de mis cuatro apellidos. Una vez comprobada y admitido el aspirante por el Capitán de la Compañía, se pasaba el expediente al Intendente del Departamento para que mandase formarle asiento, previo nuevo examen de los documentos.

La formación del guardiamarina era progresiva pero sin límite de tiempo. Un nuevo curso, con una duración aproximada de cuatro meses, comenzaba en fechas más o menos arbitrarias, aunque en los dos últimos años intentaban ajustarse a tres anuales, dando comienzo en enero, mayo y septiembre, como al que me asignaron tras mi llegada, siguiendo los consejos de don Gaspar. De todas formas, podía incorporarse al mismo cualquier nuevo miembro que hubiese recibido el despacho, aunque le reportara problemas para pasar los preceptivos exámenes de fin de curso, que llamaban generales, en los días finales de abril, agosto y diciembre. Quien no los superaba, debía repetir otro período cuatrimestral.

La Compañía se encontraba dividida en diferentes brigadas, compuestas cada una de ellas por quince guardiamarinas, a cargo de un brigadier, que tenía a sus órdenes dos subbrigadieres. En aquellas fechas eran seis las existentes, con lo que nos encontrábamos un número de cadetes, como también se nos denominaba, cercano a los noventa. Cada brigadier debía cuidar de la decencia y aseo de sus guardiamarinas, obligarles a presentar su camarote pulcro y con los elementos necesarios, corregirles en sus faltas, así como dar cuenta a sus superiores de su habitual conducta.

En el vetusto edificio se albergaba la Academia y el Cuartel, es decir, las salas de estudio y los dormitorios. Dos brigadas se situaban en el primer piso y cuatro en el segundo, todos con camarotes individuales, ya que según rezaban las normativas, por tratarse de jóvenes pertenecientes a la nobleza, debían encontrarse instalados con el

rango adecuado. El piso superior era el dedicado al servicio, general o particular, aunque, en su parte central, disponía de unas enormes cristalerías con gigantesca lucerna, donde se albergaba el Observatorio Astronómico de los caballeros guardiamarinas que, según se comentaba, tenía bien ganada fama internacional, ya que asistían a sus clases alumnos y profesores extranjeros. De todas formas, el edificio dejaba mucho que desear, con humedades y filtraciones, por lo que se rumoreaba que se encontraban avanzados los planos para construir un nuevo palacio-cuartel de guardiamarinas en los terraplenes de la parte sur de la muralla del mar, aunque esa obra no la vi en uso hasta bastantes años después.

Llevaba dos días sesteando, sin cometido alguno y dedicado a conocer a los jóvenes de mi brigada muy superficialmente, ya que el trato era escaso y huidizo de momento, cuando nos avisaron para que acudiésemos todos a la sala común, la de mayor tamaño y donde podía acoplarse el total de la Compañía. Tomamos asiento por brigadas, en lo que ya parecía tomar cuerpo como Institución. Pocos minutos después, por la puerta del fondo entró un grupo de jefes, así me lo parecía por lo vistoso de sus uniformes, a la cabeza de los cuales marchaba erguido el que, según supe después, era el Capitán de la Compañía, un capitán de navío bajo y regordete al que se le adivinaba rostro avieso y malas pulgas con solo dirigirle la mirada. Le acompañaban el Teniente, con el grado de capitán de fragata, el Alférez, un teniente de navío moreno y avinagrado y, por fin, el Ayudante, un joven teniente de fragata, que era quien llevaba el peso y control de la Compañía.

Al entrar en la sala los oficiales, los brigadieres gritaron órdenes que no comprendí, seguidas por la puesta en pie de todos los presentes con respeto y presteza, acción que imité. El capitán, tras dirigirnos una mirada poco simpática, tomó asiento en el centro de la gran mesa que presidía la estancia, ordenándonos con la mano que siguiéramos su ejemplo. Y allí comenzó la explicación general del que se había convertido en jefe máximo e indiscutible de nuestras vidas.

—Caballeros guardiamarinas de la Compañía de Cartagena, doy la bienvenida a los aspirantes de nuevo curso, así como a las viejas caras que han disfrutado unos días de permiso. Para los nuevos en la plaza explicaré el funcionamiento general de nuestra Academia, una serie de normas que deberán seguir con rigurosidad, como es habitual acatar y obedecer toda orden en la Real Armada.

Nos miró con un deje de desprecio en su rostro, mientras golpeaba con su espadín el fieltro de la mesa. Su tono de voz era pausado, aunque despedía una indudable energía y resolución.

—Pasan ustedes, caballeros guardiamarinas, a formar parte de los cuadros de oficiales de la Real Armada. Espero que reconozcan como atributos de la milicia la bizarría, el estímulo desinteresado y generoso, la abnegación, el valor y el sacrificio por unos ideales. En la Academia son ustedes alumnos. Sin embargo, en las prolongadas estancias que gozarán en la mar a bordo de nuestras unidades, pasarán a ocupar el puesto de oficial más moderno en la escala de mando de la dotación.

Tomó unas cuartillas que se encontraban a su lado, ojeándolas por encima antes de continuar.

—En cuanto a sus haberes, en tierra recibirán el prest^[4] más ración y media de pan en metálico. Su prest consistirá en doce escudos de vellón, con el descuento de ocho maravedíes en escudo a favor del Fondo de Inválidos. Naturalmente, lo dicho es aplicable a todos aquellos que pasen la revista mensual que fijará el Intendente del Departamento. Embarcados recibirán el mismo prest que en tierra, en vellón en puertos europeos, mientras que en América lo recibirán en plata. Asimismo, al salir en campaña se les adelantarán algunas pagas, según se estime la duración del viaje. En este caso recibirán, en lugar de la ración y media de pan, ración y media de Armada, compuesta de los géneros reglamentarios en especie, y solo en los viajes por aguas americanas se les aumentará con ración y media de vino. Dicha ración podrá serles satisfecha en metálico, cuando parezca así más conveniente a la Tesorería de la Escuadra.

Otra mirada en conjunto y de nuevo el gesto de desagrado en su rostro pecoso. Fue el momento en el que escuché un rumor a mi lado.

—Eso será cuando lleguen los caudales de la Real Hacienda, que nunca lo hacen en tiempo y hora.

El que había lanzado aquel comentario en voz baja, que razón tenía como pude comprobar en tantas ocasiones, era en apariencia un niño. La verdad es que no había advertido su presencia hasta ese momento. Con disimulo me fijé en su persona, para comprobar que no parecía alcanzar los diez o doce años, aunque más tarde supe que había cumplido los catorce. Delgado y escuchimizado, no le veía apariencia de guerrero ni marino, aunque dediqué mi atención de nuevo a nuestro capitán que continuaba su perorata.

—Quiero recalcar que se encuentran en esta Compañía, caballeros, de forma voluntaria y se les exigirá al máximo para formarles como oficiales de la Armada. El horario será, por supuesto, riguroso. El acuartelamiento es obligatorio. Tan solo en el excepcional caso de que no alcance el número de camarotes al total de los cadetes, se permitirá a algunos la pernoctada en los domicilios de sus padres o tutores, siempre que estos se encuentren en la localidad. A partir de mañana, día de comienzo del curso, una guardia de ocho cadetes, con un brigadier al frente, custodiará la puerta del edificio desde que se abra hasta que se cierre. A ningún guardiamarina se le permitirá, en los días de francos, permanecer fuera del cuartel después de las nueve de la noche, en los meses de verano, y de las ocho en los de invierno, a cuyas horas se llevará a cabo el recuento general.

Una nueva mirada, acompañada del manoseo de su barba blanquecina, con pequeños tirones de la punta hacia abajo. El silencio se mantenía como en un duelo.

—Como pueden suponer, se les exigirá el mayor decoro en todos sus actos, tanto dentro como fuera del cuartel. Se encuentran terminantemente prohibidas las distracciones y extravíos a que fácilmente se inclina la juventud actual, para evitar

que tomen hábitos y resabios impropios de su crianza, como supone el fumar y mascar tabaco, acciones prohibidas bajo penas rigurosas. Les adelanto que no me importará que los calabozos situados en el sótano queden a rebosar si sus conductas así lo exigen. Deberán tratarse entre sí con la urbanidad y buenas maneras propias de su calidad y nacimiento, evitando en sus salidas de francos que las compañías de gente baja y plebeya los vulgarice. Han de mantener, por encima de todo, su propia estima, conservándola con la reputación y honor que de ustedes se espera.

Se escuchó un golpe de tos en las filas del fondo. El capitán dirigió la cabeza en su dirección, fulminando con la mirada al enfermizo.

—Aunque sus respectivos brigadieres les expondrán el horario de estudios con detalle, deben saber que, diariamente, antes de comenzar los ejercicios de la Academia, los guardiamarinas asistirán a la misa que celebrará nuestro capellán en el Convento de los Padres Agustinos, situado frente a este edificio, al no disponer todavía de oratorio propio. Allí tendrán lugar también los actos religiosos que prevén las ordenanzas. Nuestro capellán será el encargado de mantener la salud de sus almas. En cuanto al estudio, les recomiendo el máximo empeño y rigor si quieren aprobar los exámenes generales que sufrirán el próximo mes de diciembre. Quienes los aprueben, saldrán embarcados en campaña, mientras que el resto repetirá el curso, si sus informes no son extremadamente deficientes y aconsejan medidas más drásticas. Para las prácticas marineras disponemos de embarcaciones menores en el Arsenal, así como de los navíos *San Eugenio* y *Vencedor*. De todas formas, embarcarán también cuando las necesidades del servicio así lo dispongan en diferentes unidades de la Armada. Serán muchas y variadas las materias a estudiar, como Aritmética, Maniobra, Geometría o Artillería, pero el plan de estudios se les ofrecerá con exactitud más tarde.

El capitán saltaba de un tema a otro sin orden ni concierto, acción que me desazonaba por miedo a olvidar cualquiera de los detalles que mencionaba. Pero ya seguía su desangelada charla.

—Para disponer a pie de reglamento el vestuario y armamento, la Compañía dispone de un fondo de *gran masa*. Es importante recalcar que no se admitirá ninguna alteración en la uniformidad reglamentada, avisándose de cualquier matiz a los que, según compruebo a simple vista, no se ajustan a ella, por lo que deberán aplicarse a la mayor brevedad. Respecto al uso de prendas de abrigo, solamente al embarcar se les asignará un casacón o sobretodo de grueso paño azul. Y en cuanto a posibles ascensos —expuso una ligera y gélida sonrisa por primera vez—, quiero que sepan que para conseguir las promociones a alférez de fragata, la ansiada charretera, se tendrán en cuenta sus méritos y aprovechamientos, tanto en la Academia como en las unidades de la Escuadra a las que sean asignados.

El capitán miró a sus colaboradores, como si deseara comprobar que nada quedaba en el tintero. Ante su mudo asentimiento, decidió acabar aquella primera alocución.

—Y nada más por el momento. Que cada uno acuda a la sala de su brigada, para que les amplíen las instrucciones. Mañana comenzará a aplicarse el horario establecido.

Cuando hizo el ademán de levantarse, volvieron a escucharse los gritos de atención por los brigadieres, con lo que todos saltamos con fuerza para permanecer en pie mientras nuestros jefes abandonaban la gran sala. Fue aquel el momento en el que el niño sentado a mi lado, volvió a dirigirme la palabra, con un desparpajo impropio de su edad.

—Ese gordinflón seboso parece más bien un zoquete de pueblo, que un capitán de Compañía. Menudo sermón nos ha largado sin respirar. Debe ser un inútil que tienen aquí estancado en su carrera.

Lo observé una vez más, ahora con detenimiento. Comprobé que le sacaba más de una cuarta de estatura y doblaba su peso, aunque me hacía gracia su aspecto de niño travieso, con el rostro cubierto de pecas y unos ojillos negros y vivos.

—No debe ser muy zopenco para disfrutar de este cargo —le devolví la mirada con una sonrisa paternal.

—¿Cómo te llamas? —Preguntaba con el mismo descaro, mientras intentábamos abandonar la sala.

—Francisco de Leñanza y Martínez de los Cobos, pero siempre me llamaron *Gigante* entre la familia y los amigos —me arrepentí de aquellas palabras, recordando los consejos de don Melchor—. ¿Y vos?

—Déjate de vos y usías, que no estamos en la Corte. Está bien escogido ese apodo, *Gigante*. Te veo capaz de matar un toro con tus brazos —volvió a sonreír, divertido—. Mi nombre es Santiago de Cisneros y Ruiz de Espinosa. A partir de este momento, como somos de la misma brigada, te nombro mi protegido.

Al escuchar aquella decisión, cerca estuve de soltar una carcajada, acción de la que me contuve. El niño tenía, desde luego, prestancia y desparpajo a chorros y, más importante, me hacía gracia el tono de superioridad con que se dirigía a mí. Le hice una ligera reverencia, en broma.

—Mucho le agradezco su protección, don Santiago. Aunque, con sinceridad, creo que más necesitaréis vos de la mía.

—No digas sandeces y acudamos a nuestra sala, para que esos brigadieres remilgados nos suelten otro sermón.

Subimos entre carreras al piso superior, hasta alcanzar la sala de nuestra brigada. Tomé asiento en primera fila, comprobando que *mi protector* lo hacía junto a mí. Llegaban poco a poco nuestros compañeros, hasta que las quince sillas se encontraron ocupadas. Poco después hizo su aparición nuestro brigadier, a quien se le reconocía por un galoncillo fino de oro en la manga. Se trataba, precisamente, del que me había recibido dos días antes. Al entrar y situarse frente a nosotros, nos sorprendió con un grito desgarrado.

—¡En pie!

Obedecemos mecánicamente, mientras Baltasar Unquera, ese era su nombre, continuaba con la voz elevada.

—Cuando entre un superior en cualquier recinto donde se encuentren, deberán levantarse hasta que se os conceda el permiso de tomar asiento. ¿Entendido?

Asentimos con la cabeza, lo que irritó más todavía al que parecía sufrir enfermiza locura.

—¡Cuando un superior os pregunte, le contestareis con un sí, seguido de su grado! Y con suficiente energía. Deberéis contestarme: Sí, mi brigadier. ¿Entendido?

—¡Sí, mi brigadier! —Gritamos todos, dejando los pulmones en el intento.

—Bien —por fin, bajó el tono de su voz—. Tomen asiento.

Obedecemos en silencio, aunque me preocupaban los movimientos en exceso desenvueltos de mi protector, así como la mirada de desprecio que dirigía al brigadier. Este lo miró con fijeza antes de comenzar.

—Como les ha explicado el capitán de la Compañía, capitán de navío don Pascual de Rivera y Baquedano, mañana dará comienzo un nuevo curso. A las siete de la mañana el corneta tocará diana, sonido al que deberán estar atentos porque será la única indicación para abandonar el catre. Tengan muy en cuenta que la impuntualidad es una de las infracciones peor consideradas en la milicia. Tras asearse convenientemente, tomarán el desayuno en el comedor. A las ocho menos diez, con el toque reglamentario de corneta, diferentes sonidos que deberán distinguir, cruzaremos la calle para asistir al santo sacrificio de la misa. La de mañana será concelebrada, con motivo de la iniciación del nuevo curso.

—¿Concelebrada, mi brigadier? ¿Qué significa eso?

Santiago, mi pequeño amigo, elevó la pregunta con dejadez y tono de chanza, mientras se mantenía repantigado en su silla. El rostro del brigadier se tiñó de púrpura, lo que nada bueno vaticinaba.

—Oiga usted, guardiamarina Cisneros —la voz desgarrada volvía a aparecer—. Cuando desee dirigirse a un superior, siempre sin interrumpir su conversación, deberá pedir permiso. Para empezar, tome asiento en la forma conveniente a su rango. No vuelva a pronunciar palabra hasta que le autorice, y siempre con respetuoso tono, a no ser que desee conocer los rigores de la disciplina y humedad del calabozo desde el primer momento.

Tras unos segundos de silencio, en los que temí lo peor, el brigadier continuó.

—Tras la misa, concelebrada —recalcó la palabra en dirección a mi vecino—, darán comienzo las clases. Ahora después les ofreceré a cada uno de ustedes una copia del horario para la primera semana. Pero, básicamente, quiero que sepan que comenzarán con la Aritmética, por el tratado que escribió don Luis Godín, Geometría por la de don Vicente Tofiño, asignatura esta que se dividirá en Trigonometría plana, Cosmografía y sus aplicaciones en Astronomía y Geografía. Más adelante comenzarán las clases de Navegación, con el tratado de don Jorge Juan, nuestro gran sabio que fue alumno del Colegio Naval en Cartagena, Artillería, Maniobra, Dibujo,

Idiomas francés e inglés, Construcción Naval, Ordenanzas, así como aquellas materias inherentes a todo caballero, es decir, tiro con pistola, esgrima, trato social y danza.

Nos miró fijamente a la cara, deteniéndose de forma especial en la de mi joven amigo, que por fortuna se mantuvo con la suficiente discreción.

—Se alternarán las clases teóricas con las prácticas marineras y las visitas profesionales. Las prácticas las comenzarán en unidades de pequeño porte pertenecientes a la Academia, atracadas junto al Cuartel de Moros y Presidarios, detrás de este edificio. Asimismo, llevarán a cabo prácticas en unidades mayores, tanto en puerto como en la mar, en salidas de corta duración, normalmente en el mismo día. En cuanto a las visitas, las giraremos especialmente al Arsenal, con sus diferentes talleres, fábricas, almacenes, diques y dependencias, así como a los castillos y baluartes que defienden la plaza. Además de todo lo expuesto, tendrán instrucción militar de desfile con armas, una hora al día en el primer mes. Una vez acabado el curso y superados los exámenes generales, se arma algún navío o fragata, no necesariamente los asignados a la Academia, para llevar a cabo las prácticas en campaña. Todo esto si no es necesario, por la guerra que mantenemos con el inglés, de un embarque urgente de la Compañía o parte de ella. Y esto es todo de momento. ¿Alguna duda?

Tras unos momentos de profundo silencio, un cadete situado tras de mí, elevó respetuosa pregunta.

—¿Cuándo son posibles las salidas a la calle, mi brigadier?

—Tenga en cuenta, caballero, que esta Academia se considera como una unidad más de la Armada, por lo que las salidas se denominarán a tierra. Durante las dos primeras semanas permanecerán en clausura, hasta que sepan lucir ese uniforme con el espadín de la forma adecuada. Posteriormente, aquellos que no se vean privados de libertad por estudios o conductas inadecuadas —dirigió una dura mirada a Santiago—, podrán salir francos de paseo los sábados por la tarde y los domingos, con el horario que les marcó el capitán. Bien, esto es todo. Disponen del resto del día para acomodarse, recoger los libros en la secretaría, arrancar^[5] adecuadamente sus camarotes, estudiar el horario y otros muchos detalles que se les explica en el manual de Régimen Interior.

El brigadier Unquera abandonó nuestra pequeña sala, con lo que nos sentimos en agradable soledad. Aprovechamos el momento para presentarnos con camaradería, con lo que pude comprobar que, en verdad, se trataba de jóvenes de noble apariencia, apocados muchos de ellos y excesivamente jóvenes en su mayoría. Decidimos por unanimidad el tuteo entre nosotros, salvo cuando nos encontráramos en público. Pero la palma se la llevaba, sin duda, mi jovencito amigo Santiago, que comenzó a ser de inmediato objeto de chanzas y burlas por su escaso tamaño, en especial por los dos mayores, Pablo Pantoja y Sebastián de Moneada, que golpeaban su pescuezo cada vez que se dirigían a él. Fue cuando comprobé que mi primer amigo, a pesar de su

original descarado, se achantaba con extrema facilidad, por sentirse acoquinado ante los más fuertes.

Leímos entre risas y comentarios los horarios y reglamentos, decidiendo echar a suertes quienes debían recoger los pesados libros de la Secretaría. Como éramos quince, pensamos que con cuatro pares de brazos sería suficiente. Echadas las monedas sobre el suelo a la francesa, le tocó entre ellos a Pablo. Era este casi de mi altura pero bastante más flojo de brazos, aunque presumía de fuerza y recomendaciones. Tras el sorteo, se dirigió a Santiago en tono perentorio, a la vez que golpeaba una vez más su cogote.

—Te cedo mi suerte, caballere. Trae los libros por mí.

—Pero si no me ha tocado —Santiago protestó, arrugado.

—Me da igual. Anda, enano, aligera.

Volvió a golpearle, esta vez con más fuerza, lo que hizo gemir al niño y decidirme por fin. A pesar de mi edad, creía conocer de sobra a los bravucones de ese tipo, por lo que detuve la salida de Santiago con mi brazo, a la vez que me dirigía a Pablo con seriedad.

—Santiago no recogerá los libros que te corresponden. Cuando un caballero juega, ha de saber perder —el tono de mi voz no dejaba lugar a dudas.

—No te metas en asuntos que no te conciernen, como te llames —se dirigió a mí con altivez y tono desairado, para girarse con rapidez hacia Santiago—. Vamos, chico.

Se disponía a golpear nuevamente el cuello del que pasaba a ser, sin duda, mi protegido, un aspecto muy importante como pudimos comprobar en las siguientes semanas. Sin embargo, cacé su puño al vuelo, manteniéndolo en el aire, a la vez que lo apretaba con fuerza.

—Mira, Pablo, si es que te llamas así. En primer lugar, no vuelvas a golpear nunca más a Santiago de Cisneros porque, además de ser un compañero tuyo, es muy buen amigo mío. Y en segundo lugar, te comunicaré que todo lo que sucede en esta brigada tiene que ver conmigo, con Francisco de Leñanza y Martínez de los Cobos. Además, no te consiento que me hables con ese tono de voz que has empleado, más propio de truhanes, a no ser que desees que pasemos a palabras mayores. Por mucho menos he partido la cabeza a algún deslenguado abusón como tú.

Fue un órdago inesperado, incluso para mí. Aunque había peleado en mi pueblo como todos, sobresaliendo en las luchas juveniles donde pocos me aguantaban el gesto, nunca había partido cabeza alguna. Pero, de forma inconsciente, sabía que la primer batalla debía ganarla en aquel terreno. Además, nunca he consentido el abuso sobre una persona, en especial cuando se lleva a cabo en base a la fuerza o autoridad. Pablo me miró fijamente y comprobó la determinación en mi rostro. Aflojó con sabiduría, sin pestañear.

—No es para tanto, Francisco. No era más que una broma.

—Las bromas deben llevarse a cabo sin penas ni dolores, compañero. Y ve a por

los libros de una vez.

—Vamos, a por los libros, que yo me quedo con mi amigo *Gigante* —Santiago volvió a su descaro habitual, sabedor que disponía de seguridad a mi lado. Por fortuna, todos reímos su salida.

Como cualquiera puede imaginar, desde aquel momento se aclaró mi posición dominante en la brigada. Mi joven amigo me apretó el brazo, agradecido. He de reconocer que ese fue el comienzo de una hermosa y gran amistad, una amistad que trajo consigo importantes consecuencias en el futuro, como podrán comprobar.

De esa forma, fuimos aclarando los horarios y sistema de funcionamiento, así como los diferentes grados y empleos de nuestros jefes, para dirigirnos a ellos correctamente. Pudimos comprobar que no era vida de rosas lo que nos aguardaba por la proa, pero me sentía feliz, porque ahora sí que me creía capaz de sacar adelante el empeño acometido. Nunca he pecado de inmodestia, pero comprobé que con trabajo y dedicación podía destacar entre aquel nutrido grupo de jóvenes de la nobleza española.



Estudios y prácticas

Aunque la mayor parte de mis compañeros protestaban cada día por la dureza y rigor de la vida a la que nos veíamos sometidos, les aseguro que disfruté de aquellos meses con absoluta intensidad, de tal forma que el tiempo transcurría tan raudo que no me permitía analizar con suficiente holgura los pronunciados cambios a los que me veía abocado. Sin embargo, la sensación principal y básica, que llegó a dominar las restantes, era la de saberme capaz de mi propio destino, el constatar con verdadero placer que todas las dudas que revolotearon en mi cerebro durante semanas, sobre mi posible insuficiencia ante la empresa que abordaba, eran infundadas. No solo no me veía inferior a mis compañeros sino que, por el contrario, podía asegurar que sobresalía entre ellos en la mayor parte de las materias, incluida aquella que se apareció al principio como casi insoslayable: la de ser un auténtico caballero. Tanta era mi satisfacción personal que los tristes pensamientos que me abatieron por las noches en los primeros días, cuando recordaba estampas de mi lejano hogar, se fueron disolviendo, poco a poco, aunque siempre siguieran presentes en mi memoria.

Las clases teóricas eran asequibles, aunque fuera imprescindible dedicarles el tiempo necesario para no verse atrasado en su desarrollo. En cuanto a los ejercicios físicos, destacaba en tiro y esgrima, salvo algunos problemillas en la modalidad del florete, por esa manía del instructor de cambiarme la empuñadura a la italiana, aprendida de don Melchor. He de reconocer, sin embargo, que mi punto flaco era la danza en todas sus vertientes, donde me movía como oso engolfado, según las palabras del profesor, un figurín de corte del que solíamos mofarnos a sus espaldas. Era en esa materia donde, por el contrario, más brillaba Santiago de Cisneros, que se movía como ligera peonza por el entarimado, ese pequeño caballereite que no solo se había convertido en mi protegido y gran amigo, sino que actuaba como la sombra de mi cuerpo a todas horas del día. Lo cierto es que las relaciones con los compañeros eran inmejorables, aunque algún cadete de otra brigada me torciera el gesto a destiempo, sabedor que era el líder de la mía.

Pasamos el período de clausura con rapidez, sin que me preocupara el hecho de permanecer acuartelado noche y día. Pronto acometimos nuestras primeras lecciones en la mar, un momento esperado del que disfruté con largura. Siempre recordaré el primer día, cuando nos desplazamos al Cuartel de Moros y Presidarios, en cuyo muelle, continuación del Arsenal, se encontraba la embarcación que utilizamos con más asiduidad en las primeras clases.

Se trataba de una vieja goleta, un tanto especial. La embarcación era rasa y fina de líneas, e incorporaba dos palos aparejados con velas cangrejas^[6], como

corresponde a las de ese tipo. Sin embargo, con objeto de completar nuestra formación marinera, incorporaba masteleros^[7] en sus palos, para largar gavias y juanetes. También, a veces, arbolábamos un pequeño palo de mesana, donde envergábamos otra cangreja, que denominaban como mesanilla. Aunque disponíamos de varios esquifes^[8] y un pequeño quechemarín^[9], era en la graciosa goleta, de nombre *Ganadora*, donde practicamos con más asiduidad nomenclatura naval y ejercicios marineros, amarrados en puerto los primeros días, hasta que decidieron que saliéramos con ella a la mar, bajo el mando de un teniente de fragata del Arsenal, que actuaba como profesor adjunto a la Academia. También nos auxiliaban un contraamaestre y algunos marineros profesionales, que se mantenían ojo avizor ante nuestras posibles torpezas. Para aligerar su peso, habían sido desmontados seis de los ocho cañones de pequeño calibre que componían su armamento, con lo que su estabilidad era mayor.

Les aseguro que fue maravilloso el momento en el que, separados del muelle y bajo un ligero viento de levante, izamos la cangreja del palo trinquete y comprobamos, admirados, que la teoría era cierta y comenzábamos a navegar. En realidad se trataba del primer día de mar para los alumnos de la quinta y sexta brigada, esta última en la que me encontraba encuadrado. Mientras observaba fascinado como el viento henchía la vela y nos impulsaba con dulce suavidad, escuché el característico comentario de mi sombra que, como de costumbre, se mantenía a mi lado.

—*Gigante*. ¿Estás seguro que este viejo cascarón nos mantendrá a flote? No me gustaría morir tan joven, sin herederos, devorado por los marrajos y toninas que, según dicen, siembran estas aguas.

—No seas aguafiestas, *Pecas* —este era el mote con el que, definitivamente, había sido bautizado mi buen amigo, siguiendo una costumbre habitual entre los guardiamarinas—. Esto es una maravilla y lo que, después de todo, deseábamos con más ardor. Me cuesta creer que no te sientas emocionado.

—La verdad, no mucho.

Mentía Santiago, como siempre, en aquella manía suya de criticar absolutamente todo, por mucho que le gustara. Pero ya lo conocía lo suficiente como para discernir cuando hablaba con propiedad. Izamos la cangreja del palo mayor poco después, debiendo dar una bordada en el mismo puerto para enfilear la punta de Navidad y salir a mar abierto. Una vez rebasada la Podadera, el teniente de fragata, un gallego bajito y rechoncho cercano a la treintena, que era el elemento más simpático y afable del profesorado, por no decir el único, nos retó a los cadetes a dar todo el trapo y marinar la embarcación sin su ayuda. Aceptamos con alegría el envite, con lo que me vi al mando del timón, una decisión general de mis compañeros que, sin embargo, me hizo tragar saliva varias veces para no reflejar el susto en mi cara. Largamos gavias y juanetes, dejándonos impulsar por el viento a un largo^[10], ligeramente escorados. Debo reconocer que al comprobar que la goleta se dirigía de acuerdo al movimiento

de mis brazos, me sentí instalado en la gloria celestial.

Navegamos durante tres horas, para alejarnos del puerto en dirección sudoeste. Relevábamos en los puestos a bordo cada quince minutos, dábamos y recogíamos el aparejo y, principalmente, virábamos una y otra vez por avante y en redondo, con el peligro del movimiento de las pesadas botavaras, que a punto estuvo de arrasar alguna cabeza despistada y arrojarla al agua. Regresamos a puerto sin novedad, cuando ya el sol comenzaba a declinar, con notable retraso en el horario, lo que con seguridad costaría algún disgusto al profesor adjunto, detalle que no parecía importarle mucho. Por primera vez, *Pecas* no protestó al desembarcar.

—Ha sido una experiencia fantástica, *Pecas* —me sentía realmente emocionado.

—Sí. Ha sido emocionante —hablaba con cierta desgana que no podía encubrir sus verdaderos sentimientos—. ¿Te has fijado lo bien que navegábamos cuando me encontraba al timón?

—Vamos, *Pecas*. Si a punto estuviste de lanzar a Pablo al agua en una de tus muchas guiñadas^[11].

—Por supuesto. ¿Lo creías producto de la casualidad?

Como tantas otras veces, provocó mi risa. Se mantenía con su orgullo habitual, aunque era un buen muchacho que intentaba esconder su terrible timidez y algún oculto complejo con aquellas salidas de tono. Pero conforme lo fui conociendo más a fondo, descubrí que tras aquella coraza banal, poseía un corazón de extraordinaria bondad. Su relación con el resto de los compañeros fue mejorando de forma paulatina, hasta convertirse en una especie de mascota para nuestra brigada, por lo que era defendido por todos ante el resto de los cadetes.

Continuó nuestro curso y comenzamos a salir francos de paseo por las calles de Cartagena en los fines de semana, especialmente los sábados por la tarde. La verdad es que encontraba poco entretenido el pasatiempo, salvo cuando éramos invitados en alguna casa de las familias principales y podíamos gustar de gozosas meriendas, conque remendar el hambre que normalmente pasábamos en el cuartel. Aunque estaba prohibido, manteníamos alimentos en nuestros camarotes para aliviar la escasez del rancho, que comprábamos en una tienda cercana a la Academia. Yo regulaba el gasto de mi bolsa, pues aún no habíamos recibido paga alguna cuando finalizaba el segundo mes, aunque *Pecas*, hartó generoso, gastaba a manos llenas sin concederle mayor importancia, una bolsa la suya que parecía no tener fin. Como norma, el joven caballero rehusaba la mayor parte de lo que nos ofrecían en el comedor, amparándose después en su camarote, donde me obligaba muchas veces a acompañarle.

Conforme avanzaba el curso, preveía aprobar los exámenes generales sin mayores dificultades. Había superado con tenacidad los pequeños problemas habidos con la trigonometría en las primeras semanas, por lo que vislumbraba esperanzado el futuro. No ocurría así con otros compañeros, especialmente con *Pecas*, a quien espantaba la aritmética y la geometría, como si de perro sarnoso se tratara. Le ayudaba en lo que

podía, aunque no veía muy claras sus posibilidades. Para colmo de males, era arrestado en diversas ocasiones por falta de aplicación, con lo que puntuaba negativamente en su expediente personal.

Finalizaba el segundo mes cuando sufrí el único roce serio con un compañero y no por mi culpa. Tuvo lugar durante la clase de esgrima. Se trataba de Pascual de Haro, un mocetón de Vizcaya con hechuras parecidas a las mías, malencarado y bravucón en exceso. Tirábamos a sable, mi especialidad, cuando en uno de los enganches cruzados, me pisó la bota a la vez que empujaba con fuerza, hasta hacerme rodar por el suelo. Era la segunda vez que me buscaba las cosquillas, así que me levanté dispuesto a todo, en una de las pocas ocasiones en las que perdí el control. Por fortuna se interpuso el profesor, que nos arrestó a ambos con privación de salida en el próximo fin de semana, por manifiesta falta de decoro y compañerismo. Cuando, siguiendo la norma habitual, nos pedimos las excusas reglamentarias y cruzamos nuestras miradas, quedó claro que aquella apuesta estaba sin rematar.

Pero, en general, continuaba mi vida redonda y feliz. Por fin conseguí escribir a mis padres de forma segura, sin que nadie pudiese reconocer a quien dirigía la misiva. Para ello me ayudé de uno de los barrenderos contratados en la Academia, al que debí sobornar convenientemente. Fue una temeridad por mi parte pero creo que mereció la pena el riesgo porque, por fortuna, salió bien la maniobra y debió producir una tremenda alegría entre los que tanto me añoraban.

Durante el tercer mes comenzamos las prácticas a bordo del *Vencedor*, con el buque amarrado en el muelle de levante del Arsenal Militar. Se trataba de un navío de dos puentes y 68 cañones, cuya simple visión imponía al más bragado. La primera vez que nos enfrentamos a él, me trajo a la cabeza la idea de una catedral flotante. Cuando lo observábamos desde el muelle, nos parecía imposible que aquella mole con tres enormes palos^[12] que se perdían entre las nubes, pudiese navegar mecida por el viento. Ya mostraba suficientes costurones y barbas de escaramujo, encontrándose pendiente de una gran carena, razón por la que estaba asignado a las prácticas de la Academia en aquellos meses. Había sido construido en el Arsenal de El Ferrol en el año 1755, por lo que ya contaba con bastantes quinquenios en sus cuadernas.

A bordo del *Vencedor*, atracados en puerto, simulábamos toda clase de maniobras, ocupando cada uno de los puestos de la dotación, hasta los de artilleros. Era una de las pocas ocasiones en que nos encontrábamos todos los componentes de la Compañía en el mismo cometido. Cualquier imprevisto detalle me parecía fantástico y novedoso, aunque llamó mucho la atención entre los cadetes novatos, y erizó mi piel con hondura, la primera vez que disparamos uno de aquellos pesados cañones de a 24, que se montaban en la andana baja, cuyo retumbar dejó nuestros oídos con extrañas músicas durante algunos minutos. Aunque lo temí durante los primeros días, acabé por disfrutar mientras trepaba por la jarcia hacia la cofa^[13] y de allí, o más arriba, saltar a las diferentes vergas^[14], desde donde se largaban o aferraban las velas. Todos esperábamos el prometido día de salir a la mar en aquel mastodonte de los

mares, aunque también nos imponía la idea de ser incapaces de cumplir con ese cometido.

Aparte de la vida en la Academia, que absorbía todos los minutos de nuestra vida, periódicamente nos narraban, durante las horas dedicadas a la Historia Naval, los hechos más significativos de la guerra que se mantenía contra la Gran Bretaña, así como el sitio de Gibraltar en el que estábamos empeñados desde el verano de 1779, bajo el mando del jefe de escuadra don Antonio Barceló, de quien tantas bravas historias se narraban. Todos deseábamos entrar en combate y hundir algún navío inglés, empresa en la que centrábamos muchos de nuestros sueños.

Nos deslizábamos en la segunda mitad del tercer mes cuando, al finalizar los ejercicios de la tarde, el Ayudante de la Academia nos reunió en la Sala General, para anunciarnos que al día siguiente saldríamos a la mar en el *Vencedor*. Se preveía una navegación aproximada de tres días de duración, lo que constituía una maravillosa excepción a nuestra rutina. Después, y con extrema minuciosidad, fue estableciendo los diferentes puestos a ocupar en el buque durante las prácticas. La verdad es que sentí una emoción tan grande al escuchar la noticia, que apenas pude dormir aquella noche. Para celebrarlo, *Pecas* me hizo acudir a su camarote tras el toque de silencio, donde para mi sorpresa descorchó una frasca de vino, artículo prohibido en el Cuartel y que tan solo en el rancho de los domingos nos dejaban probar. Pero *Pecas* era así y todo parecía posible en su persona. Invitamos también a Sebastián, un madrileño que ostentaba el título de Marqués de Fuentidueña, aunque era sencillo y noble como el que más. Bebimos la frasca entre chascarrillos, sin faltar las críticas del anfitrión a la nueva faceta que abordaríamos al día siguiente.

—Bebamos con gusto de este noble caldo, rojo como nuestra sangre, por si acaso es la última vez que podemos hacerlo —hablaba con su gracejo habitual, mientras elevaba su delgado brazo hacia el cielo—, porque esa vieja carraca llamada *Vencedor*, difícilmente sobrevivirá a la Compañía de Guardiamarinas de Cartagena.

—No bebamos demasiado, aunque este vino lo merezca —intervino Sebastián con su prudencia habitual—, que la mar está muy picada y, según dicen los viejos marineros, el vino estancado se agria en el estómago con los bandazos.

—Tiene razón Sebastián.

—Vamos, *Gigante*. Estoy seguro que, con tu tamaño, no te emborracharías ni con una barrica en tu estómago —*Pecas* idealizaba de tal forma mis posibilidades, que me creía capaz de las más extraordinarias hazañas—. Pero os repito que con toda la Compañía embarcada, no sobrevivirá ese viejo navío, en especial cuando la segunda brigada del demonio se encuentre a la rueda del timón.

Comentaba *Pecas* a menudo nuestra rivalidad con la segunda brigada, a la que solíamos enfrentarnos en los duelos y enganches marineros.

—Hay muchos cadetes de gran fortaleza en esa brigada —apunté precavido—. No es mala en conjunto y varias veces nos hizo morder el suelo.

—Son unos mequetrefes infames —insistía *Pecas*—. En especial ese Pascual de

Haro que te mira con malos ojos. Un día lo retaré a duelo.

—No necesito de tu ayuda, *Pecas*, aunque te la agradezco —comenté sonriendo, mientras Sebastián reía a borbotones—. Sé que tarde o temprano acabaré a puñadas con él, si no cambia su actitud. Pero es norma de caballeros, en casos parecidos, aguantar el chaparrón en persona.

—No te preocupes por ese bravucón, *Gigante*. Se le escapa todo el aire por la boca. Estoy seguro que lo reventarás al primer mamporro —insistió *Pecas*, dando el problema por zanjado.

—Más nos valdría a los dos evitarlo.

A pesar del vino, dormí poco por la emoción, lo que me obligó a dar vueltas y más vueltas en la cama, durante algunas horas. Desde que, siendo un niño, leí aquel libro de navegaciones en mi casa, había soñado con navegar por alta mar en uno de aquellos hermosos navíos de línea. Al día siguiente vería cumplido ese lejano sueño y pensaba aprovechar cada minuto de esa inolvidable experiencia. Sin saber por qué, el rostro de mi padre se presentó de golpe en mi cerebro, sonriéndome con ternura. Sentí cierta añoranza a la vez que una extraña impotencia, al comprender la imposibilidad de que pudiera observar aquel momento tan esperado. Estoy seguro que habría estado orgulloso de mí. Por fin, con imágenes familiares, mezcladas con la silueta del *Vencedor*, pude caer en el sueño que necesitaba.



A bordo del navío Vencedor

Al día siguiente, a las nueve de la mañana, formábamos la Compañía al completo en el muelle de levante del Arsenal Militar, junto a la poderosa machina^[15] que arbolaba los palos, masteleros y vergas de las diferentes unidades. El Teniente de la Compañía, capitán de fragata Benito Ruiz de Berdejo, embarcó erguido y ostentoso a través de la gruesa y alargada plancha^[16], para dar la novedad al comandante del *Vencedor*, un capitán de navío al que apodamos con rapidez *don Quijote*, por su aspecto físico tan parecido a los grabados que aparecen en la obra cervantina. Pocos minutos después, el total de los cadetes embarcaba en perfecto orden, para distribuirse en los diferentes puestos a bordo, de acuerdo a las órdenes recibidas.

A mi brigada le correspondió, para la maniobra de salida de puerto, el castillo de proa, situación poco deseada en general, ya que éramos los guardiamarinas los encargados de girar el pesado cabrestante de un solo cuerpo, introduciendo los pales en las gualderas hasta conseguir hacerle girar como burro de noria. Era trabajo pesado, tanto para izar el cable del ancla como para cualquier otro trabajo de las maromas, y de mayor esfuerzo que el denominado como cabrestante mayor, situado en el centro del alcázar, ya que este, de dos cuerpos, era actuado por un doble número de hombres y menos utilizado en aquellas salidas a la mar.

Para colmo de males, la maniobra de proa quedaba bajo el mando de un alférez de navío al que solo le faltaban los cuernos y el rabo para asemejar la misma estampa de Lucifer, que nos jaleaba con gritos y desafueros humillantes a cada momento. Aquel demonio rampante denominaba al cabrestante como *carquesio*, palabra antigua y en desuso como después supe, lo que nos hizo confundir a muchos y recibir sus imprecaciones sin arte ni parte. Por fortuna, el contramaestre del castillo, un gallego con mejillones encastrados en la piel pero de gran bondad y comprensión, era más tolerante con nuestra ignorancia, lo que representó una inestimable ayuda en los primeros momentos. La única ventaja de andar tan cerca de la proa era que teníamos a nuestra disposición los beques de marinería, unos orificios realizados en los maderos entre la roda y el tajamar, que servían de excusados a la dotación, a la vez que posibilitaban el vómito tan característico en los no iniciados, al sufrir el *mal de la mar*. Acabamos por denominarlo como *abrevadero de guardiamarinas*.

Me preguntaba, como muchos compañeros, cómo podría aquel pesado mastodonte hacerse a la mar, o dar alguna bordada en el puerto para enfiar la bocana, que ya significara un esfuerzo notable en la pequeña goleta. Deben tener en cuenta que todavía nuestros conocimientos eran escasos. Pero pronto lo comprendimos al observar cómo se acercaba a nosotros la galera *San Felipe*, a la que denominaban *la*

genovesa, por ser su origen de aquel puerto. Siguiendo las órdenes del oficial, le tendimos un grueso cable por medio de una guía que, afirmado a su popa y a nuestra proa, posibilitó el remolque.

Aunque todos gozaban mientras cubríamos la distancia entre la dársena y mar abierto, quedé triste y horrorizado al comprobar el trabajo de los esclavos y forzados, encadenados al duro banco de la boga^[17] en aquellos terribles barcos. A la cabeza me llegaron las tristes imágenes de la secreta historia familiar, en la que podía vislumbrar la imagen de mi pobre padre cuando, a bordo de la galera *Santa Bárbara*, echaba el alma en aquellos remos de tamaño gigantesco. Preferí desviar la mirada al sentir una pena muy profunda, que podía arruinar aquel día tan esperado.

La galera continuó remolcando con visible esfuerzo el pesado navío hasta que, ya en franquía al sur de la isla de Escombreras, nos dio la suelta. Fue entonces el momento en el que se nos requirió en los palos para largar todo el aparejo, porque todavía el viento era fresquito y bonachón. Debido a mi estatura, me asignaron a la verga del trinquete para faenar la vela cuadrada y enorme, mientras que *Pecas*, con su corta alzada, era enviado a la del sobrejuanete, perdido en las alturas. Era impresionante observarlo todo desde arriba, colgado de las nubes, en movimiento permanente. Deben tener en cuenta que la altura desde el agua a la galleta^[18] del palo, longitud que se denominaba *guinda*, era, en aquel navío, de 55 metros, un par más que su eslora^[19].

Tantos años después, muchos por desgracia, puedo asegurar, sin temor a equivocarme, que pocas emociones he sentido en mi vida tan imborrables como aquella. Desde la cofa del palo trinquete observaba la mar infinita, ofrecida como especial regalo a mis ojos, mientras el navío *Vencedor* disminuía de tamaño hasta convertirse en una simple hormiga, navegando airoso entre las olas, impelido por un viento bonancible, casi de empopada. Las rachas de viento chocaban contra mi cuerpo y desarbolaban el cabello en rifados mechones, lo que todavía me hacía vibrar con mayor intensidad.

De esa forma, cumplía mi más escondido y lejano anhelo, gracias al penoso esfuerzo de mi padre que, sin embargo, no pudo conseguir el suyo, tan parejo al mío. Era una inigualable y estremecedora sensación de poder, aquella de saberse dominador de los elementos sobre una máquina como el navío de línea, posiblemente el buque más hermoso que ha surcado los mares a lo largo de la Historia. Durante aquellos minutos me olvidé de todo y de todos, intentando captar aquellas sensaciones para siempre en mi corazón.

Pero todo tiene su fin y debimos descender a cubierta. Todavía nos esperaban fuertes emociones en aquel día. No debemos olvidar que nos encontrábamos en situación de guerra contra la Gran Bretaña, y que sus barcos pululaban por el Mediterráneo desde su base principal en la isla de Menorca, dispuestos a cobrar cualquier presa, razón por la que, según palabras del comandante, debíamos estar preparados para todo, unas palabras que nos llegaron a lo más hondo de nuestro ardor

guerrero. Con ese fin, alistamos el barco para el combate en repetidas ocasiones. Debimos sacar los coyotes y líos de ropa a cubierta para formar el empalletado^[20], así como alistar las baterías y todo los detalles que llevaba consigo tan importante momento. Fue entonces cuando el comandante decidió disparar una andanada completa.

Como pueden comprender, la potencia artillera era el elemento fundamental del navío, al representar casi todo su bagaje ofensivo. Aunque a veces se llegara a situaciones de batalla con los buques a muy corta distancia, lo que se conocía como *combate a tocapenoles*, quedaba lejano el sistema de las galeras que todo lo empeñaban en el abordaje y la lucha cuerpo a cuerpo.

Por razón de su artillería, cuyo número total de cañones se denominaba como *porte*, se clasificaban los navíos en cuatro clases. Contaba el Vencedor con 68 piezas. De ellas, veinticinco de *a 24*^[21] en la andana primera o puente bajo, la misma cantidad en la segunda andana pero de *a 18* y, por fin, dieciocho cañones en el castillo y alcázar de *a 8*. Una potencia de fuego extraordinaria que era preciso preparar y alistar convenientemente.

En primer lugar, debíamos abrir las portas y situar los cañones en batería, es decir, acercarlos hacia las aberturas con sus bocas de fuego por fuera del casco y mantenerlos bien trincados con sus aparejos. Se nos repetía machaconamente que un cañón mal trincado a bordo, podía ser más peligroso que el disparo de diez enemigos. Además, se debían preparar en sus inmediaciones, convenientemente estibados, los cartuchos de pólvora, así como las balas a utilizar que podían ser rasas o redondas, las más habituales, aunque también se disponían de otras un tanto especiales, dirigidas contra el personal o los aparejos enemigos, denominadas como palanquetas, balas enramadas, estrelladas, de metralla y rojas incandescentes, de peligroso manejo estas últimas a bordo.

Como artillero me ocupaba con otros tres compañeros de un cañón de *a 24* en el puente bajo. Lo preparamos con esmero, cargando y atacándolo a la orden del oficial que mandaba la batería, acción que habíamos realizado otras veces en puerto, de forma simulada. También al recibir la orden de *¡fuego!*, dada con extraordinaria energía, acercamos la mecha^[22] encendida al oído, que comunicaba la pólvora al cartucho, lo que hizo retumbar el mundo, a la vez que el cañón salía disparado hacia atrás con extrema violencia, aunque no la suficiente como para partir sus aparejos. Fue extraordinario el disparar una batería completa, e incomprensible que aquel viejo cascarón aguantara el empuje. Pero continuamos con los ejercicios, bien disparando por baterías completas, a tercias, a cuartas o con tiro de precisión y concurso. De todas formas, al finalizar las prácticas solo escuchaba silbidos de diferentes tonalidades en mis oídos.

Después de un día de inagotable agitación física y moral, nos distribuyeron en guardias para la noche. Aunque la marinería navegaba normalmente a dos guardias, babor y estribor, a los guardiamarinas nos asignaron puestos de oficiales concretos,

con lo que se nos dividió en las tres conocidas guardias, entre las ocho de la tarde y ocho de la mañana, denominadas como prima, media y alba, de cuatro horas de duración cada una. En cuanto al necesario descanso nocturno, a los guardiamarinas nos alojaron bajo el alcázar, para lo que se estableció una separación con lona y bastidores, donde se alineaban los catres, acolchados uno contra otro, al disponer de poco espacio para toda la Compañía. De esta forma te pisaban el cuerpo, con buena o mala intención, los que debían acudir a sus puestos o regresaban de los mismos, en los cambios de guardia.

En todas las salidas a la mar debíamos pasar por los diferentes puestos de a bordo y emplearnos en todas las faenas del servicio. De forma especial para nuestra formación, debíamos manejar los instrumentos necesarios para las operaciones de pilotaje, como cartas, compás y sextante para tomar la altura del sol. También se nos obligaba a echar la corredera^[23], marcar los puntos de tierra, calcular el abatimiento del buque en su derrota, corregir la estima, marcar el punto, llevar el diario de navegación, que debíamos presentar posteriormente en la Academia, asistir a la rueda del timón y aprender, en general, todas las labores que se llevan a cabo en un buque de la Armada.

Como les decía, me asignaron la guardia de alba, por lo que entré con otros compañeros en la rueda del timón a las cuatro de la mañana, para pasar después como serviola^[24] en la cofa del trinquete. De esta forma, gocé de mi primera amanecida en la mar, allá en las alturas, afirmado en la meseta, tan cerca del cielo. Fue un espectáculo memorable, imposible de comprender para quien no lo ha vivido. Al girar la vista por todo el horizonte, solo se observaba mar y mar, comprendiéndose con perfección la redondez de la tierra. En los primeros momentos, ausente la luna, tan solo se percibía la espuma blanca y fosforescente de las crestas de las olas y la propia estela. Pero conforme aumentaba la luz del crepúsculo, comenzaban a tomar forma las figuras, poco a poco, hasta que el rojo más fuerte se arracimaba por levante para dejar salir el refulgente disco de oro.

Todavía el tiempo era bonancible, por lo que la amanecida se presentó de buen cariz, con horizontes claros y cielo despejado. Observaba sin cesar por toda la línea que marcaba la unión de cielo y mar, intentando descubrir alguna vela en la lejanía. Soñaba con detectar la presencia de algún buque inglés y escuchar a continuación los toques de zafarrancho y prevención para el combate. Pero nada aparecía a la vista, ni un pequeño falucho pesquero.

Conforme avanzaba la mañana, el cielo tomó un color que debía ser preocupante, pues todos los experimentados lo oteaban con insistencia. El viento aumentó su velocidad progresivamente, a la vez que la mar se tornaba de un sucio color gris y las olas se aborregaban con rapidez, hasta dejar una salsa blanca y espumosa sobre la superficie. En las primeras horas de la tarde aullaba el viento entre las jarcias, por lo que el comandante ordenó arriar la parte más débil del aparejo y ajustarse a la posibilidad de marejada gruesa. El deterioro del tiempo progresó con rapidez, por lo

que se establecieron las barloas para el paso por cubierta, así como el aparejo de capa.

Ya no se percibían aquellos prometedores colores de cielo y mar, ni la navegación silenciosa y calma. El *Vencedor* comenzó a ser agitado como una peonza de feria, con lo que las visitas de los guardiamarinas a los beques de proa se hicieron más asiduas, entre ellos *Pecas*, cuyo rostro parecía del color de la cera.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté al observar su aspecto, en el momento que braceábamos las vergas del trinquete—. Tienes mala cara.

—Debe ser el vino de anoche, que no se encontraba en buenas condiciones.

—Sí, será eso.

La verdad es que estaba mareado como una cuba, situación muy normal en los primeros días de mar. Por fortuna, nunca me afectó ese mal, lo que agradecí a Nuestra Señora de Valdelagua, a quien me había encomendado en el momento de embarcar. Era penoso comprobar los aspectos de algunos cadetes fuertes y bragados, cuando el mareo los dejaba postrados en cubierta como un guiñapo. A pesar de estas condiciones, debíamos continuar con nuestras prácticas marineras que no bajaban el ritmo, con independencia de las condiciones meteorológicas.

Pero no hay mejor remedio para el mareo que la posibilidad de acción inmediata, con la emoción contenida que esta conlleva. Entrada ya la tarde, entre el ruido producido por los bramidos del viento, rociones de mar y gualdrapazos de las velas, se escuchó el aullido de *Negrito*, un guardiamarina de piel oscura y avinagrada, de guardia en la cofa.

—¡Vela por la amura de estribor!

En aquel momento debíamos encontrarnos a unas veinte millas de la costa solamente, al sudoeste de Cartagena, ya que no era idea del mando alejarse en exceso y tener cubierta la retirada en caso de necesidad. Pero las condiciones de viento y mar no ayudaban al propósito, en caso de tratarse de una unidad inglesa de buen porte. De inmediato se destacó un marinero profesional a la cofa para aumentar la información, que trepó por la jarcia con la agilidad de un mono por los árboles. La información fue confirmada, aunque no se podía apreciar en la distancia, con la escasa visibilidad reinante, la nacionalidad de aquellas velas que se atisbaban y perdían en el horizonte con el movimiento de las olas.

El comandante intentó enmendar el rumbo en demanda de nuestro puerto, aunque el viento duro de levante no cooperaba en la empresa. De esa forma nos entró la noche cerrada, salpicada de espuma, con las olas barriendo la cubierta y el *Vencedor* saltando como potro desbocado. Se reforzó la vigilancia, por si era necesario alistar el buque para el combate. Pasamos los guardiamarinas a dos guardias, con lo que me volvió a tocar la entrada en el alba larga, con más sueño en esta ocasión. Pero no me afectaban en aquel momento los problemas físicos sino los emocionales, deseando en mi fuero interno, fruto de mi escasa experiencia, la pelea con el inglés, un deseo no compartido por la oficialidad al ser conscientes de las posibilidades de nuestro buque, si aquellas lejanas velas pertenecían a un navío británico.

Tras muchas horas de nervios contenidos y atisbar el horizonte hasta perder los ojos, entró el crepúsculo matutino con escasa luminosidad. Pero se necesitó poco tiempo para descubrir las velas claramente a la vista, unas velas que en opinión del alférez de navío que mandaba nuestro grupo, debían pertenecer a una fragata de un porte entre 20 y 30 cañones. Nos había ganado mucho terreno, hasta cortarnos el retorno a Cartagena, lo que no era casualidad, teniendo en cuenta la necesidad de carena del *Vencedor*, con el costado tan sucio que debía perder un par de nudos de velocidad, por lo menos. Sin embargo, me sentí eufórico ante aquella noticia, porque una pieza así sería pasto fácil de nuestros cañones de *a 24*. Supina ignorancia la mía.

El desencanto final de muchos guardiamarinas, así como alegría en los mandos, se produjo poco después al comprobarse que se trataba de una fragata española, la *Santa Rufina*, construida en Cartagena pocos años atrás y que regresaba de comisión en la isla de Mallorca. La mar se mantenía en marejada gruesa, aunque fue hermoso observar aquella airosa fragata navegar cerca de nosotros, mientras enarbolaba las señales de ordenanza y nos adelantaba en su singladura hacia nuestro puerto. Ya por entonces se vislumbraba en el horizonte la costa, por lo que se relajó el servicio a bordo.

Aunque estaba prevista la entrada en Cartagena en aquella misma tarde, no se quiso forzar el aparejo, fondeando al resguardo con las últimas luces, aunque ya el viento y la mar parecían caer. En las primeras horas de la siguiente mañana, tanto avance con la isla de Escombreras nos esperaba nuestro remolcador particular, con lo que volví a observar a los galeotes en su penoso trabajo, mientras eran azuzados por el rebenque del cómitre, que exigía un esfuerzo extra a aquellos desgraciados seres.

Atracamos en el mismo muelle del que habíamos partido. A continuación desembarcó la Compañía, tras unas emotivas palabras de *don Quijote*, que alabó nuestra actuación a bordo. Puedo asegurar que habíamos cambiado y madurado bastante en aquellas cuatro singladuras porque, sin duda, la mar es la mejor escuela del futuro marino. Habíamos aprendido en aquellos días mucho más que en los tres meses de Academia. En general se apreciaban entre los cadetes signos de orgullo y satisfacción, por mucho que algunos cuerpos hubiesen enmagrecido a la vista, con motivo de los pronunciados balances y cabezadas con que nos obsequió el *Vencedor*. De regreso en el cuartel, nos dieron libre el resto del día como premio a nuestra valerosa actuación, con lo que *Pecas* decidió celebrarlo en su camarote con unas ricas frascas de vino que sacaba de debajo de su cama, y que nadie supo nunca cómo podían llegar a su poder.

—Por una vez —sentenciaba *Pecas*, orgulloso—, he de reconocer que esta salida a la mar ha sido una experiencia agradable y reconfortante. Debíamos olvidarnos de los libros y permanecer embarcados de forma permanente. Lástima que esa fragata no fuese un potente navío inglés, para haberlo enviado a las profundidades del Mediterráneo con los demonios, sus permanentes aliados. Tenía mi cañón de *a 24* listo y preparado para...

—Vamos, *Pecas*, si estabas en los beques vomitando como un cochino cebado, cuando se avistaron las velas —era Borja Pérez de Lagoniaz, un extremeño muy divertido, quien atacaba con gracia.

—Por culpa del vino, cascarrabias trujillano —insistía el mini-guardiamarina con su innata gallardía—. Qué razón tenías anoche, Sebastián, cuando nos recomendabas prudencia en la ingesta de los caldos antes del embarque. Se me agrió en la cabeza, de golpe, todo lo que bebí el día anterior. Pero a los pocos segundos me encontraba en mi puesto.

—Lo que debemos hacer, a partir de ahora, es trabajar a fondo. Por si no lo recordáis, los exámenes generales se encuentran a la vuelta de la esquina —tercié con mi normal responsabilidad.

—Tú lo necesitas poco —insistió Sebastián—. Eso díselo a *Pecas*, que lo tiene más crudo.

—Es cierto —añadí, mirando hacia mi joven amigo—. Como no aprietes el culo, te van a catear.

—¿A mí? ¿Suspenden a un Cisneros? No se atreverán estos mequetrefes de poca monta. Ya veréis cómo supero esas pruebas sin problemas.

Otra vez con vino en el cuerpo, añadido a las emociones de los últimos días, caí rendido en mi catre. Aunque en pocos segundos me atacó el sueño perdido, dispuse de tiempo para rememorar los momentos principales de mi primera navegación en un navío de línea. Por mucho que se criticara al viejo *Vencedor*, para mí sería siempre un barco especial y muy querido, con el que años después tuve otro encuentro muy diferente. Entre amaneceres esplendorosos, retumbar de cañones y avistamientos enemigos quedé profundamente dormido. Pero desde aquel momento, me sentí marino de verdad.



María Cristina

Las fechas tan temidas por muchos guardiamarinas llegaron de forma inexorable, como todo acaba por suceder en esta vida, lo bueno y lo malo. Los exámenes generales se llevaron a cabo durante tres días, de forma pública y oral, ante el tribunal de la Academia constituido en plenario, parapetado tras imponente mesa. Aunque fiel al nombre dado, todos los alumnos debían demostrar su habilidad en cada una de las materias, se cargaba la mano en algunas asignaturas en las que no se debía fallar, por considerarse más afines e importantes para nuestra formación como oficiales de la Real Armada. Como decía el Capitán con exagerada entonación, en la geometría debe ser poca la indulgencia, por lo que esta era, sin duda, la asignatura más temida.

Al comenzar las pruebas, reunidos en la sala general, el Capitán nos ofreció uno más de sus engolados y patrióticos alegatos, que no hizo sino agudizar los nervios de los que circulaban en la cuerda floja. Nos recomendaba adecuada compostura y resignación ante los resultados, recordándonos las palabras de don Vicente Tofiño, que se hicieron famosas entre nosotros: *En los exámenes es sumamente difícil convencer a los reprobados de su insuficiencia, pues aunque yerren cada paso, no conocen o no quieren confesar su ignorancia.* Y debo reconocer que a ese gran marino, astrónomo y matemático, no le faltaba razón.

He de señalar que superé todas las pruebas con holgura y sin problema aparente, más que nada por la base que ya aportaba a mi llegada, a lo que se debía añadir el esfuerzo dedicado en aquellos cuatro meses. En Aritmética me preguntaron algunas reglas generales, muy sencillas, así como los principios fundamentales, de los que debí resolver dos problemas en el encerado. En Geometría, examen temido, largo e interminable, que se llevaba a cabo en grupos de tres cadetes, se iban alternando las diferentes secciones de la asignatura, con lo que el tribunal percibía con mayor claridad aquellos que se encontraban bajos en conocimientos, en los que se incidía con preguntas personales. En Navegación tuve suerte ya que me correspondió en el preceptivo sorteo, la observación y cálculo de la variación de la aguja^[25], que remonté con espléndida brillantez. Por último, en Artillería y Dibujo necesité pocos minutos para demostrar mis conocimientos. En esta ocasión, fuimos eximidos de las pruebas correspondientes a Construcción Naval e Idiomas, por fortuna para mí, ya que el inglés era y ha sido siempre el punto más débil en mi formación académica.

Mi brigada fue la última en acceder a las pruebas, con lo que el nerviosismo acumulado era mayor, conforme contemplábamos los apuros de nuestros compañeros. Me sentí liberado al remontar las mías con brillantez, aunque lo pasé muy mal al observar las de *Pecas*, como si se trataran de las propias. Sufría con sus

vacilaciones y errores, que me obligaban a bajar la cabeza con impotencia. En especial fue en Geometría donde no parecía acertar casi ninguna de las intervenciones que el profesor le exigía, por lo que llegué a temer lo peor, una situación que me angustiaba al pensar que podía perder la compañía de mi protegido, quien se había convertido en un magnífico y entrañable amigo.

Sin embargo, y para mi sorpresa, llegó un momento delicado en el que el Capitán de la Compañía en persona se decidió a intervenir, tomando las riendas de la prueba. Comenzó a tratar a mi pequeño amigo de forma amigable y obsequiosa, a la vez que rebajaba con meridiana claridad la dificultad de las preguntas. Sea como fuere, el pecosó superó por fin la terrible prueba, mientras se retiraba del estrado exhibiendo su habitual rostro altivo. Con toda honestidad debo declarar que llegué al convencimiento de que se había empleado truco en el sistema. Así se lo comenté poco después, ya que nuestra confianza era absoluta.

—Mucha suerte has tenido, *Pecas*. Llegué a creer que caías sin remedio en la prueba de geometría.

—¿Caer yo? —Me miró con su típico gesto de niño travieso, a la vez que sonreía—. Vamos, *Gigante*, te supongo lo suficientemente inteligente como para sospechar la verdad. ¿No es así, querido amigo?

—Pues ya que lo comentas, sí que me extrañó la intervención del Capitán. Jamás lo vi tan obsequioso con un alumno. Debe haber sufrido una profunda metamorfosis. No parecía desearte ningún mal.

—Pues claro que no, grandullón —observó a su alrededor, para comprobar que nos encontrábamos solos—. A ti puedo explicarlo sin ambages, siempre que me guardes el secreto, aunque muchos lo sospechen. Lo cierto es que debió intervenir mi padre con cierta presión.

—¿Tu padre? ¿Cómo ha sido eso?

—¿Cómo va a ser? Estás en la luna. Pues como se hacen estas cosas, hombre, dentro de la necesaria discreción. Al comprobar que no sería capaz de pasar la geometría, asignatura que odio con toda mi alma, le envié un billete urgente a mi padre, solicitando el pertinente auxilio. Ya te lo dije y no me has creído. Los Cisneros somos importantes, *Gigante*, y muchos prefieren tenernos como amigos. El Capitán debió pensar que no era cosa buena para su carrera, declarar reprobado al único hijo del duque de Montefrío, del que se habla como próximo secretario personal de Su Majestad —me sonrió con su habitual picardía, a la vez que movía sus manos como quien resuelve un acertijo—. Y eso es todo. Ya te anuncié que no temía las pruebas.

—De modo que serás un duque en el futuro, nada menos. Bueno, un duque pequeño, desde luego —le pasé la mano por su cabeza, como solía hacerlo, en un gesto que solo a mí permitía—. Si lo llego a saber, señor duque de las *Pecas*, habría dedicado menos tiempo al estudio, haciéndome incluir en el billete.

—Lo habría hecho *motu proprio* si hubiese sospechado algún peligro para ti. Pero estaba seguro que saldrías airoso —me golpeó la barriga mientras reía, frotándose las

manos—. Bueno, asunto culminado. Por cierto, *Gigante*. ¿Qué piensas hacer durante el permiso?

—¿De qué permiso hablas? Es un asunto que se rumorea entre los compañeros pero del que no se conoce todavía...

—Sigues sin confiar en mí, bravucón. No olvides nunca que *Pecas* se entera de todo antes que nadie. Parece mentira que todavía no te hayas dado cuenta. Desde pasado mañana, día 22 de diciembre, hasta el día de Reyes del próximo año, podremos hacer nuestra santa voluntad y abandonar este asqueroso y húmedo cuchitril —volvió su tono orgulloso y divertido de siempre—. He pensado que, como no tienes familia de primer grado, y nada se te ha perdido en ese lejano lugar de San Juan de Berbio, muy noble pero perdido en el mapa, podías pasar las Navidades con mi familia.

—¿Las Navidades con tu familia?

Me tomó desprevenido aquella proposición. Durante las dos últimas semanas, corrían rumores por el cuartel en el sentido de que se abrían ciertas posibilidades de un corto permiso para los guardiamarinas, por lo que ni siquiera había pensado en la posibilidad de marchar a casa, no ya por la posible inconveniencia para mi carrera, sino por la escasez de tiempo disponible. Ahora ya, teniendo en cuenta que se trataba de dos semanas, dudaba lo que podía o debía hacer, sin escuchar las lejanas palabras y recomendaciones de don Gaspar de Fontellanos. Por un lado, deseaba ardientemente abrazar a los míos aunque, si pensaba con cordura, dependiendo del estado de los caminos, podía pasarme la mayor parte del permiso en la diligencia de ida y vuelta. De esta forma, me decanté en principio por la solución que ofrecía mi mejor amigo, aunque cediese, en teoría, a regañadientes.

—No quiero molestar a tu familia, *Pecas*. Pensaba pasar en Madrid con mi tutor esos días, si el permiso era de suficiente duración, aunque el viaje sea pesado y deba aguantar sus sermones.

—¿Molestar a mi familia? —Mostraba una sincera indignación en su rostro—. ¿Te has vuelto loco? Parece mentira que seas de los guardiamarinas más brillantes de la Academia, y albergues tanto serrín en tu cabezota. Mira, *Gigante*, sabes tan bien como yo que eres el único amigo de verdad que tengo en este apestoso cuartel y al que debo mucho. Y te aseguro que no repetiré estas palabras en público jamás. No solo no molestarás en casa, sino que nos concederás un honor con tu presencia. Te juro que hablo en serio. Ya mi padre sabe bastante de ti, y así se lo anuncié.

—¿Qué se lo has anunciado? ¿Cómo te atreves? —Me hice el ofendido con gravedad.

—No te enfades, *Gigante*. Sé que no quieres mucho a ese lejano tutor, y que podrías pasar las navidades entre las nieves de la Mancha o quién sabe dónde. Madrid queda muy lejos en esta época del año. Por esa razón, mi familia se ha trasladado desde la Corte a un palacete que poseemos cerca de la villa de Cehegín. Es una finca preciosa, donde pasamos a veces los calores del verano, y que se encuentra a pocos

kilómetros de aquí. Pasado mañana a las nueve vendrá a recogernos un carruaje de casa, en el que embarcaremos sin más dilación. Y no se hable más. Se trata de un asunto cerrado y decidido.

—Oye, *Pecas*, que no eres el Capitán —volví a mostrarme ofendido, aunque con menos convencimiento—. Ya lo pensaré con calma.

—No tienes nada que pensar. Aunque seas más grande que yo, me refiero al volumen solamente, soy capaz de retarte a duelo. Sería a florete, claro, que es tu punto débil —volvió a reír, divertido, mientras me tomaba del brazo—. Además, conocerás a mi querida y única hermana María Cristina, la persona que más quiero en el mundo. Es una chica preciosa de quince años. También le he hablado de ti en mis cartas.

—¿Pero qué te has creído, mengajo pecoso? ¿Quién eres tú para...?

—Calla ya, gigantón de San Juan de Berbio. Pasarás las navidades en Santa Rosalía y no se hable más.

—¿Santa Rosalía? ¿Algún convento de clausura perteneciente a los Cisneros? Te sabía devoto, pero no tanto.

—Anda y que te pique una tonina en el trasero. Santa Rosalía es el nombre de la hacienda. Pero dejemos ya ese tema. Vamos a mi camarote a celebrar los exámenes y mi excelente aprobado en geometría. Tengo un vino...

—Debajo de tu cama, como siempre. Por cierto, *Pecas*, en homenaje a nuestra buena amistad, quiero preguntarte algo. ¿Cómo consigues el vino con tanta regularidad?

—Mira, *Gigante*, eres grande y bueno pero un poco inocente. El vino lo consigo como todo lo demás.

—¿Cómo?

—Pues sobornando al portero, don Rufino. Tiene ganada fama de mal carácter y cascarrabias, pero se vuelve loco por una moneda de oro —volví a mostrar su rostro pícaro, mientras guiñaba un ojo—. ¿No has observado las reverencias que me dispensa?

—No tienes remedio. Si algún día llegas a mandar un navío y entras en combate contra el inglés, estoy convencido que acabarás por sobornar a la dotación británica para que te entregue su barco sin abrir fuego.

—Bueno, si es posible y así se evita derramamiento de sangre, ¿por qué no?

Pasamos a su camarote, donde poco después acudían otros compañeros de la brigada al olor de los buenos caldos. En esta ocasión, *Pecas* parecía disponer de toda una bodega, por lo que la celebración fue de las que marcó un clamoroso hito en la historia de la Academia.

Tal y como había previsto mi amigo, el día 22 de diciembre, a las nueve de la mañana, nos esperaba a la puerta de la Academia un magnífico landó, con un tiro compuesto por dos caballos negros y relucientes, primorosamente engalanados. En la puerta de lo que más parecía una carroza, pintada de un verde oscuro, destacaban las

armas de los Montefrío en oro, bajo la corona ducal. Como después me explicó mi amigo, amante de los buenos carruajes, se trataba de un landó-barco de cinco vidrios, así llamado por las cinco ventanillas de cristal con las que estaba dotado. El conductor, de nombre Ramiro y vestido con galas propias de un banquete regio, mantenía abierta la puerta a la vez que nos ofrecía una ligera reverencia. Mientras tanto, un joven servidor cargaba nuestro equipaje en la plataforma trasera. Llamaron mi atención dos hermosos fanales de bronce, parecidos a los usados a bordo de los navíos, que brillaban como el oro a banda y banda del pescante.

Cuando me instalé en el interior comprendí que, en efecto, la familia de *Pecas* debía poseer una gran fortuna e importancia. Me dejé reclinar entre mullidos cojines rellenos de miraguano, mientras descansaba los pies en el pesebrón, cubierto con una espesa alfombra azul con coronas doradas. Una vez acomodados y con el equipaje convenientemente estibado, el cochero pidió permiso a mi amigo con una nueva reverencia, para iniciar la marcha.

Mi pequeño anfitrión, haciendo las galas pertinentes, comenzó a explicarme el viaje con todo detalle. Comprendí que era en aquel ambiente donde se encontraba el verdadero *Pecas*, pues se había producido una notable transformación en su persona, como si hubiese abandonado la postura rebelde, orgullosa y traviesa adoptada en la Academia. Incluso llegué a considerarlo de más empaque y edad, como si hubiese crecido a mis ojos en pocos segundos. Pero, por encima de cualquier otra consideración, comprobé con el paso del tiempo que aquella invitación era todo un homenaje a nuestra amistad, así como un sincero agradecimiento a los favores recibidos durante los cuatro meses del curso.

—Tomaremos la carretera de Murcia, distante algo más de ocho leguas desde nuestro querido cuartel —sonreía con sinceridad, feliz de acometer aquel permiso—. Pero no necesitaremos entrar en la capital de la provincia, ya que tomaremos un atajo que Ramiro, el conductor, conoce bien. Desde las inmediaciones de Murcia hasta Cehegín sufriremos 13 leguas más de peor camino, aunque en este carruaje es bastante soportable.

—¿Es grande Cehegín? —pregunté interesado.

—Es una villa noble y antigua, con mucha historia corrida, aunque la verdad es que no acudimos a ella con frecuencia, ya que nuestra tierra se encuentra a una legua de distancia. Tan solo hace un par de años, mientras se restauraba la capilla de la hacienda, asistíamos los domingos a misa en la iglesia parroquial de Santa María Magdalena. De acuerdo con lo que un día nos expuso el alcalde, y según han conjeturado los eruditos en la materia, esta noble e histórica villa es la que aparece en las tablas de Ptolomeo con el nombre de *Segisa*, entre las ciudades bastitanas.

—Te veo muy interesado en la historia de la villa, más que en la Historia Naval que debíamos estudiar en la Academia, a la que poca atención prestabas.

—Tienes toda la razón, *Gigante*, pero debía actuar así. Tú me comprendes.

No lo comprendía bien aunque me hacía una idea aproximada. La verdad es que

en aquellas dos semanas que pasé con él, además de fomentar y aumentar nuestra amistad, conocí a mi amigo *Pecas* de verdad, al auténtico Santiago de Cisneros. Y las novedades que descubrí en su persona, mejoraron aún más el concepto que de él había tomado en un principio. Volvió pronto a la carga.

—No creas que tenemos posesiones por esta zona. El origen de nuestra casa es gaditano. En esa provincia andaluza han dispuesto los Montefrío de extensas haciendas desde el siglo XVI. Pero a finales del XVII pasaron a vivir con regularidad en la Corte, razón por la que vine al mundo a orillas del Manzanares. Sin embargo, con la enajenación por nuestro Rey Felipe V de las tierras baldías y realengas, así como la confiscación de los bienes y temporalidades de los jesuitas por nuestro Señor don Carlos, se aumentó notablemente el patrimonio familiar, siendo esta tierra murciana uno de los mejores ejemplos. La hacienda Santa Rosalía pertenecía a los jesuitas, con lo que gracias a las maniobras de Tanucci y Aranda —esta es una expresión de mi padre—, accedimos a esta preciosa finca en las cercanías de Cehegín, regada primorosamente por el río Quipar. Entre tú y yo, *Gigante*, según parece fue un negocio redondo.

—¿Por qué ese nombre de Santa Rosalía?

—Un capricho de mi padre. En realidad, la hacienda se llamaba El Castillo de la Ribera, ya comprobarás lo ajustado del nombre a la realidad en cuanto la veas con tus ojos. Pero como Rosalía es el nombre de mi madre, que le tomó un gran cariño al nuevo predio y se ocupó personalmente de su restauración y decoración, se creyó oportuno cambiar la denominación anterior. Mi progenitor la santificó con ese nombre de Santa Rosalía, y así fue bendecida por cardenales y obispos en singular ceremonia. Eran tantos los monseñores y príncipes de la Iglesia que asistieron con sus hisopos, que todavía se huele a incienso y agua bendita en las habitaciones —rió con fuerza, pateando el pesebrón.

—Pues a mí me gusta el olor del incienso.

—Eso dice mi hermana María Cristina. Mucho hemos jugado en esa casa, durante los veranos, de los que guardo un imborrable recuerdo.

—Parece que quieres de verdad a tu hermana.

—Sí, es cierto. Te aseguro que amo a mis padres con sincera devoción, pero siento una especial debilidad por Cristi, como yo la llamo. El hecho de que seamos los únicos hermanos, así como una gran afinidad en gustos, nos ha unido mucho desde la niñez. Te advierto que es una belleza, y no creas que me ciega el amor fraternal. Según dicen, son ya muchos los que, en la Corte, han puesto sus ojos en ella. Además de hermosa, es buena y con una previsible dote nada despreciable. Pero no consentiré que se case con un figurín de Corte. Creo que haríais una buena pareja vosotros dos —esta vez me sonrió con esa mezcla de picardía e ironía tan habitual en él.

—No digas tonterías, *Pecas*.

—No son tonterías.

En ese momento, el carruaje saltó con fuerza, por haber tomado un bache de considerable tamaño, lo que originó la protesta de mi amigo, a la vez que describía la ventanilla que daba al pescante.

—¡Ramiro, por Dios! Abre los ojos si no quieres hacernos reventar —se giró hacia mí antes de continuar—. Este precioso landó se mueve tanto como el *Vencedor* en marejada gruesa. Y aquí no poseemos beques para abreviar —volvió a reír, feliz—. Pero hablando de algo más sustancioso, aunque mis padres me envían siempre el landó con comida y bebida para los descansos, espero que lleguemos a hora adecuada para almorzar en una venta que debí tomar el año pasado, un par de leguas antes de alcanzar la villa de Muía. Te adelanto que el vino de aquella tierra es espeso y bueno de verdad.

—Estoy dispuesto a comer y beber todo lo que sea necesario. Aunque debemos recordar que, en opinión del médico de la Academia, el abuso del alcohol a edad temprana es malo para el desarrollo.

—Pues a mí me criaron con vino. El médico de nuestra casa asegura que es nutritivo y con buenos efectos para la sangre, siempre que pertenezca a una buena añada.

—Pero con la debida moderación.

—Olvídate de las moderaciones, Gigante, que estamos de permiso, unos días de libertad bien ganados en esos horribles meses.

—¿Por qué ingresaste en la Armada, siendo el heredero de tu casa? —Me salió la pregunta de sopetón, aunque era un tema en el que había pensado varias veces.

—¿Quieres saber la verdad?

—Pues claro.

—Odio a los jóvenes que se mueven como margaritas por la Corte. Además, y solo a ti lo confesaría, me sentía un poco acomplejado por mi escasa fortaleza. No sé, quería demostrar y demostrarme a mí mismo algo que no es fácil explicar. No creo que lo comprendas.

—Te comprendo muy bien, *Pecas*.

—Quien no lo comprende bien es mi padre, y mucho menos mi madre. No sabes el trabajo que me costó conseguir el permiso paterno para sentar la plaza.

Pensé en aquellos momentos, lo fácil que habría sido para mi amigo cubrir el expediente de limpieza de sangre, porque la suya debía ser limpia como el oro hasta el centésimo apellido. Con estas conversaciones fuimos haciendo camino de forma más que confortable, a pesar de las incesantes protestas de *Pecas*, cuando el landó tomaba roderas o baches pronunciados de la carretera. Llegaron a mi mente las escenas de aquel penoso viaje en la diligencia, que tan lejano encontraba en el tiempo, y tan diferente en los medios.

Fiel al plan previsto por mi amigo y, como después supe, planificado al detalle, alcanzamos la Venta Miñambres, cercana a los famosos Baños de Muía, a la hora aproximada del almuerzo. Para mi sorpresa, fuimos recibidos por el ventero con

grandes deferencias y aspavientos de sumisión, que nos acompañó a una mesa preparada al efecto y cuya simple visión elevaba el espíritu más apocado, por la cantidad de deliciosos manjares que se adivinaban. La comida que desplegaron ante nuestros ojos era tanta y tan variada que me vi obligado a preguntar, inocentemente.

—¿Nos acompañará alguien para el almuerzo?

—¿Acompañarnos? Nada de eso. Todo esto es para que mi amigo *Gigante* vaya recuperando sus fuerzas —sonreía de felicidad—. Te recomiendo aquella pierna de cabrito, así como los higadillos encebollados, la perdiz estofada o el venado asado con hierbas. Bueno, sin olvidar este vino, capaz de levantar el ánimo a un moribundo.

Fue entonces cuando comprendí aquello de comer como un marqués o, en este caso, como un futuro duque. Mi sorpresa fue mayor al comprender que los diferentes platos que nos ofrecía el azorado ventero, habían sido escogidos por el pequeño noble con suficiente anterioridad. La verdad es que en los últimos cuatro meses no habíamos disfrutado del placer de la buena cocina y atacamos las viandas como perro sin dueño. Bueno, mejor debería decir que atacé, ya que *Pecas* picaba de todo como un pajarito, sin engullir cantidades suficientes. He de reconocer que me supo todo como manjar de dioses, lo que debía quedar meridianamente claro al observarme.

—Comes como un león —*Pecas* disfrutaba con mi satisfacción—. Claro que para abastecer ese pedazo de cuerpo, serías capaz de comer un puerco entero.

—La comida es excelente y se disfruta más después de periodos de sequía.

—En eso tienes razón.

Después de la bacanal, eché mano de mi bolsa para intentar pagar mi parte, tal y como hacíamos en nuestras salidas del cuartel. *Pecas* protestó de forma airada, sintiéndose realmente ofendido.

—¿Cómo se te ocurre semejante barbaridad?

—¿A qué barbaridad te refieres?

—Desde esta mañana a las nueve, hasta que te deposite de regreso en el cuartel de guardiamarinas, eres mi invitado y los Montefrío no admitimos que nuestros invitados saquen bolsa alguna de la faltriquera. Guarda esas monedas o me veré obligado a retarte... a florete —cambió el gesto serio por la risa repentina—. Además, *Gigante*, este ventero lleva en arriendo tierras de mi padre, por lo que ya ajustará cuentas con nuestro administrador. Por aquí puedo navegar con solo mostrar el escudo de mi landó.

De esta forma continuamos el viaje. Descabezamos una ligera siesta, necesaria en mi caso tras el ataque ofrecido al estómago. Cuando desperté, *Pecas* observaba desde la ventanilla el paisaje. Por la postura del carruaje, así como la escasa velocidad, deduje que subíamos alguna cuesta pronunciada.

—¿Queda mucho camino todavía? Me parece que he dormido un buen rato.

—Has dormido y roncado como potro engolfado, amigo mío. Pero observa ahora desde esta ventanilla y verás que paisaje más hermoso. Dentro de media legua aproximadamente, tomaremos el camino de la hacienda.

En efecto, desde la altura del montículo que atravesábamos, se divisaba un largo y hermoso valle que serpenteaba dibujado por un río. El camino parecía haberse deteriorado, por lo que los movimientos se hicieron más bruscos y periódicos. Pero tal y como Pecas me había vaticinado, media hora después tomamos un pequeño camino hacia la derecha, que dejaba la villa de Cehegín a la vista en la lejanía.

—Dentro de poco entraremos en la hacienda. Por cierto, *Gigante*. ¿Te gusta la caza?

—Sí. Y ya sabes que disparo bien —no quise puntualizar que en Fuentelahiguera tan solo nos dedicábamos a matar algún conejo y liebre despistada. ¿Disponéis de caza en Santa Rosalía?

—Mucha. Mi padre es un gran aficionado. Hay de todo, en especial hermosos venados, ciervos, cochinos y perdices. Saldremos de caza los días que te apetezca. La verdad es que somos casi suficientes para mantenernos, aunque nos proveen desde Cehegín de los artículos necesarios, en especial de un aguardiente al que son muy aficionados, y que fabrican en cantidad. Mi padre suele encargarlo para Madrid.

No tuve que esperar mucho tiempo para observar la esperada entrada. Habríamos recorrido unos cinco minutos cuando el camino se abría entre dos enormes columnas de fábrica, que se asemejaban a mojones del reino, tachonadas en su parte alta por un enrejado de forja, donde podía leerse claramente: Santa Rosalía. *Pecas* me golpeó el brazo, mientras ampliaba su sonrisa.

—Ya estamos en casa, *Gigante*. Ahora a disfrutar de la vida como locos.

—Tampoco es necesario desmadrarse, guardiamarina Cisneros —imité la voz del Capitán—, que te conozco.

—Olvídate de las responsabilidades. Aquí venimos para disfrutar como si navegáramos a un largo. Te adelanto que, como se merece un hijo único y muy querido, mis padres no suelen negarme ningún capricho.

Recorrimos un largo trecho, subiendo y bajando vertientes, a cuyos lados se veían tablas de cereal, viñedos y, por fin, un profuso campo de olivos. Pero fue al bajar una loma más pronunciada, cuando se apareció la celestial visión. Allí abajo, donde el río Quipar dibujaba una caprichosa y pronunciada curva, quedaba abrazado no un palacete como esperaba encontrar, sino un auténtico castillo medieval. *Pecas* se encontraba atento a mis reacciones, por lo que intervino con rapidez.

—Ya te dije que el antiguo nombre de la hacienda, El Castillo de la Ribera, se ajustaba bastante a la realidad. Dice la leyenda que este castillo fue construido por los Caballeros Templarios, aunque según mi padre no es muy creíble ese dato, ya que aquella Orden denostada tuvo escasa presencia por esta parte de España. Él se inclina más por la de Santiago o Calatrava, aunque los jesuitas se llevaron el archivo y perdimos las pistas. Pero, según parece, data su construcción inicial del siglo XI, aunque ha sufrido muchas restauraciones, la última de ellas bajo la experta mano de mi madre, que acabó por volver locos a constructores, carpinteros y demás operarios.

—Te aseguro que es una visión mágica. ¿Cómo le llamáis? —Señalaba el castillo.

—Para los jesuitas era El Castillo de la Ribera, y así aparece en unos azulejos que observarás junto a la entrada principal y que mi madre decidió conservar por su belleza. Según dice son portugueses del siglo XIV. Te advierto que mi querida progenitora sabe mucho de arte, estilos y esas cosas. Ahora se llama el Castillo de Santa Rosalía, por lo que encontrarás otro mosaico parecido y situado simétricamente, aunque este lo encargó a la villa portuguesa de Estremoz.

Conforme avanzábamos por el camino, el castillo se hacía más colosal. Disponía de un cuerpo central rectangular de enormes dimensiones y dos plantas, flanqueado por dos torreones almenados de impresionante altura y robustez. Llamaba la atención el material elegido para su construcción, una piedra jaspe rojiza sobre sillería, que le ofrecía un aspecto sobrecogedor. De hecho, parecíamos retroceder en el tiempo hasta la época del Cid Campeador.

—¿Te gusta? —Pecas parecía disfrutar con todo aquello que llamaba mi atención.

—Reconozco que no me podía figurar algo así.

Sin embargo, la impresión más grande, que recuerdo todavía hoy, tuvo lugar poco después. El landó se detuvo frente a la fachada principal, donde diferentes parterres de flores formaban caprichosos dibujos. Me disponía a bajar del carruaje, cuando se escuchó estrépito de pisadas, así como gritos que parecían desesperados.

—¡Santi! ¡Ha llegado Santiago!

Y fue entonces cuando la vi. Bajando las escaleras laterales que daban acceso a la entrada, se movía un vestido blanco de grandes vuelos. *Pecas* corrió hacia ella, ligero y alegre. Por fin, los dos hermanos se fundieron en un apretado abrazo, en el que ella parecía ejercer más fuerza debido a su mayor envergadura. Tras unos largos segundos, el pequeño guardiamarina debió recordar mi presencia, ya que tomó a la joven de la mano para acercarla donde me encontraba.

—Mira, Cristi, este es el amigo del que te hablaba en mis cartas, mi mejor amigo. Te presento al guardiamarina Francisco de Leñanza y Martínez de los Cobos.

Me enfrenté a ella cara a cara y a corta distancia. Les aseguro que quedé sin respiración, perdido en una blanca nube o en sueños celestiales. Ante mí, tendida su mano con estudiada dejadez, se encontraba el ser más maravilloso que jamás había visto o imaginado. Me mantuve inmóvil, incapaz de articular palabra. *Pecas* intervino, como de costumbre, con rostro de verdadera felicidad.

—¿Tenía razón o no? —Mi amigo saltaba como un niño alrededor de nosotros—. ¿Es guapa mi hermana? Por la expresión de tu cara, gigantón, más parece que se te haya aparecido la Santa Virgen. No me digas que has conocido alguna chica más preciosa en el norte de España.

—Ni la he visto, ni creo que exista —logré articular a la vez que besaba su mano torpemente.

Como creo que quienes lean esta historia me conocen lo suficiente a estas alturas, comprenderán que, desde aquel momento, todas las imágenes de mi cerebro se evaporaron como por encanto, siendo sustituidas por María Cristina. De pronto

comprendí muchas cosas que hasta entonces creía fruto de la imaginación de otros. En pocas palabras, me había enamorado por primera vez en escasos segundos, y de qué forma.



Dulces momentos en Santa Rosalía

Aquellas dos semanas que disfruté en Santa Rosalía entre nubes rosas y plumas, constituyeron, posiblemente, la más dulce y apasionada experiencia que he vivido a lo largo de mi azarosa existencia, y eso que, a mis años, puedo asegurarles que he navegado muchas millas por el mundo, con buena y mala mar. Aunque poco después fui presentado a los duques de Montefrío, quienes me agradecieron con efusivas muestras de aprecio el apoyo prestado a su hijo en la Escuela Naval —la labor epistolar de Pecas debía haber sido profusa en todo tipo de detalles, como más tarde comprobé—, y recorrí con mi amigo el castillo y sus aposentos con detenimiento y profundas explicaciones, todo lo que me rodeaba parecía banal y sin importancia. Mi único y permanente deseo, desde que arribé a la hacienda, consistía en volver a estar cerca de aquella jovencita que había despoblado mis pensamientos.

Era María Cristina una joven-mujer de regular tamaño, piel muy blanca y delgada de carnes. Llamaba la atención a primera vista su estrecha cintura, que podía rodear con mis manos abiertas. Pero, por encima de todo, destacaba su rostro, ligeramente pecoso, con unos ojos azules del color del agua de mar que más tarde encontré en costas tropicales, y todo ello enmarcado por una melena rubia y dorada, casi blanca, que guardaba en un pequeño taleguito, aunque dejaba una porción sobrante para formar dos pequeños tufos, enrollados a ambos lados de su cabeza y adornados normalmente con cintas de colores. No me resulta fácil expresar el secreto de aquellos sentimientos con palabras, porque siempre le cuesta al ser humano describir lo que brota de su corazón. Pero les aseguro que cuando posaba aquellos grandes ojos sobre mí, perdía el sentido del habla y hasta la capacidad del pensamiento, detalles que, estoy seguro, no pasaban inadvertidos a mi amigo.

Durante la primera semana, me mantuve en el castillo como único invitado. Todo aquel despliegue de salones y dormitorios quedaba para mi uso exclusivo, con los padres y hermanos. El primer acto social del que tomé parte, si puede llamarse así, fue la cena del mismo día de nuestra llegada. En realidad, todo era nuevo para mí, con lo que descubría un mundo desconocido en cada momento, conforme aparecían detalles de la vida familiar. Tomamos asiento ante una imponente mesa los cinco comensales previstos, un detalle de intimidad que se perdió con la aparición, días más tarde, de algunos invitados, condición que acabé por repudiar en mi interior. Como la duquesa era amante de las artes y destacaba como una de las mecenas más importantes en la Corte, ordenaba la presencia de músicos con los que agradar nuestras veladas. En aquella mi primera experiencia cortesana de altura, un músico italiano interpretaba dulces melodías, desconocidas para mí, en un instrumento que

denominaban pianoforte.

Había quedado encuadrado en la mesa entre la duquesa y su hija, que me adulaban con sus comentarios. María Cristina había cambiado su vestido, para lucir ahora un precioso traje color esmeralda, al que denominaban *deshabillé*. Por el contrario, mantenía el mismo tocado. Sin embargo, la madre empleaba un peinado alto, con enormes bucles abiertos en triángulo y aderezado con profusa pedrería. Los caballeros vestíamos camisola de vueltas y corbatín, amén de la rigurosa casaca y chupa.

Pronto comencé a pensar, por los comentarios que las damas me dirigían, que *Pecas* había, dejado volar su imaginación con generosidad, al narrar diferentes hechos de aquellos cuatro meses en la Escuela Naval, en los que casi siempre aparecía mi persona. Agradecían mi decisiva intervención en hechos para mí desconocidos, así como hazañas que no habían existido más que en la truculenta imaginación de mi compañero de armas. Sentí una especial zozobra cuando la duquesa, tomando mi mano con maternal ternura, exclamó emocionada.

—Nunca le podremos pagar, señor de Leñanza, lo que ha hecho por nuestro hijo. No sea modesto en exceso, por favor. Somos conscientes de que sin su extremo valor y arrojo, Santiago habría perdido la vida en las turbulentas aguas del profundo mar. ¿Por qué no nos cuenta cómo sucedió realmente aquella terrible experiencia?

—Sí, cuéntenoslo, por favor.

La petición de Cristina, a la que añadió un ligero roce con su mano sobre la mía, me deshizo como el hielo en verano. Retornaba al vano intento de aclarar en mi interior emociones jamás analizadas. Pero, para mi desgracia, no sabía qué debía responder, por lo que elevé una mirada suplicante a *Pecas*, para que aliviara el atolladero en el que él me había metido. Ágil como siempre en argumentos de todo tipo, tomó la palabra con decisión.

—Ya os adelanté que *Gigante*...

—¿*Gigante*? ¿Por qué te empeñas en llamarlo así? No es muy decoroso. Francisco de Asís es un nombre muy bello y noble.

—Madre, en la Escuela Naval todos los guardiamarinas reciben un apodo tarde o temprano. Se trata de una antigua costumbre marinera de muchos años, tal vez siglos, que fomenta el necesario compañerismo. A Francisco le adjudicaron el de *Gigante* a iniciativa mía, he de reconocerlo, por su extraordinaria fortaleza. Y sin ir más lejos, puedo comunicaros que me apodan *Pecas*.

—¿*Pecas*? —La duquesa enarcó las cejas, incrédula—. ¿Todos te llaman *Pecas*? No me gusta esa norma cuartelaria.

—Según he escuchado en la Secretaría de Marina, señora mía —intervino el padre con amabilidad—, son normales y hasta educativos esos juegos de palabras que se cruzan los que forman la noble juventud de nuestra Armada. Como dice Santiago, el compañerismo es muy importante entre los compañeros de armas.

—Si es así, no se hable más —la duquesa decidió aceptarlo a desgana.

—Bien, continuaré —insistió Pecas—. Os quería recalcar que mi compañero y gran amigo es modesto por naturaleza, posiblemente en exceso. No le gusta alardear de sus méritos, ni declarar que ha sacado con brillantez las mejores puntuaciones de la Academia. Pero me veo obligado a ello, aunque le disguste, para que conozcáis de verdad a la noble persona que salvó mi vida, a la vez que corría el grave peligro de perder la suya.

Cuando *Pecas* acometía alguna de sus fantasías, declamaba como el mejor de los oradores.

—¿Cómo fue, Santi? Cuéntalo con todo detalle, por favor —Cristina apremiaba, curiosa como siempre, mientras mostraba una espléndida sonrisa.

—De acuerdo, Cristi, aunque sé que no le gustará a *Gigante* —exhibió un mohín travieso en mi dirección—. Fue con ocasión del avistamiento por el serviola de las tres velas en la lejanía que, poco después, se confirmaron como tres navíos ingleses. La verdad es que todos deseábamos combatir, abrir fuego con nuestra artillería, pero el comandante, más juicioso, decidió aligerar la maniobra para dirigirse a puerto. Y no creáis que se trataba de cobardía sino de prudente sensatez, como comprendimos después. Debéis tener en cuenta que el navío *Vencedor* en el que navegábamos, de 68 cañones, viejo y lento, no habría aguantado mucho tiempo la acometida de aquellos tres colosos británicos, uno de ellos de tres puentes y 90 cañones de porte.

Escuchaba maravillado la imaginación inagotable de *Pecas*, que mantenía el auditorio embelesado con su historia. Incluso el duque había ordenado con un ligero movimiento de su mano, el silencio del pianista.

—Como el viento nos era contrario —*Pecas* se ayudaba de las manos para explicar la situación táctica con más claridad—, necesitamos llevar a cabo más de cuatro bordadas, maniobras complicadas con las condiciones meteorológicas que sufríamos. En una de ellas, en la que se ordenó virar por avante, nos encontrábamos *Gigante* y yo braceando la verga del trinquete, cuando se partieron los acolladores de un arranque de jarcia, con lo que una poderosa vigota saltó en libertad, hasta golpear con fuerza en mi cabeza —se tocaba la parte herida, como si todavía sintiese el dolor—. El golpe me arrojó al agua, con el sentido perdido. Y no debéis olvidar que nos encontrábamos con marejada gruesa y terribles olas que alcanzaban los veinte pies de altura. Todos a bordo miraron hacia las aguas, sintiendo mi irremisible pérdida, pues nada se podía hacer. Fue ese el momento en el que *Gigante* se alzó sobre la borda, para lanzarse a las negras aguas sin vacilar un solo instante.

Dejó unos segundos de silencio, en los que se podía escuchar el vuelo de los mosquitos y la respiración agitada de las damas.

—Como me contaron después los que observaron la escena, *Gigante* buceó en las profundidades, pues ya mi cuerpo inconsciente se perdía hacia el fondo. Me atrapó con sus fuertes brazos, hasta sacarme a superficie. La verdad es que habríamos perecido los dos si no hubiese tenido la fortaleza de agarrarse a uno de los cabos que largaron desde cubierta. Aunque parezca imposible, mientras me mantenía prendido

con su brazo izquierdo, jalaba con el derecho por el cabo tendido, poco a poco, hacia el barco. Cuando por fin nos izaron a bordo, también *Gigante* perdió el conocimiento, aunque en su caso debido al extenuante esfuerzo que había llevado a cabo. En resumen, que gracias a esa heroica acción de mi gran amigo y compañero, que le valió la felicitación personal del Capitán de la Compañía, comandante del navío y oficialidad en pleno, puede vuestro hijo y hermano encontrarse en estos momentos disfrutando de esta deliciosa cena —el tono de su voz había caído de volumen hasta convertirse en un penoso lamento—, en vez de haber sido pasto de toninas, marrajos y otros peces que devoran al ser humano en las profundidades del Mediterráneo.

Se hizo el silencio, a la vez que todos dirigían su mirada hacia mí. Noté el brillo de las lágrimas contenidas en los ojos de las mujeres, mientras la vergüenza me concomía las entrañas.

—Siempre le agradeceremos una acción tan valerosa, señor de Leñanza, que salvó la vida de nuestro heredero. Puede estar seguro que los Montefrío se encontrarán en deuda con usted toda la vida —exclamó el duque, emocionado.

—Nunca olvidaremos que rescató a nuestro hijo de morir en tan penosas circunstancias. Sufro al pensar que ni siquiera podríamos haber velado su cadáver —la duquesa había sacado su pañuelo de encajes, preparado para secar alguna lágrima perdida.

—Fue una acción digna de todo un hombre, de un héroe, y nunca, nunca la olvidaré.

Esta última frase la dijo María Cristina en voz baja y con profunda convicción. Clavaba sus grandes ojos en los míos, hasta atravesarlos de parte a parte, a la vez que coincidía el suave roce del borde de su mano con la mía, un conjunto que me hizo vibrar como la cuerda de una débil mandolina y agradecer al bellaco sus mentiras. Decidí continuar la farsa que tan extraordinarios rendimientos amorosos me aportaba.

—No hice nada extraordinario. *Pecas* habría hecho lo mismo por mí en caso parecido. Los amigos de verdad están para esas situaciones.

—Tiene usted razón —intervino el duque—. La verdadera amistad es un preciado don que a pocos se otorga. Mi hijo Santiago ha tenido suerte al encontrar la suya.

—La suerte ha sido mía, señor —contesté con decisión, mientras observaba la escondida sonrisa de mi pequeño compañero.

A pesar de mis reproches, *Pecas* insistía una y otra vez. La verdad es que tardé algún tiempo en comprender su maniobra, que saltaba a la vista. Aquella primera semana fue una permanente continuación de acontecimientos excitantes. De todas formas, ante María Cristina mi lenguaje se tornaba árido, impotente para expresar una mínima emoción. Los tres jóvenes recorrimos la finca a caballo, jugamos entre los árboles y comimos la fruta que tomábamos directamente de los árboles, aunque siempre nos acompañaba alguien de la casa. Visitamos las riberas del río, las ermitas cercanas, cazamos animales de todo tipo y disfrutamos entre risas, chanzas y cuentos, punto último donde mi amigo destacaba sin comparación posible.

Pero por encima de cualquier diversión o acontecimiento novedoso, se situaba el rostro de María Cristina y su dulce sonrisa. Desde el momento en el que bajaba al salón al despertar por la mañana, buscaba, nervioso, su presencia. En verdad, cuando no se encontraba cerca de mí, parecía como si el vacío se hubiese abierto bajo mis pies. Por el contrario, al comprobar su llegada, se abría el tiempo y las luces a mi alrededor. Descubrí un nuevo sentimiento, como es el sencillo placer de la observación, pues era capaz de mirar su rostro sin descanso. Celebramos la Natividad de Jesucristo con severa ostentación. Acudió el obispo de Plasencia, amigo de la casa, que permaneció invitado en el castillo durante cuatro días. Él fue quien ofició la misa principal, a la que asistieron personalidades de la región.

Por mi parte, me emocionaba al creer que la admiración de María Cristina hacia mi persona fuese cierta, aunque otros pensamientos me atacaban con dureza al recordar mi procedencia y la diferencia familiar. Pero prefería aparcarlos con diligencia y disfrutar de aquel primer amor que se abría en mi pecho con una fuerza como nunca había podido imaginar. Amaba a la joven Cristi con verdadera locura y me habría dejado matar por ella en cualquier momento.

Sin embargo y para mi desgracia, pocos días antes del fin de año llegaron los invitados de la Corte. Se trataba de familiares de los Montefrío, más o menos lejanos, un detalle que no me habría importado demasiado a no ser por una poderosa razón: los tres jóvenes que llegaron en el grupo, parecían suspirar por Cristi la misma pasión que desbordaba mi alma, con lo que se dieron por finalizadas las inolvidables veladas entre los tres. Además, la joven era de educación esmerada y reía las gracias de aquellos tres mequetrefes, a los que habría deseado ajusticiar con mis manos. Fue cuando comprendí cómo pueden hacer sufrir los celos, un detalle que me había pasado desapercibido hasta aquel momento. *Pecas* lo comprendió con rapidez.

—Ha sido una pena la llegada de estos tres pelmazos. No comprendo cómo Cristi es capaz de soportar sus galanteos y estúpidas frases durante todo el día.

—Estoy de acuerdo contigo. ¿Son parientes cercanos?

—No. Mi padre también era hijo único. Esos tres figurines de Corte son hijos de primos lejanos. Por desgracia, beben los vientos por mi hermana, que es débil y los aguanta con resignada cortesía.

—Pues ríe mucho con las chanzas de ese mequetrefe llamado Alberto.

—¿El marqués de Lamenda? Ese es, posiblemente, el más tonto de todos, aunque un buen partido.

No contesté a su comentario, aunque en mis adentros deseaba gritar y golpear. El malvado *Pecas* continuó a sabiendas de que hurgaba en herida abierta.

—Ya te comenté que son muchos los que beben los vientos por mi hermanita.

—En efecto, me lo has dicho varias veces —contesté malhumorado—. Ya sé que toda la Corte suspira detrás de tu hermana.

—Bueno, toda la Corte y algún guardiamarina —*Pecas* miró hacia otra parte, con una sonrisa abierta.

—No digas tonterías. Tan solo...

—Vamos, *Gigante*. Cuando Cristi te mira, pones cara de besugo deslomado. No sabes fingir y ese es un fallo de tu personalidad. No se puede navegar por la vida mostrando los verdaderos sentimientos en tu rostro a cada momento.

Me disponía a contestar con cajas destempladas, cuando mi amigo me tomó por el brazo.

—No te enfades. Además, no debes preocuparte. Creo que vas en cabeza de la carrera.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, claramente interesado.

—Lo que he dicho y has comprendido perfectamente. El rescate de las aguas no es fácil de olvidar —volvió a reír con malicia—. Ayer escuché a Cristi, cuando les contaba a esos tres florines la escena del rescate. El tono de su voz era de una admiración innegable, y te adelanto que exageró lo suyo. Por eso te miran mal los rivales.

—Me molesta cimentar cualquier opinión en base a falsedades como las que has inventado.

—Mira, *Gigante*, eres mayor que yo pero sabes mucho menos de mujeres. Déjame actuar a mí y no te arrepentirás.

Comprendí que, para mi desgracia, aquel mengajo tenía razón. Pero el momento culminante de las vacaciones estaba previsto para la fiesta de fin de año. Los duques habían preparado un baile de máscaras, muy a la moda del momento, al que debían acudir más de cien personas. En los almacenes y caminos aledaños al castillo no había un carruaje más, y todas las habitaciones se encontraban ocupadas. Siguiendo el consejo de *Pecas*, nos mantuvimos de acuerdo a la normativa expuesta en las Ordenanzas, y acudimos al mismo con la uniformidad de gala, sin que ningún antifaz cubriera nuestros rostros. Ese día estrenábamos el denominado como *uniforme pequeño* de los oficiales de la Armada, sin galón en la chupa, y he de reconocer que me vi espléndido y elegante al observarme en el espejo. De esta forma, éramos la excepción a la regla, con lo que destacábamos sobre los demás. Antes de abandonar nuestros aposentos, *Pecas* me recordó que al día siguiente cumplía quince años, por lo que era hora de tomar novia.

—¿Y la vas a buscar esta noche?

—Es posible, pero a partir de las doce.

—Cada día estás más loco.

La verdad es que, a pesar de los quince años, su aspecto se mantenía como el de un niño, salvo cuando contaba truculentas e inventadas historias, momentos en los que parecía crecer como por arte de magia.

Cuando llegamos al salón de baile, se encontraba repleto de personas elegantemente vestidas y con diferentes mascarillas sobre la cara. Nunca había visto tal cantidad de gente distinguida, como si se tratara de un baile en la misma Corte. Me costó trabajo encontrar a María Cristina, vestida con un elegantísimo traje color

rosa pálido, bordado en pedrería. Por primera vez, alzaba su cabello en bucles altos, aunque mantenía el adorno de las cintas azules, el color de sus ojos. Como máscara utilizaba una de plata que, según me comentó *Pecas*, le habían enviado desde Venecia.

De pronto, Cristina se me apareció como una verdadera mujer, olvidado el aspecto juvenil de otras veladas, lo que me hizo sentir mal, sin saber la razón que lo producía. Pensé que dentro de pocas semanas me correspondía cumplir los diecisiete años y que mi aspecto era el de un hombre hecho y derecho, un mozo muy atractivo según comentaban las jóvenes —información de *Pecas*—, detalle que alegraba mi orgullo pero no evitaba la desazón.

Pero ahí comenzó mi más profundo calvario. María Cristina se encontraba permanentemente rodeada por un grupo nunca inferior a los seis hombres, alguno de ellos de edad avanzada, que la arrastraban a los bailes por turno. Sufría al observarla en la distancia, pasando de unos brazos a otros mientras reía y disfrutaba. Sin saber por qué, me sentí disminuido y acomplejado, como si no pudiese competir con todo lo que la rodeaba en aquel momento, un sentimiento que se clavaba en mi pecho como una daga. *Pecas*, por su parte, no perdía el tiempo y demostraba su don de gentes con diversas jóvenes, que no paraban de aplaudir sus comentarios. Podía imaginarme las historias que sería capaz de narrar en aquella noche.

Me dediqué a observar como un simple espectador, tomar algunos dulces y beber un vino de sabor fuerte que, según decían, provenía de una isla portuguesa. Mantuve algunas tibias conversaciones con lindas jovencitas que me preguntaban sobre la vida en la Armada, aunque rehuía esos contactos a la menor oportunidad. Por primera vez me encontraba fuera de lugar, lo que todavía abatía más mi estado emocional. En un intento desesperado, decidí escapar, por lo que accedí por una de las puertas a la gran terraza que rodeaba el salón.

La noche era luminosa y fría, por lo que debí apretar la casaca contra mi cuerpo. Así me mantuve durante largos minutos, contemplando las estrellas y rodeado por un silencio que agradecía. Apuraba el vaso de vino cuando escuché una voz a mi espalda.

—¿No queréis nada conmigo esta noche, señor de Leñanza?

Allí, cerca de mí, se encontraba Cristi como una aparición celestial. Estaba bellísima, tan hermosa y deslumbrante como siempre la recordaré. Volví a quedarme sin palabras, aunque pude reaccionar.

—Hasta el día de ayer me llamabais Francisco —no podía ocultar la tristeza en el tono de mi voz—. Se ve que la llegada de sus amigos de la Corte ha enfriado su amistad conmigo.

—Era una broma, Francisco —apareció su sonrisa como un faro en la oscuridad—. Pero no me negará que me tiene abandonada en la noche más importante.

—La veía tan divertida, en compañía de muchos hombres, que no me atreví a romper el encanto.

—¿Encanto? Por favor, no diga eso —volvió a clavar los ojos sobre mí, a taladrar mi cerebro—. Debo cumplir con mi obligación social y nada más. No crea que disfruto con esas conversaciones insulsas.

—Está usted radiante, María Cristina.

—Muchas gracias. Eso me gusta más —movió la boca en un mohín gracioso y habitual en ella, no exento de coquetería.

Nos miramos sin decir palabra alguna durante muchos o pocos segundos, no recuerdo. Pero no era necesario hablar por mi parte. Sin embargo, debió ser el vino o ese geniecillo que todos llevamos dentro, el que me hizo decirlo.

—La amo, María Cristina, la amo con locura desde el momento en el que bajó por las escaleras a recibirnos, el día de nuestra llegada. Y le aseguro que es la primera vez que siento algo parecido.

—Se ve que en la Armada se deciden ustedes con rapidez. Ya lo dice el refrán: un amor en cada puerto —mantenía el tono divertido y ligeramente provocador—. No me conoce usted lo suficiente para decir algo así.

—Eso no es cierto y lo sabe. Sufro al verla rodeada de tanto, de tanto...

—¿Figurín de Corte? Es lo que diría mi hermano.

—Creo que, en este caso, tiene razón.

—¿No me va a invitar a bailar? —Giró sobre sí misma, mientras imitaba un paso de baile—. No suelen ser las damas las que se lo piden a los caballeros y, sin embargo, aquí me tiene.

La noche cambió como si hubiese salido el sol. Bailé con Cristi, charlamos y reímos como si no existiese nadie más en el salón. Ella era diestra en evitar a los moscones, con lo que pude disfrutar de su cercanía durante bastante tiempo. Volví a respirar de felicidad, aunque era consciente de que emprendía un camino imposible y con escasas salidas, si es que existía alguna. Pero disfruté del amor en su más pura concepción, como solo se disfruta a cierta edad.

Por fin, los invitados comenzaron a retirarse, hasta dejarnos a unos pocos perdidos en el gigantesco salón. *Pecas* había abusado de la bebida con motivo de su cumpleaños, por lo que se movía con la mirada un poco perdida. Fue entonces cuando Cristi se despidió.

—Hasta mañana, Francisco. Que duerma usted bien.

—Buenas noches, María Cristina.

Comenzaba a retirarse, cuando se volvió para deslizar una frase más en voz baja.

—Y muchas gracias por lo que me dijo en la terraza. No lo olvidaré.

Aquella noche necesité demasiado tiempo para alcanzar un sueño que, en verdad, no deseaba. Durante muchos minutos me revolví en la cama, inquieto y asaltado por dulces pensamientos. Como foco principal, intentaba descifrar el último mensaje de Cristina que podía presentar diferentes significados.

* * *

Embocamos los últimos días con tristeza, al comprobar que se acababa el permiso reglamentario. Por fortuna, los invitados abandonaron al tercer día del año nuevo la hacienda, con lo que nos quedaban dos más en divina soledad. El frío había aumentado, por lo que nos mantuvimos en las salas de juego, o escuchando a Cristina tocar el pianoforte. Las conversaciones volvieron a su camino de naturalidad y diversión juvenil, sin que tocáramos el tema aparecido durante la noche del baile en la terraza. Pero todo lo bueno tiene su fin y debimos preparar la marcha.

—Es horrible. Mañana partimos hacia el infierno —*Pecas* era vehemente en sus expresiones.

—No es para tanto. Aunque, en verdad, yo también lo siento. Han sido dos semanas inolvidables, por las que te estoy muy agradecido, *Pecas*.

—No digas majaderías. Gracias a ti he pasado mis mejores vacaciones. También Cristi lo ha pasado muy bien —volvió la maligna sonrisa a su cara.

—Por favor, no me martirices.

—Hablo en serio, *Gigante*. Sabes muy bien que no disgustas a mi hermanita. Además, creo que debiste decirle algo especial la noche del baile.

—¿La noche del baile? No sé a qué te refieres —intenté hablar con naturalidad, aunque no solía conseguirlo.

—¡Cazado! Albergaba mis dudas, pero el gesto de tu cara es suficiente. Supongo que le declararías tu amor o algo parecido, lo que me cuesta creer en persona tan cohibida como tú. Es posible que el fuerte vino de Madeira llegase en tu auxilio. Lo cierto es que se lo noté a Cristi porque la conozco muy bien. Sin embargo, la muy bruja no quiso contarme nada.

—Y mañana en la Academia —intenté cambiar el rumbo de la conversación—. Espero que sea por poco tiempo y consigamos embarcar.

—Creo que habrá noticias.

—¿Noticias? Seguro que ya te has enterado de algo nuevo. Parece mentira que mantengas secretos importantes conmigo.

—Las conocí ayer y se trata solo de rumores.

—¿Qué rumores? —pregunté con apremio—. Habla de una vez, por favor.

—Lo normal sería que dedicaran dos fragatas para nuestras prácticas, como suele ser habitual. Pero la guerra con el inglés se mantiene y, según creo, se van a intensificar las operaciones para recuperar Menorca y Gibraltar en estas primeras semanas de 1782. Bueno, la isla balear creo que está a punto de caramelo, después de varios meses de lucha. En fin, que todos los barcos deben encontrarse listos para las operaciones en curso.

—Bueno, el sitio de Gibraltar ha entrado en su cuarto año. ¿Qué tiene que ver con nosotros?

—Es posible que nos embarquen a las tres Compañías en las diferentes escuadras. Falta mucho personal, especialmente oficiales.

—¿De verdad? ¿No se trata de una de tus inagotables historias?

—Sabes que contigo no bromeo en esas cuestiones.

—Ojalá tengas razón. Me encantaría embarcar y luchar contra el inglés.

—A mí también. Ya le avisé a mi padre para que no intente buscarme un destino cómodo y me permita embarcar como a todos los guardiamarinas.

—Esperemos que haya suerte y nos toque en la misma unidad.

—Eso espero.

Y llegó el triste momento de las despedidas. Los padres de *Pecas* me cubrieron de regalos, agasajos y parabienes, recomendándome a su hijo con efusión. Prometí al padre, a solas, que cuidaría de él como si de mi hermano se tratara. El duque me abrazó, emocionado.

En un principio, creí que no me sería posible despedirme de Cristina a solas. Pero era una mujer muy lista y calibró las posibilidades. No sé cómo, consiguió abordarme cuando recogía de la biblioteca unos libros, con los que su padre me había obsequiado. Se presentó de improviso, situándose frente a mí. El tono de su voz era triste.

—Quería decirle adiós, Francisco.

—También yo buscaba la ocasión de despedirme. Ya sabe que siento tener que marchar. Yo...

—No hace falta que diga nada —se llevó un dedo a los labios en señal de silencio—. Sé todo lo que es necesario saber. Tan solo le pido que, si entran en combate con los ingleses, se cuide mucho, por favor, y cuide de *Pecas* —sonrió al nombrar el mote por primera vez—. Mi hermano, al que quiero con verdadera adoración, es casi un niño todavía. Rezaré por ustedes dos.

—Ya se lo prometí a su padre. Puede estar segura, María Cristina, que daré mi vida por él si es necesario.

—No quiero que pierda usted su vida porque... le aprecio mucho.

Otra vez me dirigió la mirada a corta distancia, con lo que comencé a mover los libros en mis manos como un tonto de feria. Pero fue entonces cuando ella, de forma inesperada, acercó su boca a mi oído, hasta rozarlo con sus labios, mientras apretaba una de sus manos contra la mía. A la vez, pronunció unas palabras que repetí en mi corazón durante muchos meses.

—Si es verdad que me ama, *Gigante*, cuídese y vuelva, por favor.

Aunque salió corriendo, me pareció observar cómo unas pequeñas lágrimas rodaban ya por su mejilla. Fue un momento mágico y especial, uno de esos momentos que se disfrutan pocas veces en la vida y que se recuerdan para siempre. Como si fuese atravesado por halo mágico, una sensación de intensa dulzura recorrió mi cuerpo, hasta erizar la piel. Desde ese momento, una obsesión se clavó en mi cerebro. Debía volver a María Cristina y volvería, aunque tuviese que acabar con todos los ingleses del mundo.

En la mañana del día 5 de enero, en aquel nuevo año que tantas novedades traería a mi vida, tomamos el landó con Ramiro en el pescante, para regresar a Cartagena.

Los padres nos despidieron en la escalinata central con lágrimas en los ojos. Cristi se ausentó, alegando una fuerte jaqueca. Alabé y comprendí su postura. Después de todo, ya nos habíamos dicho lo más importante. Aunque Pecas no podía ocultar su tristeza, la mía se evaporaba al recordar una y otra vez la escena de nuestra despedida, que se encontraba grabada a fuego en mi corazón.



Visita del jefe de escuadra Barceló

Durante el viaje de regreso, pasados los primeros momentos de tristeza y añoranza, *Pecas* volvió a su habitual alegría y desenfado. Como habíamos partido de Santa Rosalía mediada la mañana, tomamos un ligero almuerzo en el carruaje, aunque bien regado de vino, del que mi amigo llevaba una generosa reserva para el futuro. Nos mantuvimos recordando los buenos días pasados, unas vacaciones deliciosas. Sin embargo y en su opinión, presentaba un rotundo fracaso que, a los quince años de edad, no tuviese jovencita en la que pensar.

Fue entonces, en alguno de los momentos en que los que, traspuesta la meridiana, sesteábamos acolchados en los almohadones del carruaje, cuando caí en la cuenta de que no había recordado a mi familia durante los días pasados en Santa Rosalía, un detalle que me llevó a considerar tal actitud como mezquina e ingrata, hasta producirme una sensación de culpabilidad que me costó desterrar. Mi mente evocó con crueldad y realismo las añejas escenas caseras, cuando celebrábamos la Natividad en familia con nuestras humildes costumbres, que tan lejanas quedaban de mi realidad actual. La imagen de María Cristina, transportada brutalmente por mi cerebro a la casa de Fuentelahiguera de Albatages, acabó por desbrozar mis sentimientos más profundos, hasta obligarme a retomar otros pensamientos. Sin embargo, decidí escribir a mis padres cuanto antes y felicitarles la entrada en el nuevo año del Señor.

Arribamos a la Academia en las últimas horas de la tarde. El guardiamarina de guardia, que debía regresar un día antes, manejaba ya listas y cometidos como si se tratara de una jornada habitual. Por mi parte, deshice el equipaje y recalé con otros compañeros en el camarote de *Pecas*, quien así lo solicitó para, según sus propias palabras, aplacar con buen vino el estado de ansiedad que le producía el *regreso al infierno*.

Cada uno de los guardiamarinas aportaba su propia versión sobre las posibilidades que se abrían en nuestro próximo futuro. Muchos de ellos, como hijos de oficiales de la Armada de alta graduación, habían escuchado rumores sobre importantes variaciones que se podían producir en nuestro calendario de formación, por lo que llegué a la conclusión de que los comentarios vertidos por *Pecas* sobre el asunto, encerraban una gran verdad.

No permanecemos en la nerviosa incertidumbre durante mucho tiempo porque, antes del toque de silencio, nos avisaron con rapidez que a la mañana siguiente disfrutaríamos de Asamblea General, ya que el Capitán deseaba dirigirse a toda la Compañía. Aquella inusual llamada, que significaba cambios de última hora, nos

produjo incertidumbre y ansiedad durante toda la noche.

Tal y como estaba previsto, a las nueve de la mañana nos encontrábamos en la Sala General la Compañía en pleno, en espera de la aparición de nuestros jefes. El Capitán y demás oficiales de la Academia hicieron su entrada en la forma ritual acostumbrada, para situarse tras la mesa. Nuestro adorado jefe no estaba dispuesto a perder tiempo, por lo que tomó la palabra con rapidez.

—Les doy la bienvenida a la Academia, caballeros guardiamarinas, a la vez que les deseo un año de 1782 pleno de fortuna y bienaventuranza. Como saben ustedes, conforme a los planes aprobados por la superioridad para la formación de los cadetes, esperábamos que el Capitán de la Compañía de Cádiz, que es el jefe de escuadra^[26] Comandante de las tres existentes, solicitara dos fragatas para las prácticas de la mayor parte de los alumnos, menos los más aventajados que las llevarían a cabo en navíos con destino americano. Pero las circunstancias mandan, y más si estas especiales circunstancias vienen originadas por el estado de guerra que sufre la nación, una situación para la que, sin duda, debemos mantenernos permanentemente preparados.

Tomó el espadín en su mano, golpeando la mesa con suavidad en aquel gesto suyo que tan bien recordábamos. Nos contemplaba satisfecho, condecorador de la inquietud y nerviosismo creados en nuestros espíritus. Sonrió con cierta prepotencia antes de continuar.

—La orden que recibimos ayer desde el Departamento Marítimo de Cádiz, firmada por el Director General de la Armada^[27], es clara y concisa, caballeros guardiamarinas de las tres compañías emplazadas en Cádiz, Ferrol y Cartagena, en su totalidad, embarcarán en diversas unidades de la Armada, encuadrados en diferentes escuadras, pero no en período de prácticas sino para ocupar los puestos de oficiales más modernos, tal y como especifican las Reales Ordenanzas. Deben tener en cuenta que se construyen buques de todo tipo, al máximo ritmo que nuestros arsenales permiten, porque la guerra contra la Gran Bretaña entra en su cuarto año y son muchos los frentes a cubrir y notables las pérdidas sufridas. De esta forma, a la vez que continúan con su formación, colaborarán a la marcha de las operaciones. Como pueden comprender, pasarán a depender de los comandantes de las diferentes unidades, como un oficial más de su dotación.

Un nuevo silencio, en aquel juego al que nos sometía de forma concienzuda.

—Creo con toda sinceridad, caballeros, que han sido tocados por el dedo de la diosa fortuna, porque la tarea que les espera es la que debe desear con impaciencia todo oficial de la Armada, desde que sienta plaza de guardiamarina. En estos momentos se están confeccionando, de acuerdo a las instrucciones recibidas, las listas que se expondrán en el tablón central de anuncios, donde se les consignará el buque de destino, así como las posibilidades de transporte en unidades estacionadas en Cartagena, preparadas para salir a la mar. Por parte de la Intendencia se nos ha comunicado que mañana se procederá a entregarles los haberes atrasados, de forma

que abandonen la Academia ajustados en ese aspecto. Pueden dedicar el resto del día a preparar sus bagajes, uniformes y escribir despedidas a sus familias, pues es posible que su ausencia sea larga. Se dará el toque de generala cuando las listas se encuentren preparadas, y el Ayudante procederá a la expedición de los pasaportes de embarque.

Todos sabíamos que faltaba el remate final y patriótico al que era tan aficionado, y no se hizo esperar.

—Y nada más por el momento, caballeros. Tan solo desearles suerte en sus próximas singladuras y que disfruten de vientos propicios en sus buques de destino. Espero mucho del valor y arrojo de todos ustedes, de forma que dejen a la altura que corresponde el uniforme que lucen.

Y con esas encendidas palabras dio fin a su tradicional perorata, aunque en esta ocasión se mascaba la tensión entre los cadetes. *Pecas* y yo nos mantuvimos en nuestros asientos, pensativos, mientras nuestros compañeros comenzaban a abandonar la sala.

—¿Dónde nos tocará? —pregunté en voz baja.

—Lo sabremos pronto —*Pecas* bajó el tono de su voz al continuar—. Me molestaría separarme de ti, *Gigante*. Por fortuna le dije a mi padre que lo único que debía gestionar con sus amigos de la Secretaría, era que siguiéramos juntos. Espero que le dé tiempo para pasar el ruego a quien corresponda.

—No sé si eso será posible. Dependerá del número de guardiamarinas que embarquen en cada unidad. Todavía no tenemos idea de los detalles.

—Según comentan algunos, suelen embarcar tres guardiamarinas en cada buque. De todas formas, enviaré un mensajero urgente a casa con la noticia, por si llegamos a tiempo.

Pasamos el resto de la mañana preparando bagajes, instrumentos de navegación y todo lo necesario para poder desempeñar los destinos a bordo, teniendo en cuenta que debíamos dejar nuestros camarotes limpios de polvo y paja, ya que abandonábamos la Academia para un largo o larguísimo período de tiempo. Incluso era previsible que algunos alcanzaran el empleo de alférez de fragata, la codiciada charretera^[28], en sus respectivos embarques, si la suerte en los combates los acompañaban, por lo que no deberían regresar.

Por mi parte, conseguí el tiempo necesario para dedicarme a la tarea epistolar. Fue una carta larga y emotiva, en la que narraba a mi padre el resultado de los exámenes generales, así como las últimas disposiciones para nuestro embarque. Sobre mis dos semanas de estancia en Santa Rosalía pasé de puntillas, a la vez que la vergüenza volvía a apoderarse de mis sentimientos. Pero, en conjunto, pude ofrecer la necesaria tranquilidad, así como el orgullo de que su hijo manejaba la situación de forma más que airosa. Por último, me despedía hasta fecha desconocida porque era posible que me asignaran un buque con operaciones previstas en el continente americano. Acabé felicitándoles la entrada en el nuevo año, a la vez que les enviaba mi más cariñoso recuerdo. Introduje la misiva en la saca que nos ofrecieron, sin que fuese percibido

por nadie.

A mediodía, apareció en el cuartel un delegado de la Intendencia, que nos entregó un sobre con nuestros haberes de los cuatro meses, ya que nada habíamos recibido hasta entonces. Según el Ayudante de la Academia, podíamos agradecer aquel detalle, ya que algunos oficiales llevaban más de medio año de retraso. Comprobé con sorpresa que el total recibido suponía un monto menor al remanente de la bolsa entregada por mi padre, a la salida de Fuentelahiguera, detalle que no me importó en demasía. Aunque nos ofrecieron la oportunidad de salir francos de paseo en aquella misma tarde, por si alguno debía despedirse de amistades en la ciudad, permanecí en el cuartel. Todavía desconocía que las sorpresas no habían cesado y que la más importante se encontraba por llegar.

Caía el sol cuando se acercó *Pecas* a mi camarote, cabizbajo y triste. Sin embargo y para no variar sus costumbres, portaba una frasca de vino, una esplendorosa ristra de chorizo y una hogaza de pan en sus manos.

—Comamos y bebamos algo, *Gigante*, por si es la última vez que nos vemos.

—No seas cenizo, hombre. Ya verás cómo la diosa Fortuna sigue con nosotros y embarcamos en la misma unidad. Pensemos en lo mejor. Con un poco de suerte, nos puede tocar algún navío de los que operan en las costas de la Florida. ¿No te apetece conocer las aguas americanas?

—Esa posibilidad la firmaba ahora mismo. De esa forma, podríamos enamorar alguna bella criolla. Bueno, ya sé que tu corazón está ocupado, pero no es ese mi caso.

—¿Has escrito a casa? —Todavía sentía cierta vergüenza cuando *Pecas* tocaba el tema de mi amor por su hermana con aquella naturalidad.

—Bueno, envié un mensajero esta misma mañana. Ahora les he escrito una carta más larga.

—Se me olvidó pedirte que..., que le ofrecieras a María Cristina...

—Ya lo he hecho. Me sigo adelantando a tus deseos. Y llámala Cristi, como hacemos todos en casa. No sé que sería de ti sin mi auxilio. Por esa razón no puedo permitir que embarques sin tu sombra —volvió la sonrisa franca a su rostro—. Envío un billete separado a Cristi, que llegará a sus manos con discreción, en el que le anuncio tus sentimientos, así como recuerdos muy especiales en tu despedida.

—¿Has hecho una cosa así? —pregunté alarmado porque temía la prosa de mi amigo—. Por favor, *Pecas*, no me gustaría que tus padres...

—No te preocupes que no soy tonto. Nadie leerá esa nota salvo Cristi. Tenemos un sistema infalible de enlace. La próxima vez la escribes tú y yo se la haré llegar por procedimiento seguro. Por cierto, mañana bien temprano tenemos otra sesión general.

—¿Otra charla de nuestro Capitán? Pero si ya está todo decidido. Mañana deberán presentar las listas de embarque.

—Tenemos un invitado especial. Me lo acaba de comunicar el brigadier Escamilla. Según parece, nos visita el jefe de escuadra Barceló y, supongo, querrá

largarnos otra arenga patriótica.

—¿Don Antonio Barceló en la Academia? Vaya un honor. Es quien manda las fuerzas navales en el bloqueo de Gibraltar, según creo.

—En efecto, y uno de los marinos más bravos de la Armada, aunque con modales de labrador, según las malas lenguas.

Me molestó aquella observación, por recordarme, quizás, mi humilde procedencia.

—Si es valiente y gana batallas, lo demás es de menor importancia. Fue Barceló, precisamente, quien limpió de corsarios berberiscos esta costa.

—Tienes razón. Según comentaba mi padre, hay mucho jefe de escuadra de elegantes maneras, cuyo valor y arrojo se cuestiona en la Corte.

—¿Para qué deseará hablarnos don Antonio Barceló?

—Para despedirnos y desearnos suerte. No sé. A lo mejor se encuentra en Cartagena y quiere saludarnos.

Me quedé con la mosca tras la oreja porque, al comprobar en el tablón de anuncios la veracidad de las palabras de *Pecas*, me asaltaron dudas sobre aquella inesperada visita. Llegué a pensar que todavía se podían presentar problemas o alternativas en nuestro futuro. No sabía en aquel momento que la visita del marino mallorquín marcaría mi vida de forma imborrable.

* * *

Como una cotidiana repetición, a la mañana siguiente nos encontrábamos de nuevo, la Compañía en pleno, en la Sala General, en espera de la anunciada visita. Sin embargo, para confirmar la excepción, en este caso el Capitán apareció acompañado solamente por un hombre rechoncho, de hombros achaparrados y un aspecto más cercano al cargador de muelle que al de jefe de escuadra, cuyos galones lucía en su casaca. Su físico, ciertamente, no le acompañaba. De aspecto poco refinado y abultado vientre, era incapaz de mantener la peluca blanca con rizos laterales, a la que se veía obligado, en su correcta posición. Para colmo, remataba su aspecto con una fea cicatriz que cruzaba su cara, bien ganada en combate por el tiro cercano de un pirata berberisco, como supe más tarde.

Aunque me adelante ligeramente a los acontecimientos, creo necesario aclarar ahora lo que más tarde deduje y conocí de la personalidad de aquel genial marino, que tanta influencia ejerció en mi futuro y al que admiré hasta idolatrarlo sin medida. Se trataba, sin duda, de un caso excepcional en la Real Armada a lo largo del siglo. Como han podido comprobar al mencionar la formación de los guardiamarinas, se vivía una época en la que la Marina, llamada ilustrada, nutría sus filas con miembros pertenecientes o cercanos a la nobleza. Sin embargo, Barceló era la excepción que rompía la norma. Nacido en Mallorca en 1717, se elevó desde la humilde posición de marinero hasta los puestos más altos de la Armada, gracias a su arrojo, pericia y valor

personal.

Se puede asegurar que el capitán Toni, como gustaba en ser llamado, fue destetado en la mar, donde le salieron los primeros dientes. Recibió el mando del jabeque correo de Palma de Mallorca, antes de cumplir los diecinueve años. Ascendido sucesivamente por meritorios actos de guerra contra los piratas berberiscos, de los que se le consideró azote permanente, fue incorporado por fin a nuestro elitista Cuerpo General de la Armada, como teniente de navío, en 1756. Continuó sus ascensos por hechos de armas, limpiando las costas mediterráneas de piratas, hasta alcanzar el grado de brigadier. Por último, había sido elevado al de jefe de escuadra, en el momento de recibir el mando de las operaciones navales del bloqueo de Gibraltar que se mantenían en curso.

Sin embargo, no era Barceló popular entre los jefes de la Armada y del Ejército, lo que ocasionó celos y situaciones poco afortunadas que incidieron, negativamente a veces, en la empresa del bloqueo gibraltareño, como pude comprobar personalmente. Brusco de modales, inculto, tosco en el hablar, capaz de escribir solamente su nombre, con falsa suspicacia a causa de su pronunciada sordera, producida por el constante retumbar de los cañones cerca de sus oídos, era dado de lado en demasiadas ocasiones por sus elegantes y nobles compañeros.

Sin embargo, era don Antonio Barceló persona bondadosa y noble de espíritu como pocos, muy querido por sus subordinados y marineros a los que trataba con extrema familiaridad, aunque les exigiese hasta el último suspiro de sus vidas si lo consideraba necesario. En el aspecto profesional, todo lo basaba en su destreza y pericia en las maniobras, para las que parecía haber nacido, así como una vigilancia permanente y necesaria serenidad en los muchos momentos de peligro que vivía. Pero, por encima de todo, sobresalía en su personalidad un valor ardoroso que contagiaba a sus subordinados. Era un auténtico hombre de mar, un espécimen que, para desgracia de nuestra Corporación, no sobraba en nuestros barcos de aquellos días.

Para gloria del marino mallorquín, acabó circulando por toda España un dicho popular que lo retrata con fidelidad: Tienes más valor que Barceló en la mar. También corría por Cádiz una coplilla que magnificaba su persona y que canté en numerosas ocasiones. Decía así:

*Si el Rey de España tuviera
Cuatro como Barceló,
Gibraltar fuera de España,
Que de los ingleses no.*

Por el contrario, algunos de sus remilgados compañeros lo denostaban, como escuché en cierta ocasión a un teniente general del Ejército, al asegurar que, Barceló, aunque excelente corsario, no tiene ni puede tener, por su educación, las cualidades de un general. Les aseguro que sentí repugnancia al escuchar aquellas indignas e inciertas palabras. Como decía la coplilla, nos faltaron algunos Barceló en aquellos

años de contienda con la Gran Bretaña.

Como pueden comprender, nos manteníamos los guardiamarinas intrigados ante aquella visita. El Capitán de la Compañía tomó la palabra. De forma breve y somera, expuso los méritos del marino mallorquín, así como su cometido actual. Le cedió la palabra con rapidez.

Don Antonio Barceló elevó su cuerpo del asiento, mientras nos dirigía una agradable sonrisa.

—Queridos caballeros guardiamarinas. Les aseguro que es para mí un honor dirigirme a ustedes, la cantera de nuestro futuro, aunque sea hombre de pocas palabras. En realidad no estaba prevista mi visita, una decisión de última hora al arribar ayer tarde a Cartagena a bordo del navío *San Joaquín*, para inquirir en su Arsenal sobre unos aparejos que en él se fabrican.

Se movió inquieto y nervioso, como le sucedía siempre que creía encontrarse en lugar inadecuado a su persona.

—Como les ha dicho su Capitán, me encuentro al mando de las fuerzas navales de bloqueo en la bahía de Algeciras, intentando que los ingleses no reciban aprovisionamiento alguno por mar y poder, de esta forma, rendir la plaza. Por desgracia, hasta el día de hoy, en el momento propicio en el que tan cerca estábamos de cubrir nuestro objetivo, la guarnición de Gibraltar fue aprovisionada por una escuadra de socorro, lo que ha posibilitado su defensa. La plaza inglesa es atacada durante el día por las baterías del Ejército, instaladas en el istmo. Por mi parte, he desarrollado un tipo de embarcación para batirlas con saña, especialmente por la noche.

Intentó colocar su peluca en la posición correcta, mientras nos miraba en abanico para comprobar el efecto de sus palabras.

—Se trata de pequeñas unidades, cañoneras y bombarderas, armadas con un solo cañón. Al principio, los ingleses reían al verlas, denominándolas cucarachas. Pero ya no ríen los bastardos, sino que sufren sus picaduras en la noche, a la vez que imposibilitan su descanso. Mucho disparan sobre mis lanchas, aunque no es fácil acertar a blancos tan pequeños. De todas formas, el servicio en ellas es muy arriesgado y propio solo de hombres arrojados, dispuestos a dar su vida si es necesario cada día por recuperar ese trozo de nuestra patria.

Apoyó las manos sobre el verde tapete, como si se dispusiera a ofrecer el argumento final.

—Pretendo continuar construyendo lanchas de ese tipo y ampliar sus ataques contra las fuerzas navales estacionadas en Gibraltar. Para ello necesito hombres, pero hombres de verdad, dispuestos a entregar hasta la última gota de su sangre si es necesario —endureció el gesto de su cara al expresar las últimas palabras—. El Director General de la Armada, tras escuchar mi petición de personal, me autorizó a emplear guardiamarinas a bordo de las pequeñas embarcaciones, al coincidir conmigo que puede ser una escuela adecuada para ustedes. Tras el tira y afloja habitual en

estos casos, y teniendo en cuenta que por la falta de oficiales embarcarán ustedes en los próximos días, he sido autorizado a seleccionar treinta guardiamarinas, diez de cada compañía...

Creo que ese fue, sin duda, el momento que marcó mi vida y mi carrera en la Armada. A veces acometemos acciones que no decidimos nosotros mismos, sino una fuerza invisible que parece impulsarnos en esa dirección. Cortando la conversación de Barceló, una inconveniencia y descortesía imperdonable, me levanté con energía del sillón, hasta quedar en pie. Para mi sorpresa, comprobé por el rabillo del ojo que mi sombra efectuaba el mismo movimiento, medio segundo después. El Capitán de la Compañía, con el rostro enrojecido por la ira, nos dirigió la palabra con tonos destemplados.

—¿Cómo se atreven, caballeros, mientras un jefe de escuadra les dirige la palabra?

Don Antonio Barceló alzó su mano en dirección a nuestro Capitán, para acallar su intervención.

—Por favor, Capitán, déjeme manejar este asunto —se giró hacia nosotros, hasta enfocarnos con su mirada. Por fin, nos habló con especial afabilidad—. ¿Desean decir algo, caballeros? Y eleven el tono de su voz, porque ando más sordo que una pescadilla.

Una vez lanzado, no era posible el retorno sin perder el honor. Lancé mi órdago monumental, sin sospechar las consecuencias que se podían derivar de tal acción.

—Con su permiso, deseo ser voluntario para marinar^[29] esas lanchas, mi general^[30].

Contesté con toda la energía y decisión que fui capaz. Pero mi sorpresa se amplió al escuchar la voz de *Pecas*, con el tono engolado que empleaba al narrar sus truculentas historias.

—También yo me presento voluntario para sus lanchas, mi general.

Se produjo un silencio absoluto en la sala. El Capitán de la Compañía se mantenía con el rostro congestionado por la ira, a la vez que movía su espadín sobre la mesa con nerviosismo. Sin embargo, el jefe de escuadra Barceló hizo aparecer una amplia sonrisa en su boca, a la vez que nos brindaba un gesto de afecto. Nos señaló con el dedo, mientras se dirigía a toda la Compañía.

—Hombres así son los que necesito, caballeros, hombres que se presentan voluntarios para arrostrar el peligro desde el primer momento, sin conocer siquiera cuán grande y arriesgada será su misión. ¿Cómo se llaman ustedes?

—Guardiamarina Francisco de Leñanza, mi general.

—Guardiamarina Santiago de Cisneros, mi general.

Barceló continuaba asintiendo con su cabeza. Volvió a dirigirse a nosotros, comenzando por *Pecas*, que se elevaba sobre las puntas de sus zapatos para parecer de mayor estatura.

—En otras circunstancias, caballero Cisneros, habría rehusado su presencia

debido a su corta edad. Pero su determinación cubre con creces los años. Sepan ustedes dos, que serán los primeros en la lista de seleccionados y que los recibiré como se merecen en mi Cuartel General de la bahía de Algeciras.

De esta forma tan atípica, en pocos segundos habíamos forzado nuestro destino. Para el servicio en las cañoneras de Barceló, como vulgarmente se denominaban las nuevas embarcaciones, se apuntaron otros guardiamarinas. Pero, tal y como aseguró el marino mallorquín, *Pecas* y yo encabezamos la lista.

Aquella misma tarde, al publicarse los nombramientos en el tablón de anuncios, nos asignaron a la fragata Santa Rufina, para el transporte hacia el Departamento Marítimo de Cádiz, junto con todos los cadetes destinados a unidades presentes en aquel departamento. Deberíamos embarcar a las ocho de la mañana del siguiente día.

Caía la tarde cuando *Pecas* arribó a mi camarote con la frasca en la mano y una especial sonrisa en su rostro.

—¿Crees que estamos locos, *Gigante*?

—Posiblemente, amigo mío. Pero no deja de ser una hermosa locura. ¿Por qué te levantaste?

—¿Pensabas que iba a dejar la gloria para ti solo? —Empleaba el tono cortésano, utilizado en broma—. Era la oportunidad para seguir juntos y, a la vez, destacar en algo. La ocasión de mi vida. Seremos héroes, *Gigante*, y ascenderemos por méritos en combate con rapidez.

—O una bala inglesa nos enviará al infierno en un santiamén. Esas lanchas no deben ser más que unos botecitos ligeros, armados con un cañón.

—Es igual. No podrán con nosotros. He vuelto a enviar urgente mensajero a mi padre con la noticia, para que no mueva un dedo en contra. Por cierto. ¿Sabes una cosa? —Volvía la sibilina sonrisa a su cara.

—¿Qué sucede?

—Cristi estará orgullosa de ti.

—Vete al cuerno, *Pecas*, y dame esa frasca de vino.

De esta inesperada forma pasábamos a formar parte de las esforzadas cañoneras de Barceló, que tanto dieron que hablar. No sabíamos todavía lo que, en realidad, se nos podría exigir en ese servicio al que nos habíamos presentado como voluntarios. Pero, en verdad, lo averiguamos muy pronto.



Lancha cañonera del siglo XVIII. Museo Naval de Cartagena

Modelo de lancha cañonera

A bordo de la fragata Santa Rufina

A la mañana siguiente, un total de cuarenta y dos guardiamarinas nos presentamos en el muelle de poniente del Arsenal, frente a los majestuosos talleres de desarmo, listos para embarcar. Allí nos esperaba una sorpresa de última hora. La fragata Santa Rufina debía convoyar en su navegación hacia Cádiz a la urca^[31] *Santa Florentina*, con tropa y pertrechos destinados al sitio de Gibraltar, por cuya razón decidieron repartirnos por igual entre ambas unidades.

Deben tener en cuenta que, en aquel momento de la guerra contra la Gran Bretaña, el departamento marítimo gaditano, con la escuadra de bloqueo establecida en sus aguas bajo el mando del teniente general don Luis de Córdoba, concentraba gran parte de la Armada, razón por la que casi la mitad de la Compañía era asignada hacia unidades en él establecidas. Otros ocho compañeros de la Academia también habían sido designados para las cañoneras del jefe de escuadra Barceló, entre los que se encontraban dos de nuestra brigada, Pablo y Sebastián, una circunstancia que nos alegró mucho a Pecas y a mí.

Por suerte, pues así lo preferíamos, mi inseparable compañero y yo fuimos embarcados en la fragata. No deseábamos navegar en aquella urca panzuda y lenta, aunque contara con 40 cañones, un caso excepcional en los buques de ese tipo. La escolta había sido asignada a última hora, lo que ralentizaría notablemente la navegación. Asimismo, presentaba una dificultad añadida ante la posibilidad de un enfrentamiento con el enemigo, al deber proteger *el muerto*, como lo llamaban los oficiales, dada la importancia de su carga. Sin embargo, debido a su buen andar^[32] y facilidad de maniobra, eran las fragatas imprescindibles en toda escuadra, utilizadas normalmente en descubierta^[33], así como muy útiles en la guerra corsaria contra el tráfico enemigo.

Aunque nos encontrábamos a bordo en situación de transporte, el segundo comandante, capitán de fragata Fernández de Melgarejo, nos recibió en el combés, para aleccionarnos sobre nuestra permanencia en el buque. Nos recordó la situación de guerra en la que nos halláramos, así como la posibilidad de encontrar en nuestra derrota naves enemigas. Por esa razón, nos asignó puestos concretos en la navegación, doblando a los correspondientes de los oficiales, así como los específicos para la situación de zafarrancho de combate. Fuimos alojados bajo el alcázar, en parecida situación a la vivida en el navío *Vencedor*.

Fue a bordo de la fragata donde tuvimos conocimiento de que la recuperación de la isla de Menorca se encontraba a punto de conseguirse, pues ya las tropas inglesas

permanecían atrincheradas en su último reducto, el castillo de San Felipe, por lo que se esperaba su rendición definitiva en pocos días.

La fragata *Santa Rufina* había sido construida en el arsenal cartagenero en 1777. Acababa de finalizar su necesaria carena en uno de los diques, con lo que podría alcanzar su máxima velocidad. Esbelta de líneas, ágil y muy maniobrera, adolecía del problema habitual en esas unidades de nuestra escuadra, respecto a la inglesa: el escaso porte de sus 26 cañones, frente a los más de 40 que solían montar las británicas. Sin embargo, se había modificado el sistema, y las que se encontraban en construcción saldrían con un porte similar al del enemigo. Disponíamos de suficiente velocidad para evitar un choque conflictivo, según escuchaba a los oficiales, pero la rémora que significaba la escolta *del muerto*, nos hacía perder esa ventaja. *Pecas* despotricaba en la forma acostumbrada.

—¿Por qué hemos de dar protección a esa gabarra panzuda? Nos retrasará el viaje.

—Esa panzuda, como dices —alegué para discutir—, monta catorce cañones más que esta fragata.

—Pero se mueve como un oso barrigudo y sarnoso. Además, nosotros montamos piezas de *a 24* y ellos no. ¿Y si avistamos a un navío inglés de 74 cañones?

—Mientras sea uno, le podremos hacer frente con las dos unidades, aunque la maniobra sea complicada. Pero no creo que les sobren muchos buques a los británicos, empeñados en la guerra con las provincias rebeldes americanas y contra los holandeses, sin contar con los escenarios bélicos del Canal de la Mancha, Gibraltar y Menorca, en su lucha contra España y Francia. Es extraordinario que una marina de guerra pueda soportar una exigencia de tal calibre.

—¿No deseas entrar en combate? —Me miró con sorna y ese aire de superioridad que solía emplear en sus bravatas.

—Más que tú, mini-guardiamarina. Pero no soy un loco. Ya tendremos ocasión de batirnos el cobre en esas lanchitas, no lo dudes. Hay que pensar en la misión encomendada y, según parece, en este caso lo importante es que la carga de la urca llegue a Cádiz.

—Estuvimos locos al apuntarnos a esas cañoneras. Está claro que el apellido Cisneros acabará conmigo. ¿Para qué te levantaste?

—¿Y tú para que me imitaste, *sombra*?

—Para protegerte —rió con alegría—. De acuerdo, no te enfades. Cambiemos de tema. ¿Sabes cuántos meses de haberes les deben a los oficiales de este buque?

—No creo que se lo hayas preguntado.

—Ya sabes que tengo el oído muy fino. La Real Hacienda no les suelta un simple escudo desde hace seis meses y, según parece, no tienen muchas esperanzas en que les lleguen con la necesaria prontitud. Algunos oficiales no bajan a tierra porque, sencillamente, no tienen medias de seda que ponerse. ¡Qué vergüenza!

—Tuvimos suerte en recibir los nuestros. Debió ser un milagro divino. De todas

formas, hemos de cuidar el gasto, por si acaso.

—No te preocupes, que siempre tendré en mi camarote embutido y vino.

—Perdón, señor duque. Ya suponía que vuecelencia calmaría mi feroz apetito — hice una exagerada reverencia.

—Vete al infierno, *Gigante* de San Juan de Berbio.

—De acuerdo, pero saca un poco de ese chorizo tan rico.

Nos hicimos a la mar en la anochecida, posiblemente para evitar el anuncio de algún pesquero o cualquier otra indiscreción tan normal en nuestras costas. Una vez en franquía del puerto, manejamos rumbos de componente sur y oeste, para barajar la costa a corta distancia, gracias al viento de levante que nos facilitaba esa posibilidad. Por la noche monté guardia de cubierta, con lo que pude disfrutar de una bella anochecida, aunque el viento frío se metía bien dentro de la carne. Reducíamos el paño lo necesario, a intervalos, para no adelantar en exceso la marcha respecto a la urca, que se mantenía por nuestra amura de estribor, más cerca de la costa. En verdad que deprimía observar como levantaba su pesada proa, lenta como una tortuga.

Doblamos el cabo de Gata y la punta del Sabinar sin novedad. El comandante decidió entonces abrirse de tierra, para aproar directamente a Punta Europa, boca de entrada al estrecho de Gibraltar. Con esta medida, nos fuimos separando paulatinamente de la costa, con lo que reducíamos la distancia a navegar. La mar parecía desierta, sin una sola mancha a la vista, lo que convenía a nuestra misión de arribar a la bahía de Algeciras sin novedad. Por desgracia, el viento cayó hasta el mínimo nivel, con lo que sufrimos una desesperante encalmada de todo un día, durante el que nuestras velas parecían vencidas por el tedio y el agotamiento.

Amanecía el tercer día cuando volvimos a navegar con cierta soltura, entablado de nuevo el viento, ahora del sudeste, con el que todavía podíamos navegar con buen andar y en nuestra dirección, sin bordadas. La costa se había perdido en la distancia por la banda de estribor, cuando el serviola del trinquete dio el grito de rigor.

—¡Una vela por la proa!

El comandante ordenó que un guardiamarina subiera a la cofa para aumentar la información, suerte que recayó en Sebastián, provisto de un potente catalejo. He de reconocer que le envidié, porque me habría gustado trepar arriba y comprobar los detalles antes que nadie. Pocos segundos después se escuchaba su potente voz.

—¡Dos palos, velas cuadras y una gran cangreja! ¡Aparejo de bergantín! ¡De vuelta encontrada!^[34]

Como me encontraba situado en el alcázar, intentaba escuchar las conversaciones entre el comandante y los oficiales presentes aunque, de momento, se mantenían en silencio, en espera de una mayor información. Como única reacción por nuestra parte, se pasó señal por banderas a la urca, que navegaba por nuestra popa, del avistamiento, a la vez que se ordenaba reducir trapo en la fragata, para permitir el acercamiento de nuestra protegida. Se volvió a escuchar la voz de Sebastián.

—¡Se abre a estribor, ciñendo! ¡Dieciséis a dieciocho cañones! No se le aprecia el

pabellón^[35].

—Se trata de un bergantín inglés con toda seguridad —murmuró el comandante, mientras desplegaba su catalejo en la dirección señalada—. Incluso puede ser alguno de los dos que nos apresaron el año pasado y que basaron en el puerto de Mahón. Esos rufianes no presentan su pabellón hasta última hora. De todas formas, no es de preocupar.

—Pero deberemos marcarlo bien, mi comandante —alegó el segundo—. Será rápido y maniobrero, y puede intentar cañonear a la Santa Florentina si se nos despista. Tendrá algunos cañones de *a 18*.

—Incluso uno de *a 24* en proa, muy común en las pequeñas unidades inglesas, aunque aumente su peso muerto de forma notable. Si se ven en aprietos y deben escapar, lo echan al mar sin contemplaciones —contestó mientras continuaba su observación—. Comuníqueme a la urca que acortaremos la distancia con ellos y que se encuentre preparada.

Ya el bergantín se encontraba a la vista y, por fin, había izado en el pico de la cangreja el pabellón de la *Royal Navy*^[36]. Llegó a situarse hasta las mil yardas de nosotros, dando continuas bordadas. En una de las ocasiones, el comandante ordenó disparar una andanada con los cañones de *a 24* de la batería de babor, aunque quedaron cortos en distancia. Por su parte, el inglés disparó con su cañón de proa, una bala rasa cuyo pique formó una pequeña columna de agua a pocas yardas de nuestro costado. Debía querer demostrar que también montaba artillería gruesa. A continuación se separó nuevamente. Dada su mayor velocidad, era libre de escoger su propia línea de acción. Fue entonces cuando me tocaron en el brazo y descubrí a *Pecas*, con la emoción reflejada en su rostro.

—Es la primera vez que nos disparan, *Gigante*. Una nueva experiencia aunque, en esta ocasión, ese bellaco no nos tocará.

—Ya vendrán tiempos distintos, con andanadas de cincuenta balas sobre nuestras cabezas. Por esta vez, no entraremos en combate.

—No te fíes. Ese bergantín es poderoso y veloz. Intentará disparar contra la urca.

—Nuestra protegida lo puede mandar al infierno con su artillería —contesté decidido.

—Depende de dónde se sitúe, como bien sabes. Nos retrasará más todavía la marcha, porque tendremos que dar vueltas alrededor de la *Santa Florentina*, si el inglés le viene de popa.

—Supongo que desistirá ante la imposibilidad de su ataque. Es mucho bocado para él.

Pero no desistió. El bergantín continuó todo el día en nuestras cercanías, especialmente por la popa de la urca, lo que nos forzaba a continuas maniobras para ocupar posición entre ambos, con el consiguiente cansancio de la dotación. En estas condiciones se alcanzó la anochecida. Aunque se ordenó a los dos buques oscurecerse por completo y apagar las luces de navegación, excepto la de nuestra popa como

referencia para la urca, la luna salió en todo su esplendor, con lo que las siluetas se recortaban en la zona del horizonte donde aquella rielaba.

Acabé la guardia de babor a las dos de la mañana, por lo que me dejé caer en el catre muy cansado. Me había mantenido las tres últimas horas junto al oficial de navegación, mientras el comandante paseaba incansable por el alcázar, desconfiando de la situación. El bergantín inglés gozaba de cierta ventaja, ya que el azimut de la luna coincidía en aquellas horas con nuestro rumbo, con lo que disponía de buena visión de nuestras unidades, mientras era difícil distinguir sus movimientos. Quedé profundamente dormido, pensando que el próximo día podríamos avistar el estrecho de Gibraltar, donde se despejaría mi futuro.

Creo que llevaba un par de horas sumido en el más dulce de los sueños, aunque me parecieran unos pocos segundos, cuando me sobresaltó el toque a rebato de la corneta, que llamaba a la situación de zafarrancho de combate. En el tumulto entre mis compañeros, en espacio tan reducido, caí dos veces y pisé más de un pecho, con el ánimo de dirigirme a mi puesto en la batería de estribor en el menor tiempo posible. Trepaba por la escala cuando escuché el retumbar de la primera andanada. Al salir a cubierta, el aire olía a pólvora quemada, un aroma del que disfruté con generosidad a lo largo de los años. Intenté orientarme con rapidez.

Debíamos reconocer que el comandante inglés del bergantín era valiente y osado. Por fin, había encontrado momento y situación oportuna para colocarse a popa de la urca y dispararle con toda su batería a menos de seiscientas yardas. Nuestro buque reaccionó con rapidez. Se ordenó una salva a ciegas, en dirección de los fogonazos, a la vez que la urca caía a babor para disponer su artillería en sector de tiro. Pero cuando la *Santa Florentina* abrió fuego, ya se alejaba el inglés con premura. Los movimientos se intuían porque, envuelta la luna entre ligeras nubes, la oscuridad era casi absoluta.

Una vez en mi puesto, nos mantuvimos con la batería preparada aunque no volvimos a disparar. Según supimos al clarear el día, la urca había recibido algunos impactos aunque, por fortuna, no había sido dañado el timón, como buscaba el inglés. Poco después comenzó la amanecida, con lo que pudimos divisar al bergantín por nuestra popa, aumentando la distancia. Por fin, debió decidir que era empresa imposible, por lo que enmendó el rumbo hasta perderse de vista por nuestra estela.

Sin más contratiempos, aquella misma tarde embocamos el estrecho gibraltareño, con fuerte viento de levante. Pude observar la Roca inglesa, ese pedazo de tierra por el que tantos españoles, algunos de ellos compañeros míos, encontraron la muerte. Observé como ondeaba la *Union Jack*^[37] en lo más alto del castillo árabe, lo que me hizo sentir indignación al pensar que aquel trozo de España se mantenía en manos enemigas.

Al abrirse la bahía de Algeciras por nuestro costado de estribor, caímos hacia dentro, a la vez que una fragata y dos jabeques españoles, de escolta en aquellas aguas para impedir el abastecimiento de la plaza, nos saludaban de acuerdo a la

ordenanza. Bien metidos en la bahía, y al resguardo de nuestras baterías instaladas en la costa, fondeamos el ancla, acción que seguía nuestra protegida poco después.

Ya entraba la anochecida al galope tendido, por lo que el comandante decidió esperar a la mañana siguiente para llevar a cabo las visitas de rigor, así como proceder al desembarco de personal y material destinado a las fuerzas del bloqueo, antes de continuar su marcha hacia Cádiz. Como el viento volvió a caer a cero y la situación era tranquila, esa noche nos libraron de guardia a los guardiamarinas. Fue una velada agradable. Atacamos las vituallas de *Pecas* y charlamos en cubierta con nuestros compañeros, analizando las posibilidades que se nos abrirían a partir del día siguiente.

Me dormí inquieto, sin comprender qué motivo lo originaba. Ya me veía en las débiles cañoneras, sin conocerlas, mientras un intenso rumor se agitaba por mis venas. Tan solo el rostro de Cristi llegó en mi auxilio, para concederme el sueño con placidez.



En el Cuartel General

En las primeras horas de la mañana siguiente, comenzó el barqueo para permitir el desembarco de la fragata, con lo que llegamos a tierra bien cargados con nuestros bagajes, apilados poco después en una carretilla que pudimos conseguir para su transporte en tierra. Tal y como se nos había ordenado, nos dirigimos al Cuartel General de las Fuerzas Navales del Bloqueo, dispuestas bajo el mando del jefe de escuadra don Antonio Barceló, rimbombante nombre para denominar lo que más parecía un cuartelillo naval, aspecto este que poco importaba al sencillo y práctico marino mallorquín.

El Cuartel General se encontraba situado en la ciudad de Algeciras. En realidad, no era más que un viejo caserón con fríos y humedades excesivas, situado a pie de playa. Tan solo la presencia de guardia armada en la puerta principal, compuesta por soldados de los batallones de Marina, indicaba el fin al que era sometido. Los guardiamarinas voluntarios para las lanchas cañoneras fuimos recibidos por el ayudante del jefe de escuadra. Aunque Barceló tenía derecho a disponer de ayudantes en cantidad y antigüedad superiores, se había limitado a escoger para tal puesto a un joven y valeroso teniente de fragata mallorquín, llamado Jaime Escach, hijo de un buen amigo de la infancia y al que denominaba cariñosamente como Jaume. A Escach se le notaba con claridad su reciente ascenso, por lucir un brillo radiante en la charretera^[38] del hombro izquierdo, en comparación con el viejo alamar que portaba en el derecho, correspondiente a su anterior grado de alférez de navío.

El teniente de fragata Escach ordenó a un subalterno que recibiera y anotara convenientemente nuestros pasaportes, para dar como presentados a los diez guardiamarinas procedentes de Cartagena, primer grupo en arribar de los tres previstos para las cañoneras. Asimismo, nos entretuvo con preguntas generales y de cortesía, a la espera de ser recibidos por el mismísimo Barceló, que deseaba darnos la bienvenida personalmente. Poco después, entrábamos en el despacho de trabajo del general, con los nervios reflejados en nuestros rostros. En principio, nos sentimos desconcertados al descubrir una sala más propia de casa humilde, con dos mesas de enormes proporciones en las que bailaban gran cantidad de cartas marinas y planos terrestres en desordenada combinación.

Pero la mayor sorpresa que recibimos en aquella primera entrevista personal, a la que nos aprestábamos correctamente uniformados, se produjo al contemplar la figura del viejo y experimentado marino. Nada en su aspecto recordaba al Barceló que nos hablara en la Academia con su entorchada y brillante casaca. El jefe de escuadra lucía, como única vestimenta, una vieja y arrugada camisola que descansaba sobre

unas gastadas calzas azules, enjaretadas en unas medias de lana gorda. Por supuesto, nada de peluca, sombrero, polvos ni aditamento exterior alguno. A pesar del frío y humedad reinante, tan solo una pobre hoguera lucía en la gigantesca chimenea. Barceló se encontraba apoyado en una de las mesas de trabajo, observando con interés un plano, cuando fue avisado por su ayudante.

—Mi general, los caballeros guardiamarinas de la Escuela Naval de Cartagena.

Barceló se volvió hacia nosotros con rapidez. Su rostro, ligeramente abotargado, denotaba un profundo cansancio, así como sus movimientos, lentos y pausados. Sin embargo, nos dirigió una mirada afectuosa y cordial.

—Siempre es bueno recibir refuerzos en tiempos de guerra —frotó sus manos entre sí, en un gesto que parecía expresar su buen humor—. Bienvenidos al teatro de operaciones, jóvenes. Forman ustedes el primer grupo en arribar a su destino. Los correspondientes a las Compañías de Cádiz y Ferrol lo harán en un par de semanas, si los vientos les son propicios, por encontrarse en viaje de prácticas que no dio tiempo a aplazar. Pero como no es cosa de perder el tiempo y mucho el trabajo que se nos abre por la proa, les hablaré de las unidades donde deberán desempeñar sus funciones. Después, mi ayudante los pondrá al día de la situación general. Pero, por favor, pónganse cómodos. Como pueden comprobar, no contemplo como prioritaria la etiqueta en el vestir. Creo que es más importante sentirse cómodo en el trabajo.

Nos distribuimos por la sala a nuestro arbitrio, apoyándonos en las mesas o la pared con naturalidad ante la falta de mobiliario.

—Desde los primeros días de las operaciones de bloqueo a la plaza de Gibraltar, comenzamos a construir unas lanchas de mi invención, que han venido en llamarse cañoneras, aunque también ahora disponemos de otras denominadas bombarderas u obuseras, dependiendo del armamento utilizado. Básicamente se trata de embarcaciones con casco plano, redondas, de 56 pies de eslora y 18 de manga^[39]. Para su impulsión disponen de 14 remeros, aunque incorporan un palo con vela latina que puede ser abatido y colocado a plan, para efectuar las últimas y necesarias maniobras a remo. Su mejor utilización, como pueden suponer, tiene lugar en escaramuzas al abrigo de la noche y la oscuridad, especialmente para batir objetivos que no se encuentran al alcance de la artillería instalada en tierra, así como mantener el trabajo y disposición en combate de los ingleses, con lo que evitamos su necesario descanso. Como es sencillo colegir, son unidades difíciles de batir, ya que presentan un blanco muy pequeño a las baterías enemigas.

Nos observó con detenimiento, para comprobar que lo escuchábamos con especial atención, antes de continuar.

—Las cañoneras montan una pieza de *a* 24 en su proa. Veo por sus caras que les produce asombro la incorporación de un cañón de tal calibre, pero tengan en cuenta que es su único armamento y conseguimos equilibrar adecuadamente el peso para la necesaria estabilidad. Además, dicho cañón se encuentra protegido por un parapeto metálico contra disparos de fusilería, protección que he ido aumentando hasta

blindarlas en casi su totalidad; es decir, colocarles planchas de hierro desde la línea de flotación hacia arriba, sujetas por fuertes clavijas y clavazón metálico. Como pueden comprender, dejamos un gran orificio para la pieza artillera, que es giratoria, sobre rieles de madera. Como les adelanté en mi visita a Cartagena, en los primeros momentos de su utilización, los ingleses gastaban chanzas y bromas a nuestra costa, hasta bautizarlas con el vejatorio apodo de *cucarachas*. El genio del bautizo fue el capitán de navío británico Sayer, al que conozco desde hace años. Pero ya no ríen al observar como les caen las balas por la noche y no pueden alcanzarlas con sus disparos, pues tan solo hemos perdido tres hasta el momento, aunque algunas regresen con heridos y serios desperfectos.

Barceló intentó colocar su camisola en correcta posición, pues se desprendía continuamente hacia su hombro.

—Más tarde desarrollé las bombarderas, bajo el mismo patrón marinero inicial de su estructura, pero con la diferencia de incorporar una bombarda en lugar del poderoso cañón. Estas son más peligrosas de utilizar, tanto por el sistema de fuego que ese arma emplea, como por hacerse necesario alcanzar posiciones más próximas a los objetivos. Todas las unidades se construyen en los varaderos de los ríos Palmones y Guadarranque, cerca de aquí, y me gustaría incrementar el ritmo de construcción, si consigo que me envíen el material necesario desde el arsenal gaditano de La Carraca. En la actualidad disponemos de 30 cañoneras y 10 bombarderas, cantidad que espero doblar. Por último, les adelanto que intentaré alguna operación nocturna contra los buques ingleses estacionados en el puerto de Gibraltar, una división naval bajo el mando del almirante Duff, compuesta por un navío de dos puentes, tres fragatas y una goleta, a las que se sumarán los mercantes que se encuentran en armamento. No creo que esperen a las cucarachas en ese cometido.

Barceló volvió a observar con detenimiento a sus muchachos, como comenzó a llamarnos, hasta ofrecer de nuevo una amplia sonrisa.

—Bien, creo que esto es todo. Como les decía, el teniente de fragata Escach, mi ayudante, les informara del resto. Tienen el día libre para instalarse cómodamente, si ello es posible. Mañana comenzarán su adiestramiento en las tres lanchas preparadas al efecto, un entrenamiento rápido e intenso porque les necesitamos para las salidas nocturnas. Espero de su arrojo y pericia para llevar a cabo las operaciones a las que se han ofrecido voluntariamente. Me alegro de encontrar savia nueva entre nosotros. Y ofrezco una especial bienvenida a mis dos viejos amigos.

Se dirigió a Pecas y a mí con una sonrisa, acercándose a nosotros hasta golpear nuestros hombros con gesto paternal. Nos habló con especial cariño, mientras nos sentíamos embargados por una intensa emoción.

—Mis dos primeros voluntarios. Les estoy muy agradecido, muchachos. Pueden estar seguros que serán los primeros en atacar al inglés en su cañonera.

Quien se había convertido en nuestro jefe supremo nos acompañó con exquisita

deferencia hasta la puerta. Por fin, tras la despedida, nos dejó en manos de su ayudante.

A los pocos segundos, en una sala contigua el teniente de fragata Escach nos exponía la situación general del teatro de operaciones marítimo-terrestre en el que deberíamos actuar, mientras señalaba con un puntero sobre un extenso mapa de la zona clavado en la pared, para aclarar sus explicaciones.

—Bien, caballeros, también yo me alegro de su presencia porque, en verdad, no nos sobran los hombres para marinar nuestras lanchas. Como ven, nuestro Estado Mayor es reducido porque, en realidad, los que lo componen se encuentran en operaciones en la mar. De todas formas, cuando las condiciones lo permiten, llevamos a cabo reuniones en la sala del primer piso, a las que asisten, a veces, diversos mandos de la escuadra aprestada en Cádiz, aunque no se encuentren bajo las órdenes directas del jefe de escuadra.

Se tomó un ligero descanso, mientras apoyaba su espalda sobre el plano.

—Pero, en primer lugar, pasemos a los detalles prácticos y necesarios para facilitar su vida entre nosotros. Se alojarán en un antiguo y pequeño palacete, cedido por el marqués de Riveradón. Les ruego que comprendan que no disfrutamos de muchas comodidades, ni siquiera nuestro general. En realidad, ese destartalado caserón es lo único que hemos podido conseguir. Se han llevado a cabo algunas modificaciones en el edificio, pocas, de forma que puedan disponer de dormitorios dobles. Dejo a su arbitrio la elección de compañero de camarote. Como se ha previsto el embarque de dos guardiamarinas en cada lancha, les recomiendo que formen equipo con su compañero de habitación, lo que aumentará la mutua colaboración. Allí recibirán la colación matinal y la cena. Con objeto de no perder tiempo, ya que en principio sufrirán intensos periodos de adiestramiento a bordo de las lanchas, mañana y tarde, el almuerzo se les servirá aquí mismo, en el comedor general. ¿De acuerdo?

No dio tiempo a una contestación por nuestra parte, ya que el joven ayudante continuaba su exposición.

—Como saben, nos encontramos en el cuarto año del más importante empeño para recuperar la fortaleza de Gibraltar para las armas de España, una plaza perdida en lamentables condiciones en agosto de 1704. Para nuestra desgracia, la pérdida fue sancionada, posteriormente, en uno de los ignominiosos Tratados de Utrecht. A lo largo del siglo se llevaron a cabo dos intentos de recuperación, todavía bajo el reinado de Felipe V, aunque de escasa importancia y con pocas posibilidades de éxito. Como en casos anteriores, las tropas del ejército avanzan paralelas y trincheras a lo largo del istmo que une la plaza de Gibraltar con el continente, de forma que cada vez se encuentren los blancos a batir a menor distancia y posibilitar, incluso, el ataque directo. De todas formas, el único método seguro de rendir la plaza es, como afirma nuestro general, imposibilitar la llegada de refuerzos y provisiones a los sitiados, hasta el momento del ataque definitivo por mar y tierra o su rendición.

Escach repasó nuestros rostros, para comprobar el interés que prestábamos a sus palabras. Como nos comentó semanas más tarde, en aquella primera ocasión se confirmó su opinión de que eran demasiado jóvenes aquellos refuerzos que les llegaban. Por fortuna, cambió de parecer en muy poco tiempo.

—El mando del campo sitiador se encuentra en manos del teniente general Martín Álvarez de Sotomayor, conde de Colomera, veterano de las campañas de Italia, Alemania y Portugal, al que se han asignado, en principio, 13.000 hombres de todas las armas, integrados en los regimientos de Soria, Guadalajara, América, Saboya, uno de voluntarios de Aragón, cuatro de catalanes, dos batallones de Guardias Españolas y otros dos de Walonas. Como apoyo directo a los infantes, se dispone de ocho escuadrones de caballería, cuatro de dragones y mil artilleros. El cuartel general se estableció en los primeros días del sitio, siguiendo la tradición, en la villa gibraltareña de San Roque, donde se trasladaron inicialmente los expulsados de la ciudad de Gibraltar al ser ocupada por los ingleses. Por su parte, las fuerzas navales del bloqueo se confiaron, como saben, al jefe de escuadra don Antonio Barceló.

Escach señalaba con el puntero la situación de las tropas españolas en la parte del istmo y tierra adentro. Continuó con decisión.

—Por parte inglesa, la guarnición está compuesta por seis regimientos de infantería, con un total de tres mil quinientos hombres. A estos se han de añadir un cuerpo de artilleros y una compañía de ingenieros, que hacen un total de cinco mil trescientos catorce hombres entre ingleses, hannoverianos, judíos y mercenarios genoveses. Su artillería dispone de cuatrocientos siete cañones y cuarenta y seis morteros, perfectamente emplazados en los fuertes y baterías. Por último, según mis noticias, disponen de víveres para seis meses, aproximadamente. El Gobernador actual es el teniente general George Elliot, hombre enérgico, estricto en el cumplimiento de sus órdenes y poco dispuesto a concesiones, es cierto. La parte naval se la mencionó el general Barceló hace pocos momentos. Como pudieron comprobar, esta no es de consideración aunque intentan perturbar nuestras operaciones. Sin embargo, la presencia naval británica de relevante importancia tendrá lugar cuando arribe alguna poderosa escuadra con mercantes de aprovisionamiento, acción que hemos de evitar a todo trance de acuerdo al plan que a continuación les mencionaré. ¿Me siguen ustedes? Pueden preguntar e interrumpirme cuando lo estimen conveniente. El general Barceló quiere que hasta el último de sus hombres se encuentre informado del desarrollo de las operaciones.

Movimos la cabeza en señal afirmativa. En verdad, seguíamos con extrema atención sus palabras.

—Como saben ustedes, los ingleses mantienen la mayor parte de sus fuerzas navales en la lucha contra sus colonias americanas. La escuadra inglesa que permanece en las islas, muy inferior a la hispano-francesa, quedará encerrada en los puertos del Canal por tiempo indeterminado, en defensa de su costa. Según aseguran los que saben de espionajes, ese no es mi tema, los ingleses piensan preparar una

escuadra de socorro, como hicieron hace un año, lista para hacerse a la mar. El objetivo no es otro que el de avituallar a la plaza de Gibraltar, para lo que se ha establecido un plan por nuestra parte, de forma que dicha escuadra se encuentre con dos frenos.

Una ráfaga de viento abrió una de las ventanas, lo que produjo un remolino de papeles y mapas, a la vez que aumentaba la sensación de frío intenso que se sufría en la estancia. El mismo ayudante se encargó de cerrarla con fuerza, ofreciendo una sonrisa al continuar.

—Como ven, nuestras condiciones de alojamiento no son las más adecuadas. Pero continuo explicándoles esos dos frenos que se han establecido para evitar el arribo de los refuerzos ingleses a la plaza sitiada. En primer lugar, disponemos de las fuerzas navales del conde de Estaing, una escuadra de 30 navíos franceses estacionados en Brest, lista para dar la vela, desde donde es fácil espiar la salida de los ingleses, si se atreven, y batirla si es preciso. En el caso de que se produzca batalla, se puede llegar a un descalabro mutuo que, desde el punto de vista particular de este bloqueo, sería beneficioso, ya que impediría la llegada a la bahía del convoy protegido. Pero en el caso de que las fuerzas inglesas llegasen a evitar a la mencionada escuadra y barajaran la costa portuguesa hacia el sur, en la bahía de Cádiz se encontrarían con la poderosa escuadra de don Luis de Córdoba, con 32 navíos. Confiamos en disfrutar de más suerte que en la ocasión anterior, donde se produjo el descalabro del combate del cabo Santa María, en el que los ingleses no solo aprovisionaron con largura la plaza sitiada, sino que vencieron a las unidades españolas de la escuadra de don Juan de Lángara, apresando, entre otras unidades, a la que mandaba el mismísimo general.

El teniente de fragata se acercó ahora a la carta marina, donde aparecía con claridad la bahía de Algeciras y el estrecho de Gibraltar con sus accesos. Nosotros seguíamos con atención todos sus movimientos.

—En cuanto al escenario naval y particular en el que nos encontramos, para evitar el tráfico menor de la plaza gibraltareña con los puertos africanos, dispone el jefe de escuadra Barceló, bajo mando directo, de una excelente división de jabeques^[40], buque ideal para estas operaciones, así como otras embarcaciones menores con base en Algeciras. Para mayor apoyo, disponemos de dos divisiones más, una formada por un navío, una fragata y tres jabeques con base en Ceuta, al mando del capitán de navío Urreiztieta, mientras la segunda, formada por un navío, una fragata y tres bajeles, se unirá a las fuerzas de Algeciras, próximamente, bajo el mando del capitán de navío Tejada. Como pueden suponer, por haberse utilizado de forma casi continua en todos los periodos de guerra y sitio, disponemos de unas fuerzas que podemos llamar de crucero permanente, importantísimas contra las embarcaciones menores en sus entradas nocturnas a la plaza, compuestas por cinco jabequillos, doce galeotas^[41] y 20 embarcaciones menores propulsadas a remo. Con esto se estima suficiente el número de nuestras fuerzas para evitar, en un tanto por ciento elevado, las entradas de provisiones a Gibraltar por arriesgados mercaderes, que buscan el lucro de los altos

precios que alcanzan las raciones de boca en situaciones de extrema precariedad, fin principal que hemos de evitar.

Escach dejó el puntero sobre la mesa, para indicar que la exposición general había llegado a su fin. Volvió a ofrecernos una sonrisa, antes de continuar.

—Y de forma general, ese es el teatro de operaciones en el que tendrá lugar su trabajo. Les adelanto que el destino al que se han ofrecido voluntarios es duro, penoso, difícil y sumamente arriesgado. Se trata, más o menos, de la lucha de David contra Goliat, aunque si maniobramos con astucia y decisión, es mucho el daño que podemos producir a las defensas británicas. A partir de mañana, deberán presentarse en este Cuartel a las ocho en punto. Como les adelantó el general, hemos preparado tres viejas lanchas para su adiestramiento. En principio, calculamos que en un mes se encontrarán listos para entrar en combate. Y, por mi parte, eso es todo. ¿Tienen ustedes alguna duda o desean preguntar sobre algún aspecto determinado?

Nos miramos entre nosotros, recelosos. *Pecas*, con una resolución que, con el tiempo, nos asombró a todos, intervino con desparpajo y decisión.

—Mi oficial. ¿Ese caserón siniestro se encuentra muy lejos del Cuartel General?

—No —Escach sonrió, divertido, por el atrevimiento de quien, en su opinión, parecía una cría recién destetada—. Darán con él dos calles más arriba, hacia el norte. Un marinero del Cuartel General les acompañará. Les adelanto que posee un hermoso jardín, aunque no creo que dispongan de tiempo suficiente para disfrutar de él. Sin embargo, es posible tomar a mano las frutas de sus árboles en la temporada.

Nos mantuvimos en silencio, por lo que Escach decidió que llegaba el momento de despedirnos.

—Nada más, caballeros. Disfruten del resto del día. Por supuesto, ya no se encuentran en la Academia y disponen de libertad absoluta de movimientos. Nada de acuartelamientos. Son enteramente libres de organizar su vida en la nueva residencia como consideren oportuno, siempre que sean discretos. En pocos días se les unirán los miembros de las dos compañías restantes. Han tenido suerte, ya que pueden escoger los mejores camarotes —pareció pensar que había olvidado un detalle importante—. Solamente quiero añadir que nuestro general, el jefe de escuadra Barceló, es un extraordinario marino y excelente persona. Para él, el valor individual es el principal mérito de todo soldado. Su puerta se encuentra siempre abierta a todos los subordinados que sufran cualquier problema. Pero también deben saber que es inflexible en lo que afecta al servicio y al buen funcionamiento de los hombres bajo su mando. Trabajen con afán, sean nobles y leales con él. Les aseguro que les devolverá la moneda aumentada.

Nos retiramos por fin, con encontrados pensamientos en nuestros jóvenes espíritus. Siguiendo la carretilla de nuestros bagajes, caminamos en dirección a nuestro nuevo aposentamiento. Fiel a su costumbre, *Pecas* se situó a mi lado, para hacerme partícipe de sus dudas y recelos.

—Habrá que trabajar duro, *Gigante*.

—Eso parece. Estoy seguro que el adiestramiento será largo y penoso. Pero hay que demostrar, por encima de todo, que somos hombres de verdad.

—Estoy de acuerdo contigo. También creo que será necesaria una buena provisión de alimentos. Enviaré un correo a casa en ese sentido. Si vamos a arrimar el lomo con fuerza, deberemos estar bien alimentados.

—Y no olvides encargarme alguna frasca de vino —alegué, sonriendo.

—No te preocupes que ese aspecto de la logística está asegurado.

De esta forma, llegamos a nuestro palacete, al norte de la ciudad, donde esta se entroncaba con el campo. Sorteamos los camarotes, con lo que *Pecas* y yo disfrutamos de uno amplio y bien situado, orientado al mediodía, aunque el frío se dejaba sentir con dureza. Encendimos la chimenea con rapidez, en un intento de calentar nuestros entumecidos cuerpos.

Pasamos el resto del día preparando pertenencias y herramientas de trabajo. El servicio a nuestra disposición era escaso pero, en aquellos momentos, no suponía un tema que nos preocupara. Pudimos comprar alimentos en un pequeño y cercano colmado, con lo que aquella primera noche cenamos en libertad y camaradería. Sin embargo, a pesar de las risas, todos sentíamos vibrar nuestro corazón ante el cercano e incierto futuro que se abría en nuestras vidas.



Adiestramiento en la bahía de Algeciras

El resto del mes de enero y todo el de febrero sufrimos el duro adiestramiento al que nos sometió el jefe de escuadra Barceló, y lo nombro a él precisamente porque, a pesar de su alto empleo e importantes responsabilidades como Jefe de las Fuerzas Navales del Bloqueo, distraía el tiempo necesario para supervisar en persona el ritmo de construcción y la correcta utilización de sus queridas cucarachas, en las que tantas esperanzas había depositado.

Se nos había ordenado presentarnos en el Cuartel General a las ocho y, pocos minutos después, nos desplazamos hasta un pequeño pantalán^[42], construido en la playa a pocos metros. Al llegar a él, observamos por primera vez las famosas cañoneras de Barceló, tres unidades atracadas de costado que se movían perezosamente al compás de las olas que llegaban a morir en la orilla. Debo reconocer que, a pesar de nuestro ardor combativo, la impresión inicial que nos produjeron esas extrañas unidades no pudo ser más negativa y desmoralizadora.

Aunque el mismísimo general nos las había descrito en su primera charla del día anterior, no esperábamos encontrar unas lanchas de tan poca consistencia y aspecto más bien cochambroso, por mucho que un reluciente cañón de a 24 destacara en su proa, con un sistema de trinca muy especial. Durante algunos segundos no supimos qué decir, paralizados por la impresión, hasta que el teniente de navío Escach, que nos acompañaba, cedió la palabra a un joven alférez de navío llamado Enrique de la Fontanera.

—Bien, caballeros, les dejo en buenas manos, que es mucha la faena que me aguarda en el cuartel. El alférez de navío de la Fontanera, oficial experimentado que ha llevado a cabo más de cincuenta misiones con nuestras cañoneras, tomará a su cargo el pertinente adiestramiento, auxiliado por el sargento Vargas y el cabo Sánchez. Espero que aprovechen el tiempo y pongan todo de su parte. Buena suerte.

Escach nos abandonó con su diligencia habitual y allí quedamos a solas con nuestros tres desconocidos instructores. Sin perder un solo minuto, de la Fontanera nos hizo embarcar en una de ellas, donde nos explicó con todo detalle cada una de sus partes, así como la maniobra prevista.

La dotación de la cañonera se componía de 14 remeros, todos profesionales y con armamento portátil a su disposición, por si era necesario repeler algún ataque de fusilería de unidades ligeras, como se había dado el caso en diversas ocasiones. De los dos guardiamarinas, el más antiguo desempeñaría el cometido de comandante de la unidad, así como responsable del tiro de la pieza artillera. Por su parte, el segundo debería encontrarse en la caña y marinar la lancha, de acuerdo a las órdenes recibidas

por su compañero. Además de los dos guardiamarinas, la dotación incorporaba un sargento artillero, tres hombres para el servicio de la pieza y dos más para la maniobra y posibles relevos. Un total de 22 hombres en un lanchen panzudo y pesado de solo quince metros de eslora. Si se le añade la necesaria provisión de balas y cartuchos, así como el peso del blindaje, parecía milagroso que aquel extraño e infernal artefacto pudiese no solo navegar, sino mantenerse a flote siquiera.

Pero, como decía Pecas, hasta lo imposible era posible en la Armada. Una vez explicada de forma somera la teoría general de su funcionamiento, salimos a la mar en una de ellas con los tres instructores, con la particularidad de que la elegida no montaba la pieza artillera, ya que se trataba de tomar contacto con el medio.

Nos instalamos los guardiamarinas al remo, bogando con las pesadas picas hasta separarnos de la playa las yardas suficientes para continuar las explicaciones, medidos con el balance que producía un levante fresquito. Fue entonces cuando nos enseñaron a arbolar el palo y afirmar sus obenques. Por fin, izamos la vela latina, con lo que nos dejamos impulsar lentamente por el viento. De la Fontanera no cesaba de hablar un solo momento, para indicarnos con precisión las posibles maniobras en cada caso aunque, en nuestra opinión, aceleraba demasiado la marcha.

La verdad es que nos sorprendimos al comprobar que la cañonera navegaba bien a vela, aunque teníamos en cuenta que faltaba casi toda la carga adicional que debería soportar. Sin embargo, se comportaba bien a la buena y a la mala, pues no era posible mudar la entena^[43]. La maniobra para arbolar y desarbolado el palo era sencilla y rápida, factor este de gran importancia, como pudimos comprobar más adelante. Por fin, se nos ofreció el primer descanso, aunque el alférez de navío continuaba con su inagotable charla.

—En principio, deberán seguir a la cañonera guía, que será quien marque el rumbo de aproximación, de acuerdo con los blancos escogidos por el Estado Mayor. Una vez en posición y desarbolado el palo, se abrirán las unidades, para cubrir el mayor flanco posible y abrir fuego. Claro está que todo dependerá de la oposición que se encuentre en cada momento, pues los ingleses suelen destacar unidades menores contra nosotros, ahora que les duelen las picaduras de nuestras cucarachas —sonrió, divertido—, pero deben tener bien presente que buscamos, más que la precisión en el tiro, aspecto difícil de conseguir en estas plataformas, el acoso continuo a las fuerzas sitiadas. Es decir, que hay que disparar contra la plaza, al precio que sea, las 24 balas de que dispondrán en cada misión.

Había cruzado el sol la meridiana con largura cuando atracábamos en el pantalán, agotados de fuerza tras una larga boga, y del espíritu, abarrotado de detalles e indicaciones que olvidábamos con rapidez. Nos habíamos acercado temerariamente a pocos metros del puerto inglés, hasta observar con claridad la ciudad sitiada y las fuerzas del almirante Duff, donde destacaba el navío de dos puentes y 74 cañones, lo que nos llevaba a la triste conclusión que disponía de más piezas de artillería aquella nave solitaria, que todas las cañoneras juntas.

Tras un ligero almuerzo, de la Fontanera volvió a la carga, inagotable al cansancio. En la práctica, la sesión vespertina fue un calco de la de la mañana, para comprobar las lecciones aprendidas. Nos repetía una y otra vez la misma cantinela, golpeando sobre remache. Nos hizo bogar a ritmo duro y arbolar una y otra vez el maldito palo que pesaba como si fuese construido en hierro, y que a punto estuvo de costar el primer disgusto.

Caía ya la tarde cuando alcanzamos nuestro palacete, agotados y, en verdad, bastante desmoralizados. Ya no se escuchaban las bromas de otras veces sino que cada uno parecía sufrir sus propios pensamientos en solitario. Nos sentamos a la mesa como autómatas, sin ánimo siquiera para protestar del pobre rancho, escaso y mal condimentado. Como de costumbre, recobramos fuerzas en nuestro dormitorio, donde por fin disponíamos de cierta intimidad.

—De esta empresa no nos salvan ni todos los santos del cielo en especial rogatoria —*Pecas* se había dejado caer en su catre, mientras se frotaba las manos enrojecidas por la boga—, ¿por qué se nos ocurrió alistarnos en esta maldita empresa? Mejor sería navegar en un navío de dos puentes, sentir la brisa del mar en la cara y disponer de setenta cañones.

—La brisa la sentiremos —alegué con desgana—, pero aderezada con un roción de balas de a 36, algunas de ellas bien calentitas. Creo que el simple pique del agua a corta distancia, sería capaz de hundir una de esas lanchas.

—No desfallezcas, *Gigante*. Si te hundes tú, nos vamos al cuerno todos. Hay que echarle huevos a esta faena.

Aquellas juiciosas palabras del pequeño, me hicieron sentir vergüenza, como si hubiese cometido el peor de los pecados. Me vi obligado a rectificar.

—Te hablaba en broma, *Pecas*. Por supuesto que le echaremos los lomos a muerte y les meteremos 24 balas cada noche a esos bastardos en la cama. Al menos, les joderemos el sueño.

—¿Nos ascenderán?

—¿Piensas en un ascenso? —me extrañó la repentina pregunta—. Difícil es eso. Ten en cuenta que somos guardiamarinas de primer año. Muy grande ha de ser la hazaña para conseguir la charretera a estas alturas. Mira al alferez de navío de la Fontanera, con medio centenar de acciones nocturnas.

—Pues habrá que hacer alguna machada para conseguir la charretera.

—Saca una frasca de vino y déjate de penas. Mañana será otro día.

* * *

Durante cinco semanas seguimos el mismo ritmo de adiestramiento, perfectamente planificado por Barceló. En la segunda salimos a la mar con el cañón instalado y toda la carga estibada para el combate, con lo que las maniobras se convirtieron en lentas y, a veces, interminables. Pero aprendíamos con rapidez porque decidimos todos,

conjurados en secreto, que nos habíamos presentado para cumplir una misión peligrosa y la llevaríamos a cabo como hombres. Fue en la tercera semana, momento en el que aparecieron en el palacete los veinte guardiamarinas de las otras dos compañías, cuando comenzamos las prácticas de tiro, tarea complicada por la cercanía del bramido al dispararse, y la difícil maniobra de recarga en espacio tan reducido. Todos pensamos que acabaríamos sordos como nuestro general en pocas semanas.

Nuestros compañeros de Cádiz y Ferrol nos envidiaron en los primeros días, al comprobar nuestro adelanto respecto a ellos. *Pecas* se mofaba de su ignorancia, dándoles consejos y lecciones como si llevara media vida a bordo de aquellas unidades. Pero he de reconocer que la camaradería reinó en todo momento en aquel deslucido caserón campero, lo que constituyó un factor muy importante en nuestra vida diaria y en los momentos en los que la moral se nos venía bajo cubierta.

En la cuarta semana comenzamos a sentir cierta inquietud. Observábamos por las noches, desde la terraza del Cuartel General, la salida de las cañoneras y bombarderas que se dirigían a dejar sus regalitos nocturnos a los ingleses. Horas después, comprobábamos con felicidad cómo regresaban todas, o sufríamos con dolor la pérdida de alguna de ellas. Una de las noches sentimos la muerte del sargento Vargas, aquel que nos diera las primeras lecciones de maniobra, alcanzado por disparos de fusilería británica.

Era agradable y animoso comprobar cómo crecía el orgullo de escuadrilla. Las dotaciones de las cañoneras formábamos un grupo compacto y nos defendíamos como gallos de pelea si algún compañero era insultado o maltratado, como ocurrió en algún rifirrafe de los muchos que mantuvimos con los oficiales del Ejército, donde mis puños se hicieron famosos. Pero los diez primeros guardiamarinas, los de Cartagena, nos creíamos convenientemente adiestrados y aptos para las salidas nocturnas, un nerviosismo por entrar en acción que era ralentizado por Escach y de la Fontanera, que nos obligaba, sin embargo, a un mayor esfuerzo en las prácticas.

Por fin y de sorpresa, como tantas cosas suceden en la Armada, una tarde nos reunió el teniente de fragata Escach en la sala de reuniones, sita en la planta baja del Cuartel General. De forma inesperada, el jefe de escuadra Barceló se presentó ante nosotros, engalanado con una impecable casaca, detalle que nos sorprendió hasta conocer que llegaba de una reunión con el teniente general Álvarez de Sotomayor. Se desprendió de la pesada prenda con rapidez, antes de colocarse a la cabecera de la mesa y ordenarnos tomar asiento.

—Bien, muchachos. En primer lugar, he de felicitarles porque, según mis noticias, han llevado a cabo un trabajo magnífico, parte del cual he podido observar en persona desde la terraza. Mi ayudante es de la opinión, y yo con él, que se encuentran preparados para salir a la mar y batir la plaza gibraltareña. Sé que llevan algunos días reclamando acción, lo que comprendo y aplaudo, por lo que les anuncio que les ha llegado el momento.

Nos observó sin perder la sonrisa, a la vez que tiraba de su peluca hacia arriba, hasta depositar la prenda sobre una silla. Masajeó su ralo cabello mientras continuaba.

—Para comenzar, se tratará de una operación sencilla contra tierra y a cierta distancia. Una de esas que llamamos de mantenimiento del espíritu combativo y jodienda al inglés. Según tengo entendido, saldrán en grupo veintidós cañoneras a la mar, sin obuseras en esta ocasión, ya que se les están montando nuevas piezas. Ustedes marinarán cinco de ellas y les ordeno —elevó el tono de su voz, a la vez que endurecía la mirada—, les ordeno que regresen todos. Nada de heroísmos inútiles que solo benefician al enemigo. Aquí lo que buscamos es el día a día, hasta que atacemos otro plan que tengo en la mente. ¿Me han comprendido bien? Quiero verles mañana noche al regreso y les ofreceré un vaso de vino, o dos, para celebrar su primera misión.

Volvió a rascar su cabeza con energía. Por nuestra parte, los pensamientos se cruzaban entre la alegría, la preocupación y el orgullo.

—Sé lo que pensáis en estos momentos, muchachos. A vuestra edad guerreaba yo a bordo de un jabeque contra los argelinos, con el sable entre los dientes y un pistolón en los huevos. Aunque creáis que desempeñáis una labor en unidades de pequeña importancia, os aseguro que no es así. Vuestros compañeros que sirven en grandes navíos y hermosas fragatas estarán todo el día engalanados al lado de un oficial, al que servirán el café. Sin embargo, vosotros os jugaréis el tipo mañana por la noche como hombres bien bragados. Podéis estar orgullosos, os lo juro por mis antepasados.

Se percibía una tensa emoción en todos, desde el general hasta el último de nosotros. Les aseguro que Barceló siempre supo cómo hablar a su gente, para encenderles la sangre y disponerlos cara al combate en la forma adecuada.

—Mañana por la mañana, descanso y reunión en el Cuartel General para exponerles el plan del ataque nocturno. He ordenado que os sirvan rancho extraordinario esta noche y una frasca de vino por camarote. Ya no sois solamente guardiamarinas, sino hombres con un par de cojones bien puestos. Dormir a pierna suelta y a las once en punto nos veremos.

Barceló abandonó la habitación con lentitud. A veces pensábamos que su salud podía flaquear, que no era posible mantener una actividad tan frenética a una edad tan avanzada, pero nos equivocábamos. Aquel hombre estaba fabricado de una pasta muy especial. Comenzamos a abandonar la sala.

Por la noche, en nuestro camarote, una vez apagado el candil, escuché la pregunta de *Pecas*.

—*Gigante*.

—Dime, *Pecas*.

—Mañana es nuestro bautismo de fuego.

—Sí. Ya era hora.

—¿Crees que volveremos?

—Eso depende de ti, que estarás a cargo del timón, aunque yo sea el comandante de la lancha. —Lo digo en serio.

—Ya lo sé, *Pecas*. Por supuesto que volveremos. Además, le prometí a Cristi que te devolvería sano y salvo a tu casa. Las promesas hay que cumplirlas.

—¿De verdad se lo prometiste? —Pareció animarse—. Pues en la carta que recibí ayer, me dicen que el mes próximo vendrán a pasar unos días a una hacienda que tenemos cerca de aquí. Podrás verla de nuevo.

—¿No es una de tus historias, enano?

—A ti no te mentiría en estos momentos.

—Entonces, con más razón todavía, hemos de volver todas las noches que tengamos faena. Pero durmamos o estaremos cansados mañana.

Pecas tardó en contestar con una nueva pregunta, que me tomó desprevenido.

—¿Crees en Dios de verdad, *Gigante*?

—Pues claro que creo en Dios y en la Santísima Virgen. ¿Cómo me preguntas algo así?

—No sé. A veces, me da la idea que todo es un invento de la Iglesia.

—No digas eso, *Pecas*. Te aseguro que Dios existe, no lo dudes un segundo. Esta noche me encomendaré a Nuestra Señora de Valdelagua, como tantas otras veces, y nos traerá de vuelta sin novedad.

—¿Nuestra Señora de Valdelagua? ¿Es la patrona de San Juan de Berbio?

—No. Se trata de una lejana historia.

—Pues si te encomiendas a ella, pide por mí también.

—Lo haré, *Pecas*, lo haré. Duerme.

Me quedé intranquilo con aquella conversación, sin saber por qué. Un combinado extraño de pensamientos asaltó mi mente sin orden ni concierto. Pero dos temas despuntaban por encima de todos, como los palos de un pecio que vela en la bajamar. Por una parte, la acción del día siguiente, mi bautismo de fuego. Por otra, la posibilidad de ver a Cristi el mes siguiente. Su rostro inundó mi cabeza, a la vez que escuchaba lejanos cañonazos.



Bautismo de fuego

Al despertar aquella mañana, algo más tarde de lo habitual, cada uno de los guardiamarinas elevó una suplicante mirada hacia las alturas. Por fortuna, el tiempo se mantenía fuertemente achubascado, con los cielos muy tomados por negros nubarrones, una condición deseada fervientemente para que la oscuridad de la noche fuese absoluta. Como triste excepción a la regla cotidiana, nos manteníamos en silencio mientras bebíamos el tazón de leche tibia, con el pensamiento perdido en algún lejano solar o el rostro de un ser querido. Aunque alguna voz intentó alegrar el ambiente, con frases desenfadas como aquella de noches alegres, mañanas tristes, todos sabíamos que eso no era cierto.

Nuestros compañeros de Ferrol y Cádiz, que se despidieron con cierta envidia y ligera compasión en sus rostros, habían marchado al adiestramiento con un regusto agri dulce en sus almas. Aunque el propio orgullo nos obligara al silencio, más de uno se preguntaba si volveríamos a coincidir en las bromas y juegos de cada noche. El ambiente parecía cargado de ansiedad y desesperanza.

A las once en punto nos presentamos en el Cuartel General. A esa hora, la sala de reuniones se encontraba abarrotada, porque eran veintidós las cañoneras que deberían salir aquella noche que se suponía oscura, con muy poca luna y un venturoso pronóstico de cielos cerrados. El capitán de fragata Joaquín Malpaso, coordinador de las operaciones de las cañoneras, se encontraba ante el plano general de la plaza de Gibraltar y su puerto, colgado de la pared, donde se habían marcado en círculos rojos los teóricos puntos que deberíamos alcanzar con nuestros disparos cada una de las unidades.

Se me asignó el mando de la cañonera marcada con el número 23 en su costado, que llevaría a *Pecas* a la caña como responsable de la maniobra, mientras quedaba a mi cargo dirigir el tiro e impartir las órdenes necesarias para reaccionar ante cualquier eventualidad, como comandante de la lancha. La cañonera guía sería la número 7, con Malpaso a la cabeza, que ocuparía su puesto de acción a escasos metros de la punta del antiguo embarcadero gibraltareño, con lo que las demás unidades deberíamos desplegar desde ella en una imaginaria línea hacia el sur, a suficiente distancia una de otra para no ofrecer un blanco conjunto a las baterías inglesas. Se recordaron una vez más los procedimientos de auxilio entre lanchas, así como las señales luminosas para el caso de peligro extremo o urgente necesidad. Se estableció las once de la noche como hora prevista de embarque, para salir a la mar treinta minutos después.

Una vez preparado y repetido de forma concienzuda el plan de ataque, antes de

dirigirnos a las obligadas reuniones que debíamos mantener con nuestras respectivas dotaciones, se anunció la llegada del jefe de escuadra Barceló. El viejo marino hizo su entrada provisto de un viejo barragán azul marino, más propio de anciano pescador, que indicaba su presencia en la azotea del edificio para escudriñar el tiempo con buen ojo marino, aunque el frío era intenso. Su pelo enmarañado y arracimado en blancas greñas por el efecto del viento, le ofrecía un aspecto de viejo lobo de mar, con las mejillas encendidas. Alzó la mano para que continuáramos en nuestros asientos, antes de dirigirnos la palabra.

—Muy bien, señores. Una operación más y otra noche que espero dificultar el sueño de nuestro enemigo. En esta ocasión se estrenan nuevos compañeros que, estoy seguro, sabrán cumplir con su deber. Para su satisfacción personal les informaré que se apresó anoche un bergantín correo salido de Gibraltar, donde aparece una nota del Gobernador inglés de la plaza dirigida a sus superiores en Londres, en la que habla de nosotros en términos elogiosos. En resumen viene a decir que reconoce a nuestras cañoneras como el enemigo más temible entre los medios marinos que hasta ahora se han presentado durante el asedio, porque atacamos en noches oscuras, como la de hoy —ofreció una sonrisa divertida—, con lo que es imposible apuntar a su pequeño bulto. Describen nuestras cucarachas como verdaderos y formidables barcos de coraza. Según su Excelencia, y les leo textualmente, *noche tras noche envían sus proyectiles por todos los lados de la plaza, haciendo cambiar a los vecinos de sitio, sin dejarles un momento de reposo. Ni aún los hospitales se ven libres, que muchos enfermos fueron muertos en sus camas. Este continuo bombardeo nocturno fatiga a los soldados mucho más que el servicio de día. A veces, por habilidad certera de los artilleros o pura casualidad, caen bombas en el cuartel, con lo que obligan a salir a todos al campo. Aunque abrimos fuego contra ellas desde nuestras poderosas baterías, apuntando al resplandor de su fuego, estimo que gastamos inútilmente nuestras ya escasas municiones.*

Barceló guardó el papel que acababa de leer con estudiada lentitud. En su rostro se marcaba una sonrisa de innegable satisfacción.

—Aunque algunos de nuestros compatriotas critiquen y bromeen acerca del uso de estas pequeñas y atípicas lanchas, como pueden comprobar hacen mucho daño al inglés, que para eso estamos, y a un costo verdaderamente ridículo de material y personal. Por esa razón desprecio otros comentarios más o menos profesionales, y de ahí mi empeño en construir muchas más unidades, con su protección metálica reforzada, para lanzarlas en numerosas oleadas contra la plaza, como cuadrillas de lobos hambrientos en la noche. En fin, espero que en la operación prevista para hoy alcancen el éxito y rompan el sueño del jodido gobernador inglés. Es posible que vuelvan a destacar alguna unidad pequeña con número de fusilería, aunque me parece que dudan de su eficacia. En el caso de que se resuelvan a enviar su goleta contra ustedes, olvídense de los blancos en tierra, intenten rodearla hasta destruirla o tomarla al abordaje. Les aseguro que con valor y redaos suficientes, todo es posible en la

mar. En fin, creo que ya sobran las palabras. Les deseo mucha suerte y, como siempre, *al toro por los cuernos*.

Como de costumbre, las palabras de Barceló llegaban en el momento más oportuno. Este hombre sabía lo que era necesario decir en cada instante para mantener la moral de sus fuerzas en el punto más alto. Y esto era posible por la cercanía a sus hombres, un detalle que cuidaba con esmerado primor. Hasta el marinero de más baja graduación había recibido alguna vez una frase amistosa o una palmada en la espalda de su general. Por esa razón, todos sus subordinados habrían dado la vida por su jefe, al que idolatraban.

Pecas y yo nos reunimos poco después con nuestra dotación. Las cañoneras previstas para la operación se encontraban en el espigón cerrado del puerto, en alegre baile porque el viento soplaba con fuerza, por mucho que los expertos anunciaran su caída para el ocaso.

Nos alegramos al comprobar que la cañonera número 23 era de las más modernas, con lo que su coraza o blindaje se encontraba fabricado de plancha de hierro en su forro exterior, que llegaba hasta por bajo de la línea de flotación. El cañón de *a* 24 y largo alcance se encontraba montado sobre cureña^[44] de marina, tras algunas variaciones desechadas anteriormente. El parapeto se alzaba dos pies sobre la borda, con forro interior de corcho, provisto de un mecanismo para abatirlo con rapidez en caso de necesidad. Como última variación, la obra muerta se inclinaba hacia adentro, con objeto de no ser dañada normalmente por los proyectiles. Asimismo, formaba arista en la cinta, a la vez que la proa se levantaba en superficie curva para formar lo que llamaban el reducto, con lo que se protegía el flanco o la enfilada.

Les hablé a mis hombres con la decisión y energía necesaria, pues ya corrían rumores entre la marinería sobre aquellos jóvenes e inexpertos oficiales que mandarían las lanchas en aquella noche. Creo que mi fortaleza física y anímica hizo mella en sus espíritus, por lo que quedaron satisfechos, y de esta forma compensé la negativa opinión que sacaron al observar la juventud de *Pecas*.

Aquel día también nos sirvieron rancho extraordinario, regado con un excelente vino apresado a un mercante genovés el día anterior. Las fuerzas del bloqueo actuaban con indudable eficacia. Descansamos después del almuerzo en nuestros camarotes, antes de acometer el momento esperado y temido. *Pecas* se mantenía en silencio, por lo que no quise perturbarlo. Descabezamos una ligera siesta, aunque he de reconocer que me costó conciliar el sueño.

* * *

A las once de la noche nos encontrábamos a bordo de la cañonera 23, con nuestros hombres alistados en sus puestos. Cada miembro de la dotación vestía un sobretodo de hule impermeable forrado con lana, a la vez que calábamos sombrero abierto del mismo material. El viento había caído en intensidad, aunque restaba lo suficiente para

dar la vela si se mantenía en aquellas condiciones. A intervalos, el cielo regaba nuestras cabezas de fina lluvia, aspecto que no nos distraía en nuestro cometido. Sí era de preocupar, sin embargo, pensando en el uso de la artillería, las olas que se reflejaban de lejanos temporales, esa mar de fondo que llaman los marinos, por mucho que el contorno sinuoso de la bahía las amortiguara con exquisita dulzura.

Fieles al plan y horario previsto, la cañonera en la que embarcaba el capitán de fragata Malpaso se separó del muelle lo suficiente por medio de sus bicheros, para permitir el uso de los remos. De esta forma imitamos sus movimientos una a una, hasta encontrarnos en un grupo heterogéneo, manteniendo una prudente distancia entre unidades. Mientras las seis primeras lanchas, grupo uno, arrumbaban directamente al antiguo embarcadero gibraltareño, las seis siguientes, grupo dos en el que nos encontrábamos, intentamos aproar al medio, entre puntas, en espera de una referencia posterior. Y digo intentamos porque más nos guiábamos por la intuición y la práctica adquirida durante las corridas del día, que por las sombras de una ciudad apagada y aparentemente muerta.

Aunque dimos la vela latina y mantuvimos el aparejo durante algún tiempo, seguimos el ejemplo de la cañonera que navegaba a mi izquierda, desarbolando el palo hasta colocarlo a plan^[45], porque el viento era casi inexistente y roladizo, con lo que molestaba más que otra cosa. Emplazamos los remos con energía, pasando a una boga silenciosa y relajada. Agradecía las prácticas llevadas a cabo en noches cerradas y oscuras, pues la faena a bordo, con tanto hombre y escasísimo espacio, se hacía agobiante.

Por fin, nos acercábamos al objetivo. Malpaso hizo la señal de encontrarse en su puesto, con lo que también a ojo marinero nos dirigimos a nuestros teóricos emplazamientos. Poco después, *Pecas* me dio la voz de creer encontrarse en situación, por lo que ordenamos a los remeros la ciaboga^[46] oportuna para mantener la proa en aquella dirección, perfecta para el tiro.

El primer disparo de la cañonera guía, señal convenida para abrir fuego a discreción, atronó la noche. Como disponíamos de nuestro cañón listo y cargado desde el embarque en el muelle, una vez apuntado solo tuvimos que acercar la mecha al oído para escuchar el terrible retumbar de aquella fiera de hierro negro. El estruendo hizo vibrar la lancha, hasta desestabilizarla con la salida de batería de la pieza y originar su pronunciado balanceo. Procedimos a la recarga con rapidez, faena digna de elogio por su enorme dificultad, apuntando de nuevo a lo que, en mi opinión, parecía la sombra de un edificio en la lejanía. Nos disponíamos a hacer fuego por segundo vez, cuando las nubes parecieron abrirse en rayos y fogonazos intermitentes. Comprendimos que las baterías inglesas acababan de abrir fuego sobre nosotros. Sin hacer caso, continuamos disparando.

Se escuchaba el vuelo de las balas como silbido de pastor, seguido del clásico chasquido al producirse el pique sobre la superficie del mar. En algunos momentos eran tantas las que volaban sobre nuestras cabezas, que el sonido conjunto se parecía

a un órgano de iglesia desafinado. Al producirse los surtidores de agua, se reflejaba una tenue y blanquecina luz, a veces a escasa distancia de nuestra cañonera. Pero a bordo solo pensábamos en cargar y disparar, llegar a conseguir los 24 disparos que almacenábamos a bordo y cumplir, de esa forma, nuestra misión.

Habíamos agotado la mitad de la munición cuando una bala inglesa levantó una columna de espuma tan cerca de nosotros, que nos roció de lluvia salada. Estimé que ese disparo había quedado a menos de diez metros de nuestra cañonera. Agradecí inconscientemente a Nuestra Señora de Valdelagua su auxilio, mientras ordenaba cargar a los artilleros y a *Pecas* que continuase variando nuestra posición, con objeto de no presentar un blanco fijo.

La acción era agotadora para todos. Al observar a un artillero con el pie dislocado, decidí echar una mano, con lo que pude comprobar cómo pesaban aquellas balas de a 24. Nos disponíamos a cargar la última, lo que me producía un sentimiento de gran felicidad, cuando escuchamos unos fuertes golpeteos sobre los parapetos metálicos, como si fuesen realizados por un diligente pájaro carpintero.

Comprendí con rapidez que abrían fuego de fusilería sobre nosotros a corta distancia. Conseguí descubrir en pocos segundos la dirección en la que se encontraba la plataforma, no sin riesgo para mi persona, gracias a los pequeños chispazos que producían sus armas. Ordené a la dotación cubrirse tras el forro, así como abrir fuego contra los fogonazos, por medio de las armas portátiles a disposición de los remeros. También, y de forma instintiva, apuntamos la última bala en aquella dirección, abierta una cuarta a estribor de nuestra proa, hacia la superficie del agua donde tan bien rebotan las balas rasas.

Poco después del disparo, escuchamos el sonido del impacto de la bala sobre la madera, así como imprecaciones de personal en el idioma enemigo. Aunque no sabíamos a ciencia cierta sobre qué unidad habíamos acertado, debía tratarse de algún falucho o lancha con fusileros. Fue un momento de gran satisfacción, a pesar de haber estado sometido al peligro de ser acribillado durante varios minutos, dada mi necesidad de elevar la cabeza sobre el parapeto de forma intermitente.

Finalizada la munición y siguiendo las órdenes recibidas, ordené a *Pecas* el regreso a casa. Comprobé cómo caíamos a babor con toda la caña para arrumbar a las luces que se perfilaban en el horizonte, hacia Algeciras. Pedimos un esfuerzo extra y final a los remeros, para alejarnos cuanto antes de la distancia donde quedábamos bajo el efecto de la artillería inglesa.

Aflojamos el ritmo al alcanzar la distancia de seguridad. Fue entonces cuando me comunicaron que uno de los marineros al remo se encontraba herido de bala, una de esas balas perdidas que suelen alcanzar a los mejores hombres. Me acerqué a él y encendí el pequeño fanal portátil. Quedé horrorizado al comprobar la mancha rojiza en su pecho. Se trataba de un joven gaditano de poco más de veinte años, aunque entonces me pareciese una persona mayor. Lo consolé como pude, asegurándole que los médicos lo curarían al llegar a puerto. Asentía con la cabeza, perdida la mirada en

el infinito, incapaz de articular palabra.

Durante un largo rato acurruqué contra mi pecho al marinero herido, como si se tratara de un niño recién nacido. Sin embargo, murió en mis brazos mientras los remeros bogaban en silencio. Lo presentí sin saberlo, allí en la oscuridad. Deben tener en cuenta que era la primera vez que veía morir a un hombre junto a mí y que, además, se producía en una lancha bajo mi mando. Me sentí muy mal, como si un dedo lejano e invisible me apuntara como responsable de aquella pérdida. Comprobé, entristecido, que me abandonaba la alegría por haber cumplido con éxito aquella primera acción de guerra, mi bautismo de fuego.

La operación nocturna fue calificada por Barceló como un éxito. Tan solo habíamos perdido tres hombres, dos marineros y un sargento artillero, aunque el número de heridos se elevaba a dieciséis. Una cañonera había regresado con el espejo de popa destrincado, pero su dotación consiguió aliviarla hasta llegar a puerto. Especial mención mereció nuestro último tiro contra lo que, según supimos, era un lanchón repleto de fusileros, al que dejamos malparado y con numerosos heridos a bordo. Los diez guardiamarinas de Cartagena regresamos a nuestro palacete sin novedad. Tal y como solía ordenar el general, el día siguiente sería franco para los que habían actuado en la noche anterior.

A pesar de encontrarnos a pocas horas del toque de diana, fuimos recibidos con efusivas muestras de alegría por nuestros compañeros de Ferrol y Cádiz, que nos acosaron a preguntas de todo tipo. *Pecas* se encontraba exultante de alegría, aunque en sus gestos intentaba demostrar que se trataba de una acción rutinaria. Al comprobar mi tristeza, me consoló como un buen amigo. De todas formas, durante algunos días continué recordando el rostro del marinero gaditano y la mancha roja en su pecho.



Ataque suicida

Como dice el refrán, el tiempo es la mejor medicina para curar las heridas del alma, y a todo se acostumbra uno en la vida. Me sobrepuse con rapidez a la primera pérdida de un hombre bajo mi mando, una triste y penosa experiencia que debí sufrir en demasiadas ocasiones a lo largo de mi vida profesional, porque fueron muchos los que vi morir cerca de mí a partir de aquel momento. Eso sin contar con la pérdida de compañeros y amigos, que siempre dejaban un vacío muy grande entre nosotros.

Durante el mes de marzo, llevé a cabo diez misiones de bombardeo, en aquellas noches más o menos cerradas. La verdad es que cada salida presentaba su historia particular, por mucho que, en teoría, se tratara de operaciones similares. Las baterías de tierra acertaban en muy pocas ocasiones contra blancos tan pequeños y móviles, mientras los disparos de fusilería chocaban con las protecciones en su mayor parte. Aun así, en dos ocasiones impactaron brutalmente grandes balas de a 36 en nuestras cañoneras, un golpe de suerte que las hizo volar por los aires, dejando a su paso muertes y mutilaciones. Por fortuna para nosotros, a bordo de la número 23, que se convirtió en nuestro santo y seña, solamente perdimos al sargento Ramos en la penúltima incursión del mes, un artillero tarifeño de pelo blanco, bragado y leal, que recibió un disparo de fusil en el rostro. La diosa fortuna parecía acompañarnos ya que, aparte la pérdida mencionada, ni siquiera contamos un ligero rasguño entre nuestros hombres.

Sin embargo, en aquellas nocturnadas, como algunos las denominaban, se produjo el primer herido serio entre los guardiamarinas de Cartagena. Julio del Morral, al que llamábamos *Poncho*, recibió un tiro en la pierna que le produjo una fea y peligrosa herida. No perdió la necesaria extremidad por pura intercesión divina, aunque se le pronosticaba una larga y penosa recuperación. Se autorizó su marcha al domicilio familiar para pasar la convalecencia.

Aunque nuestra situación económica era penosa, al no haber recibido una sola paga desde la salida de Cartagena, nos consolábamos al escuchar los lamentos de nuestros oficiales superiores, que atravesaban por circunstancias que rayaban en la más increíble indignidad por falta de moneda, viéndose obligados a solicitar préstamos o ayudas familiares. Yo tiraba de mi bolsa con discreción aunque, para nuestro mantenimiento físico, la despensa de *Pecas* era una mina sin fondo, razón por la que muchos fueron los guardiamarinas que aplacaron su hambre en nuestro camarote.

A pesar de los desastres pecuniarios, comenzamos el mes de abril con fundadas esperanzas de culminar nuestro gran objetivo, que no era otro que la reconquista de

Gibraltar para las armas de España. Las fuerzas de tierra seguían avanzando por el istmo, paso a paso. Por fin, dieron término a la construcción de un grueso espaldón a mil varas de las murallas inglesas, a la vez que se concluían los merlones del fuerte de San Felipe, donde se había instalado una nueva y poderosa batería. Rociaban de balas y obuses a las defensas inglesas durante el día, dejándonos la labor nocturna a nuestras cucarachas. Se podía comprobar que no regateaba esfuerzos en hombres y armamentos. Su Majestad don Carlos III, decidido a tomar la plaza a cualquier precio, aunque no liquidara las pagas a sus hombres.

Ciertamente que los sitiados pasaban por sus peores momentos. La penosa situación meteorológica que se sufría aquellos días, ayudaba a la empresa del bloqueo, al impedir o dificultar la navegación de unidades menores, en su permanente intento de forzarlo para avituallar la plaza desde los puertos del Norte de África. Con seis meses de duro sitio a sus espaldas, desde el último aprovisionamiento inglés propiciado por la derrota de Lángara, se sufría con extremo rigor el hambre en la fortaleza británica. La consiguiente disminución en las raciones de boca había alcanzado el mínimo suficiente para mantener el aliento de los soldados, y se endurecía todavía más para los vecinos no combatientes, que sufrían amarga desesperación, clamando por una entente necesaria entre las potencias beligerantes.

Los precios en la plaza sitiada habían subido de forma tan alarmante que, según comentaban, se llegaba a pagar veinte reales por una libra de carne, lo que movía a los contrabandistas a jugarse el cuello por introducirla, sin éxito apreciable de momento, gracias a nuestras fuerzas navales de bloqueo. Hasta el Gobernador inglés, según afirmaba Barceló entre risas, había reducido drásticamente su generosa y diaria ración de oporto. La opinión general por parte española era que, si se continuaba la labor y manteníamos bien cerrado el cerco, se podía pensar en un triunfo de nuestras armas porque, como argumentaba nuestro jefe, muerto de hambre es difícil combatir.

De esta forma, entramos en los primeros días de un abril cerrado y tormentoso. En la primera semana llevamos a cabo dos operaciones nocturnas de gran dificultad, porque la mar se encrespaba esos días con saña y barría nuestras lanchas a su antojo, mientras los remos bailaban en el aire una extraña sinfonía. A pesar de ello, disparamos nuestra ración de balas y obuses, aunque cayeran muchas en la plaza sin orden ni concierto. Sin embargo, como nos comentó el jefe de escuadra Barceló en una de sus periódicas charlas, una nube se cernía nuevamente sobre el horizonte: el posible aprovisionamiento inglés.

Tal y como preveía nuestro jefe, en Inglaterra se formaba una escuadra de socorro desde dos meses atrás, ante las alarmantes noticias que les llegaban de la penuria de armas y alimentos en la plaza sitiada. También desde sus provincias americanas, levantadas en busca de su independencia, se les urgía al envío de refuerzos. La alianza franco-española se mantenía en el plan de los dos frenos, en primer lugar la escuadra francesa bajo el mando del conde de Estaing, en el Canal de la Mancha, y, por último y si llegaba el caso, la escuadra de don Luis de Córdoba, estacionada en

las aguas de la bahía de Cádiz.

En realidad, los ingleses intentaban componer tres escuadras de forma simultánea, al mando de los almirantes Darby, Digby y Ross, con un total de 28 navíos, de los cuales nueve eran de tres puentes y más de 90 cañones, un detalle de la mayor importancia. No solo se intentaba el socorro a Gibraltar sino, a la vez, expedir las fuerzas que se requerían desde las provincias americanas.

La fuerza inglesa supo esperar pacientemente, ante las noticias de que los buques franceses estacionados en Brest se alistaban para partir hacia las Indias Occidentales, lo que hicieron el 22 de marzo de 1782, con lo que desaparecía como por encanto el primer obstáculo establecido. A pesar de los planes elaborados conjuntamente por las Cortes de París y Madrid, para Francia primaban sus intereses particulares por encima de cualquier objetivo de la alianza. Ante esta noticia, zarparon las escuadras inglesas con rapidez, protegiendo un impresionante convoy de 400 velas. Una vez en franquía y con el convoy formado en orden de marcha, arrumbaron al sur, hasta alcanzar el punto en el que se separaron las unidades que se dirigían hacia la empresa americana.

El almirante Darby, que retuvo a la mayor parte de las unidades de combate, 24 navíos, pensando en una resuelta oposición española en el estrecho de Gibraltar por la escuadra de Córdoba, enmendó el rumbo en dirección al cabo de San Vicente. Protegía un importante convoy formado por 97 transportes con destino a la plaza gibraltareña, con hombres y aprovisionamientos de todo tipo. Por fin, en los primeros días de abril, dobló en franquía el cabo, acariciado por una ligera marejada del sudoeste. Poco después, cundió la sorpresa entre los ingleses, ya que las fragatas lanzadas en descubierta por el almirante, avistaron la escuadra de Córdoba fondeada placenteramente en la bahía de Cádiz, sin muestra alguna de ponerse en movimiento. Las unidades inglesas, con los transportes convoyados, prosiguieron su descansada navegación en dirección a Gibraltar.

Según se comentó con posterioridad, la orden que llevó a Córdoba a mantenerse al abrigo de la bahía gaditana y no combatir al inglés, le llegó de Su Majestad en persona, tras las consultas pertinentes, para no exponer la escuadra a un solo envite y asegurar el arribo de los caudales de Indias, tan necesarios para la marcha de la guerra, un extraordinario y trágico error en opinión de Barceló y de cualquier estrategia sensato.

Nuestro jefe recibió urgente aviso de su ayudante en las primeras horas de aquella misma mañana del 12 de abril, una fecha que se mantendrá siempre grabada en mis recuerdos, que la escuadra inglesa al mando de Darby, con numeroso convoy protegido, había rebasado la altura de Cádiz, para continuar su derrota^[47] directa hacia Gibraltar, al no haber encontrado oposición por parte española. Según supe más tarde, los exabruptos y blasfemias que pudo escupir el jefe de escuadra por su boca, inundaron la bahía algecireña ya que, aunque mal provisto en su parte auditiva, su inconfundible vozarrón se mantenía con la fuerza de un cañón de a 36. Fue en aquel preciso momento cuando, en uno de sus típicos arranques, ordenó consejo en la sala

del Cuartel General para todos los oficiales presentes.

Pocos minutos después, sobre las diez de la mañana, la sala de reuniones volvía a encontrarse abarrotada de uniformes, en especial por los oficiales que marinábamos las cañoneras y obuseras, pues las fuerzas del bloqueo diario se encontraban en la mar en sus cometidos habituales. Cuando observamos el aspecto de nuestro general, comprendimos que nada bueno sucedía. Vestía una camisola arrugada y poco presentable, que flotaba sobre unas calzas que también habían visto tiempos mejores. Sin embargo, era el gesto duro de su cara, con la cicatriz marcada, lo que nos infundió una sensación cercana al temor. Nunca lo habíamos visto en circunstancias parecidas. Pero no nos dio tiempo a un análisis posterior, porque tomó la palabra con rapidez.

—Buenos días señores, aunque esa frase cumpla tan solo una mera formalidad. Siento comunicarles que la escuadra de socorro inglesa, bajo el mando del almirante Darby, un marino genial, se encuentra a pocas horas de esta bahía. Alcanzo a comprender que no fuera importunada en su derrota por el Canal de la Mancha, pues ya sabemos que los franceses, como norma general en sus alianzas, van a lo suyo y lo demás les importa un pimiento. Pero todavía no me puedo explicar que, a la vista de este convoy que destroza una vez más nuestros planes de reconquistar la plaza de Gibraltar, la escuadra de don Luis de Córdoba se haya mantenido a cubierto sin salir a presentar batalla. ¡Cómo es debido! ¡Para qué el esfuerzo de tantos meses, si en un soplo de indignidad se arroja el plan largamente embastado por la borda!

Sus gritos finales, acompañados de un fuerte puñetazo sobre la mesa, nos dejó estupefactos. Debió comprenderlo porque continuó con rapidez.

—Siento que tengan que escuchar estas palabras de mi boca pero, como saben, no suelo callar mis opiniones. Las escuadras se construyen para ganar batallas y no para mantenerse al resguardo. Dos meses más de bloqueo y la plaza de Gibraltar habría caído en nuestras manos como fruta madura. El aprovisionamiento con cien transportes, lo que significa hombres, armas y alimentos en cantidad más que suficiente, nos obliga a empezar de cero y ya será la tercera vez. Si se establece un plan que cuesta vidas y haciendas a diario, hay que mantenerlo o retirarse. Además, esto supone una vergüenza para la Real Armada, lo que no estoy dispuesto a consentir. Les comunico que esta tarde atacaremos con nuestras cañoneras a los barcos ingleses.

Se pueden figurar la impresión que recibimos al escuchar aquella noticia. Y no era el miedo sino la extrañeza la que se reflejaba en nuestras caras. Barceló continuó.

—Veo en sus rostros que me creen entrado en la locura, pero no es así. Ya sé que un par de docenas de lanchas, que suman entre todas la mitad de cañones de una fragata, no pueden impedir el paso de una escuadra compuesta por 24 navíos, algunas fragatas y unidades menores. Se trata más de un gesto que otra cosa, aunque no desprecie la posibilidad de picar un poco en el pastel. No pretendo enviarlos al matadero, amigos míos, pueden estar seguros de ello. Si las condiciones de viento y

mar se mantienen, saldrán a la mar todas las cañoneras disponibles esta tarde, de forma que se concentren protegidas por la batería de la Punta. Desde ahí dispararán contra los buques ingleses, especialmente contra los mercantes que abastecerán la plaza.

Parecía calmarse poco a poco, aunque no perdía su resolución.

—Les repito mi lema de siempre. No quiero héroes sino buenos y avisados marinos. Escojan sus presas si les es posible, disparen al resguardo y, una vez consumida la munición, de vuelta a casa. Supongo que enviarán contra ustedes las unidades menores, pero no olviden que es difícil acertarles y que la ligereza en la maniobra será su gran aliado. Les agradezco a todos, por adelantado, su arrojo y valentía. Mucha suerte. El capitán de fragata Malpaso les ofrecerá las instrucciones finales.

Como muchos opinaron después, no podía concebirse osadía de tal magnitud, a no ser que se conociera al personaje que la ordenaba.

* * *

Tal y como estaba previsto, a las cuatro de la tarde ocupábamos nuestros puestos, de acuerdo al despliegue esbozado por el capitán de corbeta Malpaso. Todas las cañoneras disponibles, en un número cercano a la veintena, por encontrarse muchas de ellas en reparación, nos encontrábamos abrigados a la costa sudoccidental de la bahía, protegidos en teoría por las baterías de tierra, y dispuestos a cubrir la marcha de la flota enemiga. *Pecas* y yo habíamos bromeado en voz alta sobre nuestra misión, aunque se percibía la preocupación en el rostro de todos mis hombres.

El tiempo transcurría con excesiva y recalcitrante lentitud, mientras esperábamos avistar las velas enemigas. Para aliviar la tensión, *Pecas* ofreció un comentario chistoso desde su situación a popa.

—¡Martín! —Se dirigía al sargento artillero que relevara al caído en combate—. Dibuja el rostro de una hermosa mujer en alguna de las balas, con esas barras de tiza, para que, de esa forma, el inglés que la reciba marche al infierno con rostro de felicidad.

—No se preocupe, señor, que saldrán bien preparadas y engalanadas.

Entre bromas y risas forzadas, nos mantuvimos durante dos horas que se alargaron de forma interminable. El tiempo era bonancible, con cielos escasamente cubiertos, aunque el viento se mantenía en un poniente fresquito que favorecía la marcha del inglés en dirección a la plaza.

Por fin, comenzaba a caer la tarde cuando las primeras unidades de la escuadra inglesa se hicieron visibles al doblar Punta Carnero, el espolón geográfico que, en unión de Punta Europa, forman las tenazas de un aparente cangrejo que protege el cofre maravilloso de la bahía algecireña. Fue el instante en el que Malpaso dio la esperada orden, con el disparo de un mosquete. A partir de aquel momento, cada

lancha cañonera debía operar con independencia y libertad para escoger un blanco adecuado a su posición.

En pocos minutos, la mar se tiñó de velas, como si todos los barcos del mundo se hubiesen dado cita en el teatro marítimo algecireño. Impresionaba observar aquel colosal despliegue de buques de todo tipo, en especial si comprobábamos la magnitud de nuestra pequeña lancha, con los remos preparados, la vela a plan y nuestro único y orgulloso cañón a proa.

Como me había correspondido en el despliegue uno de los puestos más abiertos hacia el Sur, continué pegado a la orilla, de forma que pudiese batir alguno de los panzudos mercantes que barajaban la costa a corta distancia. Pero los ingleses podían ser cualquier cosa menos poco precavidos en la mar. El almirante Darby, al observar las cucarachas cañoneras, de las que había oído hablar, destacó sobre nosotros a las fragatas y buques menores, tan maniobreros como un bote de remos con aquel viento fresquito. Aunque esperaba una reacción parecida, el jefe de escuadra Barceló soltó una dura imprecación, mientras atisbaba la acción desde la azotea del Cuartel General. Con suma facilidad, las unidades inglesas comenzaron a dispersarnos.

Llegó el momento en el que miré a *Pecas* con una interrogación en mi rostro, aunque estuviese decidido. No necesitamos palabras. Asintió con la cabeza, señalándome el mercante que ya había escogido como posible blanco. Una vez comprendida la intención, ordenó la boga de nuestros hombres en esa dirección. Durante algunos minutos, parecía que nuestro plan se vería coronado por el éxito, ya que acortamos distancia hasta quedar a unas 400 yardas, momento en el que disparamos la primera. Fue hermoso observar el limpio agujero que dibujamos en su costado, señal de que apuntábamos con excesiva depresión. Cargábamos la segunda, cuando observé a una fragata, la *Tetis*, según leímos después en su popa, que enmendaba el rumbo con agilidad, hasta quedar aproada a nosotros.

—¡*Pecas*! —grité con todas mis fuerzas—. ¡Cuidado! ¡Fragata a babor!

Ya mi compañero la tenía marcada, pero intentaba no llevar a cabo maniobras demasiado bruscas, que impidieran la recarga del cañón. Mientras la fragata rociaba las aguas a nuestro alrededor con proyectiles de todo tipo, su proa parecía agigantarse a la vista como un poderoso dragón. *Pecas* se vio obligado a aproximarse a ella para esquivarla, momento que aproveché para disparar apuntando a su roda^[48]. Nuevo impacto, este más llamativo por haberle desmochado el mascarón y el moco^[49] del bauprés^[50].

Pecas, con una fría y calculada temeridad, impropia en sus quince años, esquivó con precisión a la fragata que nos quería pasar por ojo^[51]. Navegamos paralelos a su costado de babor, a pocos palmos de distancia y gran velocidad relativa. Conseguimos dispararle otro pildorazo que abrió un hermoso boquete bajo una de las portas, una bala que debería haber salido por la banda contraria. Sin embargo, era tan corta la separación entre ambos, que nos barrían con disparos desde sus jarcias y cubierta, alcanzando a tres de nuestros remeros.

Nos disponíamos a recargar el cañón y escoger un nuevo blanco entre aquella maraña de velas cuando, tras la popa de la *Tetis*, que *Pecas* acababa de burlar, apareció un navío de dos puentes y 74 cañones, el *Egmont*, que se había visto sorprendido por la brusca maniobra de su compañera. A la vez que el navío caía a babor para no abordar a la fragata, se nos echó encima con demasiada rapidez. En esta ocasión no tuvimos tiempo para maniobrar, aunque ordenamos remar a muerte a nuestros exhaustos hombres, en un desesperado intento de salir del paso. La proa del navío nos impactó en la popa de forma brutal, allí donde *Pecas* maniobraba con la caña, produciéndonos un vaivén tan intenso que acabó por voltear la embarcación como un títere de feria.

Todos salimos despedidos hacia el agua de forma violenta. En pocos segundos me encontré nadando junto a Martín, el artillero, mientras observaba cómo la lancha había dado la vuelta por completo, hasta quedar con su quilla hacia arriba, brillando al sol. La situación era dantesca, aunque me propuse sobreponerme a toda costa como comandante de la unidad. Nuestros hombres intentaban acercarse a ella a nado, mientras los heridos pedían auxilio. La vela se extendía en la superficie, junto al codaste^[52], como un triste sudario, aunque bajo su recia lona se observaban movimientos de manos que intentaban apartarla. Por su situación, supuse que allí debía encontrarse *Pecas*, a quien no conseguía descubrir en la superficie. Nadé con todas mis fuerzas hasta alcanzar la posición e intentar desplegarla para liberar a los que luchaban bajo ella.

Fue entonces cuando sentí dolor en la rodilla aunque no le concedí importancia. Continué con el esfuerzo hasta descubrir la cara pecosa de mi amigo, con la angustia y el dolor reflejados en su rostro.

—¿Estás herido? —le pregunté.

—Sí. En la pierna y en el brazo —balbucía escupiendo agua—. Creo que no podré mantenerme a flote mucho tiempo, gigantón —a pesar de su dolor, se mantenía valeroso.

—Agárrate a la tapa de regala por dentro y no te sueltes —planté su mano en el lugar indicado—. Hemos de intentar voltear la lancha.

Por fortuna, Martín había destrincado el cañón y se dedicaba a soltar los mecanismos de la coraza protectora de una banda solamente, pensando lo mismo que yo. Fue su acción la que, en realidad, nos salvó la vida. Poco después, la lancha bailaba todavía boca abajo, aunque se le notaba mayor flotabilidad. Debíamos voltearla antes de que se consumiese el aire que, en su interior, la mantenía a flote. La verdad es que no sé cómo lo logramos pero, entre todos, con gritos y lamentos, acabó por ceder, apretando los forros de una banda hacia dentro, con lo que desnivelábamos el peso. A la vez, me mantenía atento a *Pecas*, que se encontraba al límite de sus fuerzas.

Una vez la lancha en su posición natural, intentamos achicarla con rapidez a mano y con baldes improvisados en nuestras ropas, ya que amenazaba hundimiento

inmediato, al bailar el agua a ras de su borda. La mar se mantenía con suaves oleadas, lo que facilitó una tarea que parecía imposible. Acabé por dedicarme a mantener a *Pecas* a flote, cuando comprobé que la cañonera podía aguantar. Uno a uno fueron embarcando nuestros hombres, aunque algunos debieron ser ayudados por presentar heridas de diversa consideración. Por último, alcé a *Pecas* como si se tratara de un guiñapo, para trepar a bordo a continuación.

Y llegó el momento del triste recuento. De los 22 hombres de la dotación, se encontraban a bordo 18, un balance más que aceptable, a pesar de que durante mucho tiempo intentamos encontrar a los cuatro restantes, posiblemente los heridos por el fuego de la fragata. Sin embargo, cinco de ellos presentaban heridas diversas. La cañonera, que seguíamos achicando, se encontraba limpia de polvo y paja, sin aparejos, palo, vela, armas, remos ni otro elemento de su guarnición. Por fortuna, se mantenían los dos bidones cilíndricos de agua, adosados a las bancadas. Como pueden comprender, nos encontrábamos al garete^[53], con lo que la mar y las corrientes nos llevarían donde bien les pareciera. Debo reconocer que los barcos ingleses se portaron con dignidad marinera, ya que las últimas unidades del convoy, al observar nuestra situación, nos esquivaron claramente sin dispararnos.

Por fin, pude dedicarme a observar las heridas de *Pecas*. La del brazo no presentaba mal cariz, vendándose con rapidez. Sin embargo, la del muslo era un corte muy profundo que presentaba un aspecto feo y preocupante. Le realicé un torniquete, a la vez que le empapaba la herida con trozos de mi camisola. Por fortuna, a causa del dolor y el esfuerzo, quedó semiinconsciente. Dos de los marineros se encontraban heridos de gravedad, con profundas hendiduras en el pecho, por lo que dudaba que vivieran mucho tiempo. Los otros tres presentaban magulladuras y huesos dislocados, lo que no era de preocupar. Me multipliqué como pude a pesar del cansancio. Con todo mi dolor, consolé con cariño a los que perderían la vida, a la vez que animaba al resto de la dotación con falsas esperanzas.

Fue entonces cuando comprobé que también yo sangraba por la rodilla, teñida de rojo intenso. Sin embargo, fue más el susto que otra cosa, porque el corte era superficial y dejó de sangrar en poco tiempo.

Se nos echó la noche encima con rapidez, mientras nos balanceábamos al son de las olas. Intentaba posicionar la lancha, considerando que nos encontrábamos a unas cinco millas al sudeste de Punta Carnero. Comprobé que al haber corrido hacia levante, nadie en Algeciras habría observado nuestro percance. Si el viento se mantenía en aquella dirección, nos derivaría hacia el Mediterráneo, aunque cabía la posibilidad de que la corriente nos hiciese varar en la costa gibraltareña. Martín, nuestro valiente artillero, se acercó a mí.

—¿Qué podemos hacer, señor?

—Pues, con toda sinceridad, nada de nada. Bueno, rezar para que nos topemos con algún barco propio o enemigo que nos recoja. Las corrientes en el estrecho son muy caprichosas y cambiantes, por lo que todo es posible. Parece que el viento cae en

velocidad y rola suavemente hacia el noroeste, cosa nada favorable.

—¿Por qué, señor?

—Porque con estos vientos de componente norte, si las corrientes no lo remedian, acabaremos varando en alguna playa africana.

—¿Africana? Hay que evitarlo, señor. Allí nos harán esclavos.

—No necesariamente, Martín. En estos días mantenemos buenas relaciones con el Sultán de Marruecos, que ha expulsado a los ingleses de sus puertos.

—Pero esas tribus de la costa van a su aire. Debemos evitarlo a toda trance, señor.

—Nada podemos hacer, Martín, sin vela ni remos. Estamos agotados, con la lancha en malas condiciones, aunque por fortuna parece que no hace agua. Es milagroso que aguante el casco, a pesar del trompazo que nos propinó aquel poderoso navío.

—Porque nos dio de refilón en la popa. De todas formas, moriremos sin remisión.

—No morirá nadie, Martín —lo miré con dureza y decisión—. De eso me encargo yo.

No sé de donde saqué fuerzas para lanzar aquella promesa que fue oída por todos. Pero debía hacerlo. Sin embargo, las escenas de la esclavitud vivida por mi padre aparecieron con claridad en mi mente. Intenté apartarlas, mientras comprobaba al tacto que la herida de Pecas había dejado de sangrar.

El sueño y el agotamiento más profundo hacían presa en mí. Aunque intenté que algún miembro de la dotación se mantuviera alerta, por si una luz pasaba en nuestras cercanías, comprendí que era empresa imposible. Por fin, entre escenas de esclavos amarrados al banco del remo y la promesa ofrecida a la familia Montefrío de que devolvería a Pecas a su casa, caí rendido en un espantoso sopor.



17

Cautivo

Los rayos del sol me hicieron despertar con brusquedad. Me extrañó haber dormido durante tanto tiempo, aunque todavía sentía el cansancio y la tensión en mis músculos. Lo que había contemplado en mis sueños como una terrible pesadilla, se encontraba ante mi vista con toda su crudeza. La cañonera sin cañón, la triste lancha número 23 se movía perezosamente entre el escaso oleaje, mientras los hombres dormitaban agotados, esparcidos por las bancadas.

En primer lugar decidí ocuparme de *Pecas*, que yacía acurrucado a mi lado como un niño. La herida del brazo presentaba un aspecto aceptable, aunque la de la pierna parecía sangrar de nuevo. Le recompuse los vendajes sobre el muslo con agua salada que, según decían, era buen remedio para todas las heridas. Sin embargo, al contemplar de nuevo la profunda hendidura abierta en su muslo escurrido, me sentí triste e impotente, porque nada bueno presagiaba aquel descosido sin los cuidados de un buen cirujano. El dolor le hizo despertar. Presentaba un aspecto demacrado y febril en su cara infantil. Me miró con ternura, como se hace con un padre del que se busca refugio y protección.

—¿Por dónde vamos, *Gigante*? ¿Cuándo llegaremos a tierra? Me duele mucho la pierna.

—Navegamos al garette en nuestra cañonera 23, pero pronto nos recogerán. Tu pierna no se encuentra peor, gracias a mis cuidados —intenté forzar una sonrisa—. Duerme un poco más, que el sueño te hará bien.

—Tengo mucha sed.

—No te preocupes. Por fortuna disponemos de los bidoncillos de agua.

Di de beber a *Pecas*, empapando un trozo de tela y apretándola sobre su boca. Me alegré al comprobar que volvía a quedar adormilado por la fiebre. Fue entonces cuando comprendí nuestra situación. Por nuestro costado de babor, hacia donde la mar parecía llevarnos con indolencia, se dibujaba con claridad la costa a escasa distancia, no más de mil yardas. Se trataba de una parte arenosa, casi blanca, a la que llegaríamos en un par de horas posiblemente. Pero por la posición del sol, comprendí que aquella tierra no era de nuestra España, ni siquiera inglesa, sino del Norte de África, tal y como había presagiado antes de quedar dormido.

Los hombres despertaron poco a poco. Conforme abrían los ojos, dirigían su mirada en derredor, intentando descubrir alguna señal esperanzadora. De los heridos, dos habían muerto, lo que me hizo pensar en la posibilidad de lanzarlos al agua. Sin embargo, para ofrecerlos como pasto de los peces, al no disponer del forro necesario, decidí que sería mejor esperar y sepultarlos en tierra. Los otros tres heridos se

recuperaban bien, salvo el marinero Manuel, que tenía roto un hueso de la pierna, entablillada de fortuna por el bueno de Martín con trozos de tela y una tabla arrancada del forro interior de la lancha. En conjunto disponía de 16 hombres, con *Pecas* y Manuel inútiles para cualquier acción. El sargento Martín volvió a preguntarme con cierto temor en sus ojos.

—¿Qué haremos ahora, señor?

—Nada, Martín. Esperaremos que la mar nos deposite en la playa, y buscaré algún poblado cercado. El guardiamarina Cisneros y Manuel necesitan cuidados médicos, especialmente el primero.

—Veo mal al caballero Cisneros, señor. No me gusta nada esa herida.

—Ya lo sé, Martín, pero le curaremos.

La mar continuaba acercándonos hacia lo que, ya con claridad, era una playa de arena, con dunas sinuosas reflejándose tras ella. Aunque el viento era fresquito y había sentido el frío de la noche en mis carnes, el sol apretaba fuerte y cegaba mis ojos, por lo que fue Martín quien me señaló con su mano hacia tierra, alarmado.

—¡Señor! ¡Mire!

Dirigí la mirada en la dirección que Martín me indicaba y comprobé la presencia de tres hombres a caballo, plantados sobre la arena, muy cerca del agua. Se trataba de moros, sin duda, por las ropas que vestían. Se mantenían en quietud absoluta, con lo que formaban un conjunto parecido a las imágenes que ilustraban algunos libros de aventuras. En principio me extrañó el cuadro, pues tenía la errónea idea que en el Norte de África se usaban solamente camellos como cabalgaduras. Pero no, allí se encontraban aquellos tres musulmanes sobre sus monturas, engalanadas de vivos colores.

—Nos tomarán como esclavos, señor —volvió a susurrar Martín, alarmado.

—Estemos tranquilos, por favor —intenté mostrar serenidad y decisión—. Nuestras relaciones con nuestros vecinos marroquíes son magníficas en estos días y se han firmado Tratados entre Su Majestad don Carlos y el Sultán. De todas formas, estaremos preparados.

Aunque mi mente trabajaba a buen ritmo, no sabía que podíamos hacer. El aspecto de aquellos hombres, cuyas figuras se veían con mayor nitidez, no era para mostrarse tranquilo, especialmente al observar que desenfundaban unos largos fusiles de sus cabalgaduras. No dudé un solo segundo que seríamos capturados con un fin que todavía no podía conjeturar. Recordé, por haberlo escuchado en la Academia, que los padres de la Orden de la Merced y los Trinitarios llevaban a cabo la piadosa misión de redimir cautivos y esclavos, aunque los que disponían de hacienda propia, podían albergar la esperanza de un próximo rescate. Por si acaso y como movido por un resorte, recordé el llamativo solitario que *Pecas* lucía en su dedo, regalo de su padre al sentar plaza de guardiamarina, un brillante magnífico y grande engarzado como un rosetón. Con él en la mano, y sin saber donde guardarlo en seguridad, me lo tragué con esfuerzo, pensando que si lo necesitaba, saldría en su momento. Volví a

dirigirme a mis hombres con fingida serenidad.

—Manténganse todos tranquilos. Si disponen de alguna pieza de valor, intenten ocultarla —comprendí que la observación no venía a cuento—. Les aseguro que los sacaré a todos de este trance.

El ruido producido por el roce del casco de la cañonera contra el fondo del mar pareció devolvernos a la vida. Poco después, la lancha se escoraba a babor, impulsada por la mar, una vez clavada su quilla en la arena. Dudaba en lo que debía ordenar a mis hombres, cuando dos de los que nos espiaban desde tierra comenzaron a cabalgar en nuestra dirección, hasta que sus monturas penetraron en el agua. Cuando se encontraban a escasa distancia de nuestra lancha, mientras uno de ellos nos apuntaba con el fusil, el otro comenzó a gritarnos en idioma ininteligible, a la vez que realizaba enérgicos aspavientos con sus brazos. Aunque no entendíamos sus palabras, los gestos indicaban con claridad que debíamos desembarcar, por lo que me dirigí a mis hombres.

—Escuchadme todos. Bajemos a tierra con orden. Yo intentaré hablar con ellos. No perdáis la calma y confiad en mí. Os juro por la salvación de mi alma que os devolveré a nuestra tierra sanos y salvos. Que alguno ayude a Manuel, mientras cargo con el guardiamarina Cisneros. Dejemos, de momento, a los muertos a bordo.

Y así lo hicimos. Comprobamos que el agua nos llegaba por la cintura, con lo que fue penoso el desembarco y la marcha hasta tierra. El moro de los gritos continuaba azuzando nuestros movimientos con un sable desenvainado, mientras los otros dos nos apuntaban con sus armas. Por fin, escuché algunas palabras en cristiano, cuando el tercer hombre que se había mantenido en la playa, y que parecía más ricamente vestido, alzó su voz.

—¡Cautivos! ¡Caminar!

Y con estas dos palabras que sonaron como terribles latigazos en nuestros oídos, tomó el camino en dirección hacia las dunas del interior. Aunque intenté explicar en repetidas ocasiones que dos cadáveres se encontraban en la lancha y necesitaban enterramiento, como única respuesta recibía un culatazo en los lomos. Por fin, decidí desistir, aunque lo sentí por aquellos cuerpos que quedaban para pasto de animales.

Mientras caminábamos por la arena, mi mente se agitaba frenética. Intentaba calcular a qué distancia se encontraría el presidio de Ceuta que, según la posición inicial y posible deriva sufrida durante la noche, debía ser la tierra española más cercana. Pero, de momento, no había más camino que obedecer. Por fortuna, *Pecas* era un peso ligero que transportaba en mis hombros sin mayor problema, aunque sus esporádicos lamentos me traspasaban el alma. De todas formas, la marcha por la playa se hizo larga y penosa.

Habíamos atravesado dunas sin fin, mientras el sol se clavaba con fuerza sobre nuestros cuerpos, cuando divisamos el minúsculo poblado. En realidad, parecía un cercado de ganado, como los utilizados en Castilla, con una treintena de casas en su interior; una disposición más bien ridícula. Sin embargo, conforme nos acercábamos,

el villorrio parecía agrandarse, la cerca alcanzaba una altura de poco más de dos metros, y el pueblecito se veía enriquecido con recogidas huertas y palmeras, un minúsculo y delgado minarete, y hasta un pequeño palacio o castillete almenado en su parte más elevada.

Como más tarde supimos, se trataba del poblado de Tarfí, un nombre que, con el correr del tiempo, adquiriría una gran importancia en mi vida.

Entramos por una abertura de la muralla que, para nuestra sorpresa, no disponía de puerta. El que nos guiaba continuó su marcha, excesivamente ligera para nuestras debilitadas fuerzas, hasta alcanzar lo que parecía un pequeño almacén adosado a la cerca, donde se detuvo. Se dirigió a uno de sus hombres, señalándole la puerta. Sin mediar palabra por nuestra parte, se nos hizo entrar en aquel reducto, construido con paredes de adobe basto, el mismo material que parecía haber sido utilizado en la mayor parte de los edificios del poblado. En la puerta, el guardián de los aspavientos nos cacheaba en busca de armas o monedas, sin resultado alguno. Una vez que deposité a *Pecas* en el suelo, y antes de que entraran todos mis hombres, volví a salir para intentar dialogar con quien, sin duda, era el jefe de los que nos apresaban.

—Somos españoles. España —le señalaba la otra orilla del estrecho—. Rey de España, amigo de Sultán.

Por toda respuesta, el gerifalte moro dirigió la punta de su sable contra mi cuerpo, moviéndolo en dirección a la puerta de la choza. Creí oportuno seguir sus órdenes, de momento.

Martín repartía el agua de los bidones que habíamos trasladado, cuando volví al interior. Todos me miraron con el temor reflejado en su rostro, por lo que me vi obligado a sacar toda la fuerza y confianza que quedaba dentro de mí.

—De momento, debemos seguir sus órdenes. Ya veremos por dónde respiran y lo que pretenden. Pero os repito que de aquí salimos todos o ninguno.

—Nos harán esclavos, señor —apunto Fermín, uno de los marineros, fuerte como un toro.

—Tengamos confianza. En primer lugar, debemos reponer nuestras fuerzas. Somos 16 hombres unidos y no dejaremos que nos avasallen. De momento, cuidemos a los heridos y descansemos.

—Intentarán venderlos como esclavos, si no son canjeados por los monjes o se paga rescate.

Todos nos giramos hacia el lugar de donde procedía la voz. Pronto, con la vista acostumbrada a la oscuridad, descubrimos a un prodigio de la naturaleza, un gigante de verdad, con una estatura cercana a los dos metros, fuertes brazos y piernas, y una piel tan negra y reluciente como jamás había visto. Me dirigí a él.

—¿Quién eres?

—Setum. Esclavo del que se hace llamar bajá de Tarfí, un payaso que rinde pleitesía al primero que pasa por su humilde aldea, para robarle a continuación.

—¿De dónde eres? ¿Cómo hablas tan bien nuestro idioma?

—Fui esclavo de los españoles durante cuatro largos años en las galeras de la Armada, basadas en el puerto de Cartagena, y allí aprendí vuestro idioma. Un día, tras una batalla contra un barco argelino, quedó la galera desbaratada y conseguí alcanzar a nado esta costa. Pero no gané la libertad con ello, sino que tan solo cambié de dueño y aquí sigo de esclavo. Al menos, no he de bogar bajo el azote del rebenque.

—¿No te han vendido?

—No. El bajá me tiene a su servicio en su casa porque soy muy fuerte y necesita mis brazos. Sin embargo, cuando me porto mal, como es el caso actual, me mete en este maloliente agujero durante alguna semana —sonrió, mostrando una blanca y perfecta dentadura—. ¿Tenéis familia adinerada que pueda pagar un jugoso rescate?

Pensé mis palabras antes de contestar, pero decidí con rapidez que era la única solución.

—El guardiamarina que se encuentra enfermo y yo podríamos conseguir el rescate de todos estos hombres, y el tuyo si nos ayudas. Ese bajá o quien sea puede fijar el precio que estime oportuno. Se le pagará.

—¿Mi rescate? —Me dirigió una mirada de sospecha y desconfianza— ¿Por qué me ayudaría un cristiano?

—Porque ayudo a quienes me ayudan, y siempre cumplo mi palabra.

Setum me miró fijamente durante largos segundos. También él parecía calibrar sus posibilidades. Creo que desde aquel momento, comenzó una relación muy especial entre los dos.

—Creo en tu palabra. Le haré llegar a mi señor cuanto has dicho, una vez me liberen del castigo.

Pensaba con rapidez y decidía todo sobre la marcha, confiando en mi intuición, el arma única de que disponía. Debíamos aprovechar la ocasión que nos brindaba la Divina Providencia, al enviarnos a aquel hombre agigantado en quien comenzaba a confiar. Una vez analizado de cerca, calculé que debía rondar los treinta años sin cumplirlos, y que su alimentación no era mala para mantener un aspecto tan robusto. Intenté conseguir toda la información posible.

—¿Sabes si disponen de médico o curandero en este poblado?

—Hay un viejo que se dedica a rematar a los heridos —volvió a sonreír con desgana—. ¿Por qué lo preguntas?

—Tenemos dos hombres heridos, uno de gravedad.

—¿Puedo verlos?

Aproximamos a Manuel y Pecas hasta el ventanuco. En primer lugar, Setum inspeccionó la pierna de Manuel, haciendo un gesto afirmativo. Después apartó las heridas de Pecas y las inspeccionó con detenimiento, especialmente la del muslo. Se volvió hacia mí.

—El de la pierna rota no presenta problemas, aunque deberemos entablillársela de nuevo o quedará cojo. Pero tu amigo está muy mal en el muslo. Deberíamos cerrarle

la herida al fuego y echarle las hierbas o se pudrirá su sangre y morirá.

—¿De qué fuego y de qué hierbas hablas?

—Sé lo que me digo, cristiano. Te aseguro que he sido mi propio curandero y el de mis compañeros en muchas ocasiones. Debemos calentar al fuego un cuchillo y cauterizarle las heridas al rojo. Después es necesario cerrarle la hendidura con unas hierbas que venden en el poblado y evitan las purulencias. Debemos hacerlo rápido o será demasiado tarde.

—¿Y dónde se encuentra ese cuchillo y esas hierbas milagrosas? —pregunté en tono sarcástico, aunque me arrepentí con rapidez de ello al observar su rostro.

—¿Tenéis alguna pieza de valor?

—¿De valor? —pregunté mientras decidía si debía entregarme por completo en los brazos de aquel hombre.

—He dicho de valor y me has escuchado, cristiano. Si confías en mí, confiaré en ti.

Setum me miraba con severidad a los ojos. Decidí que era la única posibilidad de salvar a *Pecas*, que permanecía adormilado entre esporádicos quejidos.

—Tengo un brillante muy grande.

—¿Una piedra? Eso será más que suficiente para comprar las hierbas y conseguir algunos alimentos. Estos serán necesarios para que se repongan los heridos y no enferméis los sanos. Dámelo.

—Tendrás que esperar. Me lo tragué hace unas horas. Saldrá pronto por su sitio.

—De acuerdo.

Mis hombres escuchaban atónitos aquella conversación que les debía parecer esperpéntica. Veía en los ojos de Martín la recomendación de que no debía confiar en aquel desconocido, pero estaba decidido. En el fondo de mi alma, una voz me aseguraba que Dios nos había enviado aquel hombre. Además, era nuestra única posibilidad.

* * *

El tiempo me dio la razón. Aquella misma tarde, la primera de nuestro cautiverio, entró en la choza uno de los guardianes con una gran cacerola de barro, donde bailaban unas ramas verdes que ofrecían un sabor amargo. Las bebimos con cierta repugnancia y di de ellas a mi compañero, aunque necesitaba de un penoso esfuerzo para ingerirlas. Setum dialogó con el vigilante, mientras nos señalaba a *Pecas* y a mí. Discutieron durante algunos minutos en ese especial idioma del que no comprendía una sola palabra. Como después explicó mi nuevo aliado, le había comunicado la posibilidad de un generoso pago por nuestro rescate, al precio que establecieran, dada nuestra importante posición en España. Sin embargo, le recalcó, siguiendo mis instrucciones, que el paquete lo formábamos los 16.

Cuando por fin expulsé el anillo de *Pecas*, no sin esfuerzo y dolor, se lo entregué

a Setum. Para mi sorpresa, salió de la choza a través de un agujero perpetrado en la pared, en la parte trasera del cobertizo, que mantenía oculto con una vieja estera. Llevó a cabo sus movimientos con tremenda naturalidad, como Pedro por su casa, con lo que temí lo peor. Fueron unas horas de penosa intranquilidad, convencido de que el negro me había dado gato por liebre y escapaba en camello alado con mi única fortuna. Sin embargo, una lejana voz me decía que confiara en él, que nuestro hombre regresaría. Por fortuna acertó la voz, en contra de la opinión de Martín y otros hombres.

Setum volvió aquella misma noche, con una reluciente daga, unas tiras de fino e inmaculado lienzo, y una bolsa de cuero en su mano. Me miró a los ojos con una sonrisa.

—¿Creías que no volvería?

—Decidí confiar en ti y estoy seguro que no me defraudarás, ni yo a ti.

—Actuemos sin pérdida de tiempo con la herida de tu amigo o llegaremos tarde.

Pecas se portó como un verdadero jabato, en aquella transmutación de niño a hombre que llevaba a cabo con extrema velocidad. Aunque decidimos maniatarlo entre tres de los fuertes y le amordazamos la boca con un trapo, no llegó a proferir un solo gemido hasta perder el conocimiento. Tan solo sus ojos denotaban el terrible dolor que sufría. Setum, con una admirable naturalidad, abrió la herida por completo, salpicando de sangre sus ropas y las nuestras, para aplicar después, repetidas veces, la daga al rojo sobre sus perfiles, bien dentro. Una vez acabada la cruenta faena, recubrió la hendidura con gran cantidad de unas hierbas color verde oscuro, machacadas hasta formar un polvo fino. Tras ello, vendó con cuidado la herida, vertiendo más cantidad de aquellas hierbas entre las tiras del vendaje. Debí realizar un esfuerzo para no apartar la vista de aquella carnicería. Una vez finalizada la cura, le pregunté.

—¿Se salvará?

—Solo tu Dios o Alá lo sabe. Creo que tiene alguna posibilidad ahora, aunque es un joven esmirriado y debilucho.

—Será débil, pero te aseguro que posee un espíritu como el de un león.

—En ese caso, dispondrá de más posibilidades. Pero sufrirá fuertes calenturas que lo pueden llevar al delirio y la muerte. Ha de beber agua limpia. Guardar para él lo que resta del bidón, porque la que nos ofrecen los guardianes aligerará vuestra tripa hasta que os acostumbréis a ella.

Cuidé de *Pecas* con todo mi cariño en las siguientes horas. Pasaba un paño humedecido por su frente y su cara sudorosa, mientras parecía hablar con un ser desconocido, un delirio que se clavaba en mi corazón. Volvimos a recibir la misma ración de aquella sopa del diablo, a veces con una especie de torta dura que reblandecíamos en ella, aunque ya comenzaba a encontrarla sabrosa. Uno más de los milagros que produce el hambre en su más pura dimensión.

Las jornadas comenzaron a sucederse en lenta agonía. Las condiciones que

sufríamos en aquel inmundo agujero eran insoportables, especialmente el olor producido por nuestras propias deyecciones, aplicadas en una especie de generoso balde que nos permitían achicar solamente una vez al día. Pero intentaba animar a mis hombres con la posibilidad de un próximo rescate en el que, en verdad, creía, aunque no despreciaba otras alternativas. Hablaba mucho con Setum quien, ya en libertad de vivir con su amo, nos visitaba de forma regular, racionándonos algunos alimentos que compraba con lo obtenido por el anillo. Pero me encontraba necesitado de información y él era mi única fuente.

—¿Queda Ceuta a mucha distancia?

—Muchas leguas. Imposible llegar hasta allí, si es lo que piensas.

—¿Ha enviado tu jefe la carta que le dimos para el pago del rescate?

—Un mensajero la llevó a Tinsuf, para entregarla a un sacerdote español, un mercenario.

—Querrás decir un padre mercedario.

—Sí, he olvidado algunos nombres. Como la cantidad que ofreciste es tan elevada, mi amo abrió sus ojos codiciosos como nunca los vi. Eso os salvará de ser vendidos en los próximos días y esperará, aunque no para siempre.

—Has dicho que el mensajero la llevó a Tinsuf. ¿Se trata de otro poblado?

—Sí. Otro poblado a poco menos de una legua de distancia desde aquí. Es más grande y con un buen embarcadero, que usan los corsarios ingleses para comprar alimentos con los que abastecer esa plaza sitiada por los españoles, al otro lado del estrecho. Hacen grandes negocios entre todos.

—¿Barcos ingleses? ¿Qué tipo de barcos?

—Una vez acudí allí con mi señor. Normalmente, se mete en el embarcadero lo que llaman un pequeño bergantín, con un capitán inglés uniformado y algunos cañones a cada banda. Suele cargar todas las semanas, si el tiempo lo permite.

—Es extraño porque nuestras fuerzas apresan a casi todos los que intentan introducir alimentos.

—Este lleva un procedimiento especial. Según le contaba a mi señor, llega a la plaza sitiada desde el norte, hasta una playa que llaman de los catalanes, y deja los fardos a pequeños botes que se acercan a él en la noche. Hasta ahora le ha dado un buen resultado. En la popa se puede leer, en grandes y llamativas letras amarillas, *Hercules*.

—¿Cuántos hombres componen su dotación?

—No lo sé, pero eran muchos.

—¿Cuántos cañones por banda?

—No estoy seguro, pero creo que cuatro o cinco.

Llevé a cabo un cálculo rápido. Con ocho o diez cañones de porte, la dotación sería cercana a los cuarenta o cincuenta hombres. Me mantuve con el pensamiento prendido en el bergantín durante toda la noche, mientras continuaba pasando los trapos mojados por la cara de *Pecas*. Sentía su fiebre, a la vez que la palabra *Hercules*

bailaba en mi cabeza.



Se abre una luz

Pasó un mes con exasperante y dolorosa lentitud. Sentíamos disminuir nuestras fuerzas a ojos vistas, así como estilizarse los músculos, sometidos a la severa dieta de las hierbas amargas y alguna esporádica torta, dura como el granito, que tardaba una eternidad en reblandecerse lo suficiente para hincarle el diente. Sin embargo, la salvación de nuestros cuerpos se presentaba en la persona de Setum, que nos abastecía esporádicamente para paliar los estragos del hambre. En especial, conseguía lo que él mismo denominaba como cocido de sebo de cordero con verduras y algún trozo perdido de carne, unas gachas de sabor escasamente apetitoso pero que constituía, sin duda, un buen alimento, cuyos beneficios notábamos con rapidez.

Pecas continuaba muy débil. Las dos primeras semanas del cautiverio, tras la intervención de Setum con daga y hierbas, fueron terribles para mí, que sufría sus padecimientos en mi propia carne. Pasaba por periodos de fiebre altísima, a la vez que el muslo se tornaba, caprichosamente, de la más absoluta flacidez hasta inflarse como un pellejo de vino. Eran momentos en los que se quejaba amargamente, en especial por las noches, cuando nos creía dormidos. Sin embargo, llegaba a su término la tercera semana cuando comenzó a bajarle la temperatura de forma estable y pudo engullir el alimento de cordero que guardaba escogido para él. Me sentí feliz cuando, por fin, consiguió enhebrar algunas frases con sentido y pude observar en su cara pecosa la primera sonrisa. Aun así, su debilidad era extrema y de confirmarse la mejoría, debería ejercitar las piernas diariamente para recobrar los perdidos movimientos. Esta era la opinión de Setum, que se había convertido ante nuestros ojos en un consumado galeno.

El mes de mayo llegó a su fin sin noticias esperanzadoras, más bien al contrario. Nuestros guardianes se tornaban menos flexibles y de peor humor en el trato, mientras las miserables raciones escaseaban más de lo debido. Llegué a la triste conclusión, sin comentarla con nadie, que el maldito bajá comenzaba a dudar de la llegada del rescate, circunstancia peligrosa porque podía decidir nuestra venta como esclavos antes de que nuestro aspecto físico se degradara demasiado. Comprobaba con creciente temor en los rostros de mis hombres, cómo perdían poco a poco la esperanza, un sentimiento que no debía consentir, por lo que me apliqué a comentarles posibilidades reales o imaginarias de liberación en las que, realmente, no creía. Además, las condiciones terribles de vida que soportábamos no ayudaban en el empeño. Por su parte, *Pecas* continuaba la lenta mejoría, aunque todavía dedicaba demasiado tiempo al sueño, factor que me preocupaba. Por el contrario, la pierna de Manuel ofrecía un aspecto magnífico y comenzaba a caminar, apoyado en una

improvisada muleta.

Pero nunca somos conscientes en la vida de las sorpresas, buenas o malas, que un nuevo día nos puede deparar y qué cambios inesperados se presentan sin atisbarlos siquiera. Para nuestra fortuna, la buena estrella que parecía ser mi inseparable compañera desde el nacimiento, o quizás la intercesión de Nuestra Señora de Valdelagua, llegó en nuestro auxilio de forma inesperada. Debían correr los días de la primera o segunda semana del mes de junio, entonces no lo sabía con exactitud porque las marcas que rascaba en la pared de adobe se desteñían con la humedad, cuando una noche en la que mi mente imaginaba posibles y fantasiosas salidas a nuestra desesperada situación, escuché un susurro que llegaba del exterior, por uno de los ventanucos. Tras aplicar el oído con atención, comprendí lo que la lejana voz parecía indicar en perfecto idioma castellano.

—Señor Cisneros. ¿Está usted ahí, señor Cisneros?

Mi corazón comenzó a palpar con fuerza, porque cualquier acción que se saliera de la terrible rutina diaria podía presentar un significado esperanzados Sin dudarlo un solo momento y tras comprobar que *Pecas* dormía profundamente, me decidí a contestar.

—Sí. ¿Quién es usted?

—Un amigo. Acérquese a la puerta, por favor, que debo hablar con vos.

Sin perder un segundo, hice lo que me ordenaban. Decidí suplantar a mi amigo porque no se encontraba en condiciones de actuar con la energía necesaria. Para mi sorpresa, la pesada hoja se abrió lo suficiente para dar paso a un hombre maduro y delgado, vestido con el típico ropaje moruno, aunque su rostro mostraba vestigios de otras razas. Me ordenaba silencio con los dedos de su mano sobre la boca, a la vez que cerraba la puerta y me llevaba a una esquina de la choza. Por fin, volví a escuchar su voz.

—¿Es usted el hijo del duque de Montefrío?

—En efecto. Yo soy Santiago de Cisneros. ¿Quién le envía?

—Su padre. Recibió la nota por medio de un sacerdote mercedario. Sin embargo, me envió a mí para llegar a un acuerdo con el bajá de Tarfí, con quien he mantenido una larga conversación esta misma tarde.

—¿Y? —Mi cerebro se alertaba con rapidez ante un hombre que no inspiraba confianza alguna.

—El bajá no acepta la cantidad. El señor duque me entregó una bolsa, con cien doblones de oro, que le entregué al bajá. Sin embargo, pide tres bolsas más, de acuerdo con la cantidad fijada por usted, o no los dejará en libertad. Debemos actuar con rapidez. Escriba una nota para su padre en ese sentido, solicitando tres bolsas más. Es urgente que lo haga, ya que mañana regreso a España.

Aunque el argumento del que, según supe después, era un antiguo morisco afincado en Tarfí, parecía extraño y con poco sentido, debía agarrarme a aquella posibilidad como clavo ardiendo. Pero intenté indagar un poco más.

—No lo comprendo. ¿Mi padre no envió la cantidad solicitada para la liberación de todos mis hombres?

—El padre mercedario perdió la nota escrita y se la comunicó a su padre de memoria. Debió haber caído en un error, pues me entregó una sola bolsa de oro, en lugar de las cuatro convenidas.

—¿Y cómo podré escribir en estas condiciones? —Moví los brazos en dirección a la miserable choza.

—Le traigo un recado de escribir —mostró una pequeña caja de madera, como las usadas por los niños para comenzar las primeras letras—. Hágalo a lo largo de la noche y mañana a primera hora se la recogeré. Diga a su padre que debe confiar en el portador de la nota y que me entregue tres bolsas con cien doblones de oro cada una, a la mayor brevedad. No debemos hacer enfadar al bajá.

El morisco vio la duda reflejada en mi rostro, por lo que se apresuró a añadir.

—No dude de mí, por favor, que me encuentre de su parte. Le debo grandes favores al señor duque. Para que compruebe mi buena fe, tome esta bolsa que también su padre me entregó aparte, por si necesitaban comprar alimentos hasta el momento de su liberación.

Sacó bajo su chilaba una pequeña bolsa donde, según pude comprobar, bailaban unas pocas monedas de oro. No creía las palabras del correo, pero debía decidir con rapidez.

—De acuerdo. Mañana por la mañana tendrá usted la nota preparada.

—¿Quiere que le compre alimentos con ese dinero?

—No es necesario. Eso corre de mi cuenta.

—De acuerdo. Debo retirarme porque soborné a un guardián para que me dejara hablar con usted.

De esta forma nos despedimos. El morisco, del que nunca llegué a saber su nombre verdadero, cerró la puerta por fuera, como uno más de los guardianes. Durante una larga hora me mantuve pensativo, con el recado de escribir en mis manos, dudando sobre los pasos que debía dar. Conforme analizaba más y más las palabras del confidente, me reafirmaba en la sospechosa actitud que demostraba. Era extraño el extravío de la nota por el padre mercedario, así como que el padre de *Pecas*, persona inteligente y con experiencia, tratara con aquel morisco en lugar de hacerlo con los sacerdotes encargados de las redenciones. Si su argumentación era cierta y el bajá deseaba más dinero, ¿por qué no me llamaba a su presencia y reclamaba la cantidad pactada en principio?

Continuaba con mis dudas y análisis, cuando escuché el ruido acostumbrado que producía Setum para introducirse en la choza por una de sus esquinas traseras, gracias al agujero que, como él mismo me narró, había labrado en sus diferentes encarcelaciones con cierta facilidad. Vi en su cara que deseaba hablar conmigo. Debo aclarar que, en aquellos momentos, mi confianza en aquel negro noble y bueno era absoluta.

—Cristiano, tengo noticias para ti.

—Y yo también. Hace poco me llegó un...

—Ya lo sé. Conseguí escucharlo todo en el palacio de mi señor. Intentan engañaros.

—¿Cómo es eso?

—Esta mañana llegó un padre mercedario con cuatro bolsas repletas de oro, el precio pactado para el rescate de todos vosotros, una visita anunciada hace dos días. Pero mi amo es codicioso en extremo y había planeado una buena jugada con su administrador, ese morisco felón que vino a verte esta noche, que a su vez está casado con la hija de su hermana y habla correctamente vuestro idioma. Por una parte, aseguró al sacerdote que os llevaría a Tinsuf en dos o tres semanas, porque os encontrabais trabajando en un poblado a varios días de distancia. Lo tranquilizó asegurándole que gozáis de buena salud.

—Hijo de hiena y Satanás —apreté los puños, deseando hacerlo contra el cuello de aquel bellaco—. ¿Por qué no cumple su parte?

—Porque ve la posibilidad de sacar más oro. El morisco fue quien le recomendó el plan a seguir. Él mismo se presentará ante el duque, como enviado vuestro, para que le entregue tres bolsas más de cien doblones. Por esa razón solicita la carta de su hijo.

—Me hice pasar por el hijo del duque, mi compañero. El pobre no se encuentra en condiciones para llevar adelante una gestión así. ¿Qué podemos hacer?

—No lo sé, cristiano. Creo que la idea es alargar lo posible el cautiverio, hasta sacar lo máximo al duque y venderos después en algún zoco.

—El morisco me entregó una pequeña bolsa de oro en señal de buena voluntad.

—También lo sé. El bajá sabe que acabará en sus arcas, porque le compraréis la comida por mediación mía. Tuvo conocimiento de la venta del anillo y me endosó cincuenta largos azotes.

—Lo siento, Setum —lo miré con cariño y agradecimiento—. Siento que hayas sufrido por nuestra culpa.

—No te preocupes. Estoy acostumbrado. También en Cartagena recibí bastantes rebencazos en mis lomos, a bordo de las galeras.

A la vez que recordaba escenas sufridas por mi padre en su cautiverio, de pronto, una luz se abrió paso en mi cerebro. Se trataba de un sueño imposible, de una locura inalcanzable, pero solo una acción de ese tipo podía facilitarnos la libertad. *Pecas* necesitaba aire libre, buenos alimentos y ejercicio físico, o acabaría siendo un tullido de por vida, si es que no la perdía por no ser apto para la venta como esclavo. Me lancé a tumba abierta.

—Setum, ¿arriesgarías tu vida por la libertad?

—No te comprendo, cristiano.

—Me dijiste que en el puerto de Tinsuf, mercaderes genoveses en connivencia con los moros, almacenan provisiones para los ingleses, que normalmente transportan

en pequeños faluchos o a bordo de ese bergantín que acude semanalmente.

—Así es.

—¿Podrías comprar diez barriles de ron con el oro de esta bolsa?

—No lo sé con exactitud, pero estimo que con esos doblones podría comprar mucho más. ¿Qué idea pasa por tu cabeza? ¿Qué tengo que ver yo con el ron, si sabes que no consumo esas bebidas?

—¿Puedes ir a Tinsuf y volver en la noche?

—Sí. No sería la primera vez.

—¿Podrías conseguir adormidera y láudano en suficiente cantidad?

—Adormidera creo que sí, porque sé de algunos árabes que la usan a veces en el té, para quedar dormidos con sonrisa feliz. Pero no conozco el láudano.

—Es un líquido que usan los cirujanos, compuesto por vino blanco, opio y azafrán. Se utiliza para quitar los dolores intensos o las tristezas pero, en suficiente cantidad, deja a los hombres dormidos profundamente, sin que puedan despertarse a golpes.

—¿Qué pretendes?

—Has de conocer con exactitud la próxima arribada del bergantín *Hercules* a Tinsuf. Deberás conseguir que un mercader entregue al barco diez barriles de ron en nombre del bajá de Tarfí, unos barriles en los que, previamente, deberás introducir adormidera y láudano como para dormir a un regimiento. Horas después, asaltaremos el buque y nos haremos a la mar para regresar a España, contigo a bordo.

—Amigo cristiano —Setum volvió a ofrecer su blanca dentadura en una abierta sonrisa—, creo que has caído en la locura definitivamente. Ha debido ser esta cautividad tan larga, la que te hace planear esos disparates.

—No estoy loco, amigo mío —puse mi mano sobre su hombro—. No puedo ver como enflaquecen mis hombres hasta morir de inanición, mientras ese bajá del demonio se embolsa el oro de mi amigo y nos vende como esclavos. Esa es nuestra única posibilidad. Es muy arriesgado, lo sé, pero no queda más salida.

—¿Y qué gano yo? —Por primera vez el tono de su voz se acercaba a una súplica.

—Te juro por mi Dios, Setum, que serás hombre libre, allá donde quieras vivir. Yo me encargaré de ello.

—¿No me harán esclavo los cristianos para remar en sus galeras?

—Setum —endurecí mi gesto—. He jurado por mi Dios y tienes mi palabra.

—Bueno. Haré las gestiones aunque no te aseguro nada. Sé de algunos mercaderes que venderían su alma al diablo por una bolsa de oro. Pero no te hagas demasiadas ilusiones. Además —parecía dudar—, ¿crees que tus hombres tendrán fuerzas suficientes?

—De eso te encargarás tú, amigo Setum —ahora era yo quien sonreía, sintiéndome feliz—. Debes apartar el oro suficiente para comenzar nuestro fortalecimiento. Cocido de sebo, o lo que quieras, a diario, aunque tenga sabor de

excrementos. Como el bajá espera la compra, será más fácil. Por mi parte, escribiré la nota al duque, de forma que lea en ella que se trata de una trampa y, si es posible, comprenda mis planes.

—Estás loco, cristiano —volvió a sonreír, mientras descorría la estera de salida. Cuando ya se encontraba fuera, me dirigió su última frase—. Pero se trata de una locura maravillosa.

Por primera vez en todas aquellas semanas de dudas y sufrimientos, me sentí feliz. Comprendí que la esperanza, por imposible o lejana que se encuentre, es lo que no puede perder nunca el ser humano, a no ser que quiera dejarse caer por la ladera de la montaña de forma irremediable. Me sentí eufórico y dispuesto a la acción.

En primer lugar, esperé a las primeras luces para escribir la nota:

Queridísimo y amantísimo padre: Por medio de este correo que se ofrece, te envío noticias nuestras. Continuamos con buena salud, aunque no vemos el día de recuperar la libertad. Os añoro con toda mi alma, padre y madre, así como a mi querida e inolvidable hermana Remedios. Mi compañero de armas y gran amigo sigue tan flaco y débil como siempre, aunque esperamos la benefactora providencia que nos libere. Confiamos en Dios y soñamos, al igual que el hijo de Júpiter, llegar a lomos del viento hasta tu seno. Entrega la cantidad pedida al correo que te llega, persona de tanta confianza como tu fiel secretario Juan de Haro, cuyo camino debería seguir. En espera que todo salga de acuerdo a tus deseos, recibe el amor de tu Gigante, de tu querido hijo.

Aunque eran pocos los datos que ofrecía, quedaba claro que no decía la verdad al nombrar a la hermana como Remedios. También le adelantaba que no confiara en el mensajero, ya que Juan de Haro, según sabía por *Pecas*, era un antiguo administrador a quien el duque había hecho encerrar en prisión por malversador. Y, por último, la pista más oscura. Hércules, el hijo de Júpiter, llegaría a lomos del viento, es decir, en un barco de vela. Al firmar con mi apodo, quedaba claro que había tomado el mando de la operación.

Me sentí feliz con la misiva, cuando ya clareaba el alba y el morisco se acercó sigilosamente a recogerla. Pareció contento el muy bastardo con el contenido, marchando veloz a continuación. Aunque no había dormido, apenas sentía sueño ni cansancio sino, por el contrario, necesidad febril de actuar. Desperté a Martín, el fiel sargento andaluz, apartándolo del resto de mis hombres para hablar con él en confidencia. Le narré con todo detalle las dos conversaciones habidas a lo largo de la noche, mientras abría sus ojos de par en par. Esperaba y necesitaba de su apoyo en aquel momento.

—Será muy arriesgado, señor.

—Nada perdemos por intentarlo, Martín. No confío en esta gentuza que acabará por vendernos como esclavos en cualquier bazar. Si nos toman los hombres del bajá, tan solo significará el regreso a esta maloliente mazmorra. Sin embargo, prefiero morir luchando contra el inglés. Al menos, se presenta una posibilidad.

—Si el comandante de ese bergantín luce uniforme y charreteras como asegura Setum, debe ser algún oficial de la guarnición gibraltareña. En ese caso, señor, no se confiará. El ron lo beberán, sin duda, porque los ingleses matarían por un barril de esa bebida. Pero el comandante mantendrá una guardia armada bien despierta.

—La tomaremos por sorpresa. Son muchas las escalas que ha hecho en ese puerto y la rutina genera excesiva confianza. No se esperarán el ataque de un puñado de españoles en tierra africana. Ten por seguro que durante sus cortas estancias en Tinsuf, se mantendrán confiados en un embarcadero donde tanto dinero regalan, por unos alimentos cuyo valor real es su décima parte.

—¿Y cómo lo sacaremos del puerto? ¿Podremos navegar en él, con solo 16 hombres enmagrecidos y débiles?

—Cada problema a su tiempo, Martín. No conozco ese embarcadero, pero si son capaces de entrar los ingleses, lo seremos nosotros para salir. Un bergantín es un barco de dos palos, mayor y trinquete, aparte del bauprés. Suelen montar velas cuadras con sus correspondientes estayes y foques.

Asimismo, dispondrá de una buena cangreja en el palo mayor. Pero todo lo que te digo no son más que suposiciones, porque son muchas las posibles variantes en los aparejos de esos barcos, hasta el caso de incorporar velas redondas en el palo mayor. Pero es igual, son muy pocas millas hasta la bahía de Algeciras. Llegaremos si conseguimos hacernos con él, mientras duermen como benditos.

—¿Y qué hacemos con cincuenta o sesenta ingleses dormidos, que pueden despertar en cualquier momento?

—No me preocupa ese aspecto, Martín. Si dispone de una bodega segura, a ella irán confinados. En caso contrario, los lanzaremos al agua. No arriesgaré la vida de mis hombres por proteger a un inglés, puedes estar seguro. Y en cuanto a la flojedad de los nuestros, comenzaremos a comer los alimentos necesarios y, el punto principal, deberán hacer ejercicios físicos cada día. No se pueden recuperar las fuerzas con el culo pegado al suelo las veinticuatro horas.

—¿Ejercicios? No sé lo que contestarán.

—Me da igual lo que contesten, Martín. Seguimos siendo la dotación de un barco de la Armada y yo su comandante. Al primero que proteste me lo llevo por delante. Pero no será necesario porque, para nuestra suerte, disponemos de un grupo de hombres buenos y subordinados. Les hablaré más tarde.

—¿Les confiará los planes?

—Sí. No tenemos más remedio. Han de fortalecerse en un par de semanas o menos, porque a la primera oportunidad entraremos en acción. Y no solo físicamente, sino también de espíritu. Sin esperanza en el futuro, no obedecerían.

—¿Cómo llegaremos hasta Tinsuf? Necesitaremos armas.

—Todo a su tiempo, Martín. Lo he pensado muy a fondo. Es importante que cada uno de nuestros hombres comprenda que se trata de la única posibilidad para recuperar la libertad.

Martín me miró con la duda reflejada en su rostro, aunque estaba seguro de su más leal colaboración. Me tumbé sobre la tierra húmeda para descabezar un ligero sueño, aunque mi cerebro no cesaba de maquinarse nuevas ideas. Si ya había soñado otras veces con el bergantín, ahora se aparecía en mi mente con absoluta claridad. En realidad, me veía navegando en él, con la proa apuntada hacia la bahía de Algeciras o cualquier otro puerto español.



Una larga noche

Me puse manos a la obra con toda la voluntad y energía que era capaz de desarrollar. Pero, en primer lugar, antes de notificar a mis hombres el plan que batía mi mente con frenesí, debía hablar con *Pecas*. Me alegré al comprobar que aquella mañana despertaba de buen humor y con más fuerzas porque, por primera vez desde el comienzo del cautiverio, protestó airadamente del caldo de sebo que le obligaba a beber, así como de la situación por la que atravesábamos.

—*Gigante*, en honor a la sinceridad que me caracteriza, te diré que este brebaje del infierno no hay quien lo tome. Debemos escapar de aquí o moriremos todos.

—Me alegro de oírtelo decir. Ya es hora que pienses en el futuro. De eso quería hablarte. Ven conmigo a esta esquina —le señalé la que se encontraba junto a la puerta.

—Ya te he dicho varias veces que no me puedo mover. No me aguanta la pierna.

—Pues tendrá que aguantarte, *Pecas*, quieras o no —le hablé con dureza—. Todos hemos de hacer un esfuerzo si queremos sobrevivir. Me dijo Setum que es imprescindible que continúes con los masajes sobre ella, aunque te duela mucho. Además, debes flexionarla una y otra vez, e intentar moverte por la choza.

—Hablas de ese negrazo como si fuese el médico de cámara de Su Majestad.

—Ese negrazo, *Pecas*, te salvó la vida.

—Ya sé que le debo mucho, amigo mío. No te enfades que era una broma. Pero a quien debo la vida es a ti, esta vez de verdad y no como aquella situación a bordo del Vencedor —comenzó con una sonrisa que se borró con rapidez, hasta mostrar un gesto de inmensa tristeza—. No creas que he delirado todo el tiempo en esta inmunda cueva. Soy consciente de que llevas muchas semanas pendiente de la pierna y de mí. Incluso rehúsas tu parte de ese sebo maldito, para aumentar mi ración. Lo que sucede es que no estoy seguro de que haya servido para algo ese sacrificio.

—Mira, *Pecas* —lo tomé por los hombros con energía—. Además de prometer a tus padres y a Cristi que te devolvería a casa sano y salvo, eres un gran amigo, el mejor amigo que jamás habría soñado encontrar. Pero has de ayudarme en estos momentos porque nuestro futuro depende de ello. Precisamente quería hablarte del asunto que llevo entre pecho y espalda y que, si Dios nos echa una mano, puede representar nuestra salvación. Escúchame con mucha atención, que no deseo levantar la voz.

Y le narré todo desde el primer momento; las gestiones con el bajá, la visita del morisco, la información de Setum y, por fin, el plan concebido para asaltar el bergantín. Su rostro se transformaba poco a poco, hasta mostrar una franca sonrisa.

—Eres único, *Gigante*. Me parece un plan colosal. Estoy de acuerdo contigo en que se trata de nuestra única oportunidad. Puedes contar conmigo.

—En ese caso, pecoso del demonio, comienza a flexionar la pierna y a pasear por este lujoso palacio. Si te duele, te aguantas. ¿Comprendido? No pensarás que te voy a transportar sobre mis hombros hasta Tinsuf, como cargué contigo desde la playa.

—De acuerdo, pero no vuelva usted a usurpar mi personalidad en las transacciones comerciales, señor de Leñanza —me guiñó un ojo, divertido. Volvía a ser el *Pecas* de siempre, al menos en espíritu—. Mi padre es muy listo, aunque eso de Júpiter y Hércules no creo que lo comprenda.

—Es igual, lo más importante es que dilate el regreso del morisco.

Obediente, *Pecas* comenzó con los ejercicios ordenados por Setum. Por mi parte, convoqué a los hombres para explicarles el plan ideado, que nos podía librar de aquella pocilga. Les hablé con toda sinceridad, siguiendo los consejos del jefe de escuadra Barceló, aunque aumentara ligeramente las expectativas. En los primeros momentos, llegué a observar miradas huidizas y rostros desconcertados. Sin embargo, cuando les comenté que se nos presentaban dos alternativas solamente, aquella que les ofrecía o la terrible esclavitud de por vida, respondieron tal y como esperaba. Acabé mi arenga de forma que les impactara el proyecto y me obedecieran ciegamente.

—Podría haber intentado un rescate para el guardiamarina Cisneros y para mí, que habría sido más sencillo. Pero os prometí a todos que regresaríamos a casa y podéis estar seguros que cumpliré mi palabra. Tomaremos ese bergantín con un par de cojones y volveremos a nuestra tierra. Pero quiero hombres fuertes, sanos y bragados, no un grupo de mojigatos, debiluchos y temerosos. Comeréis todo lo que Setum nos proporcione, aunque sean excrementos de vaca, y quiero ver como ejercitáis vuestros brazos y piernas para recuperar las fuerzas perdidas. ¿De acuerdo?

Asintieron con energía. Creo que conseguí levantar la moral de aquellos hombres, esa moral que andaba babeando por los suelos. Martín fue el encargado de establecer las horas de ejercicios, tarea nada fácil en aquella choza de reducidas dimensiones, por lo que decidimos formar tres grupos. Aunque solicité de nuestros guardianes que nos permitieran pasear al aire libre y tomar el sol, la negativa más tajante lúe la respuesta. Sin embargo, a partir de la segunda noche, Setum comenzó a surtarnos de abundantes alimentos. Y no se trataba solamente del caldo de sebo, sino de frutas frescas, dátiles, miel y, algunos días, cordero.

Parece mentira lo que el ánimo, los alimentos, el ejercicio y, especialmente, la esperanza en el futuro, pueden conseguir de un cuerpo maltrecho. A la semana se notaba el efecto general de forma saludable y hasta *Pecas* comenzaba a dar sus primeros pasos con el cayado de Manolo, que ya no lo necesitaba. De todas formas, mi amigo debería ser ayudado en el previsto trayecto a Tinsuf, porque todavía le sería necesario recorrer un largo trecho en su rehabilitación. Pero reía y bromeaba como en los viejos tiempos, lo que ya me llenaba de satisfacción y alegría.

Habían transcurrido dos semanas largas desde la visita del morisco y la decisión del plan liberador, como lo llamaba en mi subconsciente, cuando Setum, que se mantenía inaccesible a mis requerimientos de noticias, ofreció la primera información.

—Cristiano —me había acostumbrado a que se dirigiera a mí de aquella extraña forma, que tan bien imitaba *Pecas* en sus bromas—, hasta el momento, los detalles de tu plan siguen por buen camino. Creo que se acerca la ocasión.

—¿Cómo es eso? —le pregunté nervioso y alarmado—. Por favor, Setum, no me mantengas en vilo. Infórmame de todo lo que sepas.

—Contacté con un comerciante argelino, llamado Omar Boudiaf, que tuvo problemas económicos con el bajá y lo odia ferozmente. Los primeros tanteos fueron positivos, pero no avanzaban lo suficiente. Por esa razón decidí utilizar la sinceridad y le expliqué nuestro proyecto con detalle, arrojando el peligro de la posible delación. Por lo visto, Alá me concedió el don de calibrar adecuadamente a las personas. Era nuestra única solución y, por fortuna, aceptó el plan de buen grado. Incluso me suministra alimentos esenciales para vuestra recuperación, como la miel y la carne fresca. Sin embargo, para fomentar su codicia, le prometí tres bolsas de oro como la que le entregué, si la operación salía redonda y llegábamos a nuestra tierra. Le hablé del duque de Montefrío, como el personaje más rico de España después del Rey.

—Hiciste muy bien y cumpliremos lo pactado. Pero, continúa, por favor.

—Los diez barriles de ron, un ron magnífico que, en opinión de Ornar, ningún marino inglés rechazaría, se encuentran preparados con una cantidad de láudano y adormidera capaz de sumir en un profundo sueño a todos los habitantes de Gibraltar. Pero la noticia más importante es que se espera la llegada del *Hercules* para mañana tarde.

—¿Mañana? ¿Estás seguro?

—Según me dijo, ha fondeado cerca de aquí y enviado un bote con las instrucciones para que le preparen los suministros que deberá embarcar.

—Dices que atracará por la tarde —pensaba en voz alta, mientras planeaba nuestra posible acción—, ¿pasará la noche en el embarcadero o partirá inmediatamente tras la carga?

—Mañana, a su llegada, efectuará la carga que le llevará toda la tarde y, posiblemente, algunas horas de la siguiente mañana. A continuación, se mantendrá amarrado en espera de los vientos propicios para llevar a cabo su habitual maniobra en la costa gibraltareña de levante. A veces, permanece dos o tres días amarrado. Pero, en opinión de Omar, dispondremos de una noche por lo menos, la de mañana, con toda seguridad. Me indicó que este bergantín es inglés, pero que suele navegar bajo el pabellón de esa orden militar de Malta.

—¿La de San Juan de Jerusalén? Saben que son aliados del Rey Católico. Una bellaquería.

—En la guerra, todo sirve.

—Todo sirve para el inglés. Pero, una cuestión importante, Setum. ¿Y las armas? Necesitaremos armas.

—Calma, cristiano, todo a su tiempo —me sonrió con dulzura—. Tú eres el jefe y debes mantenerte tranquilo. Dispongo de seis cimitarras turcas y veinte gumías.

—¿Ningún arma de fuego?

—No. En primer lugar, porque no disponemos de oro suficiente. Además, no serán necesarias. Si hay que acallar algunos hombres de la guardia, las gumías serán los elementos más eficaces, sin llamar la atención.

—Tienes toda la razón. ¿Cómo y cuándo saldremos de esta pocilga?

—A partir de la anocheada, dejan un solo guardián para que os vigile que acaba, invariablemente, adormilado junto a la puerta. A medianoche me encargaré de él, no te preocupes. Espero que sea el larguirucho malencarado, al que le tengo ganas desde hace tiempo. Saldremos en silencio por este mismo agujero que da a la cerca —señaló el lugar por donde había entrado—, porque no es visible desde el poblado. Cruzaremos la vieja muralla, como la llaman aquí, por la puerta de la palmera, una pequeña situada a pocos metros, por donde se puede acceder a las dunas con facilidad. Desde allí marcharemos a Tinsuf. Como veo que tus hombres han mejorado notablemente su aspecto físico, creo que podremos llegar al embarcadero, que se encuentra emplazado en las afueras del poblado, en una hora o poco más. Una vez allí, Alá decidirá.

—Alá, ayudado por nosotros —me atreví con una sonrisa—. Esperemos que hayan bebido el ron.

—Lo harán, no lo dudes. Sin embargo, te repito que dispondrán de alguna guardia. Deberemos segarles la garganta en silencio, hasta apoderarnos del barco.

—Es lo que había pensado. ¿Cuántos hombres componen su dotación?

—Según Omar, oscila de una escala a otra, pero son pocos para aparentar que se dedican al comercio. Nunca superan los cuarenta.

—Mejor que mejor. Por nuestra parte no habrá problemas. A medianoche nos encontraremos preparados.

—Confiemos en Alá o en tu Dios, cristiano. Si no me ocurre nada malo, mañana noche nos veremos.

En cuanto Setum abandonó la choza, reuní a mis hombres y les expuse el plan para el día siguiente. Se percibían los nervios y la ansiedad en sus rostros, aunque también la decisión de abordar la empresa con hombría. Respondí a todas las preguntas que me hicieron como pude, inventando alguna respuesta. Sin embargo, la principal fue la que me formuló *Pecas*, poco después, en solitario.

—¿Has pensado cómo saldremos a la mar, *Gigante*? Disponemos de 16 hombres, contándome yo que, a pesar de mi innata inteligencia, estoy a medio camino. Aunque el timón es cosa mía, desde luego. Pero la maniobra de dos palos puede ser complicada.

—Ya lo había pensado. La verdad es que desconocemos el embarcadero y el bergantín, por lo que es difícil trazarse un plan. Debemos improvisar sobre la marcha. Espero que disponga de una buena cangreja. Con esa vela es suficiente para navegar, llegado el caso, y ceñir lo necesario. Pero no adelantemos preocupaciones. ¿Cómo te encuentras?

—Mucho mejor, aunque deberás ayudarme en el recorrido hasta Tinsuf. Me duele la pierna al andar y me canso mucho. Lo siento, pero no creo que aguante una legua con el cayado y la cojera, aunque esta sea cada vez menor.

—Te llevaré a hombros una vez más, *Pecas* del demonio —froté su cabello desgreñado con cariño—. Me he acostumbrado a ello. Menos mal que pesas como un pajarito. Si fueras tú el encargado de transportarme, lo pasarías mal.

—¿Por qué? Podría contigo sin problemas —volvió a la seriedad antes de continuar—. ¿Sabes una cosa, *Gigante*? Nunca podré agradecerte todo lo que has hecho por mí.

—No digas estupideces. Como comprenderás, no deseo que Cristi me reproche haberte dejado con estos moros entre las dunas.

Reímos y bromeamos como meses atrás. Tan solo echábamos de menos una buena frasca de vino espeso que elevara nuestros espíritus, aunque el mío se encontraba rozando los cielos.

* * *

Pasamos la mañana y la tarde del día siguiente en un estado de tensión que se percibía en el ambiente. Cuando a mediodía el guardián nos entregó con infinito desdén la perola donde nadaban las hierbas amargas, nos encontró amodorrados y medio dormidos, tal y como les había ordenado. Bebimos el brebaje que ese día encontramos de peor calidad, pensando quizás en los ricos alimentos que podríamos descubrir a bordo del bergantín. *Pecas*, para levantar el humor, lanzó una de sus frases famosas, mientras bebía de su escudilla.

—Delicioso, francamente delicioso —utilizaba el tono amanerado de algunos cortesanos—. Cuando volvamos a nuestra querida España, recomendaré esta excelente sopa al cocinero de Su Majestad.

Todos rieron de buen humor. Por mi parte, aguantaba los nervios paseando por la choza, que cruzaba en cuatro zancadas. Comenzó a oscurecer por fin, aunque parecía que el tiempo se había detenido. Sin embargo, llegó la medianoche. Desesperábamos en silencio durante aquellos largos minutos, hasta llegar a pensar que algo debía haberle fallado a nuestro amigo, cuando escuchamos el sonido característico de la estera al apartarse del agujero oculto. La inmensidad de Setum se apareció ante nosotros como por encanto. Por fortuna, la noche era clara y estrellada, con lo que los reflejos de la luna se filtraban a través de los dos ventanucos. Sin mediar palabra, Setum se agachó sobre el agujero de salida, para arrastrar con suavidad un saco hacia

el interior. En pocos segundos, repartimos el armamento.

Escogí una larga cimitarra y una gumía para mi uso, que instalé bien acolchadas contra mi cinturón, mientras Pecas se contentaba con una de las dagas moras de bella empuñadura. Setum nos habló en voz baja.

—Aunque el guardián está muerto junto a la puerta, saldremos por el boquete oculto. Deberán seguirme todos en silencio.

—Adelante, tomemos el camino de la libertad —dije a mis hombres con toda la confianza que era capaz de transmitir.

Salimos uno a uno por el boquete. Me costó un penoso esfuerzo pasar por él, admirando en silencio que Setum lo hiciera con aquella facilidad cada día. Por fin, nos agrupamos en el estrecho espacio situado entre la choza y la cerca. Respiramos aire puro después de mucho tiempo, un inesperado y maravilloso perfume que hinchaba nuestros pulmones de gloria y felicidad. Tal y como preveíamos desde dentro, la luna llena se alzaba en todo su esplendor, con lo que facilitaba nuestros movimientos, aunque también la posibilidad de ser observados por ojos indiscretos. Setum nos hizo una enérgica señal para que marcháramos tras él. Me puse en cabeza a su lado, mientras asía a Pecas por el brazo, empeñado en intentar caminar por su pie.

Nos movimos en orden y silencio. Seguimos el paño de la muralla, bien pegados a ella, mientras miraba en dirección al poblado, que quedaba situado tras las edificaciones dedicadas al almacenaje de alimentos. Las casas permanecían en la más absoluta oscuridad, sin que se atisbara candil o vela encendida. Por fin, llegamos a una pequeña puerta que daba salida hacia lo que parecía un jardín o palmeral, desde donde ya se divisaban las dunas que habíamos atravesado a la llegada.

No habíamos recorrido ni siquiera quinientos metros, cuando decidí echarme a Pecas al hombro, ya que se percibía con claridad el penoso esfuerzo en su rostro, lo que podía debilitarlo en exceso y ralentizar la marcha. Continuamos a ritmo tranquilo, para no fatigarnos y guardar las fuerzas que deberíamos utilizar en el momento decisivo. La verdad es que aquella legua de distancia me pareció corta, a la vez que se abrían en mi pecho felices y encontrados sentimientos. Pero el fundamental era el de sentirme libre y respirar el aire perfumado por la brisa del mar, que comenzamos a divisar por nuestra izquierda, en lugar del olor a excrementos que nos había rodeado durante demasiadas semanas.

Setum no abrió su boca en ningún momento hasta que remontamos una loma de piedras, momento en el que apareció a unos quinientos metros un pequeño poblado, de hechuras parecidas a Tarfí. Sin embargo, un importante detalle lo diferenciaba. A la izquierda, donde el cauce de un pequeño riachuelo seco se adentraba en el mar, se distinguía con claridad un pequeño pontón o muelle, con unos cuarenta metros de escollera que lo separaba de las aguas. Y situado en su extremo, se recortaban contra el cielo los perfiles de dos palos que elevaron mi moral hasta las alturas.

Ralentizamos la marcha, a la vez que nos desviamos suavemente hacia la

izquierda en dirección al embarcadero. Nos aliviábamos entre palmeras, con lo que nuestra presencia sería difícil de descubrir. La mar se dejó ver en toda su extensión, una mar en calma absoluta, mientras el viento soplaba suavemente desde el interior, lo que en España habrían denominado como terral, muy propio en las noches de verano. Sentí un gran alborozo interior al observar cómo se encontraba atracado lo que ya se distinguía claramente como un bergantín. El comandante, una vez fondeada el ancla muy por largo, cuyo cable se dejaba ver con claridad, había atracado en la misma punta y vertical al muelle, que formaba un pequeño martillo, con lo que la tercera parte de la eslora del buque, la de proa, quedaba fuera del mismo. Como buen marino, pensaba permanecer poco tiempo en puerto y dejaba el barco listo para hacerse a la mar sin problemas añadidos o necesarios remolques, con tan solo cobrar del cable del ancla.

Conforme nos acercábamos, pensaba en la facilidad de salir a la mar en aquella situación, a la vez que reconocía el bergantín como de generoso tamaño y no tan pequeño como me habían anunciado. *Pecas* debió pensar lo mismo, ya que me lo comunicó en voz baja.

—Es un bergantín muy hermoso. La dotación debe ser muy superior a los cuarenta hombres anunciados.

—Eso pensaba en estos momentos. De pequeño bergantín, nada.

—Bueno, esperemos que todos duerman. Si no han bebido el ron, podemos darnos por muertos.

—De muertos, nada. Regresaremos a casa en ese barco.

De esta forma, alcanzamos la orilla del riachuelo seco. Tan solo debíamos cruzarlo, para situarnos a pocos metros del embarcadero. En la última hilera de palmeras, *Setum* se detuvo, mientras alzaba una de sus poderosas manos. En ese momento, agachados, observamos con detenimiento el buque.

En principio y para nuestra felicidad momentánea, no se apreciaba nadie a bordo. Como debían haber retirado la plancha a tierra, una buena medida de seguridad, si existía algún marinero de guardia, debía encontrarse situado en cubierta. Después de observarlo con detenimiento, fue *Martín* quien nos señaló con el dedo.

—Allí, señor. Un hombre en popa, sentado en el tambucho y apoyado contra la botavara.

En efecto, lo distinguimos con rapidez. Dudamos si dormía o vigilaba, pero comprendimos que se encontraba bien despierto al observar cómo variaba su posición, hasta quedar enfrentado al muelle. Si se trataba del único vigilante en cubierta, la situación no podía ser más favorable, ya que nos ofrecía su espalda.

Decidí que debíamos cruzar el cauce del riachuelo y situarnos en el punto en el que la mar llegaba en suaves oleadas, junto a las piedras que comenzaban la formación del pequeño rompeolas. Aunque pensaba encargarme personalmente del vigilante, *Setum* me detuvo con su mano.

—Mira, cristiano, el que más fuerte se encuentra en estos momentos soy yo, que

he comido bien y regularmente. Me deslizaré hasta el punto donde muere el agua y nadaré hasta alcanzar el cable del ancla. Treparé por él y de esa forma embarcaré por la proa, con lo que me será posible echar un vistazo de conjunto, por si se encuentra otro vigilante tumbado por cubierta. Del hombre sentado en popa me encargaré con limpieza y rapidez. Si todo se desarrolla de acuerdo al plan previsto, os haré una señal con mi brazo para que acudáis sin pérdida de tiempo. En caso contrario, si la situación se complica demasiado, deberéis volver a la choza. Nada os pasará.

—En ese punto estás equivocado, amigo. Aquí no regresa nadie, como no sea a casa y a bordo de ese buque.

Setum sonrió como solía hacerlo, abriendo su enorme boca hasta ofrecer el brillo de su perfecta dentadura a la luz de la luna. Sin decir una palabra más, se alejó de nosotros. A partir de ese momento, asistimos como espectadores de una obra teatral, aunque muy interesados porque era mucho lo que nos jugábamos en esa acción.

Observamos cómo trepaba Setum por el cable del ancla con extrema facilidad. Una vez en cubierta, quedó fuera de nuestro campo de visión durante largos segundos, tantos que comencé a rezar de forma inconsciente. Sin embargo, poco después comprobamos alborozados que subía la escala del alcázar con lentitud, hasta llegar al tambucho donde el vigilante debía pensar en las musarañas. Fue tan rápido en su acción que no nos permitió observarlo con detenimiento. Llegado a su altura por la espalda, mientras tapaba su boca con una mano, cercenaba su garganta limpiamente con la otra. Lo dejó situado en el mismo sitio, como si se mantuviera sereno y en atenta vigilancia.

Esperábamos su señal pero esta no se producía. Por el contrario, paseó por cubierta, con lo que otra vez quedó fuera de nuestro campo de visión. Pero fue corta la tensa espera. Poco después, alzado en la borda del costado de babor, agitó su brazo con energía, mientras nos señalaba el costado de estribor para abordar el buque.

Nos movimos en silencio. Gateamos por el cauce del río, con lo que el peso de *Pecas* se hizo menos soportable. De esta forma alcanzamos el embarcadero. Miré en dirección al pueblo y sentí un gran alivio al comprobar que tan solo se distinguían dos de sus casas oscurecidas, quedando el resto fuera del campo de visión. Por fin, llegamos al costado de estribor y comenzamos a saltar la borda, que se elevaba un metro por encima del muelle, sin ofrecer el menor ruido. Pocos segundos después, nos encontrábamos en cubierta en el más absoluto de los silencios. Deposité a *Pecas* sobre un rollo de estachas, mientras Setum se acercaba para hablarme con voz queda.

—Había otro vigilante a proa, al pie del bauprés. Casi me topo con él de morros. Menos mal que se encontraba adormilado y no llegó a enterarse de su muerte. He recorrido toda la cubierta y no aparece nadie más. Debemos dedicarnos a la dotación sin pérdida de tiempo.

Tras inspeccionar el barco en silencio y con rapidez por su cubierta, reuní a mis hombres. Deduje que el bergantín contaría con un único sollado para la dotación, cuya escala se vislumbraba en el combés. Las dos bodegas se encontraban llenas de

fardos, por lo que no eran utilizables como prisión. Sin embargo, bajo un enjaretado de proa, se atisbaba una especie de amplio pañol, idóneo para almacenar a los marineros dormidos y cerrarlo con trampilla desde arriba, aunque debieran amontonarse como borregos. Pasé rápidamente a la acción.

—Martín, toma diez hombres y baja al sollado. Comprobad que se encuentran profundamente dormidos y no reaccionan a los golpes. En ese caso, transportadlos hacia el compartimento que os he señalado en proa. En caso de duda, si cualquier miembro de la dotación efectúa el más mínimo movimiento o abre los ojos, cortadles el gaznate con rapidez y en silencio. Dos hombres conmigo a popa, a los camarotes de oficiales. El restante permanecerá en cubierta con el guardiamarina Cisneros.

—¿Y yo, mi comandante? —preguntó Setum con una sonrisa en su rostro.

—Ve con Martín y ayúdales, por favor.

De esta forma nos dividimos. Me dirigí hacia popa, seguido de los hombres seleccionados. Descendí la escala bajo el alcázar lentamente, sin producir ruido, con la cimitarra en mi mano derecha y la gumía en la izquierda. Se nos apareció un corto pasillo, al final del cual se encontraba una puerta, por cuya rendija inferior se dejaba filtrar un rayo de luz. A banda y banda, dos cortinas verticales parecían dar paso a otros posibles alojamientos. Señalé a un hombre para cada uno de ellos, recordándoles con el movimiento de mis manos lo que debían hacer.

Me dirigí a popa sigilosamente. Intenté escuchar con el oído pegado a la puerta, sin percibir sonido alguno. Tomé el pomo en mi mano, que giraba con inesperada suavidad. Abrí poco a poco, hasta comprobar a mi izquierda que la luz procedía de un candelabro vertical oscilante. Cuando pude atisbar en su interior con suficiente amplitud, observé una mesa al fondo, con una silla tras ella, pegada al mamparo de popa, donde se encontraba un oficial uniformado. El que, sin duda, debía ser el comandante del bergantín, apoyaba su cara sobre el tapete de la mesa, entre dos cartas marinas, dormido. Me acerqué a él en silencio, hasta llegar a su altura. Con la punta de la cimitarra toqué su hombro dos veces. Para mi sorpresa, despertó con rapidez. Como era de esperar, su rostro mostraba asombro e incredulidad. Antes de que llegara a preguntar, puse la punta del arma contra su cuello. Le hablé en inglés con un suave susurro.

—Si dice una sola palabra le corto el cuello. Soy el guardiamarina Leñanza, de la Armada española, y acabo de tomar posesión de este bergantín. Considérese, por lo tanto, apresado. Si sigue mis instrucciones, será tratado de acuerdo a su rango. Si me asegura bajo palabra de honor que no tomará las armas contra España hasta el fin de las hostilidades entre ambas naciones, podrá moverse en libertad. Si desea contestarme, hágalo en voz muy baja o me verá obligado a matarle.

El teniente de navío, empleo que se apreciaba en su casaca abierta, mostraba un rostro tan pálido como la cera. Se mantuvo en silencio mientras clavaba sus ojos en mí, con el odio reflejado en ellos. Por fin, respondió en un suave murmullo.

—Le advierto que este buque navega bajo pabellón de la Orden de Malta.

Contraviene usted...

Detuve su parloteo, alzando la gumía.

—Por favor, no caiga en el deshonor que no merece su uniforme. Aunque ya sé que navegó con pabellón falso, prueba de su poca caballerosidad, no presuma de ello. Manténgase en silencio. Ya veo que no merece usted el trato que corresponde a un oficial.

Me mantuve sin mover un solo dedo, con el arma pegada a su cuello, durante largos segundos, hasta que los dos hombres que me acompañaban acudieron a mi lado. En voz baja me informaron.

—El departamento de estribor, vacío, señor. En el de babor, dos jóvenes oficiales dormidos y sin posibilidad de despertar. Los hemos amarrado a sus camas.

—Bien hecho.

Fue el momento en el que el teniente de navío intentó una locura sin sentido, propia de un indecente bellaco. Su mano derecha se había deslizado hacia el borde de la mesa, poco a poco. De pronto, observé que comenzaba a sacar de una estantería inferior un enorme pistolón. No me ofrecía otra alternativa, por lo que clavé la cimitarra en su garganta con fuerza. Brotó un chorro de sangre como el agua de una fuente, que me alcanzó en el pecho desnudo. En pocos segundos, cayó sobre la mesa, mientras mantenía el arma en su mano. Tomé la pistola y comprobé que no estaba amartillada. Por fin, la situé en mi cintura.

Volvimos a cubierta, donde asistí al trasiego de personal. Mis hombres transportaban a la dotación inglesa hacia el pañol de proa. Martín se acercó con rapidez.

—No es posible que ninguno despierte, señor. Debieron beber el ron hasta saciarse. Nuestros hombres se dedican a meterlos en el agujero de proa. He enviado a los dos más veteranos a recorrer el barco de quilla a perilla, no sea que algún listillo se haya camuflado. La dotación era superior a lo imaginado; más de sesenta hombres.

—Ya me lo figuraba. El comandante ha muerto. Quiso sorprenderme y tuve que usar mi arma. Dos oficiales se encuentran amarrados en popa; quiero que los vigilen hasta que despierten y pueda hablar con ellos —me volví hacia mi amigo—. *Pecas*, acompáñame al camarote del comandante.

Volvimos al camarote de popa, de donde ya se había retirado el cuerpo sin vida. Sobre la mesa se encontraban dos cartas marinas que deseaba inspeccionar, manchadas en parte con la sangre derramada.

—Aprovechemos esta carta para comprobar que podemos salir a la mar en franquía desde el embarcadero, no sea que se encuentre algún bajo en el camino.

Los dos observamos con atención la carta, donde se encontraba trazado el rumbo de salida. Por fortuna, la costa aparecía limpia, con lo que podíamos tomar cualquier rumbo de componente norte. Comprobamos que Tinsuf se encontraba, prácticamente, al sur de la bahía de Algeciras, un poco hacia levante, con lo que la distancia a recorrer era pequeña. Me sentí feliz al pensar en la sencillez de la maniobra. *Pecas*

me devolvió a la realidad.

—Enhorabuena, comandante del *Hercules* —palmoteo mi espalda con alegría—. Te recuerdo que tomas el mando de este hermoso buque, impropio de tu grado de guardiamarina, el 16 de junio de 1782.

—Muchas gracias, segundo comandante. Lo hemos conseguido entre los dos. Ahora debemos reunimos con Martín para analizar la maniobra. Salimos a la mar, amigo mío. Regresamos a casa.

—No sabes el placer que siento al escuchar esas palabras, *Gigante*. He sufrido mucho.

De forma instintiva, nos abrazamos. Fue entonces cuando comprobé que *Pecas* lloraba. Después de todo, pensé, no era más que un niño que vivía a demasiada velocidad. También yo me sentí emocionado, mientras me apretaba a él con fuerza.



A bordo del bergantín Hercules

Y salimos a la mar con el bergantín apresado. Cuando a estas alturas de mi vida, después de haber corrido tantas situaciones comprometidas en mares y océanos a lo largo de los años, echo la vista atrás con mis recuerdos prendidos en esos momentos, admiro y añoro aquella esplendorosa y juvenil osadía marinera. Deben tener en cuenta que *Pecas* y yo llevábamos tan solo nueve meses en la Armada, que nos encontrábamos encuadrados como guardiamarinas de primer año, con lo que nuestra formación naval, aunque acrecentada en duras situaciones de combate, era todavía escasa.

Sin embargo, alborozados tras la presa, nos dispusimos con inagotable intrepidez a salir de un puerto desconocido, en un barco cuya cubierta habíamos pisado por primera vez pocas horas antes, con una reducidísima dotación de hombres todavía desnutridos y escasos de fuerzas tras un penoso cautiverio. Pero cualquier dificultad parecía superflua e insignificante. Aunque peligros de todo tipo podían presentarse en cualquier momento, solo pensábamos en aproar al norte para regresar a España con el barco inglés en nuestras manos.

Una vez reconocido el buque con minuciosidad, comprendimos que acabábamos de apresar una formidable unidad de combate. El bergantín era de reciente construcción, con sólido y limpio maderamen, dos palos cuya guinda se mezclaba con las estrellas y una eslora de 115 pies, nada parecido al *pequeño bergantín* que nos habían anunciado semanas atrás. Disponía de doce cañones de *a 12* en portas, uno grande de *a 24* en proa, más dos pequeños de bronce sobre el alcázar, un verdadero lujo. Además, su carga se encontraba casi al completo, sus despensas bien llenas y gran cantidad de armas portátiles en el pañol. Disponía de una unidad de combate bajo mis pies y bajo mi mando, apresada al enemigo tras escapar de un penoso cautiverio. ¿Qué más podría pedir un joven guardiamarina de diecisiete años, nacido en Fuentelahiguera de Albatages e hijo de un galeote?

Por fortuna, el comandante al que había dado muerte con aquella pasmosa naturalidad, había dejado el barco listo para salir a la mar en una posición que facilitaba la maniobra al máximo, con un ancla fondeada a proa a larga distancia, posiblemente con uno de los botes, una lección que aprendí para futuras ocasiones. Tras conversar con *Pecas*, Martín y Setum, nuestro invariable consejero que parecía docto en todas las materias, decidimos salir a la mar de inmediato y recoger las últimas bocanadas de ese viento terral que nos impulsaría favorablemente hacia el norte, casi de empopada.

Distribuimos los hombres de acuerdo a sus escasos conocimientos, con el

incansable y noble Martín, un sargento artillero en funciones de contramaestre, al frente del personal en cubierta. Por fin, largamos las estachas a tierra y cobramos del cable del ancla, con lo que el bergantín comenzó a despegarse del muelle y navegar lentamente hacia proa, conforme el cabrestante giraba su rueda. Cuando tuvimos el ancla a pique^[54], nos separaba una generosa distancia del embarcadero, momento en el que ordené izar la cangreja del mayor, operación de la que se ocupó Setum con tres hombres y admirable diligencia.

Y se produjo el milagro. Conforme la vela corría a lo largo del palo, comenzó a hincharse suavemente, con dulces gualdrapazos, hasta quedar ligeramente abombada por el escaso viento. Pero ya navegábamos hacia el norte. Tras haber comprobado en la carta que Tinsuf se encontraba a pocas millas a poniente de la isla del Perejil, decidí que con rumbos de componente norte acabaríamos por descubrir costa española en poco tiempo. Pero nunca olvidaré aquella maravillosa sensación al comprobar que era yo quien mandaba en el buque, que ese animal de madera y hierro navegaría de acuerdo a mi voluntad. De pie en el alcázar, con *Pecas* al timón, me sentí el rey de los mares hasta llegar a la conclusión, por monstruosa que parezca, que la experiencia tan extraordinaria que vivía, compensaba con creces los duros momentos del cautiverio.

Comenzaba a clarear el alba cuando el viento roló poco a poco, hasta quedar entablado en un poniente fresquito. Cazamos la cangreja a conveniencia, con lo que ahora se mantenía henchida como un globo, a la vez que escoraba el barco a estribor. Dado el escaso número de hombres que disponíamos, decidí continuar con esa vela solamente, que nos proporcionaba un andar moderado pero seguro. Navegábamos con el viento de través, con lo que enmendé ligeramente el rumbo a babor, para tener en cuenta el abatimiento^[55] en la derrota. De acuerdo al plan previsto, cuando las luces del crepúsculo comenzaron a iluminar lo suficiente, Martín alistó con nuestros hombres dos cañones por banda, en previsión de un posible encuentro con naves enemigas. Observé el penoso esfuerzo que llevaban a cabo para estibar las balas y cartuchos en sus cercanías. Era fácil comprender que nuestros hombres no daban más de sí.

Antes de que el sol hiciese su aparición, ya observábamos en la lejanía la costa española, lo que aumentó la moral de todos. Suponía que con el rumbo que llevábamos, debería aparecer punta Carnero por la proa, más o menos, aunque ya tendríamos tiempo para enmendar. Fue ese el momento en el que *Pecas*, eufórico como yo y manejando la caña con soltura a pesar de su pierna maltrecha, me hizo caer en la cuenta de un detalle que no había tenido en cuenta.

—¿Te imaginas la llegada, *Gigante*?

—¿Qué quieres decir?

—Pues que salimos hace dos meses en una cañonera destartalada, fuimos hundidos por un navío en desigual combate, y apareceremos en Algeciras como por arte de magia a bordo de un hermoso bergantín, apresado al inglés con toda su carga.

Seremos héroes nacionales —parecía un niño que relata una travesura.

—Tienes razón. Supongo que nuestro general se pondrá contento.

—Puedo imaginar perfectamente su reacción. Seguro que hasta nuestro Señor don Carlos deseará conocer a ese par de guardiamarinas osados y valientes. Por cierto —*Pecas* elevó la mirada hacia el pico de la cangreja—, no llevamos izado pabellón alguno, con lo que somos en estos momentos un barco pirata.

—Pues tienes razón.

Era un detalle en el que no habíamos reparado. Llamé a Martín con urgencia, ordenándole que buscara en las cajas de banderas, a ver qué podía encontrar. Por desgracia, poco después apareció con una bandera británica y otra de la Orden de Malta como único botín. Decidí izar la segunda, para evitar que algún barco español la tomara con nosotros. Era un caso de fuerza mayor, que nos obligaba a ostentar un pabellón que no nos correspondía.

A mediodía, repartimos un rancho más que extraordinario, aunque ya algunos marineros habían mordisqueado en diferentes focos. Comimos y bebimos hasta hartarnos, disfrutando del momento. *Pecas* y yo lo hicimos en el alcázar, donde hincamos el diente a un magnífico asado de cordero, cocinado por Setum, así como queso de oveja y una botella de vino italiano que nos supo a gloria. Dimos de comer a los dos oficiales, confinados en sus camarotes bajo palabra de honor, así como agua a los marineros que despertaban en el pañol de proa.

Y seguimos navegando con increíble facilidad. Debo reconocer que las condiciones meteorológicas nos echaron una buena mano, porque no podíamos pedir una mar y un viento más favorables de los que disfrutábamos. Pensaba que encontraríamos algún barco español en nuestra derrota, de los dedicados al bloqueo, pero avistamos la punta del Fraile sin presencia de otras unidades, momento en el que enmendé el rumbo a estribor. Ya se veía con claridad el perfil de la costa, que reconocimos, e incluso el peñón gibraltareño se hizo visible por la amura. *Pecas* cantaba una canción, actividad desconocida en él.

—¿Qué cantas, enano?

—Algo que escuché en el teatro. Pero es igual, la vida es hermosa, gigantón, y pronto estaremos en casa. Por cierto, que debo enviar urgente recado a mi padre. En el caso de que el morisco endemoniado se encuentre en espera del oro, deberá meterlo en prisión con la apropiada caricia en sus lomos. Supongo que mi familia se trasladaría hace semanas a la hacienda que poseemos cerca de Castellar de la Frontera, al conocer nuestra situación de cautiverio. De esa forma, se encontrarían más cerca de la costa africana.

—¿Queda muy lejos de nuestra base esa hacienda? —pregunté, interesado.

—A pocos kilómetros de la bahía de Algeciras. No te preocupes, que tu amada Cristi estará allí. Y esta vez sí que tengo proezas e historias para contar, sin inventar nada —reía con inmensa felicidad.

—Por favor, *Pecas*, no vayas a engordar demasiado la historia, que te conozco.

—No es necesario esta vez. Con narrar la verdad, quedarás como un héroe incomparable. Por cierto, *Gigante*, ¿sabes por dónde navegamos ahora mismo?

—Sí —comprendí sus pensamientos—. En estas mismas aguas nos clavó la proa aquel navío de dos puentes y comenzó nuestro calvario.

—¿Calvario dices? Un calvario relativo. Pero, en efecto, aquí tuvo lugar el abordaje. Cómo puede cambiar la vida en dos meses.

Mi cerebro retrocedió al comentario anterior de *Pecas*, el de la posible cercanía de Cristi, con lo que me inundó una inmensa felicidad. La imagen de su cara abordó mi cerebro en plácidas oleadas. También pensé en mi padre. Sentía que no estuviese allí, en Algeciras, para gozar del inmenso orgullo al observar cómo su hijo llegaba con un buque inglés apresado.

Pero aparté los pensamientos porque ya doblábamos punta Carnero, para aproar hacia nuestra base. La visión de la bahía de Algeciras se abrió por nuestro costado de babor, lo que nos causó una profunda emoción. Poco después nos cruzamos con dos cañoneras en adiestramiento, en las que reconocimos algunos compañeros de Ferrol. *Pecas* les gritó con toda la fuerza de sus pulmones, aunque no nos reconocieron en la distancia.

—¡Serán cretinos! No me han reconocido.

—¿Cómo te van a reconocer a esa distancia? Recuerda que navegamos en un bergantín con bandera de la Orden de Malta.

—Pero al ver la firmeza con que navega este barco, debían suponer que el gran *Pecas* se encuentra al timón —volvió a reír históricamente, con la más pura expresión de felicidad reflejada en su cara.

—Déjate de chorradas y mantén la proa.

—Lo que mande, mi comandante.

Pocos minutos después, arriábamos la cangreja para fondear el ancla muy cerca del embarcadero de las cañoneras. Nuestros sentimientos bailaban de emoción contenida, por mucho que aparentáramos serenidad. Las dotaciones de algunas falúas, así como diverso personal que trabajaba en el muelle, nos miraban con semblantes extrañados, preguntándose, quizás, qué hacía allí un bergantín con aquel pabellón. La visión de una escasa y desharrapada dotación también debía ser llamativa. Cuando consideré que el barco se encontraba bien asegurado, amarrada la popa a un muerto con la ayuda de un chinchorro, ordené arriar el bote. Desembarcaríamos *Pecas* y yo para informar al jefe de escuadra don Antonio Barceló de nuestra hazaña, y hacerle entrega del buque. Fue el momento en el que Setum, con el rostro entristecido, se acercó a mí.

—Señor. ¿Se acordará de mí?

Sentí una emoción especial al observarlo cohibido y temeroso.

—¿Ya no me llamas cristiano, amigo Setum? —Apoyé mi mano en su hombro.

—Creo que aquí no es prudente —esbozó media sonrisa—. Tengo miedo de que me apresen.

—Nadie te hará daño, Setum. ¿Qué quieres hacer? ¿Regresar a tu tierra?

—En verdad, no tengo tierra ni patria a donde ir —entristeció su semblante—. Si volviera a África, acabaría de esclavo otra vez. ¿Me puedo quedar con vos? Seré un buen criado, su esclavo si lo quiere.

—Nada de eso, Setum. Nunca más te esclavizarán, puedes estar seguro. Te lo juré y así será. Si quieres trabajar para mí, encantado, pero como hombre libre. Y no como criado sino como mi... —Pensaba en algún posible cometido—, como mi ayudante o secretario..., como hombre de confianza o lo que quieras.

—Gracias, señor, gracias.

Tomó mi mano e intentó besarla, pero la retiré con presteza.

—Soy yo quien te estará agradecido toda la vida. Serás mi hombre de confianza, Setum, y velaré por ti. Por supuesto, tendrás tu sueldo.

—Gracias, señor. No se arrepentirá. Seré su sombra y lo protegeré contra todo y contra todos.

* * *

Llegamos al Cuartel General cuando ya la tarde comenzaba a decaer. Aunque en un principio pensé en utilizar algunas prendas de uniforme inglesas camufladas, *Pecas* me convenció de la conveniencia, más llamativa y real, de presentarnos con los restos de nuestras ropas, sucios jirones de tela esparcidos por nuestros cuerpos, y su llamativa herida del muslo al aire. Y así lo hicimos. El marinero de guardia nos miró con cara de pocos amigos, a la vez que nos impedía el paso. Pero *Pecas* se encontraba ya en el cénit de su arrogancia.

—Aparta el arma, bellaco, y avisa con urgencia al teniente de fragata Escach, que los guardiamarinas de Leñanza y Cisneros desean presentarse al jefe de escuadra don Antonio Barceló.

El marinero dudaba sobre lo que debía hacer. *Pecas*, decidido, apartó al hombre hacia un lado con su brazo, subiendo la escalera. Me incorporé a él con rapidez. Buscamos al ayudante, sin encontrarlo en su despacho, lo que nos hizo dudar.

—¿Qué hacemos? —pregunté, desconcertado.

—¿Has dicho qué hacemos? No albergó dudas al respecto. Nos presentaremos directamente a nuestro general. No creo que reciba noticias tan halagüeñas todos los días.

—De acuerdo.

—Una cosa, *Gigante* —me tomó del brazo—. Como debe ser, tú darás la novedad como comandante del bergantín. Pero, por favor, por una vez en tu vida, hazlo de forma rimbombante. Ya sabes, adorna la realidad convenientemente...

—Sé perfectamente lo que debo decir, enano.

Con la osadía que nos caracterizaba en las últimas horas, llamamos a la puerta del jefe de escuadra Barceló. Se escuchó la autorización con su característica voz.

Entramos en el despacho donde nos recibiera aquel primer y ya lejano día. Nuestro general se encontraba con su típica y arrugada camisola, las mangas remangadas, mientras dictaba algún oficio o carta a su ayudante. Ambos nos miraron desconcertados, sin comprender cómo aquellos dos hombres con aspecto de delincuentes, se presentaban de esa forma. Nos adelantamos hasta su altura, momento en el que le di la novedad.

—A sus órdenes, mi general. Se presentan los guardiamarinas Leñanza y Cisneros, de la dotación de la cañonera 23. Fuimos abordados por el navío inglés *Egmont* durante el combate del 12 de abril, que volteó la lancha. Por efecto de la fuerte colisión, perdimos cuatro hombres y sufrimos varios heridos, entre ellos dos marineros y el guardiamarina Cisneros de gravedad —*Pecas* señaló la herida de su muslo con ostentación—. Una vez recuperada la lancha en posición, quedamos al garete, sin remos, aparejo ni armamento. Los dos marineros heridos murieron a bordo durante la noche. La mar y las corrientes nos llevaron hasta la costa africana, donde fuimos apresados por unos moros a las órdenes del bajá de Tarfí, poblado donde fuimos confinados en una inmunda choza, en terribles circunstancias. Después de dos meses de penoso cautiverio, escapamos hasta el puerto de Tinsuf, donde teníamos noticias de que un bergantín inglés compraba suministros para la plaza sitiada, de forma regular, navegando bajo pabellón de la Orden de Malta. Con nuestros 14 hombres atacamos el bergantín inglés *Hercules*, tras adormilar a la dotación con ron mezclado con láudano y adormidera. Tuve que matar al comandante inglés en defensa propia, tras rechazar indecorosamente mi ofrecimiento como caballero. Mis hombres acabaron con la guardia de cubierta. Hace pocos minutos acabamos de fondear junto al embarcadero de las cañoneras, con 62 hombres de la dotación inglesa encerrados en la escotilla de proa y dos oficiales apresados en su camarote. El buque, un precioso y nuevo bergantín de 13 cañones, se encuentra en perfectas condiciones para prestar servicio.

Barceló nos miraba con la boca ligeramente abierta, sin reaccionar todavía, mientras la sonrisa se reflejaba en la cara de su ayudante. Por fin, el jefe de escuadra abandonó su asiento, dirigiéndose hacia nosotros.

—Que la víbora del Nilo me coma los intestinos. Si no fuera porque les conozco, diría que he escuchado una historia de aventuras. Pero sois vosotros, aquellos primeros voluntarios de Cartagena. Dadme un abrazo, muchachos.

Nos rodeó con sus brazos, como un padre haría con sus más queridos hijos, hasta conseguir emocionarnos. Nos miraba y remiraba sin descanso, mientras golpeaba sus manos entre sí. Se acercó nervioso hasta su ventanal, desde donde se podía observar el *Hercules*. Se volvió hacia nosotros, mientras reía y saltaba como un niño. Por fin, nos hizo sentar junto a él, a la vez que ordenaba a su ayudante una jarra de vino.

—Supe de vuestro valiente combate, de cómo desmocharon el bauprés de una fragata y el abordaje sufrido por un navío. Pero les dimos por desaparecidos con gran pena. Su aventura es increíble. Y la presa no es de despreciar, un fantástico y

marinero bergantín que engrosa nuestras fuerzas de bloqueo, por lo que recibirán el caudal de apresamiento que marca la ley —se giró hacia su ayudante para continuar—. Hombres así son los que necesitamos, Jaume, hombres con un par de melones bien puestos. Cien Leñanzas y Cisneros me bastan para tomar Gibraltar y conquistar toda la costa africana —volvió a repasar nuestro físico antes de dirigirnos la palabra paternalmente—. Pero ahora deberán recuperarse, muchachos, especialmente usted, Cisneros, con esa pierna maltrecha, aunque los dos se encuentran bastante desmejorados. Descanso y buenos alimentos, eso es lo que les hace falta.

—Lo que usted diga, mi general —me atreví a decir.

—Pero vuelvan pronto que tenemos grandes planes. Pasado mañana llegará al campamento el duque de Crillón, para tomar el mando de las fuerzas sitiadoras por orden de Su Majestad. Por fin, atacaremos la plaza por mar y tierra, posiblemente en septiembre, utilizando unas baterías flotantes inventadas por un francés llamado *monsieur D'Arcon*, aunque más vale el coraje de hombres como vosotros que mil inventos. Repongan sus fuerzas, pero antes —abrió una sonrisa pícaro en su boca—, quiero saberlo todo. Vamos, muchachos, contadme despacio y con todo detalle la odisea que habéis sufrido o, mejor dicho, disfrutado, que de esto han de enterarse en la Corte y hasta el mismísimo Monarca.

Y le narramos nuestra historia. *Pecas* intervenía en ocasiones, exagerando siempre mi intervención, así como la suya al abordar la fragata. Barceló escuchaba arrobado, como un niño al que se cuenta una narración fantástica y misteriosa. Conforme avanzábamos nuestro relato, me sentía más orgulloso y feliz. Por fin, bebimos y brindamos con nuestro general. Fue, sin duda, el colofón magnífico de aquella inolvidable experiencia.



Agasajos y noticias inesperadas

Como pueden comprender, vivimos en una nube de rosas los siguientes días, una maravillosa nube de la que no deseábamos descender. Por decisión propia, nos aposentamos en el palacete campestre con nuestros compañeros, que sintieron una enorme alegría al comprobar el regreso de los que consideraban perdidos. Debíamos narrar una y otra vez nuestra fantástica odisea, mientras descorchábamos botellas de vino, con las imprescindibles variaciones que *Pecas* aplicaba en cada momento.

De forma oficial, el jefe de escuadra Barceló nos concedió licencia reglamentaria por enfermedad y convalecencia con prest, indefinida en el caso de mi amigo *Pecas* hasta la completa recuperación de su pierna, así como de un mes de duración en mi caso, prorrogable por otro si lo consideraba necesario. Asimismo, comenzaron a correr por el cuartel rumores sobre propuestas de recompensas para nuestras personas, en las que no creí realmente, porque los rumores solían perderse en el viento con gran facilidad.

Pecas recibió noticias de su padre, todavía en la Corte, en las que le anunciaba el ingreso del morisco como forzado en el Cuartel de Moros y Presidarios de Cartagena, condenado a diez años de galeras, cuatrocientos azotes y vergüenza pública, una pena máxima de la que nos regocijamos. Incluso brindamos por los azotes del morisco felón que a punto estuvo de borrarlos de la faz de la tierra. También se había denunciado ante la Corte del Sultán de Marruecos, con la que se mantenían excelentes relaciones, la actitud del autotitulado bajá de Tarfí y los aprovisionamientos ingleses en el embarcadero de Tinsuf, para que tomara las medidas pertinentes. Por fin, el duque de Montefrío avisaba a su hijo de su pronta llegada a la hacienda Las Garitas del Marqués, situada en los alrededores de Castellar de la Frontera, cuando diligenciara unos importantes asuntos, donde debería reunirse con su familia. Asimismo, se solicitaba mi presencia en la hacienda con objeto de conseguir el pleno restablecimiento de mis fuerzas, si les concedía ese privilegiado honor.

No se podía imaginar un futuro más feliz y prometedor. Agasajado como un héroe por amigos y enemigos, con una buena bolsa de doblones a la vista por la presa conseguida, la posibilidad de alguna recompensa o especial honor por parte de la Corona y, de forma muy especial, el simple hecho de pensar que, en pocos días, me encontraría junto a María Cristina, colmaban mi pecho de júbilo. Además, y en pura realidad, mis fuerzas se encontraban ya muy cerca de su nivel normal. ¡Un mes de intensa felicidad por la proa!

Fuimos invitados de forma expresa al relevo de mando que tuvo lugar el 19 de

junio, con lo que recibimos la personal felicitación por parte del entristecido teniente general Álvarez de Sotomayor, así como del duque de Crillon, nuevo caudillo de las fuerzas sitiadoras, que acababa de recibir de Su Majestad el ducado de Mahón con Grandeza de España, por la valerosa reconquista de la isla de Menorca a los ingleses. Fue una ceremonia ostentosa y emocionante, en la que tomamos parte activa, ya que debimos relatar una vez más, ante los mandos del Ejército, nuestras peripecias africanas, una narración en la que *Pecas*, poco a poco, alcanzaba cotas extraordinarias de fecunda e inagotable imaginación.

Conseguí, por fin, disponer del tiempo necesario para redactar el informe preceptivo de nuestro cautiverio, apresamiento y operaciones a bordo del bergantín, que entregué al jefe de escuadra Barceló, para su elevación a la Dirección General de la Armada, así como su inclusión en nuestra hoja de servicios que, en tan escaso tiempo, acumulaba gran cantidad de hechos notables. Nuestro general tuvo el generoso detalle de llevar a cabo el relevo del bergantín *Hercules* con la mayor pompa posible, una ceremonia en la que formé en cubierta con mi reducida dotación, que también era agasajada como merecía, para entregar el mando al teniente de navío Raúl de Comesaña y Lancares, quien me abrazó efusivamente al recibirlo. El buque continuó con el mismo nombre, aunque se castellanizara la divinidad con la necesaria virgulilla sobre la primera vocal, con lo que quedaba correctamente acentuada la palabra *Hércules*. Sentí una especial emoción al observar cómo navegaba airosamente con todo su aparejo por la bahía de Algeciras aquel buque que, en mi fuero interno, consideraba como una parte de mi alma.

También conseguimos solucionar el problema de Setum, al que se le cedió una habitación individual junto al personal de servicio en el palacete de guardiamarinas, aunque quedara a disposición nuestra con rango de secretario. Como pueden comprender, pocas peticiones se negaban en aquellos momentos a los guardiamarinas héroes de Tarfí y Tinsuf. Además, *Pecas* se involucró personalmente en su necesaria rehabilitación, proyectando para él un adecuado futuro a nuestro lado. Decidió que marcharía a la hacienda con nosotros, como un secretario privilegiado.

Pero la vida es caprichosa y cambiante como la misma mar, por lo que los chubascos más violentos pueden aparecer tras días soleados en calma dichosa. Ese vaivén que, después de todo, nos mantiene en jaque permanente y da sabor, agrio o dulce, al plato de nuestros sentimientos, se presentó de improviso y sin advertencia previa en mi gozosa existencia. Tuvo lugar el 21 de junio, una fecha que nunca olvidaré, porque hay momentos que jamás abandonan nuestros pensamientos a lo largo de toda la vida.

Era una mañana soleada y calurosa. *Pecas* y yo retocábamos nuestros nuevos uniformes, conseguidos a cargo de la Real Hacienda, para asistir desde la azotea del Cuartel General a unos ejercicios de tiro de las nuevas lanchas obuseras, invitados por Barceló. Se trataba de probar su estabilidad, así como el poder de las nuevas bombardas recibidas del Parque de Artillería. Sin embargo, el personal de guardia me

envió recado que tenía una visita en el saloncito reservado al efecto. No sabría explicarles la razón, pero tuve el presentimiento de que algo malo sucedía, por lo que apresuré mi presencia.

Al entrar en la sala, encontré a don Alonso Sanromán, aquel administrador que puso la primera piedra en mi carrera para sentar plaza como guardiamarina. Se levantó con presteza, mostrando un rostro sombrío, a la vez que movía sus manos con nerviosismo. Se dirigió a mí con respeto.

—Buenos días, señor de Leñanza.

—Me alegro de verle, señor Sanromán —me sentía nervioso, asombrado de la inesperada presencia que nada bueno podía presagiar—. ¿A qué debo el honor de su visita?

—En primer lugar, permita que me sume al clamor popular y le felicite por su hazaña. No se habla de otra cosa en la zona —su mirada trataba de evitar mis ojos, a la vez que ofrecía una sonrisa que no llegaba a superar el listón de una mueca dolorosa—. Por desgracia, no son noticias buenas las que le traigo.

—¿Mi padre? —Bajé el tono de mi voz—. ¿Le ha sucedido algún percance?

Golpeó el faldón de su negra levita con la mano, como si intentara desprender unas motas de polvo inexistentes.

—¿Le parece que tomemos asiento?

—Por supuesto. Perdone que no se lo haya ofrecido —le señalé el sillón del que se había levantado—. Pero, por favor, hable de una vez.

—Hace dos meses, cuando llegaba usted a tierras africanas, se abatió una epidemia de peste en Castilla, aunque muy localizada, para fortuna del Reino, en la provincia de Guadalajara, especialmente entre los municipios de Yunquera de Henares, Humanes y Torrelaguna. Ha sido un caso extraño de epidemia, según se dice provocado por un comerciante levantino, que trasladó sus mercancías desde un puerto valenciano hasta Humanes, donde aparecieron unas ratas de vientre blanco nunca vistas que, según dicen los expertos, son típicas de los puertos de mar y transmisoras de la enfermedad. Declarada como zona infectada, se tomaron estrictas medidas sanitarias, sin permitir movimiento alguno de personas o animales en esa provincia.

Se detuvo como si temiese continuar con las noticias a las que se veía obligado. Me adelanté.

—Y la epidemia alcanzó a Fuehtelahiguera de Albatages. ¿No es así?

—Sí señor. La mortandad ha sido espantosa. Debo decírselo aunque le produzca un gran dolor. En esa epidemia encontraron la muerte sus padres y hermanos —bajó el tono de su voz, a la vez que miraba a su alrededor para comprobar que nos encontrábamos en soledad.

—¿Todos? —Apenas podía articular las palabras.

—Sin excepción. Se decretó la incineración de los cadáveres, conforme aumentaba el número de bajas, así como de las casas donde se habían producido gran

cantidad de víctimas. El pueblo quedó diezmado. Siento tener que comunicárselo. Le aseguro que apreciaba a su padre de verdad.

Mi mente quedó en blanco. No sentía nada, ni siquiera dolor. Sin embargo, una angustia grande se apoderaba de mí, como si hubiese comido alimentos en mal estado. Don Alonso continuaba su parlamento, aunque me costaba trabajo seguir sus palabras.

—Puede estar orgulloso de su padre, señor de Leñanza, como él lo estará de su hijo desde el cielo. Tuvo la frialdad y el valor necesario hasta el último momento.

—¿Qué quiere decir?

—Cuando comprendió que morirían todos, me escribió una larga carta. No sé como pudo hacérmela llegar hasta la Corte en aquellos días, con la cuarentena tan estricta que pesaba sobre la comarca. En ella me enviaba un poder, a la vez que me comunicaba que, si se producían sus muertes como creía probable, vendiera todas sus propiedades en Fuentelahiguera de Albatages y que el producto de las ventas, unido al capital que mantenía depositado conmigo, lo invirtiera de forma adecuada a nombre del guardiamarina don Francisco de Leñanza y Martínez de los Cobos —le costaba continuar la conversación, igual que a mí el escucharla—. Así lo he venido haciendo desde que se decretó el fin de la epidemia. Le advierto que, en conjunto, disponía su padre de una respetable fortuna. Estoy a su entera disposición. Si así lo desea...

—Lo dejo todo en sus manos, señor Sanromán. Confío en usted, igual que hizo mi padre.

—Le repito que, en estos últimos años, llegué a apreciar a su padre de verdad. A pesar de la fama que algunos me achacan, justificada en ciertos casos, puede estar convencido que invertiré su hacienda en la forma adecuada para que le rente lo máximo y con absoluta seguridad. He iniciado las gestiones para comprar a su nombre una rica y extensa hacienda en tierras extremeñas, propiedad que el marqués de Maltesa, muy aficionado al juego de naipes, vende a muy bajo precio por encontrarse en la ruina más absoluta. Será una buena...

—Por favor, señor Sanromán, le ruego que me perdone pero no me interesan los detalles en este momento. Le repito que confío plenamente en usted. Lleve a cabo las gestiones que estime oportunas.

—Lo comprendo y le pido disculpas por entrar en tales disquisiciones en momentos tan tristes. Le mantendré al corriente, puntualmente, de la marcha de sus bienes. Le repito mi condolencia más sincera y no se trata de frase obligada.

—Lo sé, señor, y se lo agradezco.

Dirigía la mirada hacia la pared aunque nada veía en ella. Las palabras bailaban en mi cerebro y lo martilleaban sin sentido. Esperaba y deseaba despertar de aquella terrible pesadilla en cualquier momento, lo que sabía imposible. Escuché la voz del administrador una vez más.

—Si no se le ofrece nada, me despido, señor de Leñanza. Solamente me permito

una pequeña recomendación. Debe usted testar. Dada su arriesgada profesión y su..., su particular posición familiar sin pariente alguno, debe dejar como posible heredero de sus bienes a quien estime oportuno.

No contesté aunque observé cómo don Alonso abandonaba su asiento y volvía a mover con nerviosismo sus manos. Pareció recordar un detalle importante y olvidado. Introdujo su mano en un bolsillo interior, a la vez que me dirigía sus palabras en un ligero susurro.

—Por último, aquí tiene una nota de su padre. Me llegó adjunta a la carta, con la orden de entregársela si se producía lo que estimaba inevitable.

Ya en pie, tomé la hoja doblada de sus manos. Como un autómatas, la deslice en el bolsillo de mi casaca. Por fin, lo miré a los ojos, comprobando su emoción.

—Muchas gracias por todo lo que ha hecho por mi padre y por mí, don Alonso. No lo olvidaré nunca.

—Me tiene a su servicio, señor de Leñanza.

Cuando salió volví a tomar asiento. No derramé una sola lágrima aunque el dolor, por esa causa, era todavía más insoportable. Por mi cerebro se desgranó mi vida en rápidos y esporádicos retazos, aunque dominaba el rostro de mi padre por encima de todo. Deseaba llorar pero no podía. Tan solo aquella extraña y dolorosa angustia parecía dominar mi cuerpo y el ambiente que me ahogaba. Escuché el ruido de la puerta. Era *Pecas*. Me observó en silencio y comprendió que algo terrible había sucedido. Tan solo emitió una ligera frase, dicha con voz queda.

—¿Deseas hablar, amigo mío?

—Ahora no, *Pecas*. Ahora, no, por favor.

Se acercó hasta mí sin pronunciar palabra. Golpeó con suavidad mi espalda durante unos segundos, en silencio. Por fin, se decidió.

—Ya sabes que me tienes para todo lo que necesites, sea lo que sea.

—Ya lo sé, *Pecas*.

Y se marchó dejándome otra vez en soledad, en la soledad que necesitaba. En esa situación me mantuve durante varias horas.

Me tumbé sobre la cama a primeras horas de la tarde sin haber comido. Retrasaba el momento de forma inconsciente, a sabiendas de que llegaría tarde o temprano. Creo que comenzaba a declinar el sol cuando saqué la nota de mi padre y la leí, leí aquellas palabras que bailaban en el papel y se clavaban en mi corazón:

Queridísimo hijo: No son buenas las noticias que te llegarán a través de don Alonso, si lo que preveo llega a su término. Después de todo, gracias a tus ansias de aventuras, has salvado la vida, lo que me reafirma en que tomé la decisión acertada en su momento. Ya sabrás las últimas disposiciones que he tomado. Con estos sucesos queda tu vida desligada de Fuentelahiguera de forma definitiva, lo que es conveniente para ti y tu futuro. Puedes confiar en don Alonso, que mantendrá tus bienes a buen recaudo, con la necesaria discreción. No pienses con tristeza en tu familia que se ha ido y solo recuerda los buenos momentos, muchos, que pasamos

juntos. Tanto tu madre como yo entregaremos nuestra alma a Dios con la felicidad en nuestros rostros, al pensar en la esperanzadora vida que se te abre y de la que tan orgullosos nos sentimos. Estoy seguro que sabrás cumplir como un hombre y llegarás muy lejos en tu carrera, porque vales mucho y eres bueno y honrado. En casa no pudimos olvidar el momento en el que te mostraste con tu uniforme, una estampa que se mantiene grabada en mi cerebro y con la que moriré en paz. No dispongo de más tiempo, hijo mío. Ten la seguridad que te hemos querido con inagotable pasión. Cuando te veas en peligro o en necesidad de afrontar graves problemas, piensa en nosotros y te guiaremos desde el cielo.

Doblé la carta cuidadosamente, guardándola de nuevo en mi casaca. Recosté la cabeza en la almohada, mientras repetía algunos pasajes de la misiva que quedó grabada en mi cerebro. Dirigí la mirada hacia el techo de la habitación y creí verlos, sus rostros bondadosos con una paternal sonrisa dirigida hacia mí. Les envié un beso con la mano. Me sentía más agotado que en los peores días del cautiverio africano, incapaz de mover un solo miembro de mi cuerpo. Sin embargo y para mi sorpresa, quedé profundamente dormido con los rostros de mis padres sobre mi cabeza.



Recuerdo con horror y espanto los días que siguieron a la visita de don Alonso. Me mantuve en una situación extrañamente dolorosa, ajeno a una vida que parecía deslizarse a mi alrededor como un postizo, mientras flotaba por el mundo como un duende enajenado sin retorno posible. Y más que el profundo dolor en sí mismo, me desgarraba una sensación cercana a la deslealtad y el olvido, como si hubiera fracasado en un aspecto tan importante de mi destino. Fue entonces cuando descubrí la verdadera dimensión moral y personal de ese incomparable amigo, *Pecas*, que no solo se había convertido en un hombre hecho y derecho, a pesar de sus escasas proporciones, sino que poseía una extraordinaria inteligencia natural. Creo que lo comprendió todo sin necesidad de decirle una sola palabra. Se dedicó a mí en cuerpo y alma, animándome poco a poco, sin alardes ni molestias innecesarias, de tal forma que parecía una actuación normal y cotidiana.

Pero la vida debía continuar a pesar de todo, una condición que no me sorprendió. Les aseguro una vez más que hablo con conocimiento de causa, porque la vida no es más que un fiel reflejo de esa mar por la que tanto he navegado, capaz de formar en su seno las más terribles y atemporaladas marejadas, para ir cayendo después, poco a poco, hasta ofrecer el más hermoso de los paisajes. Me incorporé a la vida con dolor contenido y pensamientos todavía turbados, aunque *Pecas* se propuso acortar sabiamente el necesario período de curación. No sé cómo, consiguió acelerar la llegada de su familia a la cercana hacienda de Las Garitas del Marqués. Debía pensar, con razón, que la presencia de Cristi podía representar un factor de la mayor importancia en aquellos momentos.

Por fin, en la última semana de junio, *Pecas* marchó hacia Castellar de la Frontera, bien que a la fuerza pues se negaba a hacerlo sin mi compañía. Pero ya el carruaje se mantenía a la espera cuando se requirió mi presencia en la Intendencia del Departamento Marítimo de Cádiz, para firmar todos los pliegos referentes a la reclamación de la buena presa conseguida con el *Hércules*. Lo convencí de que le seguiría en cuanto arreglara los asuntos, acompañado del fiel y leal Setum, que no estaba dispuesto a separarse de mi persona un solo minuto.

Y así lo hicimos. Me instalé con Setum durante cuatro días en una posada gaditana, dedicado al laborioso trabajo del papeleo en su más desesperante extensión, hasta llegar un momento en el que firmaba sin leer ni preguntar, tal era el número de expedientes y declaraciones juradas por mi honor que debía testificar. Pero me sentó bien aquel cambio de aires y la permanencia en soledad, aunque Setum, que también adivinaba mi dolor, deslizara sabios consejos en mi oído que germinaban

fructíferamente. No por eso dejé de narrar mis peripecias gloriosas con más asiduidad de la deseada, pues era requerido a ello por generales y oficiales, cuando reconocían en mí a uno de los dos famosos guardiamarinas de Barceló, como se acabó por denominarnos.

De esta forma, y firmados los papeles del Reino que alargaban mi estancia innecesariamente, pude partir con Setum hacia Castellar de la Frontera. También en este caso nos había sorprendido *Pecas*. A los dos días de llegar a Cádiz, se nos presentó una hermosa calesa, puesta a nuestro servicio de parte del duque de Montefrío, que debería transportarnos a la hacienda, una vez finalizadas las interminables gestiones.

Cuando abandoné Cádiz de forma definitiva, mis sentimientos de dolor se habían calmado lo suficiente, a la vez que otros, de nerviosismo e impaciencia, tomaban el relevo sin pausa. Fue en el momento de ordenar al cochero el camino que nos debía conducir a la hacienda de los Montefrío, cuando comprendí que al término del viaje encontraría a Cristi, que estaría a su lado y podría observar sus ojos de color aguamarina a corta distancia. Volvió su imagen con fuerza a mi cerebro, eclipsando para mi fortuna otros pensamientos.

Como salimos pasada la meridiana y deseaba llegar a la hacienda a media mañana, para disfrutar de la luz veraniega en mi primer encuentro con Cristina, tomamos el camino con tranquilidad. Fiel a mi plan, hicimos noche en la posada llamada *El hogar de Sancho*, una vez alejados de la villa de Tarifa, esa punta de lanza española que se dirige hacia el continente africano con orgullo. Tuve que esforzarme para convencer a Setum y que me acompañara en un asiento de la calesa, dispuesto a ocupar destino en el pescante.

Cuando el conductor me dio aviso de que tan solo nos restaba media legua para alcanzar la entrada de Las Garitas del Marqués, me sentí más nervioso todavía. Sufrí ese conocido movimiento en el estómago, similar al padecido antes de entrar en combate por primera vez. Comprobé, una vez más, cada detalle de mi uniforme, de forma que Setum, con su inteligencia natural, se vio obligado a opinar.

—El señor se encuentra primorosamente vestido —sonrió con esa sonrisa abierta que solía utilizar—, y la dama que espera quedará impresionada por su apostura.

—¿De qué dama hablas?

—Setum es negro y africano pero no estúpido. Cuando un hombre se mira y remira de esa forma, es señal clara que una mujer se encuentra en el horizonte cercano.

—Tienes razón, Setum, este pobre cristiano siente más miedo ante la llegada a la hacienda, que cuando abordamos al *Hércules*.

—No hay que temer a la mujer, señor, sino poseerla con decisión.

Reí a carcajadas la sentencia de mi fiel secretario, como solía llamarlo, pensando que la posibilidad que apuntaba no sería del agrado de los duques de Montefrío. Sin embargo, un pensamiento se centró en mi cabeza, al recordar que habían transcurrido

seis meses desde que me despidiera de ella, mucho tiempo para quien era pieza tan codiciada por los hombres en la Corte. Una nube negra ensombreció mis dulces proyectos, hasta llegar a pensar en la posibilidad de que Cristi se hubiera prometido con algún figurín de aquellos que pululaban a su alrededor. Pero la entrada en la hacienda hizo reaparecer los nervios, con lo que esos extraños pensamientos volaron con rapidez.

Deduje que *Pecas* debía haber establecido algún sistema de avisos a lo largo del camino, porque cuando alcanzamos la preciosa vivienda rodeada de pinos gigantescos, los duques con sus dos hijos se encontraban en la escalinata principal para recibirme. De lejos comprobé la sonrisa de Cristina, embutida en un traje blanco muy parecido al utilizado en aquella primera imagen que guardaba de ella. Se detuvo el carruaje a su altura, a la vez que el grupo se acercaba a nosotros. Nada más pisar el suelo, me encontré entre los brazos del duque, por fuera de todo protocolo.

—Bienvenido a esta casa que es la suya, señor de Leñanza —me abrazaba con fuerza, sin ocultar la emoción que sentía—. Le aseguro que representa un gran honor tenerlo entre nosotros. No sé todavía cómo podremos pagarle lo que ha hecho por nuestro hijo.

Me decidía a contestar evasivamente, cuando la duquesa también evitó entregar la mano que pensaba besar, rozando su mejilla con la mía.

—Bienvenido, Francisco, y permítame que lo salude como a un hijo.

—Me siento muy honrado por esta calurosa bienvenida que no merezco.

Y llegó el esperado y soñado momento. Cristi se mantenía en un segundo plano, aunque dio un paso al frente con decisión, clavando sus ojos en los míos. Estaba más hermosa que nunca, con el pecho agitado por la emoción, unos rizos huidos del tocado y su radiante rostro abierto en una escondida sonrisa. Para mi sorpresa, también evitó ofrecer su mano, abrazándome a la vez que rozaba su mejilla contra la mía. Me inundó un sentimiento de felicidad absoluta y celestial, como si los ángeles me transportaran por el paraíso entre sus alas, mientras escuchaba sus dulces y apagadas palabras en mi oído.

—Bienvenido a casa, *Gigante*. Ya veo que es usted hombre que cumple sus promesas. Espero que no haya olvidado ninguna.

No pude contestar ni calibrar el significado de sus palabras, porque ya se escuchaba con claridad el reparo de la madre.

—María Cristina, por favor, compórtate.

—Déjala, mujer —intervino el duque, benévolo—. ¿No ves que se encuentra emocionada por el agradecimiento?

También Setum fue presentado por mi amigo, al que los duques agradecieron su actuación, especialmente la médica, con lo que imaginé que ya el pequeño guardiamarina los había puesto al día sobre nuestras aventuras.

Y de esta forma entré de nuevo en la familia Montefrío. Si ya en la primera oportunidad, en Santa Rosalía, fui objeto de sus atenciones preferentes, en esta

ocasión me convertí en el centro sobre el que giraba la vida familiar. Me alegré de encontrar a *Pecas* mejorado de aspecto y con la cojera ligeramente atenuada. Al igual que la primera vez, me acompañó al dormitorio, para revolver mis bagajes en su forma descontrolada y habitual.

—Supongo que ya les has contado con todo detalle los dos meses pasados en África.

—Por supuesto. ¡Y de qué forma! Creo que darían su vida por ti. En especial, Cristi se sintió arrobada al conocer los detalles más siniestros y peligrosos —me ofreció una picara sonrisa—. Cuando se lanzó en tus brazos, temí que debiéramos aplicar las sales a mi madre —palmoteó mientras reía abiertamente.

—He de reconocer que está preciosa.

—Estoy de acuerdo contigo.

—Oye, *Pecas* —dudaba al preguntar—. En estos seis meses..., quiero decir que en estos meses en Madrid, Cristi ha podido..., no sé si me entiendes...

—¿Quieres preguntarme si mi hermanita se ha prometido con algún zangandullo cortesano? No seas merluzo, *Gigante*. ¿Estás ciego? Serás un buen marino, no lo dudo, pero en cuestión de faldas eres un redomado zoquete.

—No te comprendo. ¿Qué quieres decir? —Apremiaba con mi pregunta.

—Nada, yo no digo nada. Ese es un asunto que has de descubrir tú mismo. Pero apúrate que el almuerzo de hoy será especial en tu honor.

Ese primer almuerzo quedó reservado para la familia, como si se negaran a compartir el honor de mi presencia con otros. Quedé encuadrado en la mesa, como otras veces en Santa Rosalía, entre madre e hija. No podía dejar de mirar a Cristi, aunque la etiqueta me obligaba a mantener la conversación en general.

—Guardaré como prenda muy especial el preciso aviso que me envió con el morisco bastardo —era el duque quien me hablaba—. Comprendí sus intenciones con rapidez y demoré mi respuesta lo suficiente. Sin embargo, he de reconocer que con el acertijo de Júpiter me mantuvo preocupado durante días. Hasta llegué a preguntar a expertos en adivinanzas y esos juegos, pero no pudimos caer en la cuenta.

—Era imposible que supiesen que un buque con el nombre de *Hércules* se aprovisionaba en Tinsuf. Fue un fallo mío.

—Al leer que me llamaba Remedios, pensé que se había olvidado de mi nombre —dijo Cristi con suavidad.

La miré a los ojos, sintiéndome dulcemente conturbado con solo escuchar su voz cerca de mí.

—¿Cómo puede decir eso, María Cristina? Ni en la antesala de la muerte olvidaría ese detalle.

Comprendí que podía haber profundizado en exceso, al comprobar el rubor en su rostro y el silencio creado, aunque *Pecas* llegó en mi auxilio.

—Ya ha enviado mi padre los doblones prometidos al comerciante argelino.

—Me alegro, aunque creo que sería mi deber corresponder con la mitad del cargo

—alegué con firmeza—. Además, siento profundamente haber sido causa de que se perdiera el solitario que ofreció a su hijo al sentar plaza como guardiamarina.

—No diga eso, por favor —el duque elevó su mano en señal de protesta—. Bastante hizo con salvar la vida de nuestro hijo y ocuparse de él con más atención de la que habría desplegado un padre cariñoso. Si hubiera supuesto que aquella piedra habría sido la base para sanar a Santiago, la habría encargado de mayor tamaño. Nunca una alhaja sufrió mejor destino.

—¿Es cierto que *Pecas*, bueno, Santi quiero decir —Cristi miró hacia su madre, temerosa—, deliró durante semanas? ¿Qué decía en aquellos momentos? Aseguran que durante los periodos de delirio, se habla de lo que más se quiere y más se odia con absoluta sinceridad.

—Se mantuvo en delirio mucho tiempo. La verdad es que sufrí algunas noches en las que, con una fiebre tan alta y la pierna hinchada como un globo, creí que no llegaría a la mañana siguiente mi buen amigo. Pero lo que dijo en aquellos terribles momentos es un secreto entre ambos, que nunca mencionaré sin su permiso.

—¡No se te ocurra, *Gigante*!

—Pero se recuperó con duro esfuerzo y gran dolor —continué—. Sin embargo, deben estar orgullosos de él. En las condiciones en las que se encontraba, se portó como un jabato al asaltar el bergantín inglés.

—Eso nos ha contado —intervino el padre—. A los quince años de edad y con una pronunciada cojera, no es fácil degollar a tres marineros ingleses de gran fortaleza.

—Por favor, no utilices esas palabras, querido —amonestó la madre.

Comprendí que la narración de *Pecas* había aumentado en fondo y forma, aunque estaba dispuesto a seguir aquel juego hasta el infinito.

—Pero debió ser terrible su experiencia con el comandante inglés —susurró Cristi—. Clavarle la espada en la..., bueno, perdona, madre.

—No tuve más remedio. Se trataba de su vida o la mía. Les aseguro que sus actos no se correspondieron con los de un caballero. En mi corta experiencia, he llegado a la conclusión que la raza sajona es la más perjura y despreciable de la tierra. Le ofrecí la libertad si me entregaba su sable y ofrecía su palabra de honor, como se nos ordena en estos lances. Se portó como un bellaco, indigno de su uniforme. Pero tiene razón, María Cristina, nunca es agradable quitar la vida a un semejante, aunque fuera necesario para salvar a mis hombres.

Así transcurrió el almuerzo y muchas reuniones siguientes, aunque yo seguía con mis ojos y mis pensamientos clavados en la melena rubia dorada y los ojos azules que se abrían, en mi opinión, de forma muy alentadora.

* * *

Y volvimos a recuperar los inolvidables días de Santa Rosalía aunque, en verdad,

aumentados en todos sus aspectos más gozosos. Galopábamos por el monte en libertad, merendábamos en los prados y disfrutábamos con cualquier juego, aunque siempre con la inseparable presencia de doña Sol, institutriz y dama de compañía de Cristina. Pero *Pecas* era muy hábil y conocía mis deseos, por lo que al segundo día, en una fuerte galopada, consiguió arrastrar a la carabina hacia un monte cerrado, con lo que nos encontramos en soledad por primera vez. Cristi desmontó, por lo que supuse que la treta estaba amañada por los hermanos. Tomamos asiento en una piedra grande, en el borde de una rambla pronunciada, sofocados por el calor agobiante.

—Esperemos a que regresen, si le parece bien. Estoy cansada de cabalgar.

—Lo que usted diga, María Cristina.

—Por favor, *Gigante*, si utilizo su apodo, creo que usted debería llamarme como lo hacen en mi familia, Cristi.

Y otra vez su mirada embrujadora, que me llevaba muy lejos, como mecido a un largo por el viento de levante. Se trataba de un inmenso placer del que podía disfrutar, en silencio, durante horas.

—Cuando pienso en usted, siempre lo hago con ese nombre.

—¿Piensa usted en mí? ¡Qué alivio! Suponía que con la fama ganada, serían muchas las señoritas que lo acosarían en Algeciras y Cádiz, con lo que se habría olvidado de su buena amiga.

—¿Cómo puede pensar algo así? —Caía en la trampa femenina con facilidad, por lo que pregunté ofendido—. Lo que le dije antes de partir de Santa Rosalía, no solo se mantiene sino que aumenta cada día. Le aseguro que en las terribles noches del cautiverio, su rostro se aparecía en mi cerebro con una sonrisa, aliviando la pena.

Cristi me miró a los ojos con seriedad. Descorrió las cintas azules de su sombrero, hasta dejar su melena de oro envuelta solamente en la redecilla. Su voz se tornó más dulce todavía.

—Me encanta escuchar esas palabras. Le aseguro, y le hablo en serio, que temía su regreso. *Pecas* me informó que se encontraba muy triste, que algo grave debía haberle sucedido. Estaba muy preocupada por usted y temí que no viniera a Las Garitas.

No podría explicar la razón que me movió a ello, pero decidí que no podía mantener la farsa con Cristi. Me convencí en pocos segundos de que nada importante en la vida se puede fabricar en base al engaño, y mucho menos con quien se pretende compartirla. Fue una indiscreción por mi parte, que ponía en peligroso trance el esfuerzo y sacrificio de mi familia, pero me lancé a ella como jabalí enloquecido o, más posible, como un loco enamorado. De esta forma, rompía la promesa elevada a mi padre, aunque estaba seguro que lo comprendería en el cielo.

—Tiene razón. Han sido unos días muy duros y extremadamente tristes, los más desgarradoramente tristes que he sufrido en mi corta existencia. Quisiera contarle unos detalles de mi vida de gran importancia, unos detalles que debían permanecer en secreto por siempre jamás.

—Por favor, *Gigante*, no se vea obligado a...

—No me veo obligado, Cristi, sino que deseo hacerlo voluntariamente. Solo a usted contaría la verdad escondida, una verdad que ni siquiera mi mejor amigo, su hermano Santi, conoce.

Y le narré, paso a paso y con todo detalle, mi vida desde el momento del nacimiento hasta el día en el que don Alonso apareció en Algeciras con las terribles e inesperadas noticias. Comencé con miedo, nervioso y la mirada perdida en el suelo. Sin embargo, conforme avanzaba en el relato, me sentí más seguro, aunque también abrumado por el miedo y su posible reacción. El rostro de Cristi se transformaba poco a poco, ofreciendo tonalidades tristes, suplicantes, melancólicas y afligidas en un extraño vaivén. Por fin, observé cómo rodaban las lágrimas por sus mejillas. Sentí pánico en aquel momento, como si hubiese roto una rica porcelana de un inoportuno manotazo.

—¿Por qué llora? Perdone si acaso...

—Lloro por usted, *Gigante*. Lloro por que le deseo el bien y comprendo que ha debido sufrir mucho en soledad. Usted no lo merece ni debe culparse de nada.

Continué, aliviado, hasta el final. Cuando mi historia llegaba a su término, Cristi apoyó su cabeza sobre mi pecho y así nos mantuvimos en silencio durante largos segundos, momentos de encanto inesperado y estremecido calor. Fui yo quien me creí obligado a romper el hechizo.

—Comprendo que, después de escuchar la verdad de mi vida, no quiera sentarse a mi lado, ni siquiera hablar conmigo. Es posible que me considere un farsante que ha usurpado su confianza y tendría razón al pensarlo. También comprendo que no soy digno de usted. Podía haber mantenido la farsa, pero no podía hacerlo con..., con quien tanto amo. En fin, en sus manos se encuentra acabar con mi carrera naval y con mi vida. Soy consciente que no merezco...

Se separó lo suficiente para tapar mi boca con sus manos. Sentí la suavidad de su piel en mis labios, así como su perfume a rosas.

—No diga eso *Gigante*, por favor —gimoteaba como un niño, con lo que consiguió emocionarme—. Usted es más noble que todos los hombres que he conocido en mi vida. Este será nuestro gran secreto, un secreto que permanecerá entre nosotros para siempre. La nobleza que muchos han heredado sin merecerla, la ha ganado usted con sus actos. Pero no solo no me importa lo que me ha narrado sino que acrecienta mi..., mi amistad y..., y mi cariño por usted.

Jamás había disfrutado de una sensación de amor tan profundo. No saben lo que pierden aquellos que no han gozado de momentos parecidos. Al observar sus lágrimas a pocos centímetros, deseé consolarla con todas mis fuerzas, abrazarla con energía hasta fundirnos en un solo cuerpo. Llevé mi mano hacia su cara, para rozar su mejilla suavemente con el dorso. Cristi la tomó entre las suyas, como pequeñas gotas perdidas entre el inmenso océano. Fue entonces cuando comprendí que me amaba de verdad con independencia de mi origen, un sentimiento que arrasó mi corazón de

placer. Me disponía a declararle de nuevo mi amor, ya sin ambages ni rodeos, cuando escuchamos el galope contenido de los caballos. *Pecas* y doña Sol interrumpieron la escena para nuestra desgracia. Mi amigo ofreció un gesto de impotencia en su rostro, señal de que no había podido retenerla por más tiempo.

Fue fácil convencer a la carabina sobre el motivo de las lágrimas de Cristi. Alegamos con naturalidad que unas ramas habían rozado sus ojos, con lo que alguna mota de polvo debía haberse introducido en ellos. En pocos segundos, vueltos a la normalidad, galopábamos hacia la vivienda. En esos momentos de felicidad desbordada, estaba seguro que mi caballo habría sido capaz de alcanzar las nubes, si picaba las espuelas con suficiente energía.



La charretera

Si alguna vez había creído ser feliz, se trataba de un inmenso error. Conocí la verdadera felicidad, por primera vez, en aquellos días que siguieron a nuestra íntima conversación. Sentía el verdadero y único amor, ese amor juvenil que genera una pasión a borbotones, aunque equilibrada en el ánimo. A partir de entonces, viví una dulce situación amorosa en la que sobaban las palabras, donde las miradas eran suficientes para comunicar cualquier deseo o sentimiento. He leído posteriormente, en diversas obras galantes de nuestra literatura, la extraordinaria vivencia que supone disfrutar del primer y verdadero amor, ese que dura eternamente si es regado con cariño y entrega generosa, pero creo que la mayor parte de los autores no lo habían experimentado en su plenitud, o bien no fueron capaces de encontrar las palabras adecuadas para describirlo.

Sin embargo, me preocupaba pensar que todos en Las Garitas del Marqués comprendieran la evidente realidad, lo que era más que probable si una ceguera muy profunda no se lo impedía. Como pueden suponer, *Pecas* fue el primero en comentarlo directamente conmigo, encantado con aquel amor del que se creía originador desde el primer momento.

—Te veo muy contento y feliz, *Gigante*. Me alegro que hayas superado los momentos malos.

—Sí. He de reconocer que me siento flotar en una nube de la que no me gustaría desembarcar.

—Pues sigue a bordo, caballero de Leñanza, aunque ya no seas comandante de buque. Por cierto, ya sabes que soy curioso por naturaleza y me gustaría aclarar una duda que corroe mis entrañas. ¿Tiene mi hermana algo que ver con esa extraña felicidad de la que disfrutas? —Me miraba con sonrisa burlona y contenida.

—No me tomes el pelo, *Pecas* del demonio. Me parece que tú, precisamente, tienes mucho que ver en este negocio.

—¿Negocio de amor, quizás? ¿Con quién? ¿Conozco por casualidad a la persona amada? —Seguía la chanza con los movimientos y el tono cortesano que tan bien imitaba—. No deberías mantener secretos con tu mejor amigo, este que ha salvado tu vida en diversas ocasiones, con evidente peligro de su propio pellejo.

No tuve más remedio que unirme a su contagiosa risa. Lo tomé por el hombro, con el verdadero cariño que le profesaba.

—No te hagas el imbécil, aunque sea tarea fácil para ti. Sabes que estoy enamorado como un idiota de Cristi, desde el primer día.

—Ya te lo predije en la Academia cartagenera. Les ocurre a todos. Pero ten en

cuenta que mi hermana es un buen partido, y en la Corte...

—¡Calla la boca, mastuerzo! Creo que soy correspondido aunque, en verdad —entristecí mi rostro al recordar un pensamiento que prefería evitar—, es posible que tengas razón y tus padres no acepten nunca que un sencillo guardiamarina con poca hacienda, se atreva a pedir la mano de...

—Por favor, *Gigante*, si hablas en serio es que no has desarrollado tu inteligencia lo suficiente. No creo posible que, en las circunstancias actuales, mi padre que, aunque no lo parezca, es quien manda en esta casa, osara negar tal posibilidad. Pero no te apresures y deja que la marea alcance la pleamar por sí sola.

—Veo que tu pierna mejora día a día —preferí cambiar el tema de la conversación.

—Porque ese negro que no se separa de ti un solo segundo, continua con sus masajes y ejercicios que me hacen ver todas las estrellas del firmamento. ¿Por qué no lo devuelves al continente africano? —Elevó una mano hacia mí para frenar la protesta—. No te ofendas, *Gigante*. Parece mentira que, a estas alturas de nuestra amistad, no sepas cuando bromeo. Ya sé que si no fuera por él, sus consejos y ejercicios a los que me obliga, habría quedado tullido. Pero tienes razón, esto marcha viento en popa. Para mí que también es mérito de ese vino italiano de Calabria, espeso como la sangre, que nos hizo llegar nuestro jefe Barceló, aunque representara una pequeña parte de las cajas estibadas en la bodega del *Hércules*.

—No protestes, que ha sido generoso. Nunca beberemos tan a gusto una botella de vino, como aquella que descorchamos en el alcázar del *Hércules*, mientras navegábamos de regreso a casa con el viento terral acariciando nuestra popa.

—Tienes razón. Por muchos años que pasen, nunca olvidaré aquel momento y aquellas dulces sensaciones. La libertad es una experiencia maravillosa que solo puede disfrutarse cuando se ha conocido el cautiverio. Por cierto, hemos de prepararnos adecuadamente.

—¿Para qué?

—Para la gran jornada. Estás tan entontecido con mi hermana y esas miradas de lechuga enternecida que le diriges cada dos segundos, que no te has enterado de la gran fiesta que ha programado mi padre.

—¿Una fiesta?

—Sí, un gran baile en honor de los guardiamarinas más famosos de la Historia, a la vez que se celebra el regreso del hijo que creían perdido, el designado por los dioses para perpetuar el apellido, gracias a un gigantón enamorado y bobalicón.

—Enamorado solamente, enano.

En efecto, *Pecas* tenía razón y entonces comprendí la extraña agitación que se sufría por toda la casa en los últimos días. El duque de Montefrío estaba dispuesto a que aquella celebración dejara huella en la vida social española, porque se preveía la llegada de altos representantes de la Corte, con la grandeza en pleno. Se habilitaron los tres pabellones aledaños al palacete central, uno de ellos decorado con

extraordinarios trofeos de caza, así como otras mansiones cercanas y hasta las más notables viviendas de Castellar de la Frontera.

Sin embargo, he de reconocer que me encontraba tranquilo y seguro, aunque comprobara que los días pasaban a demasiada velocidad y debería regresar al servicio en dos semanas. Pero con los sentimientos que disfrutaba, la separación y necesaria espera conformarían un sufrimiento fácil, si conseguía confirmar de una vez lo que a todas luces relucía, como era el amor correspondido de Cristi. Pero a pesar del optimismo de mi amigo, temía las posibles reacciones de los duques a lo que podía ser considerado como osadía de un joven guardiamarina, sin rica hacienda a sus espaldas.

En aquellos días recibí notificación de don Alonso Sanromán, en el sentido de que había adquirido por fin, a un precio más que asequible, la rica y extensa hacienda extremeña, de renta generosa, llamada *El Alberchigüero*. He de reconocer que me disgustó esa extraña denominación, inapropiada y poco agradable al oído, no solo porque me disgustaran los albaricoques, por cuya razón le envié recado para su cambio en la inscripción del Registro con el nombre de *El Bergantín*. Asimismo, además de un especial encargo solicitado con premura desde mi estancia en Cádiz, me enviaba puntual noticia de los haberes depositados a mi nombre en diversas casas de banca, con lo que me sorprendí por la pequeña fortuna amasada por mi pobre y querido padre a lo largo de su vida.

Y llegó el día tan esperado por *Pecas* y Cristi, una inquietud que no compartía, ya que prefería disfrutar de la querida compañía en amorosa soledad. Pero es obligado señalar que no estaba en el meollo íntimo de la cuestión, ese asunto que los dos hermanos mantuvieron con la mayor discreción y fiel secreto, un detalle difícil de imaginar en mi amigo que debió hacer de tripas corazón. Ya Cristi se perdía con su madre en las dos últimas jornadas, empeñadas en elecciones de trajes y tocados, por lo que deambulaban en la casa costureras y peluqueras traídas expresamente de Madrid. Por mi parte, achacaba los nervios de *Pecas* a su natural jovialidad, así como ese especial deseo de encontrar alguna joven en la que depositar sus pensamientos.

El desfile de carruajes suntuosos, con cocheros y lacayos de emperejilados uniformes, se hizo tedioso, ya que en esta ocasión me hicieron actuar como uno más de la familia en la oportuna recepción de entrada, con lo que recibía parabienes efusivos de desconocidos personajes, algunos de ellos altos jefes de la Armada y el Ejército. De ahí mi sorpresa al saludar al duque de Crillon en persona, caudillo del campo sitiador gibraltareño y, muy especialmente, la inesperada presencia de mi idolatrado general, el jefe de escuadra don Antonio Barceló, que nos abrazó fuera de todo protocolo a los dos guardiamarinas y al que se notaba incómodo en su uniforme grande de gala.

Por fin, apareció Cristi en el rellano de la escalera. Elevé la mirada en el momento que se detenía de forma intencionada, para que pudiera observarla. Sentí un dulce escalofrío ante tanta hermosura. En esta ocasión vestía un traje de ligera seda color

azul celeste, brocado en plata, para formar dibujos de rosas briscadas en su parte superior, un conjunto que simulaba una divina prolongación de sus ojos. Por primera vez elevaba el tocado hacia las nubes, como dama en ejercicio. Lucía en su garganta un precioso collar de esmeraldas y diamantes, reciente regalo de sus padres con ocasión de su próximo decimosexto cumpleaños, que tendría lugar en la próxima semana. Pero todo era superfluo y añadido excepto su cara, sus brazos, su espléndida figura y su dorado cabello. Hizo rozar ligeramente nuestras manos al pasar a mi lado, de forma inadvertida, a la vez que me ofrecía una escondida sonrisa.

Ya el baile se mantenía en todo su esplendor, mientras sufría el acoso de lindas jovencitas, algunas casi niñas, que me incitaban a repetir una y otra vez los sucesos prodigiosos de mi aventura, un recital que se tornaba aburrido y tedioso. Aunque mis ojos buscaban entre el numeroso personal a la diana de mis pensamientos, me sentía incapacitado para abandonar el grupo a mi alrededor, que se agrandaba minuto a minuto, por mor de la obligada cortesía. Danzaba sin ganas, emborrachado de disgusto conforme pasaban los segundos, a la vez que maldecía el sistema formal que impedía realizar mis deseos. Por esta razón sentí un enorme alivio, cuando la orquesta detuvo la ligera pieza que ejecutaba, a la vez que, en una improvisada tarima, el duque de Montefrío llamaba la atención de todos. Se hizo el silencio más profundo como por encanto. Por fin, el padre de *Pecas*, ataviado con rutilante uniforme de embajador plenipotenciario, dignidad que le desconocía, dirigió la palabra a los concurrentes con una amplia sonrisa en su boca. Pensé que aquel buen hombre se sentía feliz como nunca.

—Perdonen, señoras y señores, este pequeño inciso en el baile, pero creo necesario hacerles partícipes de mi propio regocijo —comprobó, extremadamente complacido, la expectación creada—. Como saben ustedes, esta fiesta ha sido organizada en honor de dos hombres, de dos jóvenes oficiales de nuestra Real Armada que han llevado a cabo un heroico acto del que se hablará durante mucho tiempo, así como por la indescriptible satisfacción de recibir al vástago que creíamos perdido. No entraré en detalles, pues de todos es conocido. Comprenderán mi felicidad porque uno de ellos, precisamente, sea mi querido hijo. Los dos guardiamarinas que se encuentran entre nosotros han dejado muy alto nuestro pabellón, dando unas muestras de arrojo y valor impropias de su edad.

Detuvo su monólogo durante unos segundos, para comprobar el efecto de sus palabras. Continuó en el mismo tono solemne.

—Pero si la conducta de mi heredero, Santiago de Cisneros, ha sido calificada como de extraordinaria, he de reconocer que la ejercida por su inseparable amigo don Francisco de Leñanza alcanza cualquier hipérbole. Esta casa, que será siempre la suya, le estará eternamente agradecida, tanto por su ejemplar heroísmo, como por haber salvado la vida de nuestro hijo con una abnegación que traspasa los límites conocidos de la generosidad, el compañerismo y la amistad, hasta alcanzar cotas difíciles de imaginar.

Pareció mirar en una determinada dirección, antes de continuar.

—Pero no deben quedar estas palabras en la simple felicitación del padre orgulloso y feliz. Me ha sido concedida por la Autoridad una pequeña licencia, a la que ha contribuido con generosidad el jefe de escuadra y comandante de las fuerzas navales del bloqueo de Gibraltar, don Antonio Barceló, cuyo concurso solicito en estos momentos.

El murmullo se extendió por la sala como un reguero de pólvora, mientras las cabezas se dirigían hacia el hombre que encaminaba sus pasos con decisión hacia la improvisada tribuna. Por mi parte, a la sorpresa inicial de las palabras que halagaban mi vanidad, se unía ahora la curiosidad ante la participación en el acto de nuestro general, hombre poco aficionado a estas ceremonias palaciegas. El duque cedió el puesto a su invitado, que tomó la palabra con cierto nerviosismo.

—No soy amante de discursos ni parlamentos, señoras y señores, sino simplemente un hombre de mar y de acción. Les aseguro que he aceptado la petición del duque de Montefrío, tan alejada de mi norma habitual, por el fin que se perseguía, que no es otro que homenajear como se merece a dos de mis hombres, a dos de mis jóvenes voluntarios que han expuesto sus vidas en desigual lucha contra la escuadra inglesa para recuperar la plaza de Gibraltar. A dicha acción se ha de unir, obligatoriamente, su ejemplar y heroica ejecutoria posterior, digna de toda alabanza. Por esa razón me encuentro aquí, para llevar a cabo un acto puramente castrense al que, con la debida y excepcional autorización, vamos a proceder.

Barceló comprobó que su ayudante, nuestro conocido teniente de fragata Jaime Escach, se encontraba a su lado y le entregaba lo que parecían unos pliegos apergaminados, mientras mantenía una caja ovalada en sus manos. El jefe de escuadra volvió a tomar la palabra para leer, en esta ocasión, los documentos.

—A propuesta del jefe de escuadra don Antonio Barceló, elevada con el conveniente y preceptivo informe del Director General de la Armada, teniente general don Andrés Reggio, y en atención a las circunstancias y méritos excepcionales que concurren en las acciones desarrolladas en aguas del estrecho de Gibraltar, cautiverio de Tarfí y heroico comportamiento al apresar un bergantín inglés con reducido personal en el puerto de Tinsuf, he tenido a bien conceder, de forma extraordinaria, el empleo de alférez de fragata del Cuerpo General de la Armada, para que como tal lo ejerzan con todas las preeminencias y exenciones que se previenen en las Reales Ordenanzas, a los siguientes: Caballero Guardiamarina don Francisco de Leñanza y Martínez de los Cobos; Caballero Guardiamarina don Santiago de Cisneros y Ruiz de Espinosa. Firmado: Carlos III Rey. Por favor, acérquense los nombrados para que les imponga el distintivo de su grado.

No puedo calificar mi reacción inicial, porque esta no se producía. Me había tomado tan desprevenido el acontecimiento, que no era capaz de pensar con el suficiente raciocinio, ni llevar a cabo movimiento alguno, paralizado por la emoción que recorría mi cuerpo. Me vi empujado por los que nos rodeaban, a la vez que

escuchaba las primeras felicitaciones en dejados murmullos. No sé cómo llegué a su altura, pero me vi en pocos segundos junto a *Pecas*, eufórico en su aspecto, a pocos centímetros de nuestro general, que nos miraba con indisimulado orgullo. Barceló abrió la caja, de donde tomó una charretera que refulgía en oro, mientras los flecos del mismo metal se mecían perezosamente al compás de su mano. Pocos podían imaginar lo mucho que aquel pequeño objeto significaba para un guardiamarina. La encajó en mi hombro izquierdo bajo la presilla con fuerza, acto que imitó, a continuación, con mi compañero. Por último, volvió a mirarnos con su paternal expresión, a la vez que, acercándose a nosotros, emitía sus últimas palabras en voz baja, de forma que nadie pudiese oírlas.

—Enhorabuena, muchachos. Os habéis ganado la charretera con un par de pelotas.

A la vez que pronunciaba su especial felicitación, Barceló se fundió en un abrazo con nosotros, mientras todos los invitados aplaudían con entusiasmo.

Retornaba a mi posición acompañado por *Pecas*, sin dejar de observar, de reojo, el brillo de mi charretera y el caprichoso movimiento de sus flecos que le confería vida propia. En el corto recorrido, nos felicitaban con especial alegría, por lo que me mantenía eufórico y dichoso. Sin embargo, intenté localizar a Cristi, elevando mi cuerpo todo lo posible. No conseguí encontrarla, por lo que comencé a desesperar. Sin embargo, volvió a reinar el silencio en el salón. El duque insistía en pedir la atención de los presentes una vez más. Escuché las palabras de *Pecas*, a mi lado.

—No te preocupes que no se trata del ascenso a alférez de navío, por mucho que lo merezcamos. Debemos esperar algún tiempo todavía —volvió a sonreír con picardía—. Lo que viene ahora es para ti y lo has ganado a pulso.

Celebraba la broma de mi amigo, sin comprender el significado de sus últimas palabras, cuando ya su padre se dirigía al público de nuevo.

—Bien, señoras y señores. Agradezco una vez más al jefe de escuadra don Antonio Barceló la deferencia de llevar a cabo un acto militar en mi casa, por la excepción que supone en las normas castrenses. Pero queda un pequeño e importante detalle. En este caso, he de reconocer que he sido yo, desde la Secretaría Privada de Su Majestad, quien elevó la necesaria propuesta, de la que me siento orgulloso. Como saben, los dos recientes alféreces de fragata sufrieron un duro e injusto cautiverio en el poblado marroquí de Tarfí. Pero fue el amigo de mi hijo quien mantuvo el ánimo de forma extraordinaria, hasta conseguir la curación de los heridos y, finalmente, la liberación de todos sus hombres. También fue él quien planeó, organizó y dirigió la acción heroica posterior del apresamiento naval. Por todo ello, permítanme que dé lectura a un documento muy especial para mí, aunque lo haga de forma reducida ya que el Real Decreto es extenso y prolijo en detalles, como corresponde a su importancia, y no deseo interrumpir por más tiempo esta celebración.

Fiel a su norma, extrajo un pliego del interior de su casaca. Me dirigió la mirada con una sonrisa. Sentí navegar los nervios en mi interior, sin saber por qué. Escuché

alucinado las palabras del duque.

—Su majestad don Carlos III, Rey de España, etc, en uso de sus reales prerrogativas y en su deseo de recompensar los eminentes servicios prestados a la Corona por el alférez de fragata don Francisco de Leñanza y Martínez de los Cobos, y que el recuerdo de sus heroicos actos en provecho de la Monarquía puedan transmitirse a la posteridad, estimulando de esta forma la aspiración de otros al logro de altos empeños, vengo en concederle el título de Vizconde de Tarfí, para él y sus herederos, con las preeminencias que tal distinción otorga. Firmado en Aranjuez, Carlos III Rey —dobló el documento a la vez que se dirigía a mí con una leve inclinación de cabeza—. Reciba mi más sincera enhorabuena, señor vizconde de Tarfí.

No era posible que aquellos momentos pertenecieran a la realidad. Estaba seguro que acabaría por despertar del sueño, para encontrarme en Fuentelahiguera de Albatages, entre las higueras de la rambla, descabezando una siesta ensoñadora. Pero no, era verdad y ahora los apretones de manos se sucedían desde todas las direcciones. Aturdido y exhausto, me movía como una peonza desmadejada. Por fin, escuché la voz de *Pecas*, mientras me abrazaba en su calurosa felicitación.

—Enhorabuena, vizconde gigantón. Te merecías ese título. Lo que me ha costado mantenerlo en secreto.

—¿Lo sabías? ¿Cristi también?

—Pues claro. Nos lo comentó mi padre hace tres días. Queríamos que fuese una sorpresa y lo hemos conseguido. Por cierto —bajó el tono de su voz, hasta pegar sus labios a mi oído—, Cristi te espera en la balconada pequeña.

Me sentí nervioso y acelerado. A partir del aviso, tan solo me importaba llegar hasta ella. Pero debía hacerlo con la necesaria discreción y delicadeza. Recibí el abrazo de los duques y numerosas felicitaciones, mientras me desplazaba poco a poco hasta la escalinata interior. Hice una inequívoca señal de que necesitaba aséame en el tocador, para subir a continuación los escalones de tres en tres. Una vez en el piso superior, pasé por mi alcoba para recoger una cajita a la que otorgaba gran importancia. Pertrechado con mi preciado objeto, descendí por la escala trasera que moría en la espléndida balconada que rodeaba los salones en toda su amplitud. En su parte norte, esta se estrechaba, para dejar en una ligera penumbra dos bancos de piedra. Allí se encontraba Cristi. Me recibió con una sonrisa.

—Por fin le veo, vizconde. Creo que con tantas lindas y jóvenes señoritas casaderas a su alrededor, se ha olvidado de los viejos amigos.

Tomé asiento a su lado, en silencio. En los primeros momentos, disfruté con largura de la simple observación de su rostro y su especial sonrisa. Me sentía excitado por tantas emociones, vividas en tiempo récord, que no sabía bien lo que hacía, como si hubiese decidido perder la etiqueta y buenas maneras. Tomé una de sus manos con firmeza y decisión. Les aseguro que sentí con aquel sencillo contacto un placer muy especial que erizaba mi piel. Cristi no solo no la retiró, sino que utilizó su dedo

pulgar para acariciarme suavemente.

—Sabe muy bien que solo tengo ojos para la mujer que amo, y esa mujer se encuentra aquí, a mi lado.

—Ya veo que el título nobiliario le da alas —se mantenía con la sonrisa burlona—. Bueno, ahora en serio, enhorabuena por esa brillante charretera que luce esplendorosa en su hombro, así como por el vizcondado. Pero no se considere noble por la Real deferencia, *Gigante*, sino por usted mismo.

—Le prometo, Cristi, que nunca imaginé ser tan feliz en esta vida. Espero que nos dejen en paz unos pocos minutos.

—De esa cuestión se encargará mi hermano *Pecas* sin mayor problema.

Extraje la pequeña cajita que abombaba el faldón de mi casaca con sumo cuidado. Volví a mirarla a los ojos, muy cerca, sintiendo cómo la pasión recorría mis venas.

—Aunque esperaba entregárselo el día de su cumpleaños, creo que es el momento apropiado. Por desgracia, no es comparable a otros regalos que recibirá, estoy seguro, pero sabe que se lo ofrezco con todo mi amor.

Abrí el pequeño estuche, hasta sacar un anillo de oro que engarzaba una hermosa turquesa, del mismo color de sus ojos. Lo inserté en su dedo anular, a la vez que comprobaba el ligero temblor de mis manos.

—Muchas gracias, *Gigante* —movía su mano para observarlo mejor—. Puede estar seguro que nunca he recibido un presente que me emocione tanto, por ser vos quien me lo entrega. Es un anillo precioso y será un ejemplar único para mí. Le prometo que jamás, jamás abandonará mi mano mientras viva.

La cercanía de su rostro y el movimiento de su boca me llevaban a una dulcísima y embriagadora locura. A partir de ese momento, era mi duende particular quien lanzaba las palabras.

—Cristi, la amo como jamás pensé que se pudiera amar —tomé sus manos entre las mías, con lo que quedaba aprisionada por mis fuertes garras que, sin embargo, utilizaban en este caso la más exquisita dulzura—. Sé que es malo soñar con empresas inalcanzables, que aún en el venturoso caso de que mi amor fuera correspondido, su familia no consentirá jamás que un sencillo...

Desasíó una de sus manos, para tapar mi boca con sus dedos mientras me traspasaba con los ojos azules. Liberó la otra mano, que pasó dulcemente por mi mejilla. Otra vez me sentía flotar en la nube esplendorosa, la máxima felicidad jamás sentida.

—¿Ha dicho, si he escuchado bien, en el caso de que su amor sea correspondido? —Sonrió, divertida—. No puedo creer que lo dude todavía. *Gigante*, le amo también con todo mi corazón desde aquellos primeros días en Santa Rosalía. Cuando les dieron por desaparecidos, lloré por mi hermano al que tanto quiero, pero también por usted; lloré todas las noches por haber perdido a mi gran amor.

Sus ojos presentaban, poco a poco, un brillo especial, como si se encontrara cercana al llanto. Me disponía a hablar pero volvió a impedírmelo. Continuó con su

cara a pocos centímetros de la mía.

—En cuanto a mi familia, no debe preocuparse. Mi padre está al tanto de nuestro amor y ha conversado del tema con *Pecas*. Como es lógico, esperará su petición formal, pero puede estar seguro que dará su consentimiento, aunque nos recomienden esperar algún tiempo para que aseguremos nuestros sentimientos.

—Mis sentimientos son tan...

—Y los míos también, *Gigante*. Pero sabiendo que me amas, soy feliz y podré esperar. Tan solo deseo que llegue la paz, si es cierto que nuestro gobierno anda en conversaciones con la Gran Bretaña, y no arriesgues tu vida en el combate. No soportaría perderte, mi amor.

Sentí una especial emoción al comprobar la confianza del tuteo que me dispensaba. Decidí seguir su camino.

—No me perderás, Cristi. Ni mil barcos ingleses conseguirán impedir que regrese a ti.

Acaricié su mejilla con mi mano y sentí, emocionado, la reacción de su piel. Cristi bajó la cabeza, hasta apoyarla contra mi pecho. Pero deseaba observar sus ojos y la elevé de nuevo, tomándola suavemente por el mentón. Nos encontrábamos tan cerca el uno del otro que, sin querer, nuestros labios se rozaron suavemente. Fue un segundo de gloria que recordaré mientras viva. Pero Cristi ni siquiera se sonrojó. Por el contrario, acortó la distancia, hasta embutirse entre mis brazos, con nuestras mejillas amadrinadas en amoroso contacto. Me sentí volar otra vez. Deseaba que nada ni nadie fuese capaz de romper aquel momento que debía ser eterno.

—Te amo, Cristi, te amo con locura y espero unirme a ti por toda la vida.

—Yo también te quiero mucho, *Gigante*. Y puedes estar seguro que seré tu mujer algún día. Ni el fuego del infierno podrá impedirlo.

La apreté con más fuerza, hasta llegar a sentir su frágil cuerpo en contacto con el mío. Nuestros acelerados latidos chocaron entre sí. Esa era, sin duda, la verdadera felicidad. Por fin podía asegurar que yo, Francisco Leñanza, el hijo de un pobre galeote convertido en alférez de fragata del Cuerpo General de la Armada y vizconde de Tarfí, era correspondido en un amor que estimaba inalcanzable. Disfruté con largura de aquel dulce e inolvidable momento.

* * *

Aunque *Gigante* y Cristi creían gozar de su amor en la más escondida soledad, no era así. Lo que recibía el nombre de balconada pequeña, comunicaba con el salón por un recogido y alargado ventanal, situado a la espalda de la orquesta, razón por la que nadie solía situarse en él. Sin embargo, en aquella ocasión, la escena vivida por la enamorada pareja disfrutaba de un improvisado espectador, del joven y menudo heredero de los Montefrío. *Pecas*, al observar el amoroso abrazo, creyó alcanzada la meta perseguida. Se separó del cristal con una sincera sonrisa en su rostro, mientras

musitaba en voz baja.

—Bueno, mi hermana ha sido inteligente, como siempre. Por fin, este cohibido alférez de fragata ha conseguido llegar a buen puerto. No sé que sería de *Gigante* sin mi colaboración. Debo reconocer que ha sido una maniobra perfecta por mi parte.

Pecas se incorporó a la fiesta de excelente humor. A los pocos segundos, se encontraba rodeado por tres hermosas y vivarachas jovencitas.

—Por favor, Santiago —solicitaba una preciosa trigueña, que lucía generoso escote—, cuéntenos cómo consiguió eliminar, a pesar de su terrible herida en la pierna, aquellos cinco marineros que guarnecían la cubierta del bergantín inglés.

—¿Cinco marineros? ¿Quién le ha dicho que eran cinco solamente? El heredero de la casa se dedicó a explicar una vez más, con múltiples y renovados detalles, su heroica acción en el puerto de Tinsuf.

Cartagena, 23 de agosto de 2001

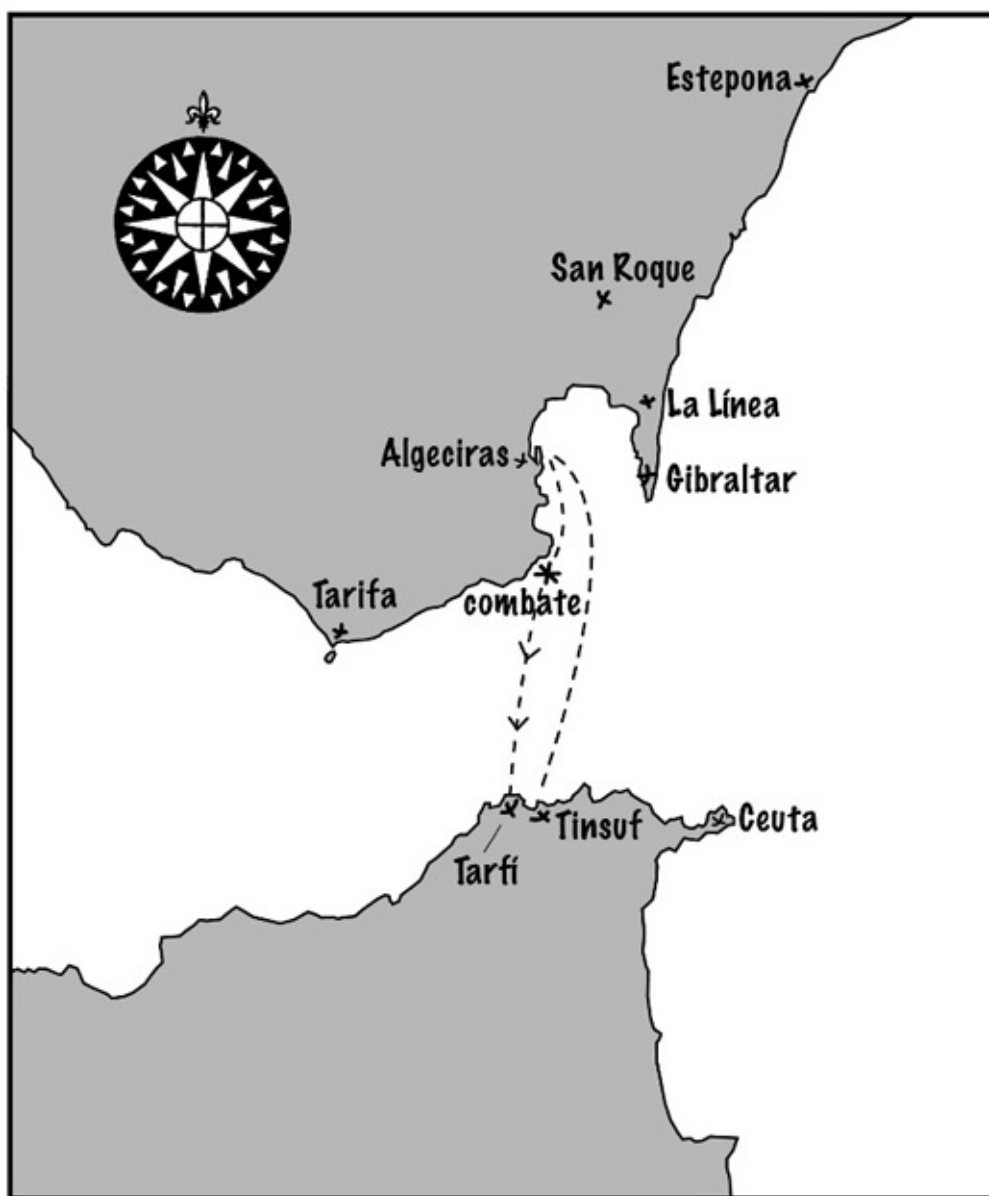


Ilustración del libro "La cañonera 23",
de Luis Delgado Bañón



LUIS M. DELGADO BAÑÓN (Murcia, 8 de enero de 1946) es un escritor y militar español, capitán de navío del Cuerpo General de la Armada Española.

Entre sus obras destaca su proyecto, aún en curso, de escribir una serie de 56 novelas que ilustren sobre la historia naval de España entre el momento de su mayor esplendor, durante la segunda mitad del siglo XVIII, hasta la Guerra Civil Española de 1936-1939. Su interés principal en la escritura de esta serie es el de llenar un hueco necesario en la narrativa histórica española que hace muchos años ya han cubierto otras naciones que rememoran con orgullo su historia naval, en especial los británicos quienes, siendo excelentes novelistas, no reflejan adecuadamente siempre la realidad de las armadas desde el punto de vista naval e histórico, según Delgado Bañón, por falta de la adecuada investigación historiográfica, y tienden a denostar las de otros países ocultando a menudo los fracasos, no pequeños, de la *Royal Navy*.

El autor, que reivindica la importancia de la historia de la Real Armada en el pasado de España, es un gran conocedor de sus hechos que ha sido director del Museo Naval de Cartagena y delegado del Instituto de Historia y Cultura Naval en el Mediterráneo durante trece años. La serie se denominada *Una saga marinera española*.

En la saga, el autor refiere la historia de la familia Leñanza usando el punto de vista de las memorias que, por tradición establecida, van escribiendo sus miembros a lo largo de varias generaciones. Los Leñanza, familia de orígenes humildes, empiezan a hacer carrera naval con el comienzo del segundo volumen de la serie, y su paso por diferentes episodios históricos de la vida de la marina de guerra española (el sitio de

Gibraltar, la Guerra de la Convención, los combates navales del Cabo de San Vicente y Trafalgar, la política de expansión ultramarina en el Pacífico norteamericano con referencias a episodios como los de la isla de Nutka, las alianzas durante la Guerra de la Independencia Española, la decadencia de la Armada Española desde el reinado de Carlos IV y el germen y desarrollo de los movimientos independentistas americanos, el reinado de Fernando VII, los afrancesados, el trienio liberal y los exilios de la Década ominosa, la primera Guerra Carlista...) pretende ilustrar sobre aspectos determinados muy deficientemente conocidos de la historia española, donde la Armada tuvo un papel más importante, tanto en sus luces como en sus sombras, del que usualmente se le reconoce. También pone de relieve los logros pioneros en navegación marítima de España y sus grandes descubrimientos, a menudo silenciados o usurpados por otras naciones. Todos los libros de la serie cuentan con notas explicativas de la terminología marinera, de aclaración histórica y geográfica o de los usos y costumbres en los regímenes de funcionamiento de las naves y sus ordenanzas.

Además de las de la Saga marinera, Luis Delgado Bañón es autor de otras novelas anteriores como *Jasna* (1997), *Las perlas grises* (1998), *Los tesoros del general* (1999), *La tumba del Almirante* (1999), *Aventuras y desventuras de un galeote* (2000), *El diamante del III Reich* (2000) y *Operación 2001: Gibraltar español* (2001).

Ha publicado numerosos artículos historiográficos en diversas revistas de su especialidad nacionales y extranjeras, y es autor de los ensayos históricos *Gibraltar 1704-2004: tres siglos de desidia, humillación y vergüenza* (2004) y *Antonio de Escaño, antes y después de Trafalgar* (2005), publicación esta última vinculada a la exposición del mismo nombre que comisarió el autor junto con Arturo Pérez-Reverte en conmemoración del combate de Trafalgar.

Notas

[1] Persona que, en las galeras, tenía a su cargo la dirección de la boga y el castigo de los galeotes. <<

[2] Tratamiento que se daba, y todavía permanece en vigor, a los guardiamarinas. <<

[3] Puño o bocamanga. <<

[4] Parte de la soldada que se entrega en mano. <<

[5] Disponer en forma ordenada de las cosas y efectos que no lo estaban. <<

[6] Vela de cuchillo, de forma trapezoidal. <<

[7] Cada uno de los palos menores que van sobre los principales, donde se sostienen las velas denominadas gaviás, juanetes y sobrejuanetes. <<

[8] Botes de dos proas, a remo, que se utilizaban normalmente en las galeras. <<

[9] Pequeña embarcación de dos palos, con velas al tercio. <<

[10] Se navega a un largo cuando el viento forma un ángulo con la quilla superior a seis cuartas. <<

[11] Desvío de la proa del buque hacia un lado u otro del rumbo, producido por descuido del timonel o efecto de la mar. <<

[12] Los tres palos que arbolan diferentes unidades se denominan, de proa a popa, trinquete, mayor y mesana. <<

[13] Meseta colocada horizontalmente en lo alto de los palos. <<

[14] Palos cruzados a los principales y masteleros, donde se envergan las velas y de las que reciben su nombre. <<

[15] Cabria o grúa de grandes dimensiones que se utilizaban en arsenales y puertos para carga de elementos pesados o arbolar los buques. <<

[16] Pasarela de madera o acero para permitir el embarque del personal. <<

[17] Bogar o remar. <<

[18] Punto más alto del palo. <<

[19] Longitud de la nave. <<

[20] El empalletado servía como defensa contra los disparos de fusilería y astillazos.

<<

[21] 24 libras era el peso de la bala rasa que disparaba. Los había de a 36, 24, 18, 12, 8 y 4 libras. <<

[22] Las mechas que se aplicaban sobre la pólvora, con sus inconvenientes en casos de mucho viento y mala mar, fueron siendo sustituidas por llaves de fuego de chispa, adosadas directamente. <<

[23] Aparato para medir de forma manual la velocidad del buque. <<

[24] Vigías situados en puestos de especial observación. <<

[25] Aguja magnética, por medio de la cual se conseguía mantener el rumbo deseado.

<<

[26] Empleo equivalente al de mariscal de campo en el Ejército de Tierra. <<

[27] Cargo anejo al de Capitán General del Departamento Marítimo de Cádiz. <<

[28] A partir del empleo de alférez de fragata, se usaban las charreteras en el uniforme como distintivo del grado. Estos lucían una solamente sobre el hombro izquierdo. <<

[29] Patronear o tripular. <<

[30] A los empleos superiores de la Armada se les daba el tratamiento de general. El de almirante, empleado hoy en día, no se utilizó hasta los primeros años del siglo xx.

<<

[31] Especie de fragata de carga, construida con ese fin, de superior manga y menor eslora que la fragata de guerra. Antiguamente se la llamaba charrua. <<

[32] Velocidad. <<

[33] Buques enviados en reconocimiento, a vanguardia de las escuadras. <<

[34] Con rumbos opuestos. <<

[35] Bandera nacional. <<

[36] Marina de Guerra británica. <<

[37] Bandera británica. <<

[38] Divisa militar en forma de pala, que se sujeta al hombro por una presilla de la que prende un fleco. Las de la Armada debían ser de trencilla de oro, con un fleco ligero de un decímetro de largo. En las Ordenanzas aparecían con el nombre de alamares hasta 1785. <<

[39] En la Armada se utilizaba como unidad de longitud el Pie de Burgos, equivalente a 0,278 metros, dividido en 12 pulgadas. Las lanchas disponían, por tanto, de 15,6 metros de eslora y 5 de manga. <<

[40] Buque peculiar del Mediterráneo con tres palos y velas latinas, que también puede navegar a remo. Llegaban a armar hasta 30 cañones. <<

[41] Galera menor, con 16 a 20 remos por banda, y dos palos de vela latina. <<

[42] Pequeño embarcadero para buques de escaso tonelaje que avanza algo en la mar.

<<

[43] Vara o palo al cual se asegura la vela latina, formando su verga. <<

[44] Armazón compuesto por dos gualderas fuertemente unidas donde se monta el cañón. <<

[45] Parte inferior y más ancha del fondo de un bote. <<

[46] Acción de bogar los remos de una banda al revés que los de la otra, con lo que se hace virar la embarcación. <<

[47] Camino que debe hacerse, ya sea por uno o más rumbos, para trasladarse de un punto geográfico a otro en la mar. <<

[48] Pieza que forma la proa de la nave. <<

[49] Cada una de las perchas que penden de la cabeza del bauprés. <<

[50] Palo horizontal o inclinado que, en la proa de los barcos, sirve para asegurar los estayes del trinquete. <<

[51] Abordar a un barco embistiéndolo con la proa para echarlo a pique. <<

[52] Pieza recta y vertical que termina la nave por su popa. <<

[53] Sin gobierno, arrastrados por la mar, el viento o las corrientes. <<

[54] Se denomina a pique, cuando el ancla se encuentra en la vertical del buque, con el cable o cadena teso. <<

[55] Ángulo que forma la línea de la quilla con la dirección que realmente sigue el barco, a causa del desplazamiento producido por el viento, mar o corriente. <<